

P. LUIS COLOMA

—
RETRATOS
DE ANTAÑO



DRPS
FA
470

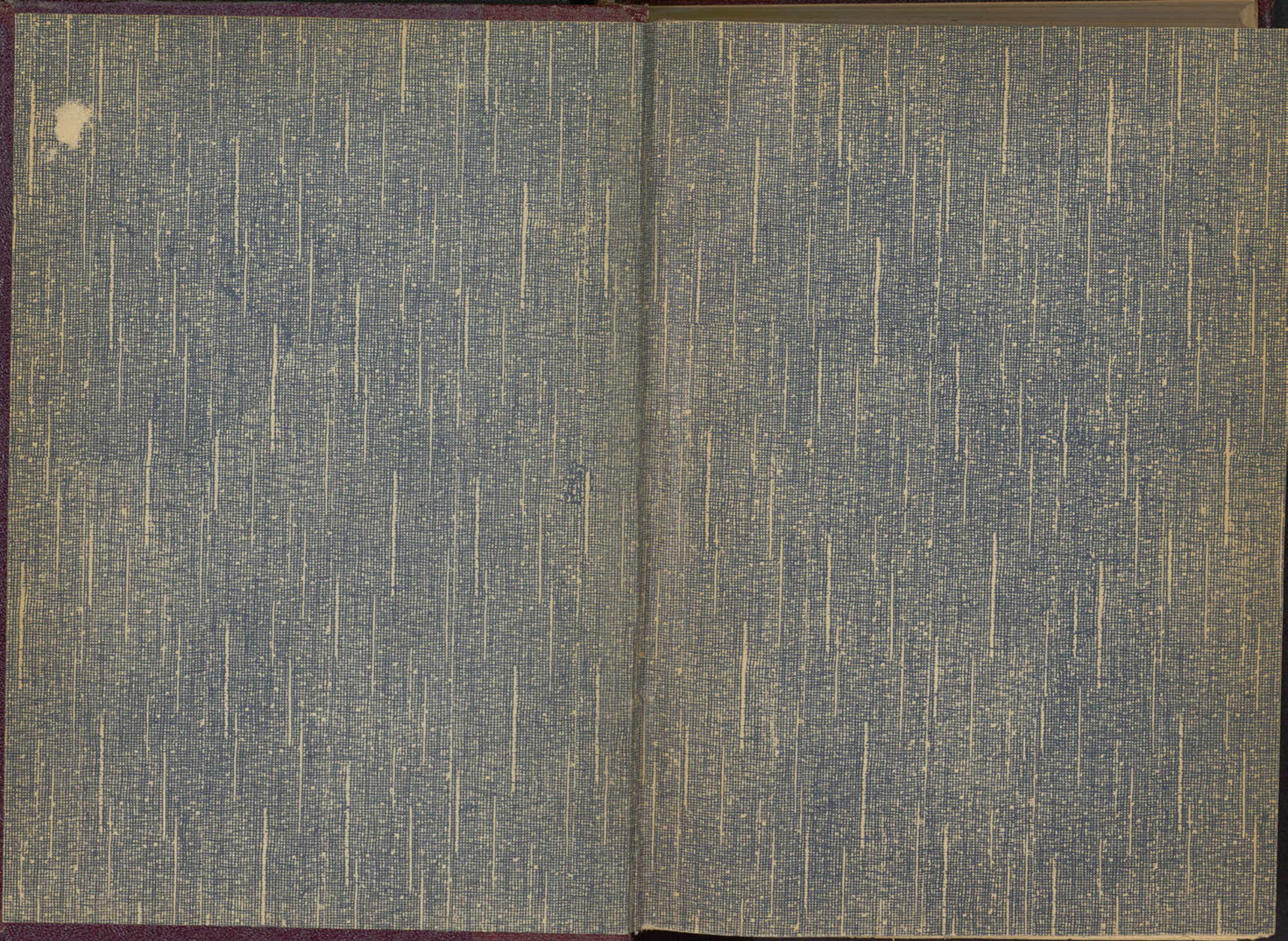
UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763389

P. LUIS COLOMA

—
RETRATOS
DE ANTAÑO



Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

PL DRPS FA/0470

0500763389



MADRID

RETRATOS DE ANTAÑO

RETRATOS
DE ANTAÑO

(ESTUDIOS BIOGRÁFICOS DEL SIGLO XVIII)

POR EL

RDO. P. LUIS COLOMA

de la Compañía de Jesús.



MADRID

BIBLIOTECA DE «LA SEMANA CATÓLICA»

Bolsa, 10, principal.

1895



RETRATOS DE ANTAÑO

(ESTUDIOS BIOGRÁFICOS DEL SIGLO XVIII)

I

«Los Villahermosa pusieron alrededor de su corona aquel mote: *Sanguine empta, sanguine tuebor. — Comprada con sangre, con sangre la defenderé.* — Ponlo tú, hijo mío, alrededor de tu fe, porque comprada fué con la sangre de Jesucristo, y con la tuya propia has de defenderla.»

(*La duquesa de Villahermosa á su hijo D. José Antonio.*)

El primero de Junio de 1769 celebróse en el palacio del conde de Aranda una boda suntuosísima. Hallábase á la sazón el famoso presidente de Castilla en todo el apogeo de su poder, su fortuna y su soberbia, y el Rey le temía, los Grandes le ensalzaban y los *golillas*, con Moñino á la cabeza, minábanle el terreno con el sombrero en la mano, el espinazo encorvado y la adulación en los labios.

Las pingües rentas y fastuosa opulencia del con-

de de Aranda realizaban en su palacio el pintoresco lujo de aquella época de casacones y tontillos, peinados inverosímiles en las mujeres y pelucas de ala de pichón en los hombres. Bajo la suya aparecía el temido y celebrado presidente de Castilla, con su gran nariz porrona atestada siempre de tabaco, y sus ojos grises, abultados y bizcos, que inspiraron á la picaresca musa popular de aquellos tiempos el siguiente *rejoncillo*:

Ojos de Presidente

Tiene mi amante :

Uno mira al cierzo

Y otro al levante ¹.

Contaba á la sazón el conde de Aranda cincuenta años menos dos meses, y ni su desgarbada figura, ni sus ásperos modales, ni su carácter iracundo y terco, según Carlos III, como mula aragonesa, dábanle trazas de novio. Eralo, sin embargo, aquel día, en representación de otro galán más joven, más guapo y aun más ilustre, que desde la corte de Versalles le había enviado sus poderes : el Excmo. señor D. Juan Pablo Aragón Azlor, Zapata de Calatayud, duque de Villahermosa, conde de Luna, de Guara, del Real, etc., etc., Grande de España de primera clase y uno de los caballeros más en boga

¹ Opúsculos gramático-satíricos. — *A. Puigblanch*, t. I, página 28.

en aquella época por sus riquezas, capacidad y nacimiento.

Asistió á la novia, como madrina, la condesa de Aranda, Doña Ana Fernández de Híjar, y acompañóla también, entre otras ilustres damas, aquella despierta duquesa de Béjar, Doña Escolástica, hermana del conde de Fernán-Núñez, famosa en los salones de aquel tiempo por su gracia y natural despejo. Fueron igualmente testigos de la boda el apuesto marqués de Mora, hermano de la novia ; D. Jorge Azlor Aragón, hermano del novio, y gran número de Grandes de España y personajes de cuenta, unidos á las dos familias por lazos de amistad ó parentesco.

Satisfizo grandemente al conde de Aranda el encargo de su amigo y deudo, y vióse aquel día al impío ministro volteriano arrodillarse ante el altar al lado de una inocente niña de quince años, encerrada desde la edad de cuatro entre las paredes de un convento. Samaniego hubiera sacado de allí alguna de sus fábulas : el gavilán de largas uñas y corvo pico, custodiando galante y devoto á la blanca palomita, hasta dejarla pura, tranquila y acomodada en el fondo de su nido. Y tal y tanta impresión hizo en el ánimo del gavilán la blanca palomita, que ocho años después, hallándose Aranda de embajador en París, escribía al duque de Villahermosa estas textuales palabras :

« Ponme á los pies de mi señora parienta, santa y devota. Yo fuí su marido en sobrescrito, tu poder

habiente que la desmonjó, y seré siempre quien más la respete ¹. »

Esta *esposa en sobrescrito* del conde de Aranda y por él *desmonjada* fué la piadosísima señora Doña María Manuela Pignatelli de Aragón, Gonzaga, Moncayo y Caracciolo, duquesa de Villahermosa.

Nació esta señora en la villa de Fuentes de Ebro, reino de Aragón, á los 25 de Diciembre de 1753. Fué su padre el conde de Fuentes, D. Joaquín Pignatelli de Aragón y Moncayo, y su madre Doña María Luisa Gonzaga y Caracciolo, duquesa de Solferino. Poco gozó la niña María Manuela de las caricias paternas ; que no parece sino que la Providencia divina quiso acostumbrar desde luego al abandono y aislamiento de los que más debieron amarla aquel tierno ángel que había de sufrir en la vida pruebas tan rudas. A los pocos meses del nacimiento de su hija fué nombrado el conde de Fuentes embajador de España en la corte de Turín, y á ella marchó con su esposa, dejando á María Manuela á cargo de su tío paterno D. Vicente Pignatelli y Moncayo, capellán mayor del real convento de la Encarnación, hombre de virtud acendrada y entendimiento clarísimo, pero más apto para escribir homilías y dirigir conciencias de monjas que para llenar, con respecto á una niña de pocos meses, el difícil papel de *ama seca*.

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas del conde de Aranda.

Desempeñó como pudo el ilustre capellán el extraño encargo de su hermano, y con gran cordura puso de educanda á la niña, no bien cumplió cuatro años, en el monasterio de las Salesas Reales, fundado años antes por Fernando VI y la reina Doña Bárbara. Educábanse por aquel entonces en este monasterio las hijas todas de casas grandes, y allí comenzó á desenvolverse poco á poco aquel gran corazón, á la manera que un capullo crece lentamente, se desarrolla y se abre al fin, quedando convertido en fragante rosa que exhala su perfume, sin sospechar siquiera que lo tiene. Allí se deslizaron once años de su vida, serenos y dichosos, con la suave tranquilidad con que se deslizan las cuentas de un rosario entre los dedos de una virgen: la santidad del lugar, la apacible monotonía de aquella vida y el trato exclusivo con almas puras é igualmente sencillas, fueron grande parte para engendrar en Doña María Manuela cierta suave timidez, no fingida, mas sí sólo aparente, que ocultó por mucho tiempo las grandes y enérgicas cualidades que habían de trocar más tarde al ángel con alas de cisne, en ángel con alas de águila; porque necesita el alma para desarrollarse en toda su pujanza ser sepultada algún tiempo entre los rigores de lo adverso, y así como es necesaria la presión para hacer estallar la pólvora, así también es necesario el rudo choque de los vendavales de la vida para despertar ciertas enérgicas virtudes que duermen en la prosperidad en el fondo del alma.

No tardaron en presentarse por primera vez estos momentos de prueba. Dióse al fin por terminada la educación de la futura Duquesa á los quince años, y llególe entonces la hora de salir al mundo; mas no la esperaban á su entrada para guiarla y aconsejarla, ni el cariño y la experiencia de un padre, ni los desvelos y ternura de una madre. Los condes de Fuentes no parecieron nunca cuidarse mucho de su hija, y durante todo este tiempo habían pasado de la embajada de Turín á la de Londres, y venido luego á la de Francia, donde se hallaban á la sazón en que Doña María Manuela abandonó para siempre el convento. Acogió, pues, en su casa á la inexperta doncella, á la *monjita Pignatelli*, como la llama en sus cartas un ilustre petimetre de la época, su hermana mayor Doña María Francisca, viuda á los veinte años del undécimo duque de Medinaceli. Era esta señora de singular discreción y hermosura, y á ella se apegó la pobre niña recién salida del convento con ese cariño expansivo y candoroso propio de los corazones juveniles que jamás han gustado las dulzuras de la familia. Una tragedia repentina vino, sin embargo, á privarla á los pocos meses de aquella hermana querida que, no obstante su juventud, supo ser para ella madre, amiga y compañera.

Tenía la Duquesa horror invencible á las viruelas, enfermedad siempre y entonces más que nunca temida. Cayó enferma de este mal una pobre mujer en una casucha no lejos del palacio de Medinaceli, y aterrada la Duquesa huyó al punto de la corte,

llevándose á su hermana. Mas la enfermedad corrió más que los tiros de colleras, y alcanzó á la Duquesa en un lugarejo de la Mancha, destruyendo allí en pocos días tanta juventud, tanta belleza, tanto poderío...

Asistióla Doña María Manuela hasta el último instante sin temor al contagio, y aquella lozana juventud, trocada á su vista en horrible podredumbre; aquella muerte hiriendo como un rayo en medio de la fuga, echaron en su corazón la primera semilla del desprecio á las grandezas humanas que sintió toda su vida, de la profunda convicción de que todos los esfuerzos del hombre para sustraerse á la voluntad divina son tan sólo débiles sacudidas de la mariposa que se revuelve contra el alfiler que la taladra.

Murió la duquesa de Medinaceli á los veintiún años de edad, y fué su muerte el único estrago que por aquella vez hicieron las viruelas en la corte. Un magnífico retrato de Mengs, existente aún en el palacio de Villahermosa, ha conservado el recuerdo de esta infeliz señora, muerta en la flor de la edad y en la cumbre de la fortuna.

Volvióse, pues, Doña María Manuela á la corte, aterrada aún por el espectáculo de la muerte, que por primera vez había contemplado, llevando fijo en el alma ese punzante aguijón de la primera pena, que por ser dolor lastima como cualquier otro, y por ser desconocido aturde y sorprende cual ninguno. Hospedóse entonces en casa de la condesa de

Aranda, su tía muy cercana, y en ella permaneció hasta después de su matrimonio. Fué la condesa de Aranda, Doña Ana María del Pilar Fernández de Híjar, hermana del Duque de este nombre, dama muy principal, de grandes respetos en su época y muy dada á la piedad y al recogimiento. De ella aprendió Doña María Manuela santas máximas, costumbres devotas y aun sencillas devociones que conservó toda su vida, y á las cuales alude no pocas veces en la larga correspondencia que mantuvo con su hijo D. José Antonio desde el año 1809 al 1813, atribuyéndolas siempre á la *tía Aranda*.

Mientras tanto, concertaba el conde de Fuentes en París las bodas de su hija con el duque de Villahermosa, agregado á la Embajada de que era aquél primer representante, sin que los novios se hubiesen visto jamás en la vida. Extraño modo de hacer un matrimonio, que con ser muy frecuente en otras edades, no deja de ser también harto peligroso, porque nada pueden ni nada valen los intereses de familia al lado de los peligros de un alma y la paz de un hogar, puesta en grave riesgo por una elección que la Santa Madre Iglesia católica deja á la voluntad libre y deliberada de los contrayentes, y la sana razón y la prudente experiencia aconsejan vaya basada en la mutua conformidad de caracteres y en la natural inclinación de los corazones, regida y temperada siempre por el frío, claro y severo raciocinio.

Terminó el conde de Fuentes sus tratos con Villahermosa á fines de Abril de 1769, y el 28 de Mayo

del mismo año firmáronse en Madrid las capitulaciones matrimoniales ante el escribano Ventura Elipse, representando en ellas á los condes de Fuentes su primogénito el célebre marqués de Mora, y al duque de Villahermosa su hermano D. Jorge Azlor Aragón, teniente coronel de los reales ejércitos. Por ellas dotaba el conde de Fuentes á su hija en 100.000 ducados, de los cuales, por grandes atrasos habidos en su renta, tan sólo pagó 389.034 reales en alhajas dejadas en su mayor parte á la misma Doña María Manuela, por su hermana la duquesa de Medinaceli; lo cual dió origen más tarde á reclamaciones de Villahermosa y á un grande acto de generosidad de Doña María Manuela, que renunció en favor de sus hermanos su dote y su herencia.

El duque de Villahermosa, por su parte, ofreció á la desposada en estas capitulaciones matrimoniales 10.000 ducados por vía de arras, y señalole 6.000 anuales para gastos de su cámara. Asegurábale también la pingüe viudedad foral de todas las rentas y estados poseídos por la casa de Villahermosa en el reino de Aragón, según fuero del mismo. Estas capitulaciones y este matrimonio convertían, pues, á la *monjita Pignatelli* en una de las señoras más ilustres, ricas y poderosas que brillaban por aquel entonces en la corte de España.

Detúvose aún la nueva Duquesa dos días en casa del conde de Aranda, y al tercero, que fué el 3 de Junio, púsose en camino para París, acompañada por su hermano primogénito el marqués de Mora y

su cuñado D. Jorge Azlor Aragón. Componían la comitiva tres coches y quince caballos, y á ella se agregó el conde de Aranda, que por honrar á su esposa en *sobrescrito* quiso acompañarla hasta Alcalá, término de la primera jornada, llevando gentes de su escolta. Duró el viaje, harto rápido para aquellos tiempos, dieciocho días consecutivos, y el 20 de Junio llegaron á Meung, apeándose en el palacio del obispo de Orleans, donde esperaba éste á la desposada, en unión de la condesa de Fuentes, madre de ella, y de su desconocido esposo el duque de Villahermosa ¹.

Grandes temores y perplejidades despertaron durante tan largo trayecto en el ánimo de la inocente Duquesa sus jóvenes y alegres compañeros de viaje. Era el marqués de Mora uno de los libertinos que mayor fama han dejado en las cortes de Madrid y Versalles, corrompido en sus costumbres, pervertido en sus ideas, hermoso en su aspecto, seductor y elegantísimo en su lenguaje, tratos y maneras. Venerábale D. Jorge Azlor como prototipo de elegancia y de buen tono, tomándole en todo por guía, modelo y consejero, y con la mejor intención, según

¹ La circunstancia de haberse reunido ambos esposos en el palacio de Meung el 20 de Junio de 1769 fué, sin duda, causa de que el señor marqués de Molins incurriese en el error de suponer verificada la boda en esta fecha y bendecida por el obispo de Orleans en la capilla privada de dicho palacio. (Contestación del marqués de Molins al discurso leído ante la Real Academia Española por don Marcelino Aragón Azlor, duque de Villahermosa.)

sus criterios mundanos, procuraron ambos jóvenes desplegar á la vista de su hermana la magnificencia de la corte de Versalles, los placeres de la vida de París, tan ponderados hoy como entonces, y el brillo y esplendor que habían de prestar á la Duquesita en aquella sociedad, la más fastuosa, corrompida y elegante de su tiempo, su nombre, su juventud y sus riquezas.

Estos rayos de luz vivísimos del porvenir que la aguardaba no ofuscaron los ojos de la inocente Duquesa, porque su corazón, abierto como una rosa á todos los impulsos de la brisa, de nada temía ni desconfiaba. Para ella, educada en el más absoluto retiro y la más completa ignorancia de la vida, era el esposo que la aguardaba un nuevo hermano desconocido, á quien había de amar tanto como al marqués de Mora; la sociedad de París algo tieso y fastidioso, semejante á los graves consejeros cuyos rizados peluquines había vislumbrado en el estrado de la *tía Aranda*, y la corte de Versalles una especie de convento sin clausura en que las monjas se empolvaban el pelo y gastaban tontillos tan enormes y vistosos como los que había visto ella alguna que otra vez á su hermana la Medinaceli. Mas cuando en los dieciocho días mortales que duró el viaje oyó de boca de su hermano y su cuñado aquellas fascinadoras descripciones que el mucho respeto de ambos hacia la inocente niña no alcanzaba á disfrazar del todo, no tardó su agudo entendimiento en comprender que la esperaba en París algo muy distinto de lo que

ella se había figurado; algo que despertaba en su corazón, junto á los incentivos del placer, el santo temor de la culpa. Llenábanla estos pensamientos de dudas y temores, y cerraba los ojos para buscar en su corazón los santos recuerdos de su vida de convento, los prudentes consejos de la condesa de Aranda y, sobre todo, la terrible imagen de aquella hermana querida, aquella duquesa de Medinaceli, joven, rica y poderosa como lo era ella misma, y muerta, sin embargo, desastrosamente entre los esplendores de aquella opulencia, que hacían resaltar aún más vivo en la imaginación su hermoso rostro, podrido antes de ser cadáver. Y entre el torbellino de vanidades y placeres profetizados que la deslumbraba, y el temor de ser infiel á Dios que afligía su alma, elevábase más recia que nunca, allá en el fondo de ésta, la inspiración divina, la voz de la gracia, que susurraba á su oído aquella máxima de San Francisco Javier, de quien fué siempre particular devota: *¿ Y qué te importa ganar todo el mundo si luego pierdes el alma?...*

Esta máxima de su Santo favorito, que fué durante toda su vida lastre de su alma en los días de prosperidad y apoyo en los de desgracia, despertó por vez primera la energía de su virtud; y cuando al amanecer del día 20 de Junio divisó á lo lejos las torrecillas góticas del castillo de Luis el Gordo, á cuyos pies corre el Loire y se extiende la aldea de Meung, la nueva Duquesa dió el último adiós á su inocente vida de doncella y se aprestó á entrar en

su vida de mujer fuerte, serena y confiada, con el ánimo de aquellas antiguas vírgenes cristianas que se ruborizaban ante las miradas de un hombre y no se conmovían ni cejaban ante los halagos del tirano ni ante el hacha del verdugo.

II

No eran infundados los temores de aquella Duquesa de quince años, que iba á dar sus primeros pasos en el escenario más vasto y más resbaladizo que existía entonces en Europa; porque nunca como en aquel tiempo pudo aplicarse con tanta exactitud á la babilonia de París el calificativo de *Universidad de los siete pecados capitales* que más de un siglo después había de darle un grande hombre.

Dos faros luminosos, pero de luz diabólica y siniestra, alumbraban en 1769 la alta sociedad francesa: Voltaire y la Du Barry, la soberbia y la carne, los dos ojos del demonio, fijos en un solo punto, la sociedad de París, para magnetizarla y subyugarla, y extender ó mantener luego su dominio sobre toda la Francia y sobre toda la Europa, y aun sobre el mundo entero. Imperaba la una en la corte, dictaba el otro sus leyes al mundo filosófico, y las corrientes de elegante depravación que de aquélla venían, y las de pedantesca impiedad que manaban de éste, fundíanse en una sola catarata que pretendía anegar, sabiéndolo y queriéndolo todos, el dogma y la moral católica, y había de derruir, sin sa-

berlo y sin quererlo muchos, el trono y el orden social reinantes; porque la piedra fundamental de toda sociedad ha sido siempre la piedra de un altar, y cuando esta piedra se remueve ó se derrumba, la sociedad se remueve también ó se derrumba con ella.

El 24 de Junio de 1768 entregó su santa alma á Dios la buena reina María Leczinska en aquella crapulosa corte de Versalles, donde había vivido siempre pura y aislada como una flor en mitad de un pantano. Era aquella la tercera vez que en el espacio de dos años y medio visitaba la muerte el palacio de Versalles: el delfín Luis y la delfina María Josefa de Sajonia, padres de Luis XVI, habían muerto durante este tiempo, sin que lograran tan tremendos golpes arrancar á Luis XV, viejo ya de cincuenta y ocho años, de aquella vida de libertinaje insensato que ha inmortalizado el *Parc aux Cerfs*, como una inmunda picota en que la historia hubiese grabado su nombre. A los veinte días de muerta la reina María de Leczinska, la desvergonzada modistilla Juanita Bécu, disfrazada de condesa Du Barry, reemplazaba en el escalafón de las regias vergüenzas de Luis XV á la marquesa de Pompadour, como ésta había reemplazado años antes á la duquesa de Châteauroux. Federico de Prusia, el rey filósofo y taimado, cuyas bufonadas hacían reír á toda Europa, bautizó á esta cronología de barragnas ilustres con lo nombres de Cotillón I, Cotillón II y Cotillón III.

Grande fué la oposición del duque de Choiseul, ministro entonces, á que la condesa Du Barry fuese presentada en la corte. Triunfó al fin la favorita, y verificóse la presentación oficial el 22 de Abril de 1769, ocupando desde luego la intrusa, en el segundo piso del palacio de Versalles, un lujoso departamento situado justamente sobre las habitaciones que el Rey mismo ocupaba. Cuéntase que cuando un año después llegó á Versalles la archiduquesa María Antonieta, Delfina ya de Francia, Luis XV en persona la presentó á la Du Barry. La angelical Delfina, que aún no contaba catorce años y jamás había encontrado en la severa y patriarcal corte de la gran María Teresa mujeres semejantes, preguntó ingenuamente á su camarera mayor, aquella marquesa de Noailles, á quien la Delfina misma puso el gracioso mote de Mme. Etiqueta :

— ¿ Y qué cargo tiene en la corte esa condesa Du Barry ?...

Turbóse un momento la de Noailles viendo en aquella pregunta el peligro tras la inocencia, y contestó al cabo con aplomo de palaciega veterana :

— El de divertir al Rey , señora.

Igual pregunta pudo hacer en su inocencia la duquesa de Villahermosa cuando por primera vez vió en la capilla de Versalles, oyendo Misa frente á Luis XV, y acompañada de la mariscal de Luxembourg y la duquesa de Aiguillon, cual si fuese una reina, á la indigna favorita que, según la enérgica expresión de un contemporáneo, deshonoraba

el trono con sus carcajadas, y había de deshonrar más tarde el cadalso con sus lágrimas.

La presentación de la condesa Du Barry tomó las proporciones de un acontecimiento europeo, y fué causa de que el nombre de la duquesa de Villahermosa figurase por primera vez en los manejos políticos y las intrigas de corte. Dividióse ésta en dos bandos contrarios: formaba uno el partido de Choiseul, *loco de mucho talento*, como le llamaba Benedicto XIV; hombre alegre, según Jobez, que tomaba los negocios públicos como una diversión que halagaba su vanidad y distraía sus ocios. Enfrente estaba la Du Barry, sirviendo de pantalla. á la vez que de instrumento, al duque de Aiguillon, al abate Terray y al canceller Maupeau. La impiedad y la ignominia era igual por ambas partes, y Lafontaine hubiera dicho con razón:

D'animaux malfaisants c'était un fort bon plat ¹.

Breve fué la lucha: el abanico de la Du Barry pudo más que la espada de Choiseul, y un día, madura ya la intriga, participó la favorita á Luis XV que había despedido á su cocinero, y añadióle con sus chabacanas gracias de modista ingerta en condesa:

— Conque ya ves, Francia, que he despedido á mi Choiseul... ¿Cuándo despides tú al tuyo?...

Luis XV obedeció al deseo de la Du Barry, y el

¹ Era un excelente guisado de animales dañinos.

24 de Diciembre de 1770 escribía á su ministro, lo mismo que la favorita hubiera podido escribir á su cocinero:

« PRIMO MÍO :

» El desagrado que me causan vuestros servicios me obliga á desterraros á Chanteloup, para donde saldréis en el término de veinticuatro horas. Mucho más lejos os enviaría si no tuviera en cuenta el aprecio particular que la señora de Choiseul me merece, cuya salud me interesa en extremo. Cuidad de que vuestra conducta no me obligue á tomar otra determinación. Pido á Dios que así sea, primo mío, y que os tenga en su santa guarda.

Firmado : LUIS. »

Al ministerio de Choiseul sucedió el del duque de Aiguillon, formando parte el abate Terray, el canceller Maupeau y el señor de Boynes. Á poco circulaba por París, y llegaba á Versalles, el siguiente epigrama, harto exacto por desgracia:

Amis, connaissez-vous l'enseigne ridicule
Qu'un peintre de Saint-Luc fait pour les parfumeurs?
Il met dans un flacon, en forme de pilules,
Boynes-Maupeau-Terray, sous leurs propres couleurs;
Il y joint D'Aiguillon, et puis il l'intitule:
Vinaigre des quatre voleurs ¹!

El duque de Choiseul salió para Chanteloup, so-

¹ Amigos, ¿habéis visto la extraña muestra que un pintor de

berbio palacio construido por la princesa de los Ursinos no lejos de Amboise, y vióse entonces el extraño caso, rara vez registrado en los anales de una corte, de la fidelidad siguiendo á la desgracia. Los más altos personajes de la nobleza, del ejército y la magistratura corrieron á despedir al Ministro caído, y el conde de Fuentes, embajador de Su Majestad Católica, y tan acérrimo partidario de Choiseul que, no obstante su intimidad con el Rey, se negó por mucho tiempo á despachar personalmente con D'Aiguillon, acudió también presuroso, en compañía del duque de Villahermosa, su yerno, á dar al desterrado un último abrazo.

No paró aquí la cosa: el primer viento revolucionario, *viento de Fronda*, como le llama el conde de Ségur en sus Memorias, comenzaba ya á soplar en París, manifestándose en sistemática oposición á la corte. La peregrinación á Chanteloup púsose de moda, y en su magnífico parque, no lejos de una bella pagoda levantada por el mismo Duque, erigióse una columna donde los ilustres peregrinos esculpían sus nombres, como muestra de protesta contra el Rey y de afecto al desterrado. Esta columna puede considerarse como el primer monumento revolucionario, y sin duda porque Dios ciega á los que quiere

San Lucas ha hecho para los perfumistas?... Ha pintado con sus propios colores á Boynes, Maupeau, Terray y D'Aiguillon dentro de un frasco, en forma de pildoras, y encima ha puesto un rótulo que dice: ¡ Vinagre de los cuatro ladrones!

perder fué levantada por aquella misma nobleza que había de sufrir las primeras y más terribles consecuencias de la Revolución. Conservóse intacta hasta 1821, en que el château Chanteloup fué destruido por completo, y entre los mil nombres ilustres en ella grabados leíanse también los del Conde y la condesa de Fuentes y el duque y la duquesa de Villahermosa. Luis XV lo supo, y sin atreverse á manifestar su desagrado al embajador del Rey católico, que tan grandes preeminencias gozaba en la corte, guardólo dentro del pecho; en cambio la del fina María Antonieta, que jamás transigió con la Du Barry y apoyaba por lo mismo á Choiseul, redobló sus muestras de afecto á la familia toda del conde de Fuentes.

Creció con esto la importancia de París, á medida que menguaba en consideración la corte, y aquella *cabeza* que encontraba ya Enrique III *demasiado gruesa*, trocóse en cabeza monstruosa, que llevaba dentro de sí todos los delirios del vértigo. Los filósofos pusieron la impiedad de moda, tornaronse en *esprits forts* los *bels esprits*, tan encomiados en Francia, y hasta aquellos petrimetros insubstanciales, abates frívolos y damiselas presumidas que corrían antes de salón en salón, cargados con enormes sacos llamados *ridículos*, en que llevaban un verdadero arsenal de labores, estuches, costureros, juguillos, cajas de lunares, de colorete, de tabaco, de bombones, de olores, de pastillas; que ocupaban su vida entera en contar historias, entonar arietas,

recortar estampas, bordar en tapicería, deshilar brocados, descifrar logogrifos y componer charadas, erigieronse también en Areópago, rieronse de Cristo y de su Iglesia, y repitieron en tono de madrigal las horrendas blasfemias que esparcían Voltaire desde Ferney, y Diderot y D'Alembert desde los salones más famosos.

Porque en ellos, y á la sombra de las mujeres políticas, sabias ó pretenciosas, era donde la impiedad había entronizado sus cátedras, y entonces comenzaron aquellos famosos *soupers* tan característicos de la época, que igualaban en lubricidad á las escandalosas cenas del Regente, y establecieron la comunicación íntima de trato, de ideas y de sentimientos entre los filósofos y los grandes señores. « Los filósofos, — dice un autor, — eran los héroes del día: aun no habían penetrado sus doctrinas en las masas populares; pero en la aristocracia, en la alta magistratura, en la clase media rica y en el mundo de las letras y la banca, eran ellos los señores y hablaban recio y sin recato.

»Encontrábaseles en todas las Academias, en todos los palacios de la alta nobleza, en todas las fiestas y cenas elegantes, y aun se acusaba á ciertos Prelados de fraternizar con ellos. Había pasado la moda de los petrimetros para dar lugar á la de los filósofos, y tan indispensable era en un salón de buen tono uno de éstos con todas sus ideas subversivas, como una araña con todas sus bujías.» La Harpe imperaba en el salón de la orgullosa mariscala

de Luxembourg, el más aristocrático de su tiempo, donde conservaba ella intacto el fuego sacro de la proverbial urbanidad francesa. Las duquesas de Choiseul y de Grammont, la princesa de Beauvau, la condesa de Bouffleurs y otras muchas grandes señoras de la corte, tenían á gala reunir en sus salones á los oráculos de la filosofía, Condorcet, Diderot, Marmontel, Chamfort, Raynal, D'Alembert, Helvetius, Holbac, y alimentaban ellas mismas el incendio que había de devorar la sociedad entera, considerándolo como un pasatiempo, una distracción, una elegancia, unos lindos fuegos artificiales que tenían la plácida brillantez de una luz de bengala. Había, sin embargo, una razón que el cinismo de la época ponía á la vista, sin que fuera necesario ir á buscarla en lo más recóndito de aquellas almas. El libertinaje buscaba un salvoconducto en la impiedad. Dios estorbaba, y preciso era suprimirlo; porque debajo de todo aquel brillante conjunto, que la elegancia encubría con plumas y encajes y la filosofía con chistes blasfemos y pedantescas sentencias, había una sola cosa, un solo interés común entre hombres y mujeres: carne.

Y no se limitaban los filósofos á brillar de prestado en los salones aristocráticos: tenían también sus salones propios, donde los dueños eran ellos y los grandes señores los convidados. Era el más antiguo el de la vieja marquesa Du Deffand, aristócrata de raza, la *mujer Voltaire*, como la llamaron en su tiempo, ciega de los ojos del cuerpo y también

de los del espíritu. Clavada día y noche en el sillón, que llamaba *su tonel*, era aquella vieja extraordinaria el árbitro de las reputaciones, el alma de un centro filosófico y político, á que acudían los diplomáticos extranjeros en busca de la solución de todos los enigmas y el hilo de todas las intrigas.

Seguía luego el salón de Mlle. de Lespinasse, la amiga harto íntima de D'Alembert, con quien vivía, mujer liviana y ardiente, que encontraremos más tarde, por haber sido ella el origen de grandes pesadumbres sufridas por la duquesa de Villahermosa.

Mas el salón característico de aquella época, el que puede considerarse como una verdadera institución del siglo XVIII, era por aquel entonces el de madame Geoffrin. Fué esta mujer de obscurísimo nacimiento, casada con un fabricante de espejos, hombre de tan cortas luces que leyendo un tomo de la *Enciclopedia*, impreso en dos columnas, hacía saltando de la línea de una á la línea de otra, y aseguraba después haber encontrado el libro *muy bueno, aunque algo abstracto*; marido de tan escasa importancia en su propia casa que echándole de menos, después de una larga ausencia, cierto personaje asiduo tertuliano de su esposa, preguntó á ésta:

— ¿Qué ha sido de aquel señor viejo que se sentaba siempre al extremo de la mesa y no hablaba nunca con nadie? ...

— ¡ Ah ! Ya sé quién dice Ud., — respondió madame Geoffrin. — Ha muerto.

— ¿ Sí ?... ¿ Y quién era ?...

— Mi marido.

No era Mme. Geoffrin más letrada que éste, y cuantos contemporáneos hablan de ella la presentan siempre ignorante, hasta el punto de desconocer la ortografía : exacta apreciación ésta que podemos comprobar con un dato auténtico. Entre los abundantes y preciosos documentos que la bondad de cierta gran señora nos ha proporcionado para escribir la siguiente historia, existe un billetito autógrafo, un *besa la mano*, que diríamos hoy, de madame Geoffrin al duque de Villahermosa. Hállase escrito con caracteres garabatescos, en un papelillo de dos pulgadas de alto por tres de ancho, cerrado con gruesa oblea encarnada, y dice á la letra :

« Mme. geoffrin fait mille, et mille remerciements, a monsieur le Duc de Villahermosa de la bonne nouvelle qu'il luy a donné sur la zante de monsieur de mora, elle est bien touchée et bien reconnoissante de cette attention de sa part, elle prend la liberté d'embrasser monsieur le Duc de tout zon coeur. elle presente ces hommages a madame La Duchesse. ce dimanche matin ' . »

Y en el sobrescrito :

' Mme. Geoffrin da mil y mil gracias al señor duque de Villahermosa por la buena noticia que le ha dado sobre la salud del señor de Mora. Queda muy conmovida y muy agradecida por esta aten-

« a Monsieur
Monsieur Le Duz
de Villahermoza
a l'hotel de monsieur
lembaassdeur Despagne
rue de luniversité. »

Y, sin embargo, esta mujer ignorante, sin talento, sin belleza, sin juventud, porque en la época á que nos referimos contaba ya setenta años, había fundado un salón, célebre en toda Europa, donde tuvo realmente lugar la íntima y funesta alianza de los grandes señores con los impíos filósofos, comunicando éstos á aquéllos sus impías máximas, siguiendo á aquéllos éstos en sus depravadas costumbres y su elegante libertinaje. El rey de Polonia, Estanislao Poniatowski, que durante su permanencia en París había frecuentado mucho el trato de Mme. Geoffrin, llamábala *su querida mamá*; Catalina II y Federico de Prusia la escribían familiarmente, y hasta María Teresa, la grande y piadosa María Teresa, el *único rey*, según un historiador, que ocupaba entonces un trono en Europa, hizo detener su carroza en mitad de las calles de Viena para saludar al paso á la *fabricante de espejos*. Las recepciones de mada-

ción de su parte: se toma la libertad de abrazar al señor Duque con todo su corazón, y presenta sus homenajes á la señora Duquesa.— Hoy domingo por la mañana. — Al señor duque de Villahermosa, en el hotel del señor embajador de España, calle de la Universidad. (Archivo de Villahermosa.)

me Geoffrin eran diarias, y á ellas acudían las damas más ilustres de la corte : dos veces por semana, lunes y miércoles, celebrábanse aquellos famosos *soupers* de hombres solos, que ella presidía, y en los cuales sólo tenía entrada otra mujer, Mlle. de Lespinasse. Los lunes reunía á los artistas, y los miércoles á los escritores; á éstos últimos, por una extravagancia cuyo origen no hemos podido averiguar ni tampoco comprender, regalaba invariablemente la vieja anfitriona un gorrito de terciopelo. La mesa de Mme. Geoffrin no era muy espléndida : Marmontel, que tantas veces se sentó á ella, dice : « Las viandas exquisitas no abundaban ; reduciase todo ordinariamente á un pollo, espinacas y una tortilla. »

Semejante notoriedad en tal mujer, observa uno de sus biógrafos, hay que explicarla siempre por alguna cosa... En otro país cualquiera, creemos nosotros, sería necesario este trabajo ; mas en Francia bastará quizá recordar aquella pincelada maestra con que al pintar Tito Livio á los galos de su tiempo, retrató á los franceses de todas las épocas. *Nata ad vanos tumultus gens*¹. Por otra parte, la industria de los espejos daba mucho: Mme. Geoffrin era rica, y era también quien suministraba con mano generosa los fondos necesarios para la costosa obra de la *Enciclopedia*. Nada tiene, pues, de extraño que los enciclopedistas ensalzaran y se agruparan en

¹ Gente nacida para entusiasmos inmotivados.

torno de aquella extraña vieja, en cuyo bolsillo habían encontrado el manantial de Pactolo. Cuando se leen las entusiastas alabanzas de Mlle. de Lespinasse á Mme. Geoffrin en su continuación al *Viaje sentimental* de Sterne, debe tenerse en cuenta que la heroína ensalzada pasó por muchos años una pensión de 1.000 escudos á la autora del panegírico, como los pasó también á otros muchos, Thomas y Marmontel entre ellos, al cual último solía llamar *querido vecino* porque le daba albergue en su propia casa.

Esta era la sociedad, así en Versalles como en París, donde á los quince años había de comenzar la duquesa de Villahermosa á conocer á los hombres, porque ésta era la sociedad que su padre, su esposo, sus hermanos y hasta su misma madre la condesa de Fuentes frecuentaban, obligados unas veces por su alta posición oficial, arrastrados otras por el imperio de la moda, que tan á menudo finge deberes, acalla escrúpulos y adormece conciencias. En aquellos salones vió la duquesa de Villahermosa adelantarse y crecer á la Revolución, vistiendo cascaca de terciopelo y chorrera de encaje antes de vestir la carmañola; caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la corte antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sans-culotte* del 93.

Mas aquellas cabezas empolvadas se enderezaban á veces con estremecimiento de terror, y las mejillas palidecían bajo el obligado colorete, porque el instinto avisaba á intervalos la proximidad

del peligro, porque la muerte se encargaba de cuando en cuando de tumbar por tierra alguna de las grandezas humanas, porque la víctima lanzaba al caer un grito de espanto que ponía pavor en los ánimos y despertaba en torno el remordimiento... Un día, de repente, corrió la voz de que la viruela había atacado á Luis XV. Versalles quedó desierto: el Delfín y sus hermanos huyeron: sólo quedaron al lado del Rey sus tres hijas, Adelaida, Victoria y Sofía, modelos de amor filial, cuya memoria ajó cruelmente la liviandad de su padre, por aquello de donde no llega la maldad llega la calumnia. Algunos cortesanos, obligados por la imperiosa ley de la etiqueta, cuchicheaban medrosamente en las antecámaras más lejanas. También la ambición desafió el riesgo, y junto á su lecho de muerte vió el Rey estallar más fiera que nunca la lucha entre el partido de Choiseul y el de la Du Barry. Oponíanse ésta y D'Aiguillon á que el Rey recibiera los Sacramentos, porque había de ser aquélla la señal del destierro de la favorita y de la caída del ministro. Choiseul, por el contrario, el impío Choiseul, el encarnizado perseguidor de los jesuítas, quería que se le administrasen sin pérdida de tiempo, como medio de derrotar al bando enemigo. Era horrible aquella lucha de ambiciosos y cortesanas disputándose un jirón de poder ante el terror de la muerte y la majestad de los Sacramentos.

Un hombre enérgico y virtuoso, el arzobispo de París, Mons. de Beaumont, dirimió la contienda

presentóse en Versalles solo, sin aparato, dispuesto á pagar con el mayor de los beneficios la afrenta que le había hecho el Rey desterrándole. La camarilla de la favorita presintió su derrota. El mariscal de Richelieu (dice un testigo del hecho), viejo libertino, resto podrido de la Regencia, salió precipitadamente al encuentro del Arzobispo y le detuvo en la sala de guardias. Sentáronse en una banquetta; el Mariscal hablaba con gran vehemencia y gestos muy animados; el Arzobispo le contestaba con entereza; levantóse al fin de repente, y sin hacer caso de Richelieu entróse en la cámara regia.

El Rey no se sorprendió al verle, mas tampoco se apresuró á pedir los Sacramentos. A las cuatro de la tarde, la Du Barry en persona vino á tentar por última vez al viejo Rey en su lecho de muerte; mas él la mandó retirar con suaves palabras, y la favorita salió de Versalles para no volver nunca. Quedó el Rey muy postrado y abatido, y á eso de la media noche mandó llamar al abate Mondou: confesóse con grandes muestra de arrepentimiento, y al romper el alba recibió el Viático y los santos Oleos.

La proximidad de la muerte despertaba su fervor, y al entrar el Viático en la cámara arrojó con presteza las sábanas y arrodillóse con gran trabajo apoyado en la barandilla del lecho. El médico quiso obligarle á cubrirse, mas él, con mucha humildad, contestó:

— Cuando el Dios del cielo viene á visitar á un

miserable como yo, lo menos que puede hacerse es recibirle con respeto.

Entonces el cardenal de la Roche-Aymon, gran limosnero de la corte, leyó por orden del Rey estas palabras, en que el pecador se arrepentía, el escandaloso daba satisfacción y el monarca de derecho divino sostenía hasta el borde del sepulcro sus prerrogativas de Ungido: « Aunque el Rey no tiene que dar cuenta de su conducta más que á Dios, declara que se arrepiente de haber escandalizado á sus súbditos, y que hubiera deseado vivir tan sólo para sostener la Religión y hacer el bien de sus pueblos. »

Debilitóse aquí la voz del Cardenal, y el Rey, con la lengua ya trabada, dijo angustiosamente:

— Repetid, Sr. Cardenal, repetid esas palabras...

Y ya no dijo más: á las dos y media de la tarde expiró Luis XV. Oyóse entonces un gran tumulto que resonó en todo el Palacio: eran los cortesanos que abandonaban las antecámaras, aplicando á sus narices pomitos de enérgicos desinfectantes, ligeros como el que deja al fin una carga, alborotados como el que rompe el freno de largo y forzado silencio... Quedó solo aquel muerto, que había sido Rey cincuenta y nueve años: envolviéronle precipitadamente en las mismas sábanas del lecho y arrojáronle en un triple ataúd de encina y de plomo. Aguardaron á la noche, encubridora de todos los crímenes y de todas las vergüenzas; colocáronle en una de las carrozas de caza, y al trote largo, á galope casi, lleváronle á San Dionisio. Escoltábanle 20 pajes y

otros tantos palafreneros que llevaban antorchas y no vestían luto. El cortejo no osó atravesar por París, y por el bosque de Boulogne dió la vuelta.

El pueblo repetía á su paso aquel grito ridículo, hecho popular, con que el difunto Rey solía perseguir á los ciervos:

— ¡Taïaut!... ¡Taïaut!... ¡Taïaut!...

III

Una vez trazado á grandes rasgos el fondo de aquel vasto teatro en que la duquesa de Villahermosa había de hacer su primera salida al mundo, preciso es dar á conocer el otro círculo, más reducido, pero mucho más íntimo, en que había de vivir cotidianamente su propia familia.

Componíase ésta en 1769 de su esposo el duque de Villahermosa, sus padres los condes de Fuentes y sus cinco hermanos, hijos de éstos.

Contaba ya el duque de Villahermosa en la época de su matrimonio treinta y nueve años, y era hombre de complexión robustísima, varonil elegancia, carácter entero y muy agudo entendimiento. La educación y el trato continuo con la sociedad más culta, que no era ciertamente la más sana de su tiempo, habían pulido, á la vez que falseado en parte, aquellas prendas naturales, afinando su exterior sin afeminación, suavizando su carácter sin debilidad, extraviando en su entendimiento, al cultivarlo según el espíritu de la época, algunas ideas tras-

cedentales, cuyo influjo había de reflejarse en sus sentimientos y costumbres durante época determinada de su vida. Porque destruir una verdad en el entendimiento es desatar una pasión en el corazón y desequilibrar todas las restantes; y así es como de un solo error moral brotan muchos vicios en el individuo, y de una sola herejía nacen muchas revoluciones en los pueblos, y se dan fraternalmente la mano todos los absurdos y todos los atropellos. Esto sucedía entonces, y esto sucede ahora á jóvenes y viejos, y esto sucedió al duque de Villahermosa.

Nada revela tan á fondo el carácter de una persona como aquellos documentos escritos en esos momentos de expansión ó necesidad, en que el alma parece abrirse y vaciarse en la carta íntima dirigida á un amigo ó en las páginas del diario destinado á consignar hechos, reflexiones ó sentimientos. Encuétranse, por decirlo así, esparcidos entre aquellos recuerdos de otra época los restos de la persona que los escribió, y puédese fácilmente unirlos y ordenarlos y reconstruir aquel ser moral, que se levanta entonces en la imaginación tal cual era, vivo y entero, como un muerto que entreabriese su sepulcro para trabar conocimiento con la posteridad, y hacerle al oído sus confidencias, y referirle los hechos y secretos de su vida y de su tiempo. Así hemos conocido nosotros al duque de Villahermosa: á la vista tenemos su correspondencia íntima y el diario llevado por él desde los primeros años de su juventud hasta dieciséis días antes de

su muerte; páginas auténticas, á través de las cuales aparece primero el joven *berou* de la casa más ilustre de Aragón, rebosando salud, vida, arrogancia, entereza aragonesa, filosófica despreocupación, moda del tiempo; engolfándose en todos los placeres y aun en todas las liviandades de la mocedad, mas dominando siempre al corazón la cabeza, porque es frío; enfrenando el orden á la prodigalidad, porque es prudente; manteniendo incólume lo que según el criterio del mundo constituye el honor y el lustre de una gran casa, porque, aunque olvida á veces la ley del cristiano, siempre tiene presente la ley del caballero. Viene luego el hombre ya maduro, conteniendo con mano fuerte los bríos de una juventud hartó prolongada, trocando la franqueza nativa por la reserva y hasta la suspicacia del diplomático; buscando friamente en el matrimonio, más que los goces del corazón, la esperanza de un heredero; en las Cortes y en las letras, más que la ambición de brillar, el anhelo de añadir gloria propia á la gloria heredada; en el fondo del alma, los restos de una fe que creía muerta, que estaba sin duda enterrada, pero enterrada viva, bajo ímpetus de juventud no sujetos y doctrinas filosóficas por moda aceptadas, encontrando al cabo esta fe bajo el influjo de la santa compañera que le tocó en suerte, y conservándola con amor y con respeto en la práctica de todas las virtudes hasta el fin de sus días, como alhaja dos veces preciosa por ser hallada después de perdida.

Tal aparece en sus diversas épocas el duque de Villahermosa, verdadero tipo del gran señor español *éclairé* del siglo XVIII, que lamenta y critica el atraso de su patria entre extranjeros, y la ama con todos sus defectos entre los suyos; que hace alarde de despreocupación, que llega á no practicar y hasta á *creer que no cree*, y es profundamente religioso en el fondo del alma; que acepta y aun propaga las niveladoras doctrinas políticas del filosofismo, y es monárquico como Felipe II, aristócrata hasta la médula de los huesos, y consagra su vida entera á aumentar con su valer y sus esfuerzos propios el prestigio de su privilegiada clase, y á impedir que pasen el poder y los honores á manos de los *golillas*, *burgueses*, que diríamos hoy, de aquella época y aquel reinado.

Conocido de todos fué el duque de Villahermosa en los reinos de Aragón y de Navarra, cuando en los primeros años de su juventud llevaba tan sólo el título de conde de Guara. Dió allí muestras de mozo de provecho y también de hartos bríos, y manifestó ya su afición á las letras entonando décimas y madrigales á una tal Doña Pepita, pamplonesa, dama de poco fuste, que si no le conquistaron el laurel de Apolo, conquistáronle al menos los panegíricos de D. Hugo de Urries y D. Pedro Daoiz, padre éste de la ella, que sin duda vislumbró esperanzas de yerno en la inspiración del poeta. Como oriundo de Aragón y Grande de primera línea, declaróse Guara por el partido opuesto al de los *golillas*, el par-

tido *aragonés*, cuyo jefe era el conde de Aranda, su amigo y deudo cercano. Conoció éste las esperanzas que el mozo ofrecía y quiso atraerlo á sí, aproximándolo al viejo duque de Villahermosa, tío de ambos, de cuyos estados y títulos era Guara el heredero. En Abril de 1756 escribía Aranda al conde de Guara: « Si mi tío el duque de Villahermosa fuese accesible á mis insinuaciones, aún le propondría yo que te trajese á su compañía y tratase como su preciso inmediato heredero; pues logrando tú las apreciables circunstancias personales que te adornan, te sería más fácil producirlas, para proporcionarte ser empleado con tu sobresaliente capacidad; haré lo posible por explicarme, pero ten paciencia y nada hables hasta que yo pueda avisarte la resulta de mi proposición. Avisame y prevenme lo que te ocurra poderte conducir, y manda en cuanto yo valiere ¹. »

Oyó el viejo Villahermosa las insinuaciones del conde de Aranda, y trájose á Madrid al sobrino, señalóle alimentos de heredero inmediato y dióle rinda suelta en aquel ancho campo de la corte, donde tan ampliamente podía lucir sus méritos, lograr sus deseos y satisfacer sus pasiones. No se descuidó Guara en aceptar lo que tan de grado le ofrecían, y de tal manera conquistóse de hecho el puesto que de derecho le correspondía, que en Enero de 1769 escribe D. Ramón Pignatelli, hombre tan práctico y juicioso, á su hermano el conde de Fuentes: « El

¹ Archivo de Villahermosa.—Cartas inéditas.

pensamiento de Villahermosa (*su boda con Doña María Manuela*) no puede ser mejor, pues sus prendas le hacen hoy el Duque sobresaliente de nuestra corte ¹. » Dejóse, pues, de décimas y madrigales para dedicarse al estudio de los autores enciclopedistas, que comenzaban entonces á penetrar en España, y olvidóse, como consecuencia inmediata, de sus pláticas amistades con Doña Pepita, para trocarlas por otras más positivas, de las cuales fué la más sonada la de aquella famosa Mariquita Ladvenant, actriz del Corral del Príncipe, de quien escribió Jovellanos en su epístola á Arnesto sobre los vicios de la corte:

Haráte de Guerrero y la Cartuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciando estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas... ².

Faltaba al conde de Guara la pincelada maestra, según aquellos tiempos, en la formación de un hom-

¹ Archivo de Fuentes.—Cartas inéditas.

² La comedianta María Magdalena Ladvenant, viuda de Manuel de Arribas, fué célebre por su talento artístico y su vida licenciosa. Murió en la flor de su edad el 1.º de Abril de 1767, dando un gran ejemplo de edificación, que merece consignarse. Arrepintióse tan de veras en este trance supremo de sus pasados extravíos, que mandó llamar al P. Agustín de Barcenilla, de los Clérigos Menores del Espíritu Santo, hizo confesión general de toda su vida con gran-

bre de calidad; el toque de supremo buen tono en todo joven de la aristocracia: el viaje á París. Empeñólo, pues, Guara á principios de 1763, agregado, por gracia del Rey y favor de Grimaldi, á la embajada del conde de Fuentes: murió á poco el viejo Villahermosa, y en posesión ya de su rica herencia, con amigos poderosos en Madrid, altos apoyos en Versalles, nombre ilustre, gruesas rentas, talento cultivado y figura arrogante, agasajáronle en la corte, abriéronle de par en par las puertas de los salones, y los filósofos batieron palmas creyendo encontrar en el joven Duque otro conde de Aranda, acaso el único *impío de verdad* que existió por aquel tiempo en la Grandeza de España.

Y nunca lo fué ciertamente el duque de Villahermosa; quizá alguna vez creyó él mismo serlo, por aquello que dijo Montaigne, *l'homme se pipe*, se hace trampas á sí mismo; y procurando tomar por dudas reales de su entendimiento lo que sólo es re-

des muestras de contrición, y firmó un acta, que tenemos á la vista, en que da públicas muestras de arrepentimiento y revela un importante secreto de su vida. El mismo P. Agustín de Barcenilla dice en carta del 10 de Abril de 1767: «Las señales que hasta el último instante de su vida dejó esta señora fueron de su cierta predestinación, pues aprovechó tanto las luces de su gran entendimiento, que no me queda duda de que está descansado en la gloria.» (Archivo de Villahermosa, — Documentos inéditos.)

Mariquita Ladvenant dejó al morir cuatro hijos, todos pequeñitos, María y Silveria, Perico y Paquito, que quedaron desamparados y fueron recogidos, respectivamente, por las duquesas de Huescar y Benavente, el duque de Arcos y el conde de Miranda.

beldía de sus pasiones, orgullo de su corazón, llega, según la frase de De Maistre, á *creer que no cree*. Hay una página en el diario de Villahermosa que así lo demuestra. En el día 24 de Enero de 1769 dice: «Cumplí treinta y nueve años, y entré en los cuarenta por consiguiente; sano sí, pero no menos incierto de lo futuro...»

Y á continuación, terminando entre renglones la misma frase, con tinta de otra época, esta coletita, este apéndice escrito más tarde, en edad más madura, no como confesión clara del escéptico que encuentra su fe y la proclama, sino como palinodia tácita del hombre que creyó no creer, y reconoce al fin que creía... «sobre el tiempo que me queda que vivir.»

Cierto que aparece Villahermosa lector asiduo y suscriptor constante de todas las obras de los enciclopedistas, pero también lo es que en Junio de 1766 pide á Azara le alcance en Roma del Padre Santo licencia para leer y retener libros prohibidos; y Azara, que era de los *impíos de verdad*, desvergonzado y cínico, le contesta en mal francés, según la moda de los elegantes ilustrados, insultando al piadoso Pontífice Clemente XIII: «Estoy dispuesto á mandar á vuestra merced cuantos pergaminos quiera; pero debo decirle que el permiso del Papa para leer libros prohibidos no es posible alcanzarlo en el pontificado de este *Tartufo*. Felizmente no nos incomodará mucho tiempo, porque está muy próximo á tender el vuelo á su paraíso; y su sucesor, que, se-

gún la regla general, hará todo lo contrario que éste, nos dará bonitas dispensas. Mientras tanto podré enviar á vuestra merced, cuando quiera, el despacho de la Congregación general del Índice, que para el efecto es lo mismo, pues esta Congregación es superior á todas las Inquisiciones y aun al Tribunal de Roma. Avíseme vuestra merced lo que desea, y será servido sin dilación ¹. » Y más tarde, el 17 de Septiembre, añade : « He pedido el permiso del Índice que deseaba vuestra merced, y me lo han prometido para uno de estos días ; en cuanto lo reciba cuidaré de enviárselo para que salga antes del mal estado en que se encuentra por haberse comido tantas excomuniones. Yo me he tragado tantas como vuestra merced, y á pesar de todo me encuentro muy bien ; sin duda la fuerza y la actividad de los ácidos ² del estómago es lo que hace mejor ó peor la digestión. »

Cierto también que frecuenta Villahermosa el trato de los filósofos y emprende la peregrinación á Ferney para tributar á Voltaire su homenaje ; pero también lo es que tiene el noble atrevimiento, estupendo entonces, de recibir en su casa de Turín á dos jesuitas desterrados, de mantener correspondencia con varios de ellos, crimen de lesa majestad según el decreto de Carlos III ; de proclamar solemnemente Patrón de sus estados á San Francisco de

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

² Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

Borja, á poco de haber prohibido á la Duquesa la *ilustrada tolerancia* del Rey católico llevar hábito de San Francisco Javier, por ser este Santo, Santo jesuíta. ¡ Extraño incrédulo aquel que hace voto á la Virgen Santísima de reedificar su iglesia de Pedrola si le conserva la vida de su hijo primogénito siquiera hasta los cinco años !

No es, pues, muestra de impiedad, sino de curiosidad y moda del tiempo, que en compañía de su futuro cuñado el marqués de Mora, y llevando una carta de D'Alembert, emprendiese Villahermosa, á fines de Abril de 1768, el viaje á Ferney para visitar á Voltaire. Allí residía el famoso *enemigo personal de Cristo* desde que Federico II, cansado de él, le arrojó de su corte, haciéndole registrar antes el equipaje, como se registra el de un lacayo ratero ; pero sin tener la precaución de hacer grabar, tan alto que desde el campo de Sedan pudieran leerlas los modernos panegiristas franceses del ilustre bufón, aquellas palabras escritas á él por éste, las más bajas y vergonzosas que han salido jamás de pluma francesa : « Señor : cuando hablo á vuestra Majestad de cosas serias, tiemblo como *nuestros regimientos en Rosbach*. »

Con la *devoción* con que cuentan hacia á Voltaire su criada Baba el chocolate, enseñaba Mr. David, propietario poco ha del château Ferney, el lecho del impío, algunos tapices y cuadros que le pertenecieron, una inmensa chimenea de barro con grandes relieves dorados empotrada en la pared, y un feísimo cenotafio de mármol, construído por el marqués de Vi-

llette para guardar aquel corazón rebosando saña, con este epitafio, falso en su segunda parte, y por desdicha cierto en la primera:

Son esprit est partout, et son cœur est ici ¹.

Hállase el château Ferney deliciosamente situado al pie del Jura, frente á los Alpes de Saboya, de los cuales los separa el lago de Ginebra. Una magnífica alameda de tilos lleva al palacio, hermoso edificio de un solo piso, construído sobre alto peristilo con sendas escalinatas y adornado con columnas dóricas y remates del gusto de la época. En aquel apacible retiro pasó Voltaire los últimos veinte años de su vida, en compañía de su sobrina Mme. Denis, y rodeado siempre de los más ilustres personajes de la época, que acudían á visitarle y sentarse á su opípara mesa, y permanecían allí á veces semanas enteras. Cuando el duque de Villahermosa y el marqués de Mora llegaron á Ferney, encontraron allí á Lally-Tollendal, el más gordo de los hombres sensibles, como le llamó Mme. Stael más tarde; al príncipe de Beauvau y al famoso comediante Lekain, que solía representar á veces en el teatrillo que tenía Voltaire en su propia casa. Contaba entonces el *Patriarca de Ferney* setenta y cuatro años, y hacía resaltar su fealdad de mico aquella extrema delgadez que inspiró al escultor Pigalle la idea extravagante de modelar su estatua completamente desnuda. Alar-

¹ Su espíritu está por todas partes, y su corazón está aquí.

mado el filósofo, escribió á Mme. Necker haciendo este retrato de sí mismo: « Dicen que Mr. Pigalle debe venir á modelar mi rostro; pero para esto se necesitaría, señora, que yo tuviese rostro, y apenas si se adivina el sitio en que estuvo. Los ojos se me han hundido tres pulgadas; las mejillas son pergaminos viejos colocados sobre huesos que para nada sirven, porque los pocos dientes que tenía se me han caído. Y no es lo que digo coquetería, sino la pura verdad.»

Recibió Voltaire á los ilustres españoles con grandes extremos, túvolos tres días huéspedes en su propia casa, y obsequióles al tercero con una representación de su tragedia *Mérope*, en que Lekain hizo el papel de Egisto. Voltaire estaba, según su costumbre, sentado en el escenario, detrás de los bastidores, pero lo bastante á la vista del público para que pudiese éste admirar sus contorsiones y los gestos de aprobación ó disgusto con que seguía, nervioso y exaltado, la acción de la tragedia y el diálogo de los comediantes.

Al día siguiente partieron para Génova el duque de Villahermosa y el marqués de Mora: éste no debía volver á ver nunca al famoso embustero. Villahermosa lo vió otra vez en las ridículas y al mismo tiempo terribles circunstancias que más adelante han de verse. Voltaire, muy satisfecho de la visita de los dos *filósofos españoles*, entusiasmado, en éxtasis casi, escribía á D'Alembert el 1.º de Mayo:

« ¡Que el Ser de los seres derrame sus eternas bendiciones sobre su favorito Aranda, sobre su que-

ridísimo Mora y sobre su muy amado Villahermosa! »

La bendición de Voltaire espoleó sin duda las aficiones literarias de éste, porque entonces comenzó á trabajar con grande ahinco en traducir al francés la famosa obra *El Criticón*, del jesuíta Baltasar Gracián, que fué presentada á la Academia Francesa y recibida con grandes aplausos. Entonces comenzó también á reunir, á fuerza de gastos y trabajos sin cuento, la magnífica biblioteca que, aumentada siempre por sus sucesores, había de destruir su mayor parte un incendio más de un siglo después, en 1876.

Tal era y había sido el duque de Villahermosa hasta el momento en que le hemos visto recibir en el palacio del obispo de Orleans á su esposa Doña María Manuela. Al lado de esta ilustre y santa mujer iremos viendo poco á poco desarrollarse en el porvenir su carácter y los hechos de su vida.

Otro de los grandes señores de aquella época, *éclairés* al modo del duque de Villahermosa, fué su suegro el conde de Fuentes. Es indudable que la falsa filosofía dió un gran paso al declarar á la fe hija de la simplicidad y la cortedad de alcances, porque con esto reclutó lo que podríamos llamar su estado llano, su plebe vocinglera, entre las medianías que creyeron encontrar un diploma de ingenio y de talento haciendo alardes de despreocupación, y los astutos que, comprendiendo bien las corrientes de la época, hicieron por cálculo la misma jugada. A es-

tos últimos perteneció el duque de Villahermosa; mas el conde de Fuentes, sin dejar de pertenecer á los segundos, perteneció también á los primeros. No era éste de aquel vigoroso temple de los Pignatelli, más aragonés que italiano, que produjo hombres como D. Ramón y D. José, y mujeres como la condesa de Acerra y la duquesa de Villahermosa, gloria el uno de su patria, ornato el otro de la Iglesia, y lustre estas dos de la Grandeza de España y de Nápoles. El conde de Fuentes fué más italiano que aragonés, hombre de mediano talento, natural blando y para sus intereses abandonado, y tan sólo gran perito en el difícil arte de agradar y amoldarse suavemente á todos los caracteres y todas las circunstancias más ventajosas: cualidad estimable en sus resultados, pero peligrosa en su práctica por las transigencias, no siempre decorosas y lícitas, á que de continuo provoca.

Fué el conde de Fuentes primogénito de su casa y único propagador de ella por haber abrazado el estado eclesiástico sus otros cuatro hermanos. Llamóse el mayor de éstos D. Vicente, y fué arcediano de Belchite, sumiller de cortina de Carlos III y capellán mayor del Real convento de la Encarnación. Seguía á éste el famoso canónigo de Zaragoza D. Ramón, iniciador y protector y director de la grande obra del Canal imperial, que fertiliza toda la comarca aragonesa. El tercero fué D. José, el no menos famoso y santo P. Pignatelli, de la Compañía de Jesús, verdadero restaurador de ella en el pontificado de

Pío VII, cuyo proceso de canonización, entablado ha tiempo, se activa mucho al presente. El más joven, D. Nicolás, fué también religioso de la Compañía de Jesús, y murió en Italia antes de la restauración de ésta.

Sucedió el conde de Fuentes en la embajada de Francia al marqués de Grimaldi, y presentó sus credenciales á Luis XV en 26 de Febrero de 1764. Grande era el prestigio del embajador de España en la corte de Francia, después de sancionado en 1761 el famoso *Pacto de familia*. Concedíasele el puesto de honor entre todos los diplomáticos, y honrábale el Rey cristianísimo con grandes distinciones. Para él no había puerta cerrada en palacio, ni día señalado para hacer la corte á la familia real, como para los otros embajadores lo estaban los martes. Pagábale el Rey casa en Versalles y en todos los sitios reales, y en ellos podía seguir ó no seguir á la Corte, según fuese de su agrado. Supo el conde de Fuentes aprovechar bien estas circunstancias, y su intimidad con la familia real llegó á ser tan grande que todos los días se guisaba en casa del embajador el *puchero* para la reina María Leczinska, y con mucha frecuencia guisábase también la famosa *olla podrida* española para Mesdames, las hijas del Rey ¹.

1 Como una curiosidad ofrecemos al lector la receta de esta *regia olla podrida*, copiada de puño y letra del mismo duque de Villahermosa. *Receta para la olla podrida*.—Se ponen á cocer cuatro libras de vaca y seis libras de cola de carnero, una gallina, una perdiz, todo bien espumado. Se echan luego chorizos y garbanzos

— «No se puede ponderar bien, —dice el duque de Villahermosa en una hoja suelta de su diario, — lo estimado que está Pignatelli en París. La Reina le dice que no quisiera que se fuera nunca, y desearía tenerlo siempre consigo. El Rey le honra mucho, y porque dejó una noche de cenar, el Rey y la Reina le riñeron, temiendo no le hiciese daño. Generalmente todos le aman, estiman y veneran, y nadie habla mal de él. Es un hombre en quien nada cae mal, todo en él es gracia. Da muchos días de comer, y le oí decir á Mme. de Saint-Constantin que ningún embajador de España había dado tanto hasta ahora, siendo cierto, como todos saben, que se ha rebajado el sueldo una tercera parte.»

Estos gastos y prodigalidades que la alteza de su puesto requería, unidos á la merma del sueldo y al abandono natural del Conde, fueron grande parte para quebrantar la casa de Fuentes, más ilustre que opulenta, y hacían de la residencia de los embajadores una mansión verdaderamente señorial á la moda francesa de la época, conjunto de lujo y de despilfarro, de elegancia y de desorden. La condesa de Fuentes, por su parte, participaba del abandono y dejadez de su marido, y aumentábaseles en gran manera la traidora enfermedad de pecho que lentamen-

y un codillo de pernil aperdigado. Estando medio cocida la carne, se saca una porción de caldo para cocer las verduras con especias, y cuando éstas lo están, se exprimen y se echan con la carne y las aves, y en estando todo bien coçido se pasa el caldo para la sopa.

te la minaba, y había de llevarla al sepulcro antes de tiempo. Fué esta señora de mucha [hermosura y honradez; mas harto contemporizadora con las livianas costumbres y malas gentes de su época, y tan amiga del trato de éstas, que arrastraba por los salones sus enfermedades y sus penas, secundando con su mucha discreción los trabajos diplomáticos del conde de Fuentes. Fué grande amiga de Rivarol, y una de las ilustres damas que introdujeron en la alta sociedad de París á este elegante, bello y despierto aventurero, que ocultando tras un condado pos-tizo la posada de *Los tres pichones*, de que fué dueño su padre, logró ser uno de los más *espirituales persifleurs* de los salones, donde con frecuencia le volvían oportunamente la pelota. Una noche, después de los sucesos del 4 de Agosto, el falso Conde, gran defensor de la nobleza, se desfogaba diciendo:

— ¡ Hemos perdido *nuestros* derechos, *nuestros* títulos, *nuestras* fortunas !...

— ¿ *Nuestros* ?... ¿ *Nuestras* ? , — observó picado el marqués de Créqui:

— Sí, señor; *nuestros* digo... ¿ Qué tiene esta palabra de singular ?

— Lo que tiene de singular es el *plural*, — replicó el verdadero aristócrata.

También fué la condesa de Fuentes grande amiga de aquel famoso y corrompido abate Galiani, encarnación del chiste volteriano en la astucia italiana, que, regalando á Benedicto XIV su curioso muestrario de materias volcánicas del Vesubio, es-

cribió sobre la caja: *Beatissime Pater: fac ut lapides isti panes fiant* ¹. En Septiembre de 1770 escribía Galiani desde Nápoles al duque de Villahermosa: « He propuesto seriamente á Lersale que se venga á Nápoles, trayéndose cinco ó seis buenos amigos. Fuentes puede venir á ver sus fincas; Egmont y su familia, sus feudos; vos veréis la Palata y Gayano; la condesa de Fuentes encontrará aquí á Rivarol; Gleichen, Milizern y yo estamos ya aquí, y podríamos figurarnos un pequeño París en Nápoles. Nos haremos la ilusión de estar en una quinta de los alrededores de París, y jugaremos al wisk todo el día... ¿ Qué tal vuestros estudios, vuestra metafísica y vuestra política? ¿ Seguíis emborronando libros que nunca aparecen? ¿ Habéis resuelto el problema de si la fortuna es un efecto del acaso, ó del talento del hombre, ó de alguna inteligencia oculta é invisible, que se constituye en su buen ó mal genio?... Yo he creído siempre que la fortuna en el mundo es efecto del azar; con las mujeres efecto del talento, y en el juego efecto de los malos espíritus, porque imposible es que en un solo año me haya ganado la condesa de Fuentes tres mil doscientas cuarenta libras, franco tras franco, sin que el diablo, el diablo más maestro de todos los diablos, se haya metido en ello ². »

No se crea por esto que la condesa de Fuentes tuviese en particular el feo vicio del juego; era es-

¹ Beatísimo Padre: haced que estas piedras se conviertan en pan.

² Archivo de Villahermosa.—Cartas inéditas.

te vicio general en Francia á todos los grandes señores de aquella época desde tiempos de la Regencia, y no escandalizaba entonces aquel hecho monstruoso de la princesa de Valois, hija del Regente, joven de dieciocho años, que atravesando la Francia para reunirse á su prometido esposo el duque de Mólena, llevaba delante banqueros que le preparasen la partida en las posadas para pasar la noche entera jugando. « Las tertulias de París, — dice el duque de Villahermosa, — empiezan á las nueve, y de seguida se juegan una ó dos rondas. Se interrumpe el juego para cenar, dejándolo en el estado en que esté, y después se vuelven á emprender las partidas y se siguen jugando otras, regularmente hasta las cuatro ó cinco de la mañana. »

Vivían los condes de Fuentes en París en el hotel de Soyecourt, calle de la Universidad, y pasaba también con ellos grandes temporadas su hijo primogénito el marqués de Mora. Fué éste, entre sus hermanos, el más amado de la duquesa de Villahermosa, y más adelante tendremos ocasión de narrar algunas aventuras de su novelesca vida, que coronó muerte tan desventurada. Cuando en 1769 acompañó á su hermana á París, tenía en el ejército del señor rey D. Carlos III el mando del regimiento de Galicia, era ya viudo de la única hija del conde de Aranda, Doña María Ignacia Abarca de Bolea, y habíale quedado de ella un hijo, que murió de viruelas en 1767, y tuvo siempre á su lado, durante su corta vida, su buena abuela materna.

Vivía también en París el segundo hermano de la Duquesa, D. Luis Pignatelli, casado con la hija única del conde d'Egmont, nieta política, por su madre, del viejo libertino duque de Richelieu, grande amigo de la Du Barry, que quiso impedir la entrada al arzobispo de París en la cámara de Luis XV moribundo. Seguía á D. Luis su hermano D. Juan, casado en Madrid con Doña Trinidad Wal, hija de D. Ricardo Wal, ministro de Carlos III, y en quien vino á recaer al cabo toda la casa de Fuentes. Otros dos hermanos menores tenía también la duquesa de Villahermosa, D. Carlos y Doña Luisa; aquél fué caballero de Jerusalén, sobrevivió á todos sus hermanos, y debió de morir después de 1831: ésta profesó en el monasterio de las Salesas Reales, y como religiosa ejemplar, allí murió santamente.

Esta era en 1769 la familia de la duquesa de Villahermosa.

IV

Hospedáronse, al llegar á París los recién casados duques de Villahermosa, en el hotel Soyecourt, y allí permanecieron más de un año, hasta que prepararon para sí otro hotel suntuoso, muy próximo al de sus padres, en la calle de Verneuil.

Hallóse, pues, desde el primer momento la *Duquesita*, — que por su gracia y juventud así la llamaron todos, — en mitad de aquel centro corrom-

pido, adonde llegaba el eco de todos los escándalos. Uno que tuvo resonancia europea y consignamos ya antes, era en aquellos días objeto de censuras, protestas y enérgicas diatribas en todos los salones de la alta nobleza: la presentación de la condesa Du Barry en la corte. Las mujeres sobre todo, que, según un contemporáneo, se vengaban de la ley sálica imponiéndose á los hombres en todos los terrenos, acusaban al Rey sin reparo, llenaban de improperios á la favorita y á la condesa de Bearn, que había tenido la impudencia de ser madrina en la ceremonia, y confundiendo con su ligereza ordinaria lo grande y lo mezquino, lo vergonzoso y lo frívolo, indignábalas de igual modo la cínica tenacidad del Rey que la extravagante librea color de rosa de Zamora, el negro de la Du Barry; el hecho vergonzoso de aquella presentación, que los alardes elegantes de la favorita, que se había presentado ya dos veces en Misa sin colorete y sin polvos; la ignominia que era aquello para la corte de Francia, que el desaire hecho á Choiseul, el ministro alegre y coquetón, ídolo de la aristocracia, tipo en la apariencia de aquella nobleza valiente y elegante, frívola y aventurera, que caminaba riendo y con los ojos vendados hacia el abismo de la Revolución, como hoy camina la sociedad entera hacia el del socialismo. «Jamás he conocido, — dice el barón de Gleichen en sus *Recuerdos*, — un hombre que despertase como él en torno suyo el buen humor y la animación. Cuando entraba en una sala, parecía re-

gistrarse los bolsillos, y encontrar allí manantial inagotable de chistes y de bromas.»

La marquesa de Bouffleurs llegó á predicar la rebelión abierta, retirándose al mismo tiempo todas las damas de la corte; y la condesa d'Egmont, la suegra de D. Luis Pignatelli, hermano de nuestra Duquesa, escribía á su grande amigo Gustavo III de Suecia, víctima real destinada al puñal de los masones¹, como Luis XVI lo estaba á la guillotina: «Señor, me han dicho que habéis pedido el retrato de Mme. Du Barry, y aun se ha llegado á decir que le habéis escrito. Yo lo he negado sin titubear; pero de tal manera me lo afirman, que os suplico me autoricéis para desmentirlo rotundamente. No; esto no puede ser.» Tres meses más tarde, añade: «Espero respuesta á lo del retrato de Mme. Du Barry. Dignaos, pues, darme vuestra palabra de honor de que ni lo tenéis, ni lo tendréis jamás.»

Estas indignaciones y estas protestas, á que hacían coro el duque de Villahermosa y la familia toda de Fuentes, engañaron por completo el candoroso ánimo de la Duquesa y comenzaron á fijar de una vez y para siempre sus ideas sobre los hombres y las cosas. Creyó al pronto aquella algarada hija del sentimiento de la propia dignidad herida, del amor á la moral cristiana ultrajada, y estas sanas y nobles ideas llenaron su alma de paz y de contento, disipando los temores despertados, durante los días de

¹ Deschamps, *Les Sociétés secrètes et la société*.

su viaje, por las escandalosas relaciones de su hermano el marqués de Mora y D. Jorge Azlor Aragón, su cuñado. El escándalo existía en efecto, pero era uno solo el escandaloso, por más que fuese este uno el primero de todos, y los demás, la parte más alta, la más ilustre, numerosa é influyente, protestaba indignada contra el escándalo, en nombre de la dignidad y la moral cristiana. La pobre Duquesita, satisfecha con esto, no abandonó su cándido optimismo.

Mas cuando su natural perspicacia y su claro entendimiento, y el raro don de observación que poseyó desde niña, la hicieron profundizar bien pronto el terreno que pisaba; cuando llegó á entender que todos aquellos pudores sublevados ante el escándalo de la Du Barry se habían doblegado servilmente al escándalo no menos vergonzoso, y aun más tiránico, de la Pompadour; que la dignidad y la moral eran hipócritas pretextos, y la política y el interés de partido verdaderas causas; que aquella puritana marquesa de Bouffleurs era la misma Bouffleurs que llamó Voltaire la *Dame de Volupté*, cínica hasta el punto de componerse á sí misma, pues tuvo pujos de poeta, aquel epitafio:

Ci-git, dans une paix profonde,
Cette Dame de Volupté
Qui, pour plus grandé sûreté,
Fit son paradis de ce monde ¹.

¹ Aquí yace, en profunda paz, — Aquella *Dame de Volupté*, — Que, para mayor seguridad, — Hizo su paraíso de este mundo.

Que aquel Choiseul, querido y ensalzado, chistoso y alegre, era el antiguo amigo, protegido y protector de la Pompadour, convertido de repente en austero moralista por no haber logrado colocar en el puesto de la Du Barry á su hermana la duquesa de Gramont, infeliz mujer destinada al caldoso, como lo estaba también la favorita; el burlesco sacrilego, impió hasta más allá de la tumba, que había de excomulgarse á sí mismo, mandándose enterrar en mitad del campo, lejos de todo lugar sagrado; entonces, decíamos, un desaliento muy semejante al terror invadió su alma, creyéndose condenada á vivir, sola y sin apoyo, en aquellas ciudades malditas en que la misericordia misma de Dios no encontró siete justos, y á su inocente optimismo de antes sucedió ese negro y hondo pesimismo que suele acompañar por algún tiempo en la juventud á la pérdida de las primeras ilusiones.

Otro suceso famosísimo, que tuvo también gran resonancia, vino entonces á encauzar las ideas en aquella reflexiva cabecita, que supo recorrer en pocos meses las varias etapas de la vida, que recorren en muchos años los más de los hombres. Un día corrió por París la noticia de que Mme. Luisa de Francia, la más joven de las hijas de Luis XV, había abandonado la corte. El suceso, tal como un autor lo ha conservado, se refería de este modo. Dos días antes, muy de mañana, Mme. Luisa pidió una carroza y ordenó á su dama de honor, la princesa de Ghistelles, y á su caballerizo, Mr. d'Haranguier

de Quincerot, que se aprestasen á acompañarla. La Princesa tardó bastante en bajar, y presentóse al fin con un vestido de seda completamente liso, una gran manteleta negra en que se envolvía, y un sombrero alto con un solo lazo color de rosa. Subió al coche y dió lacónicamente la orden de ir á San Dionisio. Cuando la carroza entró en las calles que llevan á la famosa Abadía, tumba de los reyes de Francia, Mme. Luisa volvió á decir con igual laconismo:

— A las Carmelitas Descalzas.

Había allí, en efecto, un pobre convento de estas religiosas, mezquino en su fábrica, triste en su aspecto, y tan escaso de rentas que forzosamente aumentaba la penuria con frecuencia la austeridad de la regla. Cuatro días antes de estos sucesos, la humilde Comunidad había comenzado una novena á su Santa Madre, la gran Teresa de Jesús, para impetrar del cielo el pan nuestro de cada día, que comenzaba á faltarle. Allí se dirigió la carroza de madame Luisa, y allí se apeó la Princesa, traspasando los modestos umbrales del claustro, mientras en el lóbrego y obscuro locutorio aguardaban la dama de honor y el caballero. Creyeron éstos que la Princesa tornaría á salir una vez oída la Misa de Comunidad en el coro mismo de las religiosas; pero su sorpresa fué grande cuando, después de una buena pieza de tiempo, hizoles entrar en el claustro la misma Mme. Luisa, y allí les ordenó regresar solos á Versailles, después de mostrarles una orden terminante de su padre, el rey Luis XV, fechada en Choisy, en que

la autorizaba para quedarse de novicia en las Carmelitas Descalzas.

Corrió al punto la estupenda nueva por Versailles y París, y entonces comenzaron los comentarios y averiguaciones. Súpose que aquella santa resolución era muy antigua en la Princesa, y que tan sólo la había confiado al abate Terney, su confesor, y á Mons. de Beaumont, arzobispo de París. Este santo hombre, que, según un autor, llevó en muchas circunstancias de su vida la virtud hasta la audacia, fué el encargado por Mme. Luisa de pedir al Rey la licencia.

Dióselo éste después de dolorosas lamentaciones, y envióselo desde Choisy con este billetito que inserta Mr. de Saint-Aumande en sus estudios sobre *Las mujeres de Versailles*, de donde hemos sacado preciosos datos:

« Te abrazo con todo mi corazón, querida hija mía, y te envío la orden que me pides para tu marcha. Haré lo que deseas por tus criados, y todos tus otros encargos. No puedo dedicarte esta noche más que estas cuatro palabras, corazoncito mío, porque es muy tarde. »

Decíase también que el dolor y la sorpresa de las otras tres hijas de Luis XV, Mesdames Adelaida, Victoria y Sofia, habían sido grandes; mas pasado este primer movimiento natural y espontáneo, la profunda religiosidad de aquellas Princesas hizoles reconocer la abnegación de la real novicia, y escribiéronla al punto amorosamente. Mme. Adelaida le

decía ¹. « Puedes figurarte mejor de lo que yo puedo decirte lo que ha pasado y pasa todavía en mi corazón. Mi dolor iguala á mi sorpresa ; pero si eres feliz, eso me basta. Ruega á Dios por mí, corazón mío, ya que conoces mis necesidades, que son hoy más que nunca apremiantes. Ciertamente que iré á verte en cuanto pueda, y podré en cuanto tú quieras recibirme sin que te moleste. Adiós, corazón mío ; me voy á las Tinieblas, donde me temo estar muy distraída. Quiéreme siempre, y cree que te pago. »

La carta de Mme. Sofía estaba concebida en estos términos, no menos expresivos y cariñosos :

« Si no volví á hablarte, corazón mío, de la sospecha que siempre tuve de que deseabas ser religiosa, fué porque no creí que lo efectuasas nunca. Te perdono de todo corazón el no haberme dicho nada. Tu sacrificio es hermoso porque es voluntario. Pero cree que, aunque no lo sea el que me obligas á hacer á mí al dejarnos, no es menos duro. Puedes estar segura, corazón mío, de que te amo y te amaré toda mi vida, é iré á verte de muy buena gana en cuanto tú me lo permitas. Te abrazo con toda mi alma. »

Todo esto oía la duquesa de Villahermosa, y llegaba á su corazón con esa, por decirlo así, *persuasi-*

¹ Mr. de Barthélemy inserta estas dos cartas en su libro sobre *Las hijas de Luis XV*, donde tan probadas quedan las virtudes de estas tres Princesas, cuyos únicos defectos fueron los propios de su edad y de su estado.

va claridad con que envía Dios á las almas justas las luces de su gracia. Había ella visto pocos días antes á Mme. Luisa en todo el esplendor y magnificencia de la corte... El día de Año Nuevo hubo en Versalles lo que se llamaba entonces *grand couvert*, comida de gala celebrada en público, en el gran salón del primer piso, situado entre la sala de guardias y el salón de la Reina. La condesa de Fuentes había de asistir al banquete, y la Duquesa, que aún no estaba presentada en la corte, y mostraba á ello gran repugnancia, fué con su hermano D. Luis y su cuñada la condesa d'Egmont, hija, á uno de los sitios reservados, desde donde las personas de distinción podían gozar del espectáculo sin confundirse con los buenos *burgueses* de París, que acudían presurosos en estos días á presenciar la comida de la real familia.

El lujo en la mesa era en aquel tiempo portentoso, y dábale mayor realce en semejantes días el ponerse de manifiesto en grandes aparadores las ricas vajillas de oro y plata de la Corona, porque la comodidad las había ya relegado en aquella época, sustituyéndolas con porcelanas de Sèvres, de China y de Sajonia. Formaban los centros en la mesa verdaderos muestrarios de objetos de arte, que la cubrían casi toda, entrelazándose con flores y primorosos dibujos hechos en el mantel con arena, azúcar y miga de pan coloreada. Un tal Carade, famoso maestro en este arte, presentó en la mesa del príncipe de Condé, en Chantilly, un paisaje nevado, cuyo hielo, hecho de azúcar, se derretía poco á poco durante la

comida con el calor natural, viéndose entonces deshelarse los ríos, reverdecer los árboles, abrirse las flores y suceder al invierno la primavera.

El Rey presidía la mesa, y sólo se sentaban á ella los miembros de la familia real: los mismos Príncipes de la sangre presenciaban tan sólo la comida, de igual modo que prescribía la etiqueta á los demás señores de la corte. Allí estaban aquel día el anciano duque de Penthièvre y su nuera, ya viuda, la famosa y desventurada princesa de Lamballe. Las Princesas y Duquesas, todas en traje de corte, conversaban con las personas reales, sentadas en taburetes sin respaldo: las demás señoras permanecían de pie. La condesa de Fuentes hallábase también sentada, por gozar de este privilegio todas las Grandes de España.

La duquesa de Villahermosa había visto ya á Luis XV en la capilla de Versailles, viejo entonces de sesenta años, pero conservando aún todos los rasgos de su arrojante figura, y aquel sello verdaderamente regio, propio de un monarca del antiguo régimen. Mas aquel día vió además por primera vez al futuro Luis XVI, Delfín entonces, á sus hermanos los condes de Provenza y de Artois y las princesas Clotilde é Isabel, niña ésta de cinco años, y á las cuatro Mesdames hijas del Rey, Adelaida, Victoria, Sofía y Luisa. Esta última habíale parecido á la Duquesa lo mismo que todas, y en su pesimismo de entonces, á todas las miraba por el prisma de la Du Barry, que allí se hallaba presente, pres-

tando á la familia real y aun á la corte entera su negra y vergonzosa sombra. Mas cuando un mes después supo que aquella arrogante Princesa, que no exceptuó de su general anatema, se había convertido por su propia voluntad en humilde novicia Descalza; cuando trocó en su imaginación sobre la persona de la Princesa aquellos brocados y encajes, polvos y diamantes, que le parecieron allí la librea del vicio, por la jerga y la estameña y las sandalias de las austeras carmelitas; cuando se figuró á la real hija de Francia saliendo del lavadero de preparar la lejía, como la encontró Mme. de Campan, y lo contó á todo el mundo, y lo dejó luego consignado en sus *Memorias*, una clara luz del cielo rasgó para siempre su amargo pesimismo, como una negra nube que un rayo de sol deshace... Luego en todas partes se podía ser buena y santa; luego en aquel mismo pantano de Versailles existía un alma justa al lado mismo de la Du Barry, como en la misma tierra y con los mismos jugos crecen y se alimentan la rama de cicuta y el tallo de un lirio... ¡Ah! ¡Si el velo del porvenir se hubiera rasgado entonces ante los ojos de la Duquesa, hubiera visto más todavía; hubiera visto al lado de aquel Rey disoluto, verdadera personificación del vicio, una niña destinada á ser santa, Mme. Clotilde, á quien ella misma había de encontrar años después en Turín y venerar más tarde en los altares; hubiera visto á otra niña, Mme. Isabel, destinada á subir al cielo desde el cadalso, llevando la blanca túnica

de su inocencia recamada con la sangre del martirio!...

Esta lección provechosa hizo conocer á la Duquesa que se había engañado entonces creyéndolo todo malo, como se había engañado antes creyéndolo todo bueno; que abundan igualmente en la vida el bien y el mal, mezclados y confundidos, y que no está la verdadera ciencia de mundo en creerlo todo negro, como piensan muchos, ni en creerlo todo color de rosa, como piensan pocos, sino en profundizar las apariencias y distinguir los matices, y separar los que tienen color de cielo de los que sólo reflejan lodo de la tierra. Comprendió que el vicio se ve por todas partes, porque es insolente y se mete por los ojos; y la virtud escasea á la vista porque, como modesta, se oculta, y es necesario buscarla. Comprendió, en fin, lo que más le interesaba á ella: que no hay posición ni estado, por altos y peligrosos que sean, en que falte al alma de buena fe la gracia necesaria para ser santa si es la voluntad divina, y no la ambición y la vanagloria, la que allí la ha colocado.

Mas no se contentó la Duquesa con estériles reflexiones, sino que quiso reducirlas á la práctica, y por eso preguntó, indagó, averiguó y supo muchas cosas.

Supo que aquella Princesa real, que seguía en todo la vida de la corte con la majestad y el señorío que requería su rango, hacía ya de muchos años atrás, en silencio, su aprendizaje de religiosa;

que bajo los brocados y terciopelos y la finísima holanda llevaba siempre la camisa de estameña y el áspero cilicio de las Carmelitas; que por las noches, cuando sola en sus habitaciones nadie la observaba, apagaba ella misma el fuego para hacerse al frío, y encendía, en vez de las bujías perfumadas, las velas de sebo, que eran de regla en el convento, para acostumbrarse á aquel pestífero olor que la causaba particular repugnancia. Supo también que aquella amable Princesa, que jamás hizo á nadie desaire, tampoco otorgó nunca su amistad á quien no la mereciese, y sólo dispensó su confianza al arzobispo de Beaumont, un santo; al duque de Penthièvre, modelo de príncipes; al abate Terney, su confesor, y á la princesa de Marsan, virtuosísima aya de las hijas de Francia.

Y mientras una niña de quince años, á quien el mundo brindaba con todos sus deleites, encontraba en el ejemplo de Mme. Luisa la luz y el camino que á tientas buscaba, la *Mujer-Voltaire*, la impía vieja Du Deffand, que al pie de *su tonel* tenía ya abierta la sepultura, escribía desde este mismo *tonel* dando la noticia: « Este suceso no ha hecho gran sensación. Las gentes se encogen de hombros, lamentan su poquedad de espíritu y hablan de otra cosa. »

¡Sabia Marquesa!... Es fácil que, repasando su crítica á la luz de la eternidad, la haya modificado en parte, según aquella frase del Espíritu Santo, que pronunciará el impío á la vista del justo que despre-

ció, rechinando los dientes: « ¡ Y nosotros, insensatos, teníamos su vida por locura !... »

V

En la época de Luis XV, dice un autor francés, era el amor conyugal en la alta sociedad parisiense el más raro de todos los amores. Los esposos vivían entre sí como personas extrañas unidas tan sólo por lazos de buena educación y cortesía. El marido llamaba á su mujer *señora*, y la mujer al marido *señor*: ambos vivían en la misma casa, pero en departamentos distintos, y cuidando siempre de hacerse anunciar, en el caso de que á alguno de ellos le ocurriese visitar al otro. Jamás se les veía en el mismo coche ni se les encontraba en el mismo salón, porque el marido que osase acompañar á su mujer tenía ya sobre sí la patente de celoso y el estigma de provinciano. Considerábase, en fin, tan anticuado el amor conyugal, que hubiera parecido ridícula la idea de una mujer enamorada de su marido, porque semejante pasión no era ya de buen tono en el gran mundo de entonces. « Con esto, — dice el barón de Besenval en un brote de candoroso cinismo, — ganaba el trato social todo lo que perdían las costumbres; porque libre de la tiesura y encogimiento que engendra siempre la presencia de los maridos, extremábase la libertad, y la coquetería

1 *Nos, insensati, vitam illorum aestimabamus insaniam!*

de hombres y mujeres fomentaba lo ameno del trato y daba origen todos los días á picantes aventuras. »

Era el duque de Villahermosa harto gran señor á la moda del tiempo para no participar de estas costumbres de su época, y desde el primer día de su matrimonio estableció entre él y su mujer esta barrera de hielo, que entibia todo cariño, destruye toda confianza, y es el primer disolvente de la familia. Pasábase el día entero lejos de su mujer, entregado á sus estudios, á sus negocios diplomáticos y al trato más selecto de gentes, á que fué siempre muy aficionado y cultivó con gran constancia, como lo prueba su diario, abierto al azar, por cualquiera de sus páginas. « Día 14 de Enero. — Estuve á ver al duque de Guines; de allí al curso de Historia natural, de donde volví á casa á pie. Me vestí, fui á casa D'Egmont, y á comer en la del embajador de Cerdeña; volví á casa. De allí á la de Mr. de Castrie; vine otra vez á casa á buscar á Ramos, con quien fui á la de Mr. D'Alembert, que tiene tertulia tres veces por semana; luego á casa de Mlle. Bagarotti; después á ver á la duquesa de Choiseul, y últimamente á casa de Mme. de Villemorien, donde cené y me estuve hasta las dos. »

Encontróse, pues, la pobre Duquesita sola en medio de la multitud, que es la peor y más peligrosa de todas las soledades; y sin confianza en su marido para abrirle su corazón, sin osar tampoco desahogarse con su madre, que miraba todo aquello como el modo de ser ordinario de una dama del

gran mundo, y consideraba sus angustias como apuros de colegiala recién salida del colegio, sintió más fuerte que nunca el deseo vehementísimo que desde su llegada á París había hostigado su voluntad con el ansia con que se busca un remedio : encontrar en aquella baraúnda humana un confesor prudente y experimentado que disipase las dudas de su alma y fuese para ella el hilo salvador que la guiara en aquel laberinto de ideas, de personas y de cosas.

Era entonces casi desconocida la frecuencia de Sacramentos, y mucho más en Francia, donde conservaba el jansenismo profundas raíces. No extrañó, pues, á la Duquesa en aquellos primeros días que ni su esposo ni sus padres hablasen nunca de confesor alguno, y creyó cándidamente que no tardaría en encontrar en el mismo hotel Soyecourt algún grave religioso, docto sacerdote ó Prelado venerable que lo frecuentase, como frecuentaban no pocos en Madrid el palacio de su piadosa tía la condesa de Aranda y el de su misma hermana la Medinaceli.

El desengaño fué cruel, y tuvo sus puntas de cómico. Un día, á fines de Julio, oyó la Duquesa en el tocador de su madre una voz angustiada que parecía hablar suplicando, y otra bronca y encolerizada que profería palabras harto libres en tono de amenaza. Asustada la Duquesa, acercóse á la puerta en el momento en que cesaban las voces y estallaba un concierto de risas, entre las cuales distinguió claramente la de su madre. Abrió entonces extrañada, y vió á la condesa de Fuentes sentada ante su tocador, y

en torno de ella á su hijo el marqués de Mora, al duque de Villahermosa y á D. Fernando Magallón, secretario de la Embajada. De pie, en el centro de la pieza, había un ruin hombrecillo, que no levantaba cuatro pies y medio del suelo, gordo hasta reventar, vestido de abate, que gesticulaba furiosamente, con la peluca torcida, y refería... como lo hubiera hecho Rabelais, una anécdota fresca y picante, acompañando la palabra con ojos, pies, manos y tonos de voz distintos. Quedóse la Duquesa estupefacta, y entonces le presentó su madre aquel grotesco personaje con el nombre famosísimo del abate Galiani.

El abate napolitano había vuelto días antes de la Chevrette, de despedirse de su grande amiga madame d'Épinay, y marchaba entonces á Nápoles, donde le llamaba el famoso ministro Tanucci. Desde allí entabló con el duque de Villahermosa una curiosa correspondencia, de la cual hemos citado ya algunos fragmentos, y que permanecerá siempre inédita, á lo menos en parte, por las inconcebibles crueldades con que el desvergonzado clérigo suele matizar sus cartas. El abate Galiani, italiano ingerto en francés, fué uno de los tipos que personificaron mejor el espíritu ligero y satírico, cínico y perverso del siglo XVIII : fué un polichinela de mucho talento y erudición, que divirtió á la sociedad con sus chistes y su mímica, y la envenenó con sus máximas. «Era, — dice Marmontel, — el arlequinillo más gracioso que produjo jamás la Italia ; mas sobre las espaldas de aquel arlequín estaba la cabeza de Maquiavelo.»

Este fué el primer candidato para confesor que encontró la duquesa de Villahermosa en casa de sus padres. Galiani no era, sin embargo, sacerdote : era de aquellos abates, *gens à petit collet*, como les llamaban entonces, ordenados sólo de diáconos, que disfrutaban prebendas de la Iglesia al mismo tiempo que deshonoraban con sus frivolidades y escándalos á la santa Madre que les daba de comer.

Tras del abate Galiani vió la Duquesa desfilar por el hotel Soyecourt al abate Malespina, recomendado á Villahermosa por el duque de Medinasidonia ; al abate Terray, el hombre más odiado por aquel tiempo en Francia, y al cardenal de Bernis, el diplomático y florido poeta, cantor de la Pompadour, que llamó Voltaire *Bavet la Bouquetière*. Una negra trama que urdían entonces en silencio todas las Cortes y todos los diplomáticos fué causa de que conociera á estos dos últimos personajes la inocente Duquesita, pobre niña de quince años, incapaz de sospechar entonces hasta dónde llega la iniquidad de ciertos hombres, y destinada, sin embargo, por sus virtudes á deshacer en parte, cuarenta años más tarde, la iniqua intriga que aquéllos fraguaban.

Era el abate Terray á la sazón ministro de Hacienda, y acabábale de suceder una aventura curiosa, que prueba la fama de sus latrocinios y lo cínico de su audacia. Había en París una calle de mala nota, llamada *Vide-Gousses*, porque ningún transeunte la cruzaba después de anochecido sin riesgo de salir, por lo menos, con la bolsa aligerada. Una

mañana amaneció borrado en la esquina el nombre *Vide-Gousses*, y puesto en su lugar con primorosas letras *Rue Terray*, calle de Terray. Avisado el Prefecto de policía, corrió á informar al Ministro, diciéndole que gran multitud se reunía en la plaza de las Victorias ante el sangriento letrero, riendo y aplaudiendo. Mas el Ministro, encogiéndose de hombros, dijo tranquilamente :

— ¡Qué diablo!... Dejádles reir un rato ; bastante caro lo pagan.

El abate Barruel, que no titubea en llamar á Terray Ministro *infame*, cuenta una anécdota que oyó él mismo de boca del librero Léger, y prueba la iniqua complicidad de Terray con los filósofos en la propaganda de libros impíos que preparaban entonces la revolución, minando los cimientos de la Iglesia.

« El librero Léger, — dice Barruel, — vendía públicamente en París una de esas obras cuya atrevimiento obligaba al Parlamento á prohibirlas de cuando en cuando. El libro que vendía Léger fué condenado á las llamas, y mandóse averiguar quién era el autor de la obra y quiénes los libreros que la vendían. Terray, que era entonces consejero del Parlamento, ofrecióse muy solícito á este trabajo y mandó llamar al librero Léger, cuyas palabras voy á copiar tales como las oí de su propia boca, la única vez que he visto á este hombre. No recuerdo si me dijo ó he olvidado el nombre de la obra en cuestión, pero he aquí lo que seguramente escuché de sus labios :

« Llamado de oficio por Mr. Terray, consejero
» del Parlamento, fuí á su casa, y me recibió senta-
» do en un sofá, con aire muy grave.

» — ¿ Sois vos, — me dijo, — quien vende este
» libro, condenado por el Parlamento ?...

» — Sí, monseñor, — respondí.

» — ¿ Y cómo os atrevéis á vender libros tan
» malos, tan peligrosos ?...

» — Como se venden tantos otros.

» — ¿ Habéis vendido muchos de éste ?

» — Sí, monseñor.

» — ¿ Os quedan muchos todavía ?

» — Unos cien ejemplares.

» — ¿ Conocéis al autor de esta perversa obra ?

» — Sí, monseñor.

» — ¿ Quién es ?

» — Vos, monseñor.

» — ¿ Yo ?... ¿ Cómo os atrevéis á decir eso ?...
¿ Cómo lo sabéis ?...

» — Lo sé, monseñor, por la misma persona á
» quien he comprado vuestro manuscrito.

» — En este caso, nada tengo que deciros...
» Idos y sed prudente. »

» Excusado es decir, — añade Barruel, — que el
abate Terray jamás dió cuenta al Parlamento del
proceso verbal de este interrogatorio ¹. »

No fueron nunca muy cordiales las relaciones
entre el abate Terray y el conde de Fuentes, por ser

¹ Barruel, *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*.

aquél Ministro con D'Aiguillon y contrario á Choiseul, el grande amigo de éste. Mas aquella inicua trama que indicamos antes, que no fué otra sino la supresión de los jesuítas, obligaba á todos los Herodes y Pilatos de las Cortes y la diplomacia á tenderse los brazos entre sí para asegurar mejor la sentencia del justo. Clemente XIII había muerto, y los filósofos batieron palmas al ver bajar á la tumba al denodado campeón de los jesuítas. Choiseul y Aranda, Pombal y Tanucci creyeron llegado el momento, y resolvieron entonces temerariamente forzar al Conclave á elegir un Papa á gusto de las Cortes, capaz de decretar la supresión de la Compañía. Enviáronse á los Embajadores instrucciones precisas y apremiantes, y el cardenal De Bernis, que había de figurar en el Conclave, fué el escogido por Choiseul y d'Aubeterre, embajador de Francia en Roma, para deslizar suavemente en el Sacro Colegio la propuesta formal de simonía que encierran estas palabras, escritas por D'Aubeterre á De Bernis el 8 de Abril de 1769, estando ya éste encerrado en el Conclave: « Lo que no se hace con todos vuestra Eminencia puede en particular hacerlo, si las circunstancias fuesen favorables, con el que debiese salir electo; que es ponerle condiciones antes que su elección se decida. Un Cardenal, antes de ser Papa, se presta voluntariamente para el porvenir, y de esto hay muchos ejemplos. En este caso se le reduciría solamente á asegurar la destrucción de los jesuítas, reservando el resto; y para su cumplimien-

to se le arrancaría una promesa por escrito; y si no accediese absolutamente, al menos un compromiso verbal ante testigos ¹. »

Aceptó De Bernis comisión tan inicua, exigiendo como corretaje de su criminal trabajo el pago de todas sus deudas, que ascendían entonces á doscientas mil libras tornesas, y la sucesión del marqués d'Aubeterre en la Embajada de Roma. Mas no tardó el antiguo favorito de la marquesa de Pompadour en llevar su merecido. « Entre los Cardenales más influyentes del Conclave, — dice Cretineau-Joly, contábanse los dos hermanos Albani. Hombres rectos y enérgicos, ricos y estimados, presentáronse como jefes de los que no querían humillar la dignidad de la Iglesia ante un ciego é inmotivado odio contra los jesuitas. Las adulaciones de Bernis no les sedujeron, y creyendo éste que debía atacar su firmeza por todos los medios posibles, pidió á los Albani una entrevista ante otros Cardenales. Verificóse ésta el 18 de Abril, y fué muy animada ². Alejandro y Juan Francisco Albani rechazaron las razones de Bernis, que se decía intérprete de las Cortes coligadas contra la Compañía. Juan Francisco sentó

¹ Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los jesuitas*.

² D. José Nicolás Azara, entonces agente de Preces en Roma, dice de esta entrevista, en carta del 11 de Mayo dirigida á D. Manuel de Roda: « Los Rezzonicos se rebelaron, y entre el Nepote y Bernis hubo un ataque furioso que por pcco no se tiran los sombreros y algo más. » (Correspondencia entre D. José Nicolás Azara y D. Manuel de Roda, impresa en Madrid en 1846.)

por principio que la causa de los jesuitas llevada al Conclave era la causa de la Iglesia misma; que el Parlamento de Francia y los Gobiernos de España y Portugal podían muy bien haber cometido un suicidio moral; pero que el Sacro Colegio, ni podía ni estaría jamás en el caso de prestarse á semejante crimen, y que en Roma, para condenar á un acusado, eran necesarias más pruebas que el inexplicable odio de un Rey (Carlos III), y los hipócritas cálculos de una mujer perdida (la Pompadour) ¹. Los dos Albani y sus allegados exigían que se especificasen las imputaciones hechas á los jesuitas y se probase su culpabilidad de una manera lógica... Defendieron á la Compañía de Jesús con elocuencia y firmeza, y se lamentaron de ver sacrificados á incalificables prevenciones los derechos y la independencia de la Iglesia. De Bernis, sin tener que contestar á los cargos que se le dirigían, trató de salir adelante poniendo en juego la cuestión de personalidades, y se levantó diciendo:

— La igualdad debe reinar entre nosotros, porque todos nos encontramos aquí con idénticos derechos y con el mismo título.

Entonces el anciano Alejandro Albani, decano del Sacro Colegio, tuvo una de esas respuestas que

¹ Sabido es que el encarnizado odio de la marquesa de Pompadour contra la Compañía, que tan bien supo explotar el duque de Choiseul, provino de haberse negado el P. de Sacy á darle la absolución mientras no cesasen sus escandalosas relaciones con Luis XV.

aniquilan para siempre á la audacia y tapan la boca al cinismo con una paletada de fango. Quitóse el birrete encarnado de la venerable cabeza, y con grande autoridad dijo :

—No, Eminencia, no tenemos el mismo título... Yo no he recibido este birrete de manos de una cortesana.

Resultó al fin elegido Papa el cardenal Lorenzo Ganganelli, con el nombre de Clemente XIV, y al punto comenzaron á asediarse los embajadores de las Cortes coligadas, no ya pidiéndole, sino exigiéndole con humillante altanería el Breve de extinción que había de acabar para siempre, según ellos, con el nombre temido y por eso odiado de los jesuítas. Resistióse el Pontífice por medio de evasivas, hasta que la caída de Choiseul en Francia vino á darle alguna esperanza de tregua. Ni el duque d'Aiguillon, nuevo Ministro, ni su aliada la condesa Du Barry, se había mostrado nunca contrarios á los jesuítas, y no siéndolo tampoco Luis XV, esperábase por ende que cesase la corte de Francia en su tenaz empeño. No quiso Dios, sin embargo, sujetar á la Compañía á la ignominia de semejantes protecciones, y el odio de Carlos III, verdadero odio de déspota, reclamó enérgicamente á la corte de Francia exigiendo lo pactado con Choiseul, y quejándose del cardenal De Bernis, á quien acusaba de contemporizar con el Papa. Apresuróse entonces D'Aiguillon, para demostrar su celo, á cometer grandes vejaciones contra los amigos de los jesuítas, llevando su atrevimiento

hasta el punto de interceptar la correspondencia de Mme. Luisa de Francia con el Papa ¹, y su avilantez hasta el extremo de entregar al conde de Fuentes, por medio del abate Terray, todas las notas y despachos enviados por Bernis de Roma, para que los remitiese al conde de Aranda. El Cardenal, que había ya sucedido á D'Aubeterre en la Embajada y vió venirle encima el nublado antes de lograr el pago de sus deudas, hizo para sincerarse un misterioso y precipitado viaje á París, donde apenas se detuvo ocho días, y ésta fué la ocasión en que la duquesa de Villahermosa le conoció y vió de cerca en el hotel Soyecourt. Contaba entonces el cardenal de Bernis cerca de cincuenta años, y el nimio aliño de su traje y figura prestaban cierta lozanía ficticia á su linda persona, que fué el comienzo de su fortuna, y justificaba en sí misma, como lo florido de su estilo en sus obras, el apodo de *Bavet la Bouquetière*, que Voltaire le había puesto. Dióle el conde de Fuentes una comida, á que asistió también el abate Te-

¹ «De Francia nos dicen, — escribe Azara á Roda, — que está aquello más revuelto que nunca, y que los jesuítas lo embrollan todo. Parece que se han visto las cartas del Papa á Sor Luisa y de Sor Luisa al Papa, todas llenas de un jesuitismo prieto, y que de aquí se daban instrucciones para manejar aquellos bártulos.» Y un mes después añade: «En Francia ya sabrán Uds. cuán revuelto está aquello, y la nueva guerra entre D'Aiguillon y el Canciller. Parece que, interceptada la correspondencia entre el Papa y la monja Luisa, se ha descubierto la trama que urdía Roma en favor de los jesuítas, al mismo tiempo que en España se tiene un lenguaje del todo diferente.»

rray, y atónita vió la Duquesa, por primera y última vez en su vida á un Prelado cortesano que bebaba la mano á las señoras como un Richelieu, y usaba colorete como un Lauzun, tipo exclusivo del siglo XVIII, fermentado por la ambición en las ideas y costumbres de la corte de Versalles ¹.

Esta última aventura hizo desesperar á la Duquesa de hallar en casa de sus padres el director espiritual que con tanta ansia aguardaba. Mas Dios, que sale siempre al encuentro de los que de buena voluntad le buscan, deparóle en casa ajena lo que no había encontrado en la propia. Entre los mil datos de que disponemos para escribir esta historia, publicados ya unos, inéditos otros, y nimios á veces, como el lector habrá observado, no existe, sin embargo, el menor rastro de quién fuese este prudente consejero que guió los primeros pasos de la duquesa de Villahermosa en aquel torbellino del mundo. Sospechamos, no obstante, aunque sólo sea ésta una mera conjetura, que debió este insigne be-

¹ El P. Manuel Luengo, de la Compañía de Jesús, cuenta en su curioso diario, que se conserva inédito en el archivo de Loyola, una graciosa anécdota del cardenal De Bernis. Cuando en 1791 llegaron á Roma, fugitivas de Francia, Mesdames las tías de Luis XVI, hospedáronse por el pronto en el palacio del cardenal De Bernis, embajador todavía cerca del Papa. Al retirarse á sus alcobas aquella primera noche, buscaron en vano las piadosas Princesas agua bendita. Hicieronla pedir al punto, púsose en conmoción toda la servidumbre, registráronse todos los rincones, y en todo el palacio del Prelado se encontró una sola gota de agua bendita que llevar á las Princesas.

neficio á la amistad de otra gran señora, joven, buena y piadosa, como lo era ella misma: la princesa María Ana de Salm-Salm, casada con el marqués de Tavera, duque del Infantado más tarde.

Un autor francés ¹, cuyo estudioso ejemplo debiera despertar la emulación de los apáticos españoles para inquirir las curiosidades y riquezas históricas que encieran nuestros archivos, ha pintado, con el sencillo colorido de la verdad, la paz y tranquila dicha de este matrimonio modelo, cuando algunos años más tarde vino á fijarse por largo tiempo en París, en el hotel Salm-Salm de la calle del Infierno. Pasaban allí la vida aquellos buenos Duques aislados del bullicio del mundo, amados de propios y extraños, compartiendo el tiempo entre sus deberes de cristianos y sus deberes de padres, las honestas recreaciones y el trato de personas selectas por su virtud y su clase; encontrando la felicidad en la paz de la conciencia y el amor de sus hijos, y repartiendo entre los pobres, según Morel-Fatio asegura, más de la mitad de las ochocientas mil libras que gastaban en Francia. Es, pues, muy natural que aun en época muy anterior á ésta encontrase la duquesa de Villahermosa sus delicias en el trato de este matrimonio, con quien una amistad común la unía además estrechamente.

Eran los Infantado parientes muy queridos del

¹ Mr. A. Morel-Fatio, cuyo interesante y erudito libro *Études sur l'Espagne* nos ha auxiliado y aun guiado con mucha frecuencia en los trabajos relativos á esta historia.

conde de Fernán-Núñez y de su hermana la duquesa de Béjar, Doña Escolástica; y esta señora, en quien se unían de modo extraño la piedad y el grajejo, la moral más austera y el más amable trato, fué siempre la amiga íntima de la duquesa de Villahermosa, á quien llamaba su *hermana*, dándole también este mismo nombre el conde de Fernán-Núñez. «Tengo que ir, — escribe á éste la de Villahermosa desde París, á hacer una visita á *los tíos Roban*¹; pues ya sabe usted que somos hermanos, como dice Escolástica².» Más adelante, cuando los Villahermosa tenían ya una hija que contaba seis meses, y Fernán-Núñez un hijo que apenas contaba un año, trataron entre sí el casamiento de éstos, y llamábanse humorísticamente *consuegros*. «*Nuestra hija común*, — escribe Villahermosa á Fernán-Núñez desde Turín, — está buena; es muy picarilla. La Duquesa dice que se parece á su hermana; Doña Luisa que á la de Alba; probablemente no será ni uno ni otro; yo creo que se parece á sus hermanos, sólo que es morenita; esto te podrá dar una idea de ella. Mi mujer me encarga mil cosas para ti; acuerda mil cosas á la tuya, y manda á tu amigo y *consuegro*, Villahermosa³.»

¹ Fernán-Núñez y Doña Escolástica eran hijos de María Armanda de Rohan Chabot, hermana de Luis de Rohan Chabot, duque de Rohan, y ésta y su esposa Carlota de Crussol d'Uzés son *los tíos* á que alude la duquesa de Villahermosa.

² Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

³ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

La amistad común de Fernán-Núñez y la de Béjar estrechó más y más la de la Duquesa con los Infanzones, y por mediación de éstos, ó en casa de ellos, donde acudía por las noches con gran frecuencia, fué donde encontró, según nuestras conjeturas, aquel confesor desconocido que no ha dejado otro rastro que el de su prudencia, y á quien los amigos del Duque, al burlarse de la piedad de la Duquesa, aunque respetándola siempre, llaman burlescamente en sus cartas su *Alberto Magno*.

Mas fuera quien fuese este nuevo Alberto Magno, es lo cierto que supo infundir para siempre en el alma de su discípula los principios prácticos de piedad y moral cristiana más adecuados á sus difíciles circunstancias.

Enseñóla que antes que todas las obras de piedad, porque es el primer paso para la única, sólida y verdadera, está el exacto cumplimiento de los deberes ordinarios y propios de cada estado... Que *transigir* con el mal es cosa muy distinta de *tolerar*: lo primero jamás es lícito; lo segundo es con frecuencia necesario cuando el mal no puede evitarse... Que en la vida práctica hay que tomar los hombres y las cosas *como son*, y no *como debieran ser*; y de este *como son* sacar el mejor partido posible para la gloria de Dios, el provecho propio y el bien de las almas... Que la paciencia y la constancia, no los reproches y el celo intempestivo, son las dos poderosas alas que levantan al alma con tardo pero seguro vuelo sobre las flaquezas humanas, y

la elevan, para ejemplo y provecho de muchos, á la serena paz de los justos...

Bajo esta sana y sabia influencia, la duquesa de Villahermosa varió de repente. Viósele con sorpresa sacudir por completo aquella timidez propia de su falta de mundo, aquel encogimiento hijo de sus escrúpulos y luchas, que impedía á sus amables cualidades lucir y desarrollarse, como un aro de hierro que oprimiese á un capullo de rosa. Dedicóse con ahínco, como el Duque deseaba, al estudio del francés, que desconocía casi por completo; comenzó á seguir, según el gusto de aquél, las modas honestas del tiempo, á dejarse ver con más frecuencia en la tertulia de su madre y en otros centros aristocráticos, y á la primera insinuación que de nuevo la hicieron, consintió en lo que hasta entonces había rechazado con repugnancia: ser presentada en la Corte.

El mundo elegante recibió con aplauso y simpatía la aparición de la Duquesita, y la condesa d'Egmont, la grande amiga de Gustavo III, una de las más consideradas señoras de la época, que ponían el tono así en París como en Versalles, empeñóse en presentarla ella misma en el salón de la mariscala de Luxembourg, el más aristocrático de Europa, donde se daba ó se negaba el visto bueno aun á los mismos presentados en la Corte.

La vanidad del duque de Villahermosa quedó satisfecha al ver que la *monjita Pignatelli* tenía méritos suficientes para sentar por sí misma su crédito

de dama elegante. La condesa d'Egmont le había dado el espaldarazo ¹.

VI

Se ha dicho que el mundo es una comedia para el hombre que piensa, y una tragedia para el que siente; y ninguna comedia, en efecto, más ridícula para el entendimiento, ninguna tragedia más dolorosa para el corazón, que la representada por la sociedad francesa en la última mitad del siglo XVIII.

La duquesa de Villahermosa, mujer de claro entendimiento y sensibilidad exquisita, tuvo mucho que llorar y no poco que reir en aquellos primeros revuelos de su entrada en el mundo. Por eso escribe á Fernán-Núñez en estos mismos momentos: «Escribo á Mme. l'Ambassatrice ², y ésta la incluyo en la suya; la cuento mis mudanzas, esto es, mi petime-

¹ El 1.º de Enero de 1773 escribía el conde d'Egmont al duque de Villahermosa: «Il n'y a point de jours que nous ne parlions de Mme. la duchesse de Villahermosa, avec le sentiment et attachement qu'elle inspire toujours quand on la connoit, et qu'elle inspireroit simplement par ses lettres. Vous pouvez juger du plaisir qu'elles ont fait à recevoir. Il est très vrai qu'elles ont rendu ma fille heureuse, parceque c'est avec la tendresse la plus vive qu'elle est attachée à Mme. la duchesse de Villahermosa. Je vous prie de mettre à ses pieds ma reconnaissance et mon respect.» (Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.)

² Ignoramos quién fuese esta embajadora, que no podía ser la condesa de Fernán-Núñez, porque en aquella fecha ni el Conde era embajador ni estaba casado todavía.

trería para que se ría un poco. Todos los que han conocido á Ud. en este país le conservan muy buena memoria y me preguntan por Ud., entre otras mi cuñada, con mil expresiones y entusiasmos, como usted conoce á estas gentes ¹. »

La petimetrería de la época era, en efecto, el delirio más ridículo que jamás pudo imaginar la moda. Hallábase entonces en todo su apogeo la de los tontillos, enormes armazones de tela sostenidos por ballenas, que se ponían bajo las faldas para ahuecarlas, y daban á las mujeres el aspecto de una enorme campanilla, cuyo mango fuera la cabeza y los pies el badajo. Los tontillos hicieron tan considerable el consumo de la ballena, que se estableció á costa de Francia una nueva compañía, para la pesca de este cetáceo, en la Frisia Oriental ². Las telas de los vestidos eran ricas y vistosas, y tenían nombres tan peregrinos como *suspiro sofocado*, *lágrimas indiscretas*, *panza de pulga*, *lodo de París*, *corazón de petimetre*, y hasta *¡entrañas de procurador!*... Venía luego la moda de los lunares, resucitada por la duquesa de Maine, que convertían el rostro de las damas en un sistema planetario, en que brillaban soles, estrellas, cometas, lunas en cuarto creciente y cuarto menguante. Ninguna dama de tono aparecía en público sin llevar en el rostro tres ó cuatro, y en el bolsillo la caja de ellos para sustituir los que se

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas

² Lemontey, *Histoire de la Régence*.

caían ó añadir otros nuevos, según las circunstancias. Hacíanse estos lunares de tafetán negro engomado, y recibían diversos nombres según el sitio en que se colocaban: el de la mejilla llamabase *galante*; junto al ojo, *apasionado*; en la nariz, *atrevido*; en la boca, *coqueto*; en la barba, *receloso*.

Los peluqueros, verdaderos genios creadores de la época, cuyos jefes rivales eran Légros y Léonard, encargábanse de completar tan extraños atavíos coronando aquellas cabezas frívolas, destinadas en gran parte á la guillotina, con peinados monstruosos, de los cuales citaremos tan solo uno, como muestra de lo depravado del gusto y lo inverosímil de la invención. La duquesa de Chartres, hija del duque de Penthièvre y mujer del futuro Felipe Igualdad, excelente Princesa estimadísima en Francia, presentóse una noche en la Opera con un peinado que media cincuenta y cuatro pulgadas desde la raíz del pelo hasta su extremidad, y en el cual se veían á su hijo primogénito el duque de Beaujolais en brazos de su nodriza, un papagayo picoteando un ramo de cerezas, un negrito y varias cifras entrelazadas, hechas con pelo de su padre, su marido y su suegro el duque de Orleans. Estos atributos de amor filial, conyugal y materno, dieron á tan estrambótico armatoste el pomposo nombre de *pouf à sentiment* ¹. Algunos años más tarde, cuando la guerra de América, alcanzó gran boga el peinado á la Belle-

¹ Lacroix, *XVIII^{me} siècle. — Institutions, usages et costum*

Poule, del nombre de la famosa fragata vencedora, en el cual se veía representada ésta con sus palos, jarcias, vergas, velas desplegadas, gallardetes izados, sus baterías y su tripulación. Publicóse entonces una caricatura, en que una dama de la corte pasaba por la calle, llegando su promontorio á la altura de los tejados; dos gatos que en éstos peleaban pasábanse al peinado de la dama y sobre él proseguían su riña, sin que la elegante notase desde abajo la gresca infernal que arriba armaban los invasores.

No eran, sin embargo, los enemigos más temibles que esperaban á la Duquesa los tontillos de cinco metros, ni los lunares *recelosos*, ni los peinados á la *Belle-Poule*, extravagancias de la frivolidad que la movían á risa más bien que peligros de perversión que la pusieran en riesgo. Su nueva táctica, que no por ser en sus circunstancias sabia y prudente dejaba de ser peligrosa, atrajo sobre ella tentaciones más graves y asechanzas de mayor cuenta; porque la concesión, que es sin duda á veces signo de bondad y buen sentido, arguye no pocas debilidad de carácter ó falta de fe en lo que se defiende, y siempre y en todo caso abre la puerta á nuevas exigencias, cada vez más peligrosas. Creyóse, pues, que la *monjita Pignatelli* cedía al fin atraída por el incentivo de los placeres, que se *secularizaba* seducida por la vida de mundo, y todos á porfía comenzaron á empujarla por esa resbaladiza pendiente de lo agradable y de buen tono, por donde tan presto se deslizan de lo lícito á lo ilícito los que tienen por

único fin de la vida el goce y consideran la ociosidad como el distintivo de un ilustre nacimiento.

Mas vióse entonces que aquellos primeros pasos de la Duquesa no eran el aleteo de la inocente mariposa atraída por la luz traidora que ha de abrasarle las alas, sino el profundo cálculo de la esposa prudente y cristiana, que, esperanzada siempre, sigue al lado de su marido la senda que él recorre, como los ángeles de la guarda acompañan al pecador por todos los senderos sin mancharse nunca las puras alas. Vióse también que aquella suave niña, que no parecía tener iniciativa propia, ni práctica alguna de mundo, ni otra ley que la voluntad de su marido, renuncia á su claro entendimiento ese don inapreciable de *hacerse cargo*, que alguien llamó la cuarta potencia del alma; y á la rápida percepción de que esta cualidad es madre, una enérgica firmeza, no agria, ni dura, ni terca, sino dulce, persuasiva, amorosa, flexible como el cable que cede y se enrosca y se amolda en un cierto radio, pero se mantiene firme y resiste sin ceder al embate mismo de las olas cuando se le quiere llevar más allá del círculo que se le ha trazado.

La Duquesa, que había consentido al fin en ser presentada en la Corte y en el salón de la mariscalda de Luxembourg y en otros centros de la alta aristocracia, que eran el suyo propio, negóse rotundamente á ir á casa de Mme. Geoffrin, templo oficial consagrado á la impiedad, y á los bailes de la Ópera, festivales entonces en boga, donde toda desen-

voltura y libertinaje tenían su asiento. Cierto que la lepra de los filósofos lo contaminaba todo, y los escándalos de los libertinos resonaban por todas partes; pero distinto era *encontrar* el vicio y la impiedad en el círculo propio en que Dios la había hecho nacer y á que los gustos y aficiones de su marido la encadenaban, que ir á *buscarlos* en esferas más bajas, donde la moda, grande aliada de Satanás, era el único vínculo que podía unir á una gran señora digna y honrada con los corifeos de la impiedad y las hechuras del vicio.

Esta enérgica actitud de la Duquesita sorprendió á cuantos la rodeaban, y comenzaron á sospechar la existencia de aquel *Albertomagno* que allá desde lejos dirigía sus pasos. Pensaron entonces, para contrarrestar su influencia, en *ilustrar* aquel entendimiento tan claro que aparecía, según ellos, nublado aún por las sombras del convento, con la lectura de millares de libros capciosos, novelas perversas y folletos impíos que de los bolsillos de los petimetres, elegantes agentes de la impiedad, pasaban á inundar los tocadores de las damas. El daño que esta clase de lecturas hacía entonces en Francia era tan grande, el desastre con que amenazaban tan evidente, que la gran María Teresa, aquella mujer excepcional, cuyo genio político no ahogó nunca la inmensa y piadosa ternura de su corazón de madre, creyóse en el deber de prevenir á su hija María Antonieta de modo especialísimo contra este peligro que la amenazaba en Francia. En el momen-

to de abrazarla por última vez, como si quisiese sellar con aquel postrer abrazo los últimos consejos de su amor de madre, entrególe un papel escrito todo de su puño que llevaba por título: *Reglamento que has de leer todos los meses*. Este reglamento, obra maestra de la prudencia y la ternura de una madre cristiana, infunde aun á través de un siglo la especie de solemne angustia que despierta en la imaginación el recuerdo de aquel último beso de la Emperatriz á su inocente hija, cuya cabeza había de rodar por el cadalso. Allí se encuentran estas palabras, que no han envejecido ni envejecerán nunca: « No leas jamás ningún libro, aunque sea indiferente, sin tener antes la aprobación de tu confesor. Estas precauciones son tanto más necesarias en Francia cuanto que se publican allí sin cesar libros entretenidos y eruditos en la forma, pero que ocultan bajo esta capa agradable perniciosas doctrinas contrarias á la moral y religión. Te suplico, pues, hija mía, que no leas ningún libro, ni aun siquiera un folleto, sin permiso de tu confesor, Y te exijo esta promesa, querida hija mía, como la prueba más positiva de ternura que puedes dar á tu buena madre y de obediencia á sus consejos, que sólo van encaminados á tu bien y felicidad. »

Esta era también la doctrina de la Duquesita, y con una sola razón, razón humilde y sencilla, pero concluyente para todo buen católico, echó por tierra los planes de sus perseguidores. — Imposible era que leyese aquellos libros porque estaba prohibida su lec-

tura por la Santa Madre Iglesia. — Comprendieron aquellos propagadores de luces volterianas la fuerza inmensa que en boca tan sencilla y tan creyente tenía el argumento, y con el fin de hacerla tragar el veneno con la conciencia tranquila, escribieron á Roma, encargando á Azara alcanzase del Papa para la Duquesa amplia autorización para leer libros prohibidos. Hizo Azara al punto encargo tan de su gusto y remitió el documento por medio de la duquesa de Béjar, Doña Escolástica, que no sabemos dónde hubo de ver en aquellos días. Mas la Duquesa, firme siempre en su propósito y comprendiendo en su humildad que si la autorización del Papa evitaba el pecado no por eso alejaba el riesgo, negóse á leer una sola línea de aquellos libros, ya fuese con licencia, ya sin ella. Dejó, pues, á Azara sin respuesta, y cansado éste de aguardarla, escribe al Duque, extrañado y ofendido: « Mucho tiempo hace que por mano de *Sœur Scholastique* remití una licencia del Papa para que la Duquesa pudiera leer libros prohibidos. No sé, ni menos, si la ha recibido, y consistirá en que Alberto Magno habrá prohibido á los dós que escriban ni traten con un profano como yo, que huele de dos leguas á pecado mortal. La humildad es la virtud dominante de los santos. » Y al terminar la carta añade: « A la Duquesita que se dé prisa á ser santa, porque yo tengo buena mano para canonizaciones ¹. » Otro amigo anónimo del Du-

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

que escribe á éste: « A la Duquesita que se divierta, sin hacer caso de Albertos grajientos y tontos ¹. » Y D. Fernando Magallón, secretario de la Embajada en París, hombre alegre y vividor, grande amigo de los Duques, escribe á Villahermosa desde Fontainebleau, muy interesado por la salud de la Duquesita: « Que haga mucho ejercicio, que se bañe y que salga á pie por las mañanas, y sobre todo que no me trate con clérigos ni frailes, y que no oiga muchos sermones ². »

Todas estas escaramuzas, de que la gracia de Dios y la firmeza de su carácter sacaban siempre á la Duquesa vencedora, acabaron por conquistarle al fin esa independencia que la constancia hace lograr á los caracteres firmes cuando llegan á convencer á los demás de que nada ni nadie ha de sacarles del camino recto que se han trazado. La opinión colocó entonces á la Duquesa en el número de las devotas austeras é intransigentes, al lado de su grande amiga la de Béjar, á quien por su mucha piedad llamaban *Sor Escolástica*. Mas no por eso perdió las simpatías que desde su entrada en el mundo se había conquistado; porque su austeridad no era esa dura austeridad que repele y tiene el triste don de hacer á la virtud antipática, sino esa otra austeridad que guarda para sí las durezas y se hace amar de todos, distribuyendo entre los demás las sonri-

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

² Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

sas. Ni su intransigencia confundía jamás las personas con los principios, ni invadía el terreno de lo lícito poniendo su veto á lo que no lo mereciese, sino que dividía, por el contrario, los campos con concienzudo tino muy superior á sus años, y condenaba los hechos salvando las intenciones, y distinguía con pasmosa perspicacia lo que era flaqueza merecedora de compasión de lo que era maldad digna de anatema. Todo el conjunto de su virtud manifestábase en aquel tiempo alegre, amable, espontáneo, condescendiente, como lo eran su juventud y su carácter mismo, y hubiera podido simbolizarse en aquel ramo de naranjo en flor, regalado á cierta gran dama, que trocó el mundo por el claustro, con este lema: *Las flores no destruyen el fruto*. No era, en fin, su piedad, de esas piedades que condena San Francisco de Sales con estas palabras, que quizá no han meditado bien algunas almas de intención muy recta: « Hay personas que de puro esforzarse en llegar á ser *buenos ángeles* se olvidan de ser *buenos hombres*. » La candorosa humildad de la Duquesa intentaba tan sólo ser *buena mujer*, y por eso, sin duda, iba camino de llegar á *ángel bueno* del esposo que ya tenía y de los hijos que habían de nacerle.

El Duque, por su parte, seguía viendo en su esposa tan sólo una niña sin experiencia y sin mundo, que necesitaba guía y consejo; y sin haber calado aún todo su valer, sentíase, sin embargo, halagado al verla representar tan airoosamente, en sus primeros revuelos, su papel de Duquesa. Hacía coro, no

obstante, á los que se burlaban de sus escrúpulos y su piedad, por ser esto muy de su cuerda; mas aplaudía allá en el fondo de su corazón la reserva y la mesura de que iba dando muestras; porque no era de esos maridos temerarios, tan abundantes hoy como entonces en los altos círculos, que arrojan ciegameamente á sus mujeres en mitad de las tentaciones y se lamentan luego de que sucumban á ellas. El tacto finísimo de la Duquesa apresurábase, por otra parte, á borrar en su ánimo, con buscadas y estudiadas contemporizaciones, sus resistencias legítimas, y á raíz de la aventura de los libros prohibidos fué cuando se apresuró ella misma á manifestar el deseo de ser presentada en la Corte. Era entonces el ídolo de ella una criatura angelical, que se había captado desde luego las simpatías de la Duquesa, y esparcía en Versalles y aun por la Francia entera la alegría de la juventud, la seducción de la elegancia y el aroma del buen ejemplo... El 7 de Mayo de 1770 una gran muchedumbre, alegre y alborotada, poblaba las dos pintorescas orillas del Rhin, alemana y francesa, en torno de la gran isla. Á la derecha veíase á Strasburgo, alegre y engalanado, como quien espera á un amigo: á la izquierda Kehl, engalanado también, pero triste, como quien despierte á un hermano. La multitud que venía de Strasburgo agitaba los sombreros, como quien dice: « ¡Seas bien venida! » La que salía de Kehl los bajaba tristemente, como diciendo: « ¡Dios vaya contigo! » El cielo, limpio y puro como una in-

mensa turquesa, parecía acoger los votos de todos.

En el centro de la isla levantábase un lujoso pabellón, dividido en tres compartimientos: hallábase el de en medio cubierto de ricos tapices, y había en el fondo, sobre un estrado, un trono riquísimo, cubierto de terciopelo violáceo, con grandes flores de lis bordadas en oro. A la derecha del trono hallábase la marquesa de Noailles, la duquesa de Cosé, el conde de Saulx Tavannes, el obispo de Chartres y gran número de funcionarios y caballeros de la corte de Versalles. El lado de la izquierda se hallaba vacío.

A las doce en punto abrióse la puerta del departamento que miraba á Alemania, y entró, seguida de numeroso cortejo, una niña de catorce años, que tenía la apariencia de un ángel y el porte de una reina. Era la archiduquesa María Antonieta de Lorena de Austria, delfina ya de Francia.

Buscó con la vista á la marquesa de Noailles, que, como su camarera mayor, la esperaba, y lanzóse en sus brazos con ingenua gracia, como un niño pequeñito que busca el calor del seno de una madre, pidiéndole con lágrimas en los ojos que fuese su guía y apoyo en aquel camino que veía muy bien comenzaba en el Tábor, y no sospechaba que había de acabar en el Calvario. « Todos, — dice Madame de Campan, que refiere esta escena en sus Memorias, — quedaron seducidos por la primera sonrisa de aquel ser encantador, que reunía á la ingenuidad de una niña cierta especie de serenidad au-

gusta, que á primera vista revelaba en ella la hija de los Césares. » El séquito austriaco que había acompañado á la Archiduquesa desde Viena despidióse al cabo, y la Delfina pisó por primera vez aquella ingrata tierra de Francia entre el entusiasmo y las aclamaciones del pueblo tal como pintó la antigüedad á Ifigenia, marchando alegre y confiada al himeneo que ocultaba la sangrienta cuchilla.

Los aficionados á descubrir presagios en los signos del cielo notaron entonces, y repitieron más tarde, que en el momento de pisar la Delfina tierra francesa, una negra nube apareció por detrás de la maravillosa flecha de la catedral de Strasburgo; una hora después la tempestad estallaba con violencia aterradora, haciendo trizas el lujoso pabellón y mezclando con los clamores de la multitud los estampidos del trueno.

El presagio no venía, sin embargo, de lo alto; hábalo dejado atrás la inocente Princesa en las célebres imprentas clandestinas de Kehl, donde Voltaire y Beaumarchais imprimían sus obras, y donde la calumnia había de fraguar contra ella infames libelos; íbalo á encontrar más adelante en Strasburgo mismo, en un Obispo de veintiséis años, el príncipe Luis de Rohan, que la esperaba entonces en el grandioso pórtico de la catedral para aengarla, y había de mezclar más tarde su calumniado nombre de reina en la vergonzosa intriga del collar de diamantes.

Sesenta coches fabricados expresamente espe-

raban á la Delfina en Strasburgo, y su viaje hasta Versalles fué una continua marcha triunfal, como jamás se había conocido en Francia. A cuatro leguas de Compiègne encontró al duque de Choiseul, y en la encrucija la del puente de Berne salieron á recibirla el Delfín, su esposo, y el viejo Luis XV. Al pasar por San Dionisio quiso la Delfina que su primera visita en Francia fuese para su tía Mme. Luisa, novicia ya en las Carmelitas Descalzas, y detúvose á visitarla el 15 de Mayo, á las seis de la tarde, en compañía de Luis XV, el Delfín, Mesdames y todo su brillante cortejo. Este acto de deferencia á la humilde religiosa bastó para captarle las simpatías de la Duquesa, y acabó de conquistárselas la digna intransigencia con que trató siempre María Antonieta á la condesa Du Barry, á quien no consintió en dirigir una sola vez la palabra en los cuatro años que tuvo que sufrir su presencia en la corte de Versalles¹.

La Francia entera acogió á la encantadora Delfina con los transportes de júbilo con que se saluda á una risueña esperanza, y los festejos y regocijos se sucedieron sin tregua, así en Versalles como en París, y lo mismo entre el pueblo que en los altos círculos. El conde de Fuentes dió también, como embajador de España, un gran baile de máscaras en honor de la Delfina, y prueban la alta consideración

¹ Correspondencia secreta del conde de Mercy-Argenteau, embajador de Austria, con la emperatriz María Teresa.

de que gozaban los Fuentes en la Corte los varios billetes de personajes importantes que tenemos á la vista solicitando invitaciones para dicha fiesta. Ninguno, sin embargo, entre ellos tan característico de la época como el siguiente billetito del entonces famoso abate Bassinet, gran vicario de Verdun, escrito al duque de Villahermosa: «El abate de Bassinet tiene el honor de asegurar su respetuosa consideración al duque de Villahermosa y de devolverle el primer tomo del *Sistema*, pidiéndole el segundo. Le suplica también al mismo tiempo tenga la bondad de librarle de las persecuciones de dos lindas damas que le atormentan como furias porque se les ha metido en la cabeza que el Abate puede proporcionarles tres billetes para el baile de máscaras del Sr. Embajador de España. Que bailen en buen hora estas damas, pero que dejen en paz al pobre Abate, que se lisonjea querrá el señor Duque proporcionarle esta tranquilidad.

» Si el señor Duque tiene á mano los cuatro primeros tomos de *El Caballero agricultor*, le agradecerá mucho el Abate se los envíe. — Hoy lunes, por la mañana¹. »

¹ El abate Bassinet, famoso en su tiempo por sus sermones y sus obras literarias, hizo en el mundo algo más decoroso que solicitar billetes de baile para lindas señoras. Negóse á prestar el juramento del clero, y fiel siempre á las ideas realistas, retiróse á una casa de campo próxima á Verdun, donde hospedó al conde de Provenza cuando la invasión prusiana de 1792. Entonces fué cuando tuvo principio aquel horrible episodio del Terror, conocido con el

Mucho agradecieron en la Corte este acto de deferencia del embajador de España, que se apresuraron á imitar en distintas formas los otros diplomáticos extranjeros; y cuando los condes de Fuentes fueron días después á recibir las gracias de la Delfina, dióles el Rey, muy complacido, el permiso para presentar á su hija en la Corte, señalando como madrina á la misma condesa de Fuentes, y cómo damas que habían de acompañarla, según el ceremonial, á la condesa de Egmont y á su hijastra la princesa Pignatelli. La presentación de una dama en la Corte carecía de la mitad de su interés después de la muerte de la reina María Leczinska. Según la etiqueta, la dama presentada debía serlo antes al Rey: ataviada la neófita con el rico y embarazoso traje de corte, tontillo de cuatro metros y medio, gran manto que par-

nombre de *Las vírgenes de Verdun*, en que el abate Bassinet apareció complicado. El girondino Riouffe, testigo de vista nada sospechoso, dice en sus *Memorias de un detenido*: «Catorce jóvenes de Verdun, de un candor sin igual y vestidas como vírgenes engalanadas para una fiesta pública, fueron llevadas al patíbulo, y desaparecieron todas á un tiempo, arrebatadas en su primavera. La cárcel de mujeres tenía al día siguiente de su muerte el aspecto de un jardín, cuyas flores había arrebatado el huracán. Yo no he visto nunca entre nosotros una desolación semejante á la que produjo aquel acto de barbarie.»

El crimen de estas desgraciadas había sido presentar dos años antes á Federico de Prusia una linda canastilla de esas especies de almendras (*dragées*) célebres en Verdun. El abate Bassinet, complicado con la baronesa de La Lande de Morgaut en este horrible proceso, estuvo, según dicen, siete años sin salir de un aposento para sustraerse al furor de sus perseguidores.

tía de la cintura, diadema y velo flotante, atravesaba el famoso salón del *Ojo de Buey*, atestado de cortesanos, hasta llegar al gran gabinete, donde avistado de antes la esperaba de pie el Monarca. Conducíala la madrina de la mano y acompañábanla otras dos damas, las tres en traje de corte y presentadas ya en ésta. La madrina hacía la presentación, inclinábase la dama profundamente, y entonces el Rey abrazábala, según la costumbre de Francia, por un solo lado si era Marquesa, Condesa ó señora particular, y por ambos si era Princesa, Duquesa ó Grande de España. Dirigíala luego algunas amables frases, siempre de pie, y retirábase al fin la presentada por el salón del *Ojo de Buey*, dirigiéndose á las habitaciones de la Reina. Entraba en ellas por la sala de guardias, y seguía luego por la antecámara, donde se celebraban los *grands couverts*, hasta llegar al salón vecino, llamado de la Reina, donde encontraba á ésta sentada sobre un estrado que coronaba un dosel. Inclinábase allí profundamente y hacía ademán de arrodillarse para besarle la orla del vestido; mas la Reina, con un movimiento lleno de majestad y gracia, retiraba los pliegues de la falda antes que la dama los besase, y si era Princesa, Duquesa ó Grande de España, hacía la sentar en una silla sin respaldo, á lo cual se llamaba entonces *dar el taburete*. Cuando la duquesa de Villahermosa fué presentada en la Corte, dióla el Rey mismo el taburete por no existir entonces Reina que lo diese, y pasó después, como en simple audiencia

privada, á saludar al Delfín y á la Delfina. Contaba María Antonieta dos años menos que la Duquesa, y hallábase, por lo tanto, en esa interesante edad en que la inocencia de la niñez que se despide, y los encantos de la juventud que ya aparecen, se unen y compenetrán, purificando aquélla todavía las gracias que los otros hermocean. « Era, — dice un contemporáneo, — muy bien hecha y perfectamente proporcionada. Tenía magníficos cabellos de un rubio ceniciento, que el tiempo prometía trocar en castaños. La frente era noble y hermosa, el rostro graciosamente ovalado, y las cejas tan bien dibujadas como puede una rubia tenerlas. Los ojos azules y llenos de inteligencia y viveza; la nariz aguileña, un poco afilada por la punta; los labios gruesos y el inferior algo caído, como era el labio característico de la casa de Austria. La blancura de su cutis era deslumbradora, y sus colores naturales podían dispensarla muy bien del obligado colorete. Su porte y sus modales tenían la dignidad de una verdadera Archiduquesa, mas templábalos al mismo tiempo cierta dulzura benévola. Nadie podía contemplarla sin sentirse poseído de un profundo respeto mezclado de ternura. »

Este sentimiento produjo en la Duquesa la presencia de aquella Reina futura, y jamás se le borró mientras le duró la vida. Vióla aquella misma noche otra vez en el juego del Rey, adonde, como dama presentada, asistió la Duquesa, y volvió á encontrarla á los pocos días en una ceremonia con-

movedora, que afirmó en el ánimo de aquélla las sanas ideas y santos propósitos que desde su entrada en el mundo abrigaba.

El 10 de Septiembre tuvo lugar en las Carmelitas Descalzas la profesión religiosa de Mme. Luisa de Francia. La Delfina había de entregarla el velo negro, y la duquesa de Villahermosa apresuróse á asistir á la ceremonia. La real novicia dejó el simbólico velo blanco y apareció en el humilde presbiterio en su espléndido traje de princesa, rodeada de su antigua servidumbre y con todo el aparato real de una hija de Francia, como una última despedida al mundo, como una prueba de que había aprendido ya á gozar sin disipación y arrojar con desprecio todas las grandezas humanas. El Nuncio dijo la Misa, comulgó en ella la Princesa, y el obispo de Troyes pronunció un sermón que arrancó lágrimas á todos, menos á la valerosa mujer por cuya causa corrían ¹.

Cesaron los cánticos, las músicas y el aparato, y entre las nubes de incienso que lentamente se borran apareció de nuevo la Princesa, vestida ya con el sayal de las carmelitas. Acercóse á la Delfina y arrodillóse ante ella con las manos juntas, la cabeza baja. María Antonieta echó sobre sus espaldas el burdo manto, cubrió su cabeza con el negro velo, y la princesa real Luisa de Francia quedó se-

¹ Proyart, *Louis XVI et ses vertus aux prises avec les perversités de son siècle.*

pultada para siempre bajo el humilde nombre de Sor Teresa Agustina...

Aquella regia víctima que se ofrecía al sacrificio, no logró detener la cólera de Dios que amagaba á lo lejos... Mas quizá las lágrimas de la pobre monja olvidada alcanzaron para el viejo Rey su cristiana muerte; para el Rey futuro, su resignación de mártir; y para la Reina guillotizada, aquella sublime dignidad que la hizo más grande en el cadalso que sentada en el trono de Francia.

VII

A principios de 1772, un gran desaliento y disgusto de los negocios públicos apoderáronse del conde de Fuentes, y pidió al Rey Católico licencia temporal para trasladarse por algunos meses á la corte de España. Al poco tiempo, el 11 de Junio, escribía Azara á Roda: «De París escriben que el conde de Fuentes ha tenido licencia para ir á Madrid por algún tiempo, como la otra vez. Parece que la hipochondría se le aumenta cada día, y cierto que el ver lo que él ve de cerca no es para alegrar ¹.»

Tenía razón el agente de Preces, aunque por concepto muy distinto del que él afirmaba: las negras intrigas de la política de aquel tiempo, que vió Fuentes tan de cerca, pudieron muy bien probarle que ni aun con la más recta intención es posible

¹ Cartas de Azara á Roda.—Edición de Madrid, 1846.

amasar fango sin mancharse, y que no basta para lavar la conciencia la jofaina inmortal en que los Pilatos de todas las épocas se han lavado las manos. El hecho de la extinción de los jesuitas, de que hacían las Cortes en Roma un verdadero *casus belli*, no era para el Conde, como lo fué entonces para el vulgo, y lo sigue siendo aún para no pocas personas, un golpe más ó menos justificado, dirigido exclusivamente contra unos religiosos, inocentes ó culpables de los crímenes que les imputaban. Para el embajador de España, cuyos altos puestos y trato íntimo y continuo con príncipes, ministros y filósofos le tenían al tanto de los resortes secretos de aquella inmensa maquinaria, las diversas expulsiones de la Compañía primero, y el encarnizado empeño de su extinción después, no fueron otra cosa sino el primer acto de la sacrílega tragedia cuyo título era y sigue siendo *Écraser l'infame* ¹, y cuyo programa trazó Federico II á Voltaire en carta memorable que insertaremos más adelante. Por eso, mientras el conde de Fuentes vió tan sólo fraguarse en torno suyo las intrigas, y levantarse las calumnias y caer las víctimas sin que él las hiriese, mantúvose firme en su puesto, mero espectador del desastre, abroquelado tras el sospechoso lema *laissez*

¹ *Écraser l'infame*, aplastar al infame, esto es, destruir á Cristo, á su Religión y á su Iglesia, era el continuo grito de guerra que daba Voltaire á sus secuaces al dictarles sus disposiciones y animarles á la impía lucha que tenían entablada.

faire, laisser passer. Mas cuando, por el giro que tomaban las cosas en Versalles y en Madrid, le fué necesario mezclarse con D'Aiguillon y Aranda y De Bernis en los negocios de Roma, y de espectador tuvo que pasar á actor, y ya no le fué posible dejar hacer ni dejar pasar, sino que tuvo que hacer y dejar pasar él mismo, alarmóse su conciencia, quizá demasiado tarde, sintiéronse heridos sus sentimientos religiosos, y sin el valor necesario para oponerse de frente y combatir, sin osar romper con el Rey y sin querer tampoco romper con su conciencia, decidióse á romper con la fortuna; camino de travesías que, si no le llevó al heroísmo, llevóle por lo menos á una situación digna y tranquila.

Hubo, en efecto, en la retirada de Fuentes circunstancias que prueban nuestro aserto, aun sin contar con la influencia de la Condesa, que, no obstante su afición al mundo, fué señora de fe muy arraigada y de la mayor todavía que conservó siempre sobre el Conde, su santo hermano el venerable P. Pignatelli, enterado mejor que nadie del revés de aquel derecho. Los apuros de la casa de Fuentes eran grandes por aquel tiempo: los cuantiosos gastos que el lustre de la Embajada requería habíanla quebrantado hasta el punto de tener Carlos III que otorgar al Embajador la presidencia del Consejo de Ordenes, como ayuda necesaria para sostener en París su rango. Mas no por eso cesaron los apuros, y siguieron éstos tan grandes y frecuentes, como acredita la larga correspondencia del conde de Fuentes con su her-

mano D. Ramón, que le administraba en España sus estados, comprometidos todos entonces, incluso los de Mora y Coscojuela, en pleito enredadísimo en que se los disputaban al mismo tiempo D. José López Fernández de Heredia, regidor de Calatayud, el mismo conde de Aranda, el conde de Contamina, don José de la Cerda y la Inclita Orden de San Juan de Jerusalén.

Fuerza mayor hubo, pues, sin duda para que, cuando más necesitado se hallaba Fuentes de influencia y de dinero, abandonase su elevado puesto y se negara á recibir otros más altos, conservando tan sólo la presidencia del Consejo de Ordenes, único á que las intrigas de la política tan sólo podían llegar de rechazo. Porque tras la licencia temporal pedida antes presentó luego la dimisión de su Embajada, y negóse después á aceptar la presidencia del Consejo de Castilla, con que á la caída de Aranda le brindaron. El proceso de estas ofertas y negativas se encuentra en la correspondencia de Roda y Azara. «No dudo ya, por lo que Ud. me insinúa, — escribe éste contestando al otro, — que Fuentes aceptará la presidencia de Castilla, y con eso quedará el nicho de Ordenes para otro grande, que en estas calendas parece que son los que privan.» Fuentes no acepta, sin embargo, á pesar de lo que Roda esperaba, y Azara escribe de nuevo: «Yo me inclino á su dictamen de Ud.: en que, no admitiendo Fuentes la presidencia, no sabrán qué hacerse y dejarán á Figueroa con el Gobierno, como al marqués de Lara.» Figueroa

sigue, en efecto, con el gobierno, mereciendo esta observación de Azara : « Cierta que Figueroa, sucesor de un Aranda, se zurce tan mal como el don con el turuleque; pero en este mundo de nada nos debemos de admirar. » Algunos meses después todavía espera Roda que Fuentes acepte la presidencia, porque de nuevo le contesta el agente de Preces : « De ahí no sé más que la muerte de la pobre condesa de Fuentes. Su marido estará inconsolable ; pero puede ser, como usted dice, que ahora esté libre para aceptar la presidencia. » Fuentes se consoló bien pronto pasando á segundas nupcias, como luego veremos, pero sin aceptar otra presidencia que la pacífica del Consejo de Ordenes, que ya poseía y conservó hasta su muerte.

Y sucedió también que, al mismo tiempo que solicitaba Fuentes licencia temporal para volver á la corte de España, solicitábala también Villahermosa para hacer un viaje de instrucción y de recreo á la corte de Inglaterra en compañía de la Duquesa. La manía de *correr cortes*, según la llamaban en España, era entonces moda general entre los grandes señores de Europa, y encontrábanse por todas las de ésta ilustres señores, que viajaban en busca de erudición y de experiencia, y volvían no pocas veces cargados de errores y de vicios extranjeros, que cual preciosas conquistas se afanaban por implantar en su patria. Algo más importante que todo esto llevaba, sin embargo, á Villahermosa á la corte de Inglaterra. Su alto rango y superiores prendas

habían fijado de mucho tiempo antes la atención de la corte de España, y pensóse al fin en utilizar en el servicio del Rey aptitudes tan notables, colocando al que las poseía en un puesto tan elevado y honroso como difícil de desempeñar y peligroso de aceptar en aquellos momentos. Era entonces el caballo de batalla del Gabinete de Madrid la extinción de los jesuitas, y el embajador del Rey Católico en Roma debía ser, por lo tanto, la poderosa palanca que venciera la obstinada y diplomática resistencia que á semejante acto oponía el Pontífice. D. Tomás Azpuru, el *arzobispo Turpin*, como en su satírico é incisivo odio le llama Azara en sus cartas desde que fué aquél agraciado con la mitra de Valencia, había desempeñado hasta entonces aquel cargo á gusto siempre del conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla, y del marqués de Grimaldi, ministro de Estado.

Mas un día hirió á Azpuru de repente un ataque apoplético, terrible como un rayo, en medio de las intrigas que urdía para la extinción y de las esperanzas que abrigaba de obtener el capelo. Escapó al fin de las garras de la muerte, pero salió de entre ellas paralizado su cuerpo, embotada su inteligencia, muerta su actividad; y ya fuese que el mal le aniquilara por completo, ya que la candela de la agonía disipase las nieblas de su conciencia, es lo cierto que no volvió á asediar al Pontífice para arrancarle el ansiado Breve, y aun murmuróse sin reparo que ayudaba al angustiado Clemente XIV en su

sistema de evasivas y dilaciones ¹. Decidió al fin Aranda nombrar otro Embajador sin esperar á la muerte de Azpuru, y la expectación en Roma fué entonces grande, esperando la llegada de aquel nuevo enviado desconocido, cuyo nombre reservaban en Madrid con gran misterio, y había de ser, sin duda, el ministro enérgico, *capaz de todo*, desde el ruego hasta la violencia, que hiciera tragar al atribulado Pontífice el cáliz que tanto repugnaba á sus labios. El 2 de Abril escribía Azara á Roda: « Sospecho que hayan echado mano de Villahermosa, que está en París, y hasta que vuelva su respuesta no lo querrán declarar, como la historia reciente del secretario de Guerra. Se tira á ganar el partido de los Duques, y plegue á Dios que orégano sea. » La sospecha de Azara era cierta: el conde de Fuentes fué encargado por Grimaldi de tantear á Villahermosa, y de acuerdo sin duda el suegro y el yerno, negóse respetuosamente éste á admitir honor tan peligroso y puesto tan aventurado.

Mas quizá las intenciones de Villahermosa no

¹ En la correspondencia ya citada de Azara y Roda se encuentran todos los pormenores de la enfermedad, vacilaciones y muerte de D. Tomás Azpuru, y sus grotescas y encarnizadas peleas con el agente de Preces, narradas por este mismo con aquel estilo soez, propio suyo, en que llama á los cardenales *bestias rojas*, al Papa *frailuco embustero*, y á toda la corte romana *canalla digna tan sólo de manejarse con un garrote*. Así hablaban aquellos hombres hipócritas que, obedeciendo á general y misteriosa consigna, maquinaban en secreto la ruina de la Iglesia, mientras hacían en público alardes de protectores y aun regeneradores de ella.

eran tan puras como á primera vista parece: prefería él la embajada de Londres, que desempeñaba á la sazón el príncipe de Masserano, piomontés de nacimiento, y había tenido aviso secreto de su grande amigo D. Francisco Escarano, secretario de la Embajada, de que iba ésta á quedar vacante por traslado del Príncipe, y debía darse prisa á solicitarla. Cautó siempre Villahermosa y frío en todos sus cálculos, quiso explorar el terreno de allá antes de dar ningún paso en el de su corte, y para disimular mejor sus intenciones fingió aquel viaje de recreo á Londres, teniendo buen cuidado de hacerlo llegar á oídos del Rey, suspicaz siempre y receloso, no sólo por medio de Grimaldi, ministro de Estado, sino también del duque de Losada, sumiller de Corps de Carlos III y hombre de toda su confianza, que no era otra cosa en la corte sino hechura de Tanucci y eco fiel de sus inspiraciones en los oídos del Monarca. El 1.º de Abril escribe Grimaldi á Villahermosa: « Amigo querido: Hecelebrado infinito el pensamiento que has tenido de ir á ver la corte de Londres en compañía de tu mujer. ¿Y quién no alabará que un sujeto de tus circunstancias y talentos procure conocer y juzgar de un país como la Inglaterra? Aprueba el Rey tanto estas ideas, que se lo he dicho á su Majestad. No necesitas de autorización con Masserano: no obstante, le escribo hoy que el Rey ha aprobado tu pensamiento ¹. » Y seis días antes le

¹ Archivo de Villahermosa.— Cartas inéditas.

había contestado Losada: «Con gusto correspondo á la tuya, dándote gracias por la noticia que me das de haber resuelto hacer el viaje á Inglaterra el mes que viene, con aprobación de tu suegro y en compañía de tu mujer, cuya noticia he dado al Rey y le ha parecido bien tu resolución, agradeciéndote tu atención ¹.»

Alarmó al pronto á la Duquesita el proyectado viaje á Londres, y comenzó á oponer hábil y sistemática resistencia. Espantábala la idea de ir á un país hereje, temor que parecerá pueril hoy por no ser comprendido, pero que no lo era aún en el siglo pasado, con ser éste tan escéptico, entre aquellas gentes sencillas y personas piadosas, que miraban todavía la fe como el don más excelente y el único bien necesario, y custodiaban su pureza con más esmero que hubieran custodiado su caudal, su honor ó su vida. Mas el Duque, que contaba con la compañía de su mujer para dar mayor colorido de indiferencia á su viaje, hízole saber terminantemente, para mejor obligarla, que marcharía él solo á Inglaterra, dejándola mientras tanto en París si ella se obstinaba en no hacer el viaje. Rindió al punto esta amenaza á la Duquesa y dejó de poner reparos, sacando, sin embargo, de ventaja la promesa formal de que no la obligarían á presentarse en la corte.

Accedió el Duque á este deseo, preguntando

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

antes á Escarano si sería posible tal condescendencia, sin faltar á los respetos que debía un Grande de España á la corte de Inglaterra. El 2 de Abril le contesta Escarano en su extraño estilo, mixto de todas las lenguas: «Tiene V. E. mil razones en no querer que mi señora la Duquesa se presente en la corte. ¿Qué lograríamos más que visitas secadoras? ¿Las damas inglesas la convidarían á comer? No por cierto. La convidarían á tomar té, á jugar al wisky y á anu-yarse. Acá dispondremos cómo ha de ocupar el tiempo sin Milordes ni Myladies ¹.»

Ofreció al Duque su propio palacio el príncipe de Masserano, embajador del Rey católico en Londres; mas Villahermosa, que deseaba conservar allí la mayor independencia, apresuróse á agradecerle la oferta sin aceptarla, encargando le buscara alojamiento digno y conveniente, á su grande amigo el secretario de la Embajada, D. Francisco Escarano. Era éste aragonés de pura raza, hombre listo y sociable, de aquellos que, colocados en segundo término, completaban con sus dotes de capacidad las dotes de relumbrón que, según el modo de ser de la época, requerían los llamados á ocupar en las cortes extranjeras los primeros puestos. Desempeñaba aquella secretaría desde el primer año en que el conde de Fuentes fué embajador en Londres, y mostraba á éste y á toda su familia mucha gratitud y aprecio.

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

Hizo, pues, el encargo que le daban con grande gozo y eficacia, y escribió al Duque pormenores muy menudos que revelan el modo de viajar de los grandes de aquella época. Preciso era, según Escarano, que acompañasen á los Duques desde París dos criados, un ayuda de cámara y dos lacayos, sin perjuicio de tomar otros dos á su llegada que supiesen el inglés y conocieran las calles de Londres. Era también necesario traer libreas de la casa para todos ellos y para el cochero inglés que había de tomarse en Londres. Un excelente coche *de remise* y los tiros necesarios, estaban ya ajustados por doce luises mensuales.

Los Duques, por su parte, debían traer cuantos vestidos quisieran de oro y plata, porque era de opinión Escarano que lucieran en Londres todas sus galas.

La casa, con muebles decentísimos y situada á cincuenta pasos del palacio del Embajador, estaba ya alquilada en medio luis diario. La repartición la hacía Escarano en esta forma: « Cuarto bajo; un *parloir*, ó pieza pequeña, con su chimenea, destinada á comer. Al lado una pieza en que se puede poner una cama para V. E.; un gabinete pequeño inmediato. Cuarto principal: una hermosa sala para lo que es Londres. Una gran pieza, con una cama, para mi señora la Duquesa; al lado un gabinete en que pueden estar las dos criadas. Cuarto segundo: lo mismo que el principal. Cuarto tercero: una pieza con dos camas para ayudas de cámara, y otra en

que pueden estar dos lacayos. Cocina. Un jardín, grande como un pañuelo. Todas las casas particulares en este país son sobre un mismo plan ¹.»

Escarano, dirigiéndose después á la Duquesa, á quien por completo desconocía, trazábala un programa de fiestas y regocijos, entre los cuales figuraba en primera línea un baile de máscaras famoso, que se preparaba en el teatro de Covent-Garden, célebre ya en aquel tiempo, y en el cual era necesaria la presencia de los Duques. Para ello sería preciso salir de París el día 14 al amanecer, para pasar el Estrecho el 16 y estar el día 17 en Londres. Escarano les esperaba en Douvres, á pesar de que no contaba estar curado para entonces de un tremendo lobanillo en la cabeza, que le mortificaba en aquellos días atrozmente.

«El 18, —añadía,— es el famoso baile de máscaras, para el que conviene traer los dominós á la mano por si los cofres fuesen á la Aduana.»

Aquel programa encantador que trazaba Escarano entusiasmó al Duque y alarmó, por el contrario, á la Duquesa, disgustándola, sobre todo, la perspectiva de aquel baile de máscaras á que había de asistir sin quitarse aún el polvo del camino. Juzgaba ella, con razón, que los bailes de Covent-Garden en Londres vendrían á ser lo que en París aquellos otros de la Opera, á la sazón tan en boga, de que dijo un epigrama contemporáneo:

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

.....
 Tous les dieux de la volupté
 Y reçoivent sans cesse un éclatant hommage.
 Le dieu de l'Hyménée est le seul maltraité ¹.

Trazó, sin embargo, su plan, hizo sus consultas con el misterioso Alberto Magno, y con habilidad mujeril comenzó á disponer las cosas de modo que fuese necesario retrasar siquiera un par de días el viaje, demora suficiente para librarse sin ruido del famoso baile de Covent-Garden. Mas nunca su buen deseo hubiera detenido la actividad del Duque si un accidente desgraciado, y para ella dolorosísimo, no viniera á impedir por fuerza el viaje. Una noche prendióle fuego, por descuido, la llama de una bujía en los vuelos de una manga, causándole horrible quemadura en el brazo, que juzgó ella auxilio inesperado del cielo que ayudaba sus designios. El eficaz Escarano, contrariado en sus planes, escribió muy afligido al saber la noticia: « ¡ *Maudit soit l'esprit de vin* ²! Algún espíritu perseguidor mío se opone á todas mis satisfacciones. Mi jefe me ha dicho haberse suspendido el viaje de V. E., y el motivo, que no puede serme más sensible. Si la llaga de mi señora la Duquesa no es considerable, y que no ne-

¹ Todos los dioses del placer reciben allí brillantes homenajes. Sólo el dios Himeneo es el maltratado.

² Al final de la misma carta añade: « Acaba de decirme el señor Príncipe que la quemadura de mi señora la Duquesa no fué con espíritu de vino, sino con la vela. No sé dónde soñó la Princesa que fué con tal espíritu. »

cesita más que mudar un parche todos los días, aquí se acabará de curar. El cirujano del señor Príncipe es un hábil francés, que suplirá á Mr. Cassaing.»

El remedio hubiera sido ineficaz: Mr. Cassaing mismo, *el menos perjudicial de los cirujanos contemplativos*, como le llama D. Jorge Azlor en una carta, tuvo que ceder el puesto al Dr. Petit, el más famoso y ducho de los cirujanos prácticos de su tiempo, y sólo á duras penas pudo lograr éste que la horrible llaga no se encancerase, poniendo en grave riesgo la vida misma de la Duquesa. La energía de ésta se manifestó entonces bajo otra forma distinta, sufriendo sin exhalar una queja las horribles carnicerías que juzgaba Petit indispensables, fuerte y animosa en medio del dolor físico, que suele vencer con más facilidad que el moral á las almas de enérgico temple. Aquella admirable paciencia fué una revelación para el Duque, y por primera vez desde su matrimonio comenzó á sospechar que bajo el suave y delicado carácter de la Duquesa se ocultaban las cualidades extraordinarias de la mujer fuerte.

VIII

Cicatrizóse al fin la llaga de la Duquesa después de largos sufrimientos, y lleno de satisfacción y de alborozo pudo al fin Escarano salir á esperar á los Duques en Douvres y acompañarles en el pintoresco trayecto hasta Londres. Al día siguiente acudieron á visitarles con mucha cortesía el príncipe de Masse-

rano, embajador de España, y su esposa, y el conde de Guines, que lo era de Francia, ofreciéndose ambos con grandes muestras de afecto á hacer á los ilustres viajeros los honores de aquella corte.

No era ésta entonces, como la de Francia, escuela de depravación y malas costumbres, sino éralo, por el contrario, en lo que á los Reyes tocaba, de moralidad y buen ejemplo: triste cosa en verdad, pero no por eso menos cierta, que el Rey cristianísimo de Francia olvidase, y el Rey hereje de Inglaterra tuviese presente, que así como la principal tendencia de los pueblos es imitar á los Príncipes, así el primer deber de los Príncipes es dar santos ejemplos al pueblo. El buen Jorge III contaba á la sazón treinta y cuatro años, treinta y dos su esposa Sofía Carolina de Mecklemburgo, y diez tan sólo aquel funesto príncipe de Gales, Jorge Augusto Federico, que había de amargar la vida de su padre con sus escándalos y deshonorar el trono de Inglaterra con el inmundo proceso de su esposa la reina Carolina, mujer tan depravada como él y tan hipócrita y tenaz en su defensa, que hizo grabar en su tumba, como última protesta: *Aquí yace Carolina, Amalia, Isabel de Brunswick, Reina ultrajada de Inglaterra*. La negra melancolía que precipitó años después á Jorge III en la más completa demencia comenzaba ya á dominarle, y aumentábase cada día las discordias intestinas del reino, las rivalidades de sus Ministros y el odio del pueblo á lord Bute, su favorito, fomentado de continuo por las insolencias de Wilkes en su periódico

The North Briton, y por las celebérrimas *Cartas de Junio*, cuyo autor anónimo no han podido descubrir aún la curiosidad y las pesquisas de todo un siglo. Wilkes fué el Adán de esa raza indigna de periodistas que desencadenan las iras populares en provecho propio ó de quien mejor les paga, sin reparar en insolencia, calumnia ni aun crimen. Cuando á la caída de Bute determinó al fin lord Granville á prender á Wilkes, el populacho de Londres, el más soez y feroz de todos los populachos, entregóse á grandes excesos para salvar á su ídolo, y llevó su atrevimiento hasta pasear por delante de Saint-James una mascarada en que se veía un carro fúnebre, y sobre él un hombre enmascarado con un hacha en la mano y un tajo delante. El Rey pudo descifrar desde las ventanas de su palacio esta horrible alegoría del trágico fin de Carlos I, que le presentaba su pueblo. Comenzaban ya á soplar malos vientos para los Reyes, y conociéndolo así Jorge III, retiróse á *Buckingham-House*, de donde tan sólo venía á Saint-James en las solemnidades marcadas por la etiqueta. El palacio de Saint-James, que dió al Gabinete británico el nombre que hoy conserva, era entonces un inmenso edificio hecho de ladrillos, sin belleza ni suntuosidad ninguna que revelase ser la mansión del rey de la Gran Bretaña. Rodeábalo el inmenso parque que aún subsiste, y en uno de sus extremos hallábase el palacio de Buckingham, comprado por el mismo Jorge III al Duque de este nombre, para regalarlo á su esposa Sofía Carolina. El Rey había desterrado de su retiro to-

da la pompa de la corte, y vivía como un simple particular, rodeado de su familia. Los lunes y miércoles daba audiencias al levantarse, y la Reina recibía también los jueves á cuantos lo solicitaban. Una vez por semana presentábase la Familia real en algún teatro, en un palco alquilado, que se adornaba con grande magnificencia; mas al día siguiente cualquiera podía tener á su disposición, si lo pagaba, el palco ocupado la noche antes por el Monarca.

El duque de Villahermosa fué presentado á Jorge III, en audiencia privada, por el embajador de España; y el Soberano, quizá con más cortesanía que sinceridad, hizole mención de los buenos recuerdos que había dejado su suegro, el conde de Fuentes, en la corte de Inglaterra. Era, sin embargo, cierto que, á pesar de los calamitosos sucesos ocurridos durante su embajada en Londres, conservaba allí Fuentes amistosas relaciones con grandes personajes, así de la corte como del Gobierno, y esto abrió la puerta al Duque para las investigaciones que deseaba, y á las que se dedicó muy luego, abandonando por completo á su mujer á los cuidados de la condesa de Guines y la princesa de Masserano. Era esta señora de muy buen juicio y mucha cristiandad, y tenía á su lado un capellán español que se llamaba D. Esteban Romero, y le decía Misa diariamente en un oratorio que por privilegio especial tenía en su casa. A ella iba muy de mañana la Duquesa en silla de manos, y allí cumplía con sus deberes religiosos en compañía de la Embajadora, calmando así la mayor

de las zozobras que la habían asaltado al tratarse de aquel viaje á tierra de herejes.

Amistáronse estrechamente ambas señoras con este trato continuo, y por las tardes solían pasear juntas en carroza por los magníficos jardines de Londres, que eran entonces los de Saint-James, Green-Park y Hyde-Park, todos contiguos, y dilatándose aún en los extensos y bien cultivados de Kensigton, cuyo palacio se transformó después en museo, y eran entonces, en verano y primavera, el punto de reunión de las gentes elegantes. El arte había imitado en Green-Park una naturaleza verdaderamente campestre, con hermosas praderías en que se levantaban de trecho en trecho rústicas casitas, donde era moda en aquel tiempo ir á tomar leche ordeñada á la vista. Acompañábalas á veces en sus excursiones el príncipe de Masserano, señor bondadoso y pacífico, y con más frecuencia aún su hijo Carlos Ferrero-Fieschi, muy joven entonces, que fué embajador en París en tiempo de Carlos IV, y renegó después de los Borbones, admitiendo la superintendencia general del intruso rey José Bonaparte.

No se reducían, sin embargo, á estas inocentes distracciones las que ocuparon la vida de la Duquesa en Londres. La condesa de Guines, el Conde y D. Francisco Escarano encargábanse de arrancarla de sus sencillos y pacíficos gustos, inventando todos los días en su obsequio nuevas distracciones y entretenimientos. Mas la Duquesa, siempre prudente y reservada, dejóse acompañar sin reparo por los

embajadores de España á paseos y visitas, á monumentos notables; mas jamás consintió en presentarse en público con el conde ó la condesa de Guines sin ir autorizada al mismo tiempo por la presencia de su marido. La mala reputación de que entre las personas juiciosas gozaba el Conde era lo que motivaba esta reserva de la Duquesa, porque era aquél uno de los más famosos *persifleurs*¹ de los salones de París y de la corte de Versalles, é igual renombre había dejado en Berlín, donde estuvo de Embajador, y se había conquistado ya en Londres, adonde vino con el mismo cargo en 1770. Desplegaba en su trato toda la exquisita gracia, frívola, pulcra y atildada que distinguía á los cortesanos franceses de aquella época, y reunía á estas dotes una figura elegante y agradabilísima, que acicalaba él con un esmero rayano ya del ridículo. El duque de Lévis cuenta á este propósito en sus *Recuerdos y retratos* la siguiente anécdota: « El duque de Guines², que tan bien manejaba el ridículo, incurría él mismo en uno bien singular por cierto. Hallábase bastante grueso y engordaba más cada día; mas á despecho de la naturaleza empeñábase en parecer delgado, usando para ello vestidos sumamente estrechos. Y de tal

¹ Con el nombre de *persifleurs* designábanse entonces, y aun se designan hoy, aquellas personas que tenían la costumbre de burlarse de todos con palabras serias, pero irónicas, moda muy general en la sociedad más culta del siglo XVIII.

² El conde de Guines fué creado duque á su vuelta de Londres en 1776.

modo llegó á dominarle esta manía, que se mandaba hacer para cada traje dos calzones distintos, unos muy ajustados y más anchos otros. Al vestirse, preguntábase su ayuda de cámara muy seriamente: —¿El señor Duque se sentará hoy?— Si la respuesta era afirmativa, dábale los calzones más anchos; si negativa, presentábanle dos criados los estrechos; subíase el Duque sobre dos sillas, y desde ellas dejábase caer á plomo dentro de los calzones, única manera de introducirse fácilmente en aquella apretada funda. »

A su fama de burlón gracioso, que tan funesta suele ser á cuantos la poseen, unía el Conde la de hombre harto galante, que había acreditado ya en Berlín, y comenzó á sentar en Londres con cierta aventura que dió lugar á un proceso tan característico como extraño, de que hace mención el duque de Lauzun en sus *Memorias*. Brillaba por aquel entonces en la corte de Inglaterra la famosa lady Craven, célebre por su belleza y por sus obras literarias, y el Conde hubo de acercársele con alguna más frecuencia de lo que al grave lord Craven pareció conveniente. Dióse, pues, por ofendido éste, y demandó á Guines ante los tribunales por *conversación criminal* con su mujer, exigiendo le indemnizase daños y perjuicios con la suma de 10.000 libras esterlinas. Dió este proceso mucho que reír á la corte y no poco que rabiarse al Conde, y acabó de coronar la mala fama de éste otro proceso algo más serio, entablado contra él por Tort de la Sonde, secretario de la mis-

ma Embajada francesa, acusándole de contrabando, juego con fondos del Erario y ganancias ilícitas por divulgación de secretos y negocios del Estado.

Era, pues, muy fundada la reserva de la Duquesa con hombre semejante, cuya posición oficial hacía imposible alejarle del todo, y el mismo Duque aprobó y secundó esta cautela de su mujer cuando se veía forzada ésta á presentarse, en compañía de los Guines, en los famosos conciertos de Ranelagh y Vaux-Hall, diversiones entonces muy en boga, que se imitaron después en París y se parodiaron más tarde en España. Aquellas fiestas eran á la sazón las más favorecidas por la aristocracia inglesa, y gozaban con justicia de universal renombre: los jardines de Ranelagh eran, sin embargo, muy inferiores á los de Vaux-Hall. Entrábase en éstos por una soberbia calle de colosales olmos, que formaban, entrelazándose, espesa bóveda, y á cuyo fin se levantaba un obelisco gótico. Seguía luego un inmenso bosque, iluminado con verdadera profusión de farolillos, que, según bárbara costumbre tradicional, hacía pedazos el pueblo de Londres el último día de la temporada. En mitad del bosque levantábase una tribuna para la orquesta, y delante de ella estaba la estatua del famoso compositor alemán Haendel, muerto en Londres en 1759, y autor, según se asegura, del himno nacional británico *God save the King*. Frente por frente de la orquesta había un magnífico pabellón, con doble escalera, decorado lujosamente con cuadros de Hogart, bustos de hombres célebres,

jarrones, espejos y arañas numerosas, de las cuales era notable por su enorme tamaño la colocada en el centro. En el espacio intermedio entre estas dos construcciones había bancos y mesas, y éste era el sitio favorito donde la *high-life* de aquella época se daba cita en las noches de concierto. Comenzaban éstos á las ocho y duraban hasta las once, y servíase durante ellos té, café y otras bebidas; terminada la música, solía la concurrencia repartirse por el resto de los jardines, iluminados como el bosque, donde había lindos pabellones chinoscos esparcidos por todas partes, en que con grande prontitud y esmero se servía de cenar. Esta era la hora de las citas y las intrigas, las presentaciones y los coloquios, y éralo también, por lo tanto, de peligros y desórdenes, que hacían á la pobre Duquesita no apartarse un momento de su marido, armándose de toda su reserva y dignidad. Aquellos lores y ladies eran, sin embargo, mucho menos desenvueltos en sus modales que los elegantes de Francia; y aunque tan corrompidos en el fondo muchos de ellos, aventajábanles siempre en la sencillez de sus modas, lo racional de sus costumbres y el mesurado decoro exterior característico de la raza, especie de hipocresía censurable sin duda, pero preferible hasta cierto punto, porque evita al menos el escándalo, y al falsificar la santa compostura de la virtud rinde á ésta un homenaje indirecto. Allí conoció la Duquesa á la famosa lady Craven, heroína del abortado idilio del conde de Guines, que había de divorciarse más tarde de su marido y aban-

donar á sus siete hijos para casarse de nuevo con el margrave Carlos Federico de Anspach-Baireuth ; y allí conoció también á dos hombres célebres, tipos característicos de aquellos grandes señores, que en vano intentaron con sus gracias personales implantar en la seca y tiesa Albión la graciosa volubilidad y frívolo encanto de la elegante sociedad francesa: lord Chesterfield y Horacio Walpole.

Era el primero un anciano ya decrepito , mas agradable aún y acicalado siempre , que había de sorprender la muerte pocos meses después explicando á su hijo natural Felipe Stanhope, en sus célebres cartas, la teoría de aquella extraña y corrompida moral que practicó él toda su vida, y cuyos principios derivaba tan sólo de las maneras distinguidas, la elegancia en el trato y el buen tono social. La vista de aquel anciano de aspecto venerable, hombre político , orador famoso , que sentado al borde del sepulcro predicaba á su hijo, según Johnson, la moral de una cortesana y las maneras de un maestro de baile, ponía en el ánimo cierta compasión pavórosa, porque recordaba la tremenda maldición que lanza la Escritura sobre el anciano libertino, á quien llama *niño de cien años*. Uno después de la muerte de lord Chesterfield publicáronse las célebres cartas á su hijo, que tuvieron en Inglaterra éxito asombroso. El editor compró el manuscrito en 1.500 libras esterlinas, é hicieronse cinco ediciones dentro del mismo año. El espíritu de estas cartas es puramente francés, y la acogida que tuvieron en In-

glaterra vino á probar entonces que así como el virus revolucionario de las instituciones inglesas se difundía por Francia preparando su ruina, así también la elegante depravación de ésta echaba raíces en Inglaterra , aunque perdiendo con la sequedad indígena su envoltura de amable y graciosa frivolidad. El cambio era mutuo, y no menos equitativo que el efectuado entre Franklin y Pitt : éste enviaba á los Estados Unidos numerosas cuerdas de deportados ; aquél le remitía, como presente de reciprocidad, una caja llena de serpientes de cascabel.

Horacio Walpole, conde de Orford, era grande amigo de Guines, y había conocido también en París al duque de Villahermosa, en la segunda excursión que había hecho á aquella capital en 1765. Entonces fué cuando trabó conocimiento con la vieja marquesa Du Deffand, y se prendó ésta á los setenta años de sus gracias y talentos. Mas Walpole, que había nacido y vivido demasiado alto para deslumbrarse con la aureola de celebridad que rodeaba á la Marquesa, y tenía harto talento para no comprender que aquellas *sensibilidades siempre jóvenes* y aquellas *avasalladoras pasiones*, propias del sensualismo romántico de la época, eran tan sólo depravadas costumbres y hervor de los apetitos siempre verdes, rióse primero de la vieja enamorada, y rechazóla después duramente, escribiéndola que no quería ser á los cincuenta años héroe de una novela cuya heroína tenía setenta. Mas la senil Dido sufrió el desprecio de su ídolo, acero el más cruel que pue-

de herir á un corazón amante, y jamás interrumpió su correspondencia con Walpole, legándole al morir lo que más estimaba sin duda su vanidad de mujer y llenaba más cumplidamente su corazón de filósofa: sus manuscritos y su perro...

Horacio Walpole fué de aquellos grandes señores que halagaron á los filósofos, despreciándolos en el fondo; y tan falsa era su estimación hacia ellos, y aun hacia todos los hombres de letras, que su orgullo de aristócrata se sublevaba cuando le incluían en este número, prefiriendo la fama de *gentleman* elegante y ocioso á la denotable literato, que merecía tan justamente. «¿Yo erudito? — escribe muy indignado. — Ni yo sé nada, ni tengo motivos para saberlo. He vivido siempre en mitad del ruido del mundo; me levanto todos los días lo más tarde que puedo; ceno á las altas horas de la noche, y he pasado la mitad de mi vida jugando al faraón hasta las tres de la mañana. Soy un niño grande, y nada más.» Tenía razón sin creer que la tenía, y sin querer tampoco tenerla; mas las cartas de aquel niño grande le han colocado, sin embargo, á la altura de Mme. de Sevigné, y sus *Dudas históricas sobre la vida y reinado de Ricardo III* probaron hasta qué punto puede un talento sutil esforzar la paradoja para destruir el fallo irrecusable de la verdad. Walpole no logró, sin embargo, en esta obra justificar al duque de Gloucester de ninguno de sus crímenes. La tragedia de Shakspeare, *Ricardo III*, tenía en la misma época de Walpole un famoso intérprete, que popula-

rizó y dió vida en la fantasía del pueblo inglés al siniestro duque de Gloucester, exagerando aún sus deformidades, y difícilmente retracta el vulgo en el entendimiento el juicio que ha formado ya en el corazón. Era este célebre actor David Garrick, el Roscio inglés, como con justicia le llamaban, y era una de las diversiones que había prometido D. Francisco Escarano á la Duquesita en su célebre programa: la de verle representar la famosa tragedia *Ricardo III*, quizá la más popular de todas las de Shakspeare en Inglaterra. «Sírvese V. E. decir á mi señora la Duquesa, — había escrito Escarano al Duque, — que en prueba de mis deseos de complacerla y obsequiarla he dispuesto que vea coronar al rey de Inglaterra. *Point de plaisanterie*. He conseguido que los directores del teatro de Covent-Garden representen una tragedia, que será la de *Ricardo III*, y al fin de ella se haga la coronación con las mismas ceremonias y vestidos que la verdadera. Aseguro á V. E. que quedará admirado. Se necesitan dos semanas para preparar las decoraciones. He dicho á los directores que vuestras excelencias estarán aquí el 18, y que, en consecuencia, tomen sus medidas. Nada, nada tendrá que regalar V. E. Le costará dos guineas el aposento, en que caben diez personas, y un recado de gracias al director. Procuraremos que Garrick represente, y que dé al fin unapieza que llaman *El Jubileo de Shakspeare*: cosa admirable¹.»

¹ Archivo de Villahermosa. — Cartas inéditas.

El programa se cumplió al pie de la letra gracias al conde de Guines, que interpuso su influencia con Garrick, de quien era grande amigo. El mismo Conde ha contado la manera bastante original con que trabaron ambos conocimiento. « Al llegar á Londres, — dice, — fué mi primer cuidado informarme de si mi amigo lord Hedgecomb había vuelto de Escocia, y supe que estaba en Twickenham, adonde me fuí al punto. Hizome el noble Lord la amistosa acogida que yo esperaba. — No creáis, me dijo, que he olvidado el deseo que teníais de conocer á Garrick. Ahora mismo vais á satisfacerlo, porque hace cuatro días que le tengo en casa. Vamos á ese pabellón, donde está tomando el te. — Con el mayor gusto me apresuré á obedecerle, y entramos en el kiosco en que Garrick se desayunaba. Vi entonces un hombrecillo de traza bastante vulgar, poniendo manteca á un pan con tanto cuidado, que no se movió siquiera á nuestra entrada. — Mi querido Garrick, le dijo el Lord, aquí tenéis al señor embajador de Francia, que desea mucho conoceros. — Garrick me hizo un ligero saludo, y continuó su tarea de pan y manteca. Yo le miraba sin hablar, y al cabo me dijo él sonriendo muy finamente: — El señor embajador de Francia estará sin duda formando una pobre idea de Garrick. — Nada de eso, le repliqué; pero confieso ingenuamente que estaba comparando vuestra figura con aquel grabado de Hogarth que tantas veces me ha hecho estremecer, en que aparecéis con el puñal en la mano, los cabellos erizados, los ojos

arrojando fuego... — Es verdad, replicó Garrick; los pintores nos favorecen demasiado, representándonos tales como nos ven en la escena, con nuestras actitudes de reyes, y luego parecemos siempre innobles al lado de nuestros retratos. — Al decir esto se levantó como un hombre poseído de furor; su estatura se había agigantado, los cabellos parecían erizarse en la cabeza, y los labios le temblaban. Entonces conocí en aquel hombre de espantosa figura al Ricardo III grabado por Hogarth. »

En la época en que los Duques estuvieron en Londres, el favor del público, siempre productivo en Inglaterra, había proporcionado á Garrick una renta de más de 4.000 libras esterlinas: vivía en una magnífica casa de campo, en Hampton, á cinco ó seis millas de Londres, en cuyos hermosos jardines había levantado un templo á Shakspeare, y en ella recibía á los primeros Lores del reino y aun al mismo rey de Dinamarca, que, según consta en la correspondencia de Escarano, visitóle allí en 1768. Prueba irrecusable ésta, entre otras muchas, de que los grandes entusiasmos y complacencias con las gentes de teatro, por lo común ruines y viciosas en su vida íntima, no pertenecen tan sólo á la historia de nuestra época. A la muerte de Garrick, tributóle Inglaterra los honores máximos, dándole sepultura al lado mismo de Shakspeare, en la abadía de Westminster. Garrick era, sin embargo, acreedor al aprecio público, porque, sobre serlo siempre el genio, nunca desdoroó el suyo con los vicios y liviandades

propias de las gentes de su clase, como otra estrella de teatro famosísima á que tributaron en su época locos honores y pudo admirar también en Londres la duquesa de Villahermosa: la célebre cantante italiana Catalina Gabrielli ¹.

Esta célebre mujer, llamada la *cocchetta di Gabrielli* (la cocinera de Gabrielli) por ser hija de un cocinero del Príncipe de este nombre, cuyo apellido tomó al salir á las tablas, reunía á la más prodigiosa habilidad en el canto, los vicios más descarados y las impertinencias y genialidades más insolentes. Cuando la emperatriz Catalina la llamó al teatro de San Petersburgo, exigió la Gabrielli, como precio de su contrata, 5.000 rublos mensuales. «¿Cinco mil rublos?, exclamó asombrada la Emperatriz. — ¡Si no le doy tanto á ningún feld-mariscal! — Pues haga V. M. cantar á cualquier feld-mariscal, contestó la *cocchetta* tranquilamente.» Hallándose en Sicilia, convidóla un día á comer el Virrey en com-

¹ En un artículo biográfico sobre esta célebre mujer hemos leído que nunca quiso cantar en Inglaterra por temor de que la brutal tiranía del público inglés la hiciese pagar caros sus caprichos y excentricidades. Consta, sin embargo, en las cartas que tenemos á la vista que Catalina Gabrielli se hallaba contratada en Londres, en la época á que nos referimos, por 1.500 guineas y un beneficio que le valdría por lo menos otras 700. El primer tenor (primer músico, dice Escarano) era Rauzzini, que compuso, estrenó y cantó él mismo varias óperas en Londres, entre ellas *La Regina di Golconda* y una *Vestale*, que no es la de Mercadante ni la de Spontini. El primer bailarín era un tal Dierville, marido de otra bailarina famosa llamada Heinel.

pañía de muchos personajes de la nobleza: la cantarina fingió olvidar tan honroso convite, y el emisario enviado para averiguar el motivo de su ausencia encontróla leyendo tranquilamente en la cama. Disimuló el Virrey su justo enojo, y fué al teatro aquella noche con todos sus convidados; mas la *cocchetta* afectó cantar su papel con tal descuido é indiferencia que, indignado el Virrey, hízola meter en la cárcel, donde la tuvo doce días. En ella dió la Gabrielli magníficas comidas, pagó las deudas de los que estaban presos por ellas, y entreteníase por las noches en cantar á los demás las mejores piezas de su repertorio.

El espectáculo representado en obsequio de la Duquesa fué verdaderamente magnífico, y hubiera servido para festejar á una reina. El teatro de Covent-Garden era ya en aquella época uno de los mejores, si no el primero de Europa, á pesar de tener entonces la forma cuadrada, tan poco á propósito para esta clase de edificios. La propiedad de las decoraciones y el lujo escénico hubieran llamado la atención aun en nuestros días; y aunque el atraso de la maquinaria hacía los cambios de decoraciones, tan frecuentes en la escena inglesa de entonces, pesados y aun grotescos, aventajaban mucho, sin embargo, á los que la Duquesa había visto en París en el teatro de la Comedia Francesa, donde hasta muy poco antes se variaba la escena con el telón levantado, y entraban y salían todavía á cada paso los encargados de despabilar las candilejas. Hasta 1755

fué moda entre los petimetres de París, deseosos siempre de exhibirse, colocarse en la Comedia Francesa en cuatro filas de banquetas alineadas á derecha é izquierda sobre la misma escena y en un semicírculo que formaban en el fondo, ahogando así las voces de los actores y aun confundiéndose á veces con ellos. Era costumbre en Covent-Garden representar al fin del drama unas especies de zarzuelas que llamaban *entertainements*, mezcla ingeniosa de diálogo, canto, danza y pantomima sobre todo, á que eran y aun son muy aficionados los ingleses, y en uno de estos *entertainements* consistía aquel *Jubileo de Shakspeare* que Escarano había anunciado á los Duques. Los que querían asistir sólo al *entertainment* no pagaban más que la mitad del precio, y esta costumbre, que quiso abolir Garrick, produjo un alboroto en el teatro de Drury-lane, que prueba la barbarie y aun la ferocidad del público inglés de entonces. Al aparecer Garrick en la escena la noche de la innovación levantóse una espantosa gritería, comenzaron los palos y puñadas entre los partidarios del actor famoso y los del *medio precio*, y triunfantes al fin éstos, arrancaron los bancos y las galerías, destrozaron los palcos, arrojaron del teatro á los comediantes y pasearon luego por toda la ciudad telones desgarrados y bastidores hechos pedazos, como trofeos victoriosos de su hazaña. De nuevo se presentó Garrick en la escena después de algunas semanas, y apresuróse á dar al público excusas de su intento; mas la gritería estalló otra vez

furiosa y desordenada, exigiendo al más querido de sus actores que de rodillas, en medio de la escena, pidiera perdón humildemente. Durante la estancia de los duques en Londres acaeció en el teatro de Hay-Marquet otro alboroto horroroso, que á poco más cuesta la vida á un farsante florentino que hacía juegos de manos. Anunció éste en el cartel que por arte maravilloso haría salir á un hombre de un puchero : acudió un público inmenso á presenciar el prodigio; y viendo que el puchero tan sólo daba de sí un monigote, asaltó furioso la escena en busca del italiano, y demolió después el teatro, pereciendo en el tumulto tres mujeres y un viejo, y perdiendo el mismo duque de Cumberland, hermano del Rey, una espada guarnecida de brillantes que le había regalado la emperatriz María Teresa, y se halló rota después en medio de los escombros.

Durante los entreactos, y antes de comenzar la representación, el desorden y la gritería eran insostenibles en los teatros de Londres, así en el patio como en la cazuela. Muchos llevaban naranjas y otras frutas que comían, y las cortezas volaban de una á otra parte sin que á nadie extrañase ni ofendiese. Mas una vez levantado el telón, sucedía como por encanto un profundo silencio, que nadie hubiera osado romper sin provocar y sentir al punto las iras formidables del público. Los mismos Reyes tenían la cortesía ó la prudencia de llegar siempre al teatro antes de comenzada la representación, á fin de que ésta no se interrumpiese. La ignorancia de la lengua

hizo perder á la Duquesa la mayor parte de la tragedia que en su honor se representaba, é impidióle esto mismo llorar á trapo tendido, como era su costumbre en esta clase de espectáculos. D. Fernando Magallón escribía al Duque: « No olvide vuestra merced decirme algo de la tragedia y del modo con que la representan, y si ha llorado mucho la Duquesita. » Consistía, sin embargo, el principal mérito de Garrick en las trágicas actitudes de su cuerpo, en los acentos de su voz, que parecían salirle siempre del alma, y en la maestría prodigiosa con que retrataba su rostro cuantos afectos es capaz de sentir el hombre, desde la risa hasta el llanto, desde la estupefacción hasta el genio, desde la satisfacción del gastrónomo hasta el horror del condenado. Preciso era, pues, admirarle aun sin comprender sus palabras; y cuando en el célebre monólogo del rey Ricardo se incorporaba en su lecho de campaña, pálido y con el pelo erizado, y dejaba escapar ante las sombras de sus víctimas aquel terrible: — *Then fly! What? from myself* ¹?, todos comprendían, estremeciéndose, el grito cobarde de la conciencia, á que sirven de respuesta las palabras del Salmo: *Si subiere á los cielos, allí estás; si bajare á los infiernos, allí te encuentro*. Y cuando roto y maltrecho, y cubierto de sangre y lodo, atravesaba la escena después de la batalla, exhalando el célebre grito: *¡A horse! ¡a horse! my King-*

¹ El enérgico laconismo de estas dos frases puede compendiarse en esta sola: *¿Dónde buir de, mi mismo?*

dom for a horse ¹!, oían todos en aquel Ricardo de farsa el postrer alarido de la ambición vencida, entregando el fruto de sus crímenes bajo la mano de Dios, que sin esfuerzo la aplasta...

Reflexiones más serias, con serlo éstas tanto, inspiraban á la Duquesita este y otros espectáculos que vió en Inglaterra. Una idea clara y distinta, que tenía todos los caracteres de fijeza y lucidez que marcan las vocaciones é indican los derroteros que señala Dios al alma con las luces de su gracia, habíase apoderado de la Duquesa desde su llegada á aquel país de herejes. Cuando en salones, teatros y paseos veía aquella muchedumbre de seres desgraciados fuera del redil de la Iglesia, sentados tranquilamente en las tinieblas y á la sombra de la muerte, acudía á su pensamiento aquel continuo chorrear de almas que caen en el infierno, semejantes en su número, según Santa Teresa, á las hojas secas que arrastra el huracán en los últimos días de otoño. Una gran piedad aguda y desconsoladora hasta hacerla derramar lágrimas y querer dar voces avisando el peligro, como confesó ella misma más tarde, invadía entonces su corazón, dejando allí el germen de la virtud más grande y elevada que puede inflamar al hombre, la que hace á los Apóstoles cuando combate y santifica la intransigencia cuando defiende, y no es comprendida, sino menospreciada, cuando la fe duerme en el seno de la indiferencia profundo y egoís-

¹ ¡ Un caballo ! ¡ un caballo ! ¡ mi reino por un caballo !

ta letargo: la caridad del alma hacia el alma.

Esta virtud que había de florecer y fructificar en la Duquesa, hasta el punto de que el Papa Pío VI le escribiese de su puño y letra, veintidós años más tarde: «No podemos alabarte bastantemente, ni tributarte las debidas gracias por tanta caridad; pero diremos altamente que tu virtud nos llena de admiración, y por ella te damos una y muchas enhorabuena, y á Dios infinitas gracias »¹, fué el santo y purísimo fruto que supo sacar la duquesa de Villahermosa de entre los errores y vergüenzas de la vieja Inglaterra. Su alma había seguido allí, como en todas partes, aquel hermoso consejo de un místico: «No seas como la araña, que todo lo que come lo convierte en ponzoña: sé como la abeja, que todo lo trueca en miel...»

IX

No esperaron los condes de Fuentes la vuelta de los Duques para emprender su viaje á España, y á poco de idos éstos abandonaron la Embajada, dando por razón aparente de su marcha el clima húmedo de París y la delicada salud de la Condesa: vana excusa que no engañó á los íntimos, y hacía escribir desde Fontainebleau á D. Fernando Magallón, en carta dirigida al duque de Villahermosa poco antes del viaje de éste á Londres: «Mucho me alegro que el

¹ Archivo de Villahermosa.—Cartas inéditas.

amigo Santiago haga compañía y divierta á las señoras. Ya tienen ahí á Siruela, que ayudará por su parte. Sé que han estado en la Comedia Francesa, en la Opera y en los Fantochines; y después dirán que están tristes. Diga vuestra merced á mi señora la Condesa (después de ponerme á sus pies) que para esto no parece que hay humedad en París. *Sur le reste, je suis aussi discret que vous: je ne dis mot; je n'écris mot.*» La enfermedad de la Condesa era, sin embargo, cierta, á pesar de las burlonas reticencias de Magallón y del olvido en que dejaba aquélla la humedad dañina de París cuando se trataba de divertirse: la tisis, enfermedad tan incurable hoy como entonces, y mucho más desconocida, minábala lentamente, al mismo tiempo que ponía en sus ojos esa venda característica con que suele cegar, no sólo á sus víctimas, sino también á los que de ordinario las rodean.

Llegaron, pues, los Embajadores á Zaragoza, y de allí trasladóse el Conde con su hermano D. Ramón á la villa de Fuentes, cabeza de sus estados, donde poseía un hermoso palacio, ruina hoy, que deja adivinar aún en su gran patio, hermosa escalera y elegante claustro lleno de restos platerescos, tiempos pasados de esplendor y magnificencia. Pronto, sin embargo, dió el Conde la vuelta, por haberse empeorado la Condesa á orillas del Ebro y hacerse preciso conducirla á Madrid, llevando por consejo de los médicos varios toneles de agua de Panticosa, considerada ya en aquella época como eficaz remedio contra las dolencias pulmonares.

Mientras tanto, preparaban también los Villahermosa en Londres su viaje de vuelta, siendo despedidos por el viejo lord Chatham, Roberto Pitt, que quiso tributar aquel honor á la hija del conde de Fuentes, su antiguo contrincante cuando la declaración de guerra entre españoles é ingleses. Ni los años ni los estragos de la gota, que desde los dieciséis de su edad venía padeciendo, habían logrado apagar la viva expresión del rostro y la mirada de águila de aquel anciano de alta y majestuosa presencia, que con razón miraba entonces la Gran Bretaña como uno de los más grandes hombres de su tiempo. Presentóse en casa de la Duquesa acompañado de dos jovenzuelos, que eran sus hijos, Juan y Guillermo, tal como había de presentarse años después en la Cámara de los Lores, agonizante casi, apoyado en aquellos mismos hijos, de los cuales heredó uno su nombre y heredó otro su genio, para exhalar en el último de sus discursos el último brote de su odio implacable á la Francia.

No quiso el duque de Villahermosa abandonar la Inglaterra sin haber presenciado siquiera una vez el espectáculo nacional de las carreras de caballos; trasladóse, pues, en vísperas ya del viaje, á Newmarket, en cuyo célebre Hipódromo había de correr el famoso *Eclipse*, notabilidad hípica de aquellos tiempos, tan festejada y coronada en el *turf* como Wellington en el campo de Waterlloo ó Pitt en la tribuna del Parlamento. Las apuestas eran ya en aquella época motivo de escándalo, de ruina y aun de frau-

des tan altos á veces, como prueba el hecho de ser expulsado del Jockey-club de Newmarket, en 1792, el príncipe de Gales Jorge Augusto, que se llamó después Jorge IV. Habían pasado ya aquellos tiempos primitivos en que el vencedor obtenía por todo premio una campanillita de madera adornada de flores; metalizóse después ésta, convirtiéndose en campanilla de plata; Carlos II ofreció por primera vez un premio en dinero de 100 libras, y el tiempo y el carácter nacional imprimieron al fin á las fiestas hípicas el sello característico, la marca de fábrica inglesa, el negocio.

Las carreras de Newmarket fueron el último espectáculo á que asistió la duquesa de Villahermosa en Inglaterra; y sin que pueda constar el tiempo que á su vuelta se detuvo en París, ni la época fija de su entrada en España, es lo cierto que el 10 de Noviembre hallábase ya instalada tranquilamente en su palacio de la villa de Pedrola, en compañía del Duque, del hermano de éste, D. Jorge Azlor, y del presbítero D. Antonio Cavañero, administrador general de los estados de Villahermosa. Así lo testifica una carta de D. Francisco Escarano, en que compadece al Duque por su destierro en aquel lugarón, y le insta de nuevo para que solicite sin demora la embajada de Inglaterra «Yo empiezo á creer,—dice,—que es una desgracia haber vivido algún tiempo en París y Londres cuando uno debe pasar el resto de sus días en cualquiera otra ciudad del mundo. Ayer, y no más tarde, hacíamos esta reflexión con Scarnafis y otros

individuos del Cuerpo diplomático. Me alegro por una parte que mi señora la Duquesa se aburra un poquito en España, porque eso hará que no se oponga á nuestras ideas. Llamo nuestras, porque las de V. E. y las mías son las mismas. Si pueden para con V. E. algo mis ruegos, le repito hoy con las mayores instancias los de no descuidarse en solicitar esta Embajada y de no esperar para ello á que vaque. Digo, y escribo (aunque de nada sirvan mis dichos y mis cartas) que si quieren acertarlo, deben enviar á V. E. á Londres. Cualquiera otro que venga podrá traernos perjuicio. El buen modo de un Embajador quiere decir infinito. Aquí han conocido á Vucencia, y le estiman como deben. Milord Rochford es su amigo, y será secretario de Estado, según se puede prever, por algún tiempo. En fin, si mi jefe pinta al amo las cosas como son, tendré la satisfacción de volver á Douvres á recibir á V. E.»

No se aburría ciertamente la Duquesita en su villa de Pedrola, y al trocar el bullicio de París y Londres por el silencio de aquel retiro, pareció á su espíritu devoto y sosegado pasar de un invierno de Laponia á una primavera de Nápoles, de los embates de una mar bravía á las suaves ondulaciones de las olas de un puerto. No comprende los encantos de la soledad quien vive siempre fuera de sí mismo, desparramado en placeres ó negocios, sin gustar nunca esas misteriosas pláticas que entabla el hombre consigo mismo, tan sabrosas que hicieron decir á un sabio que jamás se hallaba tan acompañado

como cuando se veía solo; tan útiles que hicieron decir á un santo: «Si me das un cuarto de hora diario de reflexión, yo te daré la vida eterna.» Esta sosegada reflexión sobre aquellos cuatro años de su vida pasados en mitad del mundo, diéronla gran experiencia de este temible enemigo del alma; porque no consiste tanto aquélla en haber visto mucho como en haber reflexionado mucho; y al hacerlo ella uno y otro día sobre el mismo tema, divisaba más contorneados los escollos, veía más claros los caminos y disponíase mejor su corazón á recibir la nueva enseñanza de comparar lo alto con lo bajo, lo rico con lo pobre, lo poderoso con lo desvalido, que Dios le reservaba en el solitario palacio de Pedrola.

No tenía ya éste en aquella época el aspecto ceñudo y guerrero que le dió en el siglo XIV la artillería ganada en Navarra por el duque de Villahermosa, D. Alonso de Aragón, y arrastrada á Zaragoza por los sediciosos, para desgracia del sexto duque don Hernando, cuando las alteraciones de aquel reino y la fuga de Antonio Pérez. Ni era tampoco aquella mansión deliciosa de señóril recreo, rodeada de jardines y de bosques, en que puso Cervantes la morada de los discretos Duques que dieron hospedaje al inmortal hidalgo manchego, según Pellicer asegura en sus eruditísimas notas. Era entonces el palacio de Pedrola un vasto edificio, en mil épocas remendado, que conservaba, y conserva aún, pasadizos y recovecos que recuerdan á la dueña Doña Rodríguez, envuelta en luengas y repulgadas tocas, pi-

sando quedito, con media vela encendida en la mano y grandes espejuelos ante los ojos, y arcadas elegantísimas que dan hoy á un corral, sin duda jardín ameno en otro tiempo, dignas de servir de marco al gentil busto de la desenvuelta Altisidora lanzando al desdeñoso D. Quijote aquel memorable apóstrofe:

.....
 Si te cortares los callos,
 Sangre las heridas viertan,
 Y quédente los raigones
 Si te sacares las muelas.

¡Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
 Barrabás te acompañe, allá te avengas!

Rodeaban en otro tiempo al palacio de Pedrola frondosos jardines que llegaban hasta la orilla del Ebro, y pasado éste hallábase la famosa *casa de placer*, con bosques, jardines y estanques de mucho recreo, labrada por D. Juan de Aragón, duque de Luna, conde de Ribagorza y virrey de Nápoles, á quien su primo el Rey católico escribió la ruidosa carta que anotó más tarde D. Francisco de Quevedo. Al lado del palacio fundó su hijo D. Alonso de Aragón un Colegio para doncellas nobles, bajo la regla de San Bernardo, que se llamó de Nuestra Señora de Buenavía ó del Buen Camino, porque pasaban por allí los de Borja, Tarazona y Navarra. Duró el Colegio lo que la vida de D. Alonso, y á la muerte de éste embelleció el palacio su hijo D. Martín,

quinto duque de Villahermosa, con curiosas pinturas y estatuas, entre las cuales se conserva una Venus de tiempo de los romanos, traída de Italia por el virrey D. Juan, y otra porción de objetos artísticos, cuyo catálogo se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid con este título: *Antigüedades, estatuas, monedas y medallas que tenia en su camarín de Pedrola D. Martín de Aragón, duque de Villahermosa*. Hospedóse en el palacio de Buenavía el Papa Adriano VI cuando en 1522 fué elegido Sumo Pontífice, hallándose en Burgos ocupado en la regencia del reino de Castilla.

Agasajóle á su paso con grande magnificencia el conde de Ribagorza, D. Alonso, y el Papa bautizó por su propia mano en la iglesia de Pedrola á la quinta hija de aquél, que murió párvula, y recibió en memoria del suceso el nombre de Doña Adriana. Celebráronse también con muy lucida pompa en el Colegio de Buenavía las bodas del virrey de Aragón, D. Fernando de Borja, con Doña María de Borja, siendo padrinos el príncipe de Esquilache y Doña María Luisa de Aragón, duquesa de Villahermosa, como acredita la partida de casamiento registrada en el archivo parroquial de la villa de Pedrola.

Mas todo esto había ya desaparecido en tiempos de la duquesa Doña María Manuela, desmoronado por los años y tragado por la tierra, que cumple su misión de sepultar á los hombres como á los monumentos, y tan sólo restaba del palacio de Buenavía una informe ruina, cubierta hoy del todo por un oli-

var que arranca de la orilla misma del río. Quedaba, sin embargo, el recuerdo de todas aquellas grandezas, unido á la memoria de ese conjunto de grandes hazañas, trágicos sucesos, personajes famosos, ilustres caudillos, sangre vertida, lágrimas derramadas, fiestas, guerras, regocijos, lutos, muertes y victorias, que hacían en lo antiguo de los vasallos y el señor un solo todo, y hacen del palacio de Pedrola, como cuna y sepulcro de una gran familia, un interesante archivo de recuerdos, enlazados con la historia de un reino. Mas entre todas aquellas sombras ilustres que pudo la Duquesa evocar con su imaginación en el antiquísimo solar de la Pedrola hubo una que llegó á serle familiar, á ser su amiga, y su guía y su modelo, y á transmitirle desde la eternidad la grandeza de espíritu y las virtudes que le adornaron en siglos remotos... A la mañana siguiente de su llegada á Pedrola, quiso la Duquesa oír Misa en la iglesia de la villa; lleváronla entonces por una extraña galería de más de ciento sesenta pasos de largo, que arrancando del palacio ducal pasaba por encima de las casas del pueblo y venía á desembocar en una tribuna quedaba al templo. A derecha é izquierda de aquel largo pasadizo veíanse pintadas en la pared varias cruces, numeradas con caracteres del siglo XVI. Preguntó la Duquesa qué significación tenía aquello, y dijeronla que era el *Via Crucis* que solía recorrer de rodillas la *Santa Duquesa*. Este nombre, que, rodeado siempre de la más profunda veneración, había llegado más de una vez á

sus oídos, llenó á la Duquesa de religioso respeto, y aumentósele éste en gran manera cuando al llegar al extremo de la galería, y bajando seis escalones, introdujéronla en otra tribuna, no más ancha que lo que daba de sí el espesor de los muros, cerrada con fuertes barras muy bien labradas al modo del siglo XV. Dijeronla entonces que aquella estrecha mazmorra había sido el teatro favorito de las oraciones y penitencias de la santa Duquesa, y mostráronla en la pared unas manchas negruzcas que marcaba la tradición como salpicaduras de sangre de aquella santa de pasados tiempos. Daba la tribuna á una capilla con boveditas de aristas, rosetones y arcadas rebajadas con respecto á la nave de la iglesia, y había en el retablo un devotísimo Cristo de tamaño natural y muy buena escultura, cuya cabeza llegaba al nivel de la reja, pudiéndose contemplar desde ella cara á cara su faz cárdena, sus ojos quebrados, su boca entreabierta... Apoderóse entonces de la Duquesa ese religioso pavor que inspiran las cosas santas, tan distinto del miedo que aterra y hace huir, como parecido al sentimiento de lo sublime, que atrae y arrastra hacia lo mismo que lo provoca. Esta misteriosa atracción impulsó á la Duquesa más lejos todavía, y quiso conocer por sí misma todo cuanto quedaba de aquella santa mujer, cuya memoria le ponía Dios delante como un amparo á que recurrir en el cielo y como un ejemplo que imitar en la tierra.

Lleváronla á la iglesia, que constaba entonces de

una sola nave ojival, de fábrica del siglo XIII, con capillas á los lados y un presbiterio en el fondo, en que se veía la estatua sepulcral de D. Alonso de Aragón, conde de Ribagorza, con las de sus tres mujeres, Doña Isabel Folch de Cardona, Doña Leonor de Soto y Doña Ana Sarmiento. En la pilastra del lado derecho del presbiterio, que hacía entonces esquina á la capilla del Santo Cristo, había una estrecha y húmeda cripta que encerraba dos ataúdes, con este letrero puesto entre las cabeceras de ambos: *In vita sua dilexerunt se, et in morte non sunt separati*. Encerraba uno de ellos el cuerpo de D. Manuel de Aragón, quinto duque de Villahermosa, llamado en su tiempo el *Filósofo aragonés*, y en el otro, forrado de terciopelo negro y abrazado con una cruz amarilla, descansaba hacia doscientos trece años el de su esposa, la muy ilustre señora Doña Luisa de Borja y Aragón, venerada desde entonces hasta hoy con el nombre de la *Santa Duquesa*, aclamación popular que arrancaron en su tiempo sus heroicas virtudes y han sancionado de generación en generación tres siglos y medio.

Abrieron el ataúd, como era costumbre siempre que la piedad lo solicitaba, y apareció el cadáver completamente entero é incorrupto: tenía sobre la mortaja el escapulario blanco de Santo Domingo, ceñido á la cintura por el cordón de San Francisco y la correa de San Agustín, tal como la misma santa Duquesa lo dejó dispuesto en su testamento. Sobre el pecho veíase bordada, con seda blanca y negra, la

cruz dominicana, y cubríale todo el rostro un paño doble de tafetán blanco. Levantaron éste, y apareció el rostro sereno y sosegado como si durmiese, sin desperfecto en las facciones, aunque tenía la tez bastante teñida y el labio superior algo retirado hacia lo alto. Hubiérala, sin embargo, conocido el que en vida la hubiera visto, y la misma Duquesa pudo apreciar su semejanza con un retrato que se hallaba entonces en Pedrola, entre otros de familia, y se conserva hoy en Madrid en el palacio de Villahermosa¹. En este lienzo, pintado en Pedrola por el fa-

¹ Doña Luisa de Borja y Aragón, quinta duquesa de Villahermosa, profundamente venerada en esta ilustre casa con el nombre de la *Santa Duquesa*, fué hija de D. Juan de Borja, tercer duque de Gandía, y Doña Juana de Aragón, nieta del rey D. Fernando el Católico. Era, por lo tanto, hermana de San Francisco de Borja, y fué asimismo émula de sus virtudes, hasta el punto de merecer el dictado de *Venerable*. Escribió su admirable vida en el siglo XVII el P. Muniesa, de la Compañía de Jesús, y bien pronto saldrá á luz otra nueva edición de esta obra, considerablemente aumentada y corregida por el P. Jaime Nonell, de la misma Compañía. El cuerpo de la venerable Duquesa se conserva cuidadosamente en la iglesia de Pedrola, en una primorosa urna de cristales, incorrupto aún, pero en verdadero estado de momia. La mayor humedad del sitio en que se halla al presente hala deteriorado algún tanto en estos últimos veinte años; mas todavía se nota á primera vista, en la forma de su frente y el corte del rostro, su sorprendente semejanza con el retrato de Rolam de Moís, á que aludimos en el texto, existente en la galería de retratos del palacio de Villahermosa. El laudable amor de los Duques de este nombre á las glorias de su familia ha conservado con el mayor esmero y respeto todos los recuerdos de la santa Duquesa, y aún se conservan intactos en Pedrola el *Vía Crucis*, la galería, la tribuna y el Santo Cristo que he-

moso *retratador* Rolam de Moís, que el duque don Martín trajo de Flandes consigo, está representada la santa Duquesa con todas las galas propias de su alto rango. Es alta, robusta y con el pelo rubio; viste saya entera de terciopelo negro, abierta por delante hasta el talle, que adorna una cintura de perlas con rubíes y esmeraldas; ábrese la saya hasta los pies, y está adornada en sus bordes con botones de rica pedrería y ojales de oro, al igual de las mangas, que son largas y abiertas. El vestido interior es color de rosa, guarnecido de anchos pasamanos, con orlas de plata. De la rizada toquilla con pedrería que adorna su cabeza pende un velo transparente, en cuya extremidad hay una joya de oro y piedras preciosas con el nombre de Jesús y tres perlas pinjantes.

Aquella santa de pasados siglos, que para su edificación y ejemplo le ponía Dios á la vista, impresionó vivamente á la Duquesita, en cuyos oídos resonaban aún los estruendosos ecos de las dos Cortes más corrompidas que existían en Europa. Dieron entonces para su lectura la *Vida de la venerable Doña*

mos descrito. Esta hermosa imagen, según cuenta la tradición, fué traída de Flandes por el duque de Villahermosa, D. Martín, en compañía de un precioso bajo-relieve que representa á la Virgen María con el niño Jesús, y conserva con la mayor veneración la actual señora Duquesa en sus habitaciones particulares del palacio de Pedrola. Consérvase también en el santuario de Loyola, como preciada reliquia, una casulla bordada por la venerable Duquesa y enviada de regalo á su hermano San Francisco de Borja para que se sirviese de ella en su primera Misa como en efecto lo hizo el Santo al celebrarla en aquel santuario

Luisa de Borja y Aragón, escrita por el P. Muniesa, de la Compañía de Jesús, en el siglo XVII, espejo fiel que retrataba el alma de la venerable con la misma exactitud con que había trazado Rolam de Moís los rasgos de su fisonomía en el retrato de Pedrola. La lectura de aquel libro, hecha junto al cadáver de la heroína y en los parajes mismos que fueron teatro de su vida, abrió ante la Duquesa horizontes dilatadísimos; porque necesita en alta mar el navegante un punto fijo que le marque la distancia que recorre y la prisa con que camina, y aquel libro, leído y releído, y una y otra vez meditado, fué el punto fijo que hizo apreciar á la Duquesa la distancia enorme que mediaba ya entre la gran señora del siglo XVI y las Duquesas cortesanas que acababa de ver ella en París y en Londres, y en Madrid mismo.

La diferencia contristó su ánimo, avergonzándola en su humildad, por lo que á ella correspondía, y la gracia de Dios que la solicitaba dictóle al punto al oído lo que podría ser aún una duquesa de Villahermosa que quisiera vaciarse en aquel troquel de la propia familia. Harto comprendía su claro entendimiento que los tiempos habían variado desde entonces, y que también tiene que doblarse la virtud á no pocas exigencias de aquéllos; mas de igual modo parecíala claro y evidente que la esencia de la virtud es siempre la misma por más que varíen sus manifestaciones, y virtudes de todos los tiempos resultaban sin duda alguna aquella cristiana dignidad de gran señora, aquel amor de madre á los des-

validos y aquel continuo afán de enseñar á todos con el buen ejemplo, que tan alto brillaron en la santa Duquesa. Por otra parte, no era aquel libro, que Dios había puesto en sus manos, una de esas vidas de santos escritas con más devoción que conocimiento del hombre, que presentan desde luego al justo sobre un pedestal altísimo, rodeado de favores celestiales y maravillosos prodigios, que pasan más bien que alientan, y mueven más á la admiración del que los goza que á la imitación del que los ha merecido. Lejos de eso, el P. Muniesa marcaba paso á paso la escala por donde se sube á ese pedestal tan alto, deteniéndose en cada peldaño, haciéndolo práctico y suave, y allanando sobre todo el primero y más dificultoso, que es el arranque de la voluntad que se decide al fin á levantar el pie de la tierra.

La Duquesa lo levantó, en efecto, y sobre los muchos pasos que había dado ya en el camino de la virtud sin saber siquiera que los daba, como acontece siempre á los humildes, dió aquel otro nuevo que Dios exigía de ella, y diólo sin vacilaciones, con la enérgica actividad que inspira la fe viva en las buenas obras, con el tino y el acierto con que mueve sus pasos el que se deja guiar dócilmente por las emociones de la gracia divina. Comenzó, pues, á subir por aquellos mismos peldaños por donde la santa Duquesa había subido tan alto, y fué el primer fruto de sus afanes el amor de madre hacia los pobres y desvalidos, virtud la más propia del rico

y poderoso, porque ella le ayuda á cumplir la misión de tutor y curador del pobre que Dios le ha impuesto sobre la tierra, y le da á gustar la gran prerrogativa que hace envidiar riquezas, el dulce goce que los ángeles encuentran santo, el poder de hacer felices. Era la Duquesa aficionada á la lectura de Massillón hasta el punto que veremos más adelante, y había leído en uno de sus sermones y grabado en su memoria estas solemnes palabras, dirigidas por el famoso orador muy pocos años antes á los grandes señores de la corte de Versalles: « Si á Dios solo debéis el nacer en el rango que ocupáis, ¿cuál ha podido ser su designio al derramar sobre vosotros tanta profusión los bienes de la tierra? ¿Habrá querido acaso facilitaros el lujo, las pasiones y los placeres que él mismo condena? ¿Serán entonces esos dones funestos presentes que os haya hecho en su cólera? Si así es, si sólo por vosotros mismos os hizo nacer en la prosperidad y la opulencia, gozad de ella en buen hora; forjaos, si podéis, una injusta felicidad sobre la tierra; vivid como si todo eso fuese creado para vosotros solos; multiplicad vuestros placeres y apresuraos á gozar, porque el tiempo es corto. Pero no esperéis nada más después de la muerte y el juicio, porque ya habéis recibido aquí abajo toda vuestra recompensa... Mas si entra en los designios de Dios que vuestros bienes sean el camino de vuestra salvación, entra también precisamente que sólo por vosotros haya dejado pobres y desvalidos sobre la tierra. Vosotros ocupáis aquí abajo,

respecto á ellos, el lugar de Dios mismo; sois, por decirlo así, su providencia visible, y tienen ellos el derecho de reclamar de vosotros y exponeros sus necesidades, porque vuestros bienes son sus bienes, y vuestras limosnas el solo patrimonio que Dios les ha designado sobre la tierra ¹.»

La Duquesa jamás había visto de cerca á un pobre, porque rara vez entran éstos en los palacios en que ella había vivido, y molestaban entonces al egoísmo tanto como hoy los clamores y las llagas de la miseria. Mas al visitarlos en persona en su villa de Pedrola, y ver por sí misma sus lágrimas y escuchar sus lamentos, abrióse su pecho á la compasión, manantial de todo remedio; y así como el espectáculo de millares y millares de herejes que vió en Inglaterra despertó en su corazón la caridad del alma hacia el alma, así también la vista de los trabajos y miserias del pobre, que Dios le puso ante los ojos en Pedrola, despertó en ella esa otra caridad que remedia las necesidades materiales, inferior sin duda á la primera, pero complemento necesario suyo si ha de resultar esta virtud acabada y perfecta; porque al decir Jesucristo que el hombre *no sólo vive de pan*, dió á entender claramente que también de pan vivía, y que unida á la caridad que cuida del alma, ha de ir también la que cuida del cuerpo.

Desde entonces gastó la Duquesa en alivio espiritual y temporal de los pobres, según su propio

1 Massillon, *Petit Carême*. — *Humanité des Grands*.

hijo testifica, las *tres cuartas partes* de la renta que el Duque le había asignado, y desde la muerte de éste hasta la suya propia siguió gastando las mismas *tres cuartas partes* de la renta total que la pertenecía. Desde entonces tomó también la costumbre de pedir ella misma los sábados cuenta estrecha de cuanto en la casa se debía, y hacer pagar sin demora toda deuda que resultase, para no retener ni un momento lo que era fruto del trabajo de un pobre ó podía representar el bienestar de una familia. Costumbre ésta tomada y amoldada por ella á sus tiempos, de la que la santa Duquesa observó siempre en Pedrola, según el estilo de los suyos, mandando salir todos los sábados un pregón público en la villa para que vinieran á cobrar al palacio todos los que allí tuviesen alguna deuda.

Otra costumbre santa y cristiana, y española y hermosa, como todo lo que tiende por parte del poderoso á proteger y elevar al desvalido, tomó también la Duquesa de su ilustre antecesora, y observóla fielmente hasta el fin de su vida. Cuidaba esta santa mujer con exquisito amor y vigilancia, no sólo de sus dueñas, doncellas y escuderos, gentes bien nacidas, según costumbre de la época, sino hasta de los más humildes galopines y fregonas que, por estar á su servicio, formaban parte de lo que en frase tan castiza, tan cristiana y tan profunda se ha llamado siempre en España, no la *servidumbre*, sino la *familia*. Aconsejábanlos con cariño y remunerábanlos con largueza, porque más se satisface la

pobre naturaleza humana de cosas que de consejos: patrocinábalos en sus trabajos y regocijos, los visitaba y aun asistía en sus enfermedades, persuadida de que la idea de *señora* encierra en sí la de protectora y la de madre, y presidíalos en sus ejercicios devotos, congregándolos diariamente á son de campana en el oratorio privado de Pedrola, donde ella misma dirigía, respondiendo todos ellos, la clásica devoción española del Rosario de la Virgen santísima. Esta última costumbre fué la que resucitó en Pedrola y prosiguió toda su vida la Duquesa, no sin alguna oposición por parte del Duque, que la encontraba harto familiar á pesar de hallarse él imbuído en las flamantes doctrinas igualitarias de los filósofos, falsa moneda del verdadero cuño católico.

Quizá también alguna dama melindrosa de las *recién llegadas* elegantes del día encuentre harto demócrata lo que hacía en el siglo XVI la rica hembra más ilustre de Aragón, verdadera soberana independiente por su condado de Ribagorza, y lo que imitaba en el XVIII la Duquesa española que dejó fama más ilustre en las cortes de Francia, Inglaterra, Turín y España. Éralo, en efecto, mas no á la moda liberal de esta época, sino á la manera santa que dijo Pío VII: *Siate buoni cristiani, e sarete ottimi democratici*; y aquellas dos grandes señoras que sentaban á su mesa príncipes y reyes, y no gacetilleros adúladores sin nacimiento, sin méritos, sin fe y sin conciencia, no se desdennaban de arrodillarse ante

Dios al lado de un pobre lacayo y proclamarle su hermano, su verdadero hermano legítimo, al repetir con él la única y verdadera fórmula de la fraternidad humana: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

X

Nunca, desde el día de su matrimonio, habíanse tratado los Duques tan de cerca como en aquellos meses pasados en el palacio de Pedrola. La vida cortesana del Duque habíase interpuesto siempre entre ambos esposos como un muro de cristal que, sin impedirles verse, les impidiera oírse y comprenderse. Mas en aquel retiro de Pedrola, donde no había teatros á que concurrir, ni salones en que trasnochar, ni aun libros en que abismarse, pues su magnífica biblioteca íbala el Duque reuniendo en la corte, preciso era tomar el día por la punta, estar todo él en contacto, y aquella aproximación necesaria fué útil y favorable para ambos esposos. Comenzó, pues, á trocarse por parte del Duque la especie de benévola compasión, no exenta de desdén, con que hasta entonces había mirado la juventud y sencillez de su esposa, en justa estima del maduro juicio y delicada prudencia que en ella iba descubriendo, y aun llegó á confesarse que había tenido ésta harta razón en no aceptar como modelo, ni aun en sus actos lícitos, las despreocupadas *preciosas ridículas* que desde los tiempos de Molière hasta el día no han faltado nunca en la corte de Francia, porque

tarde ó temprano se abre paso el buen sentido del hombre entre las costumbres y preocupaciones que le deslumbran, más bien que ciegan, y cuando no principia, concluye al menos por aborrecer en la mujer propia ciertas cualidades de relumbrón que admira y exalta en la ajena. La Duquesa, por su parte, había observado también en su marido un cambio que la llenó de esperanza. El Duque filósofo, que blasonaba de escéptico y, según la frase de entonces, que es también la de hoy, no creía ni *practicaba*, habíase transformado en Pedrola en cristiano práctico, ya que no fervoroso, que cumplía exactamente los preceptos de la Iglesia, y aun daba ejemplos al pueblo de su singular conducta, de edificación en sus palabras y de puntualidad y compostura en la asistencia á los ejercicios piadosos que se celebraban en el templo. Bien pronto, sin embargo, comprendió la Duquesa que el fruto no estaba aún maduro y que aquellas exterioridades no eran mudanza del corazón, sino trazas del cálculo. También Voltaire, el príncipe de la impiedad, comulgaba devotamente por Pascua Florida en sus tierras de Fernelly, y el conde de Aranda, su lugarteniente en España, daba igual ejemplo á sus vasallos, según cuenta la tradición, en su villa de Elípe. Comprendía el Duque la fuerza irresistible que ejerce sobre el pequeño el ejemplo del grande, y era hartamente generoso para arrancar á sus vasallos el mayor bien de que gozaban y hartamente prudente para destruir por sí mismo, en aquellas almas sencillas, el baluarte de la

ley de Dios, defensa la más poderosa de las leyes humanas y los derechos legítimos. Este cálculo del Duque, laudable en su primera parte por lo que tenía de generoso, y odioso en su segunda por lo que encerraba de hipócrita, satisfizo muy poco á la Duquesa. Calló, sin embargo, y callando y orando prosiguió en su sistema de siempre, que no era otro sino el recomendado por el apóstol San Pedro en su epístola tercera. «Mujeres: sed sumisas á vuestros maridos para que, si alguno no creyere en la palabra del Evangelio, sea ganado por el camino del buen ejemplo cuando considere la pureza de vuestra conducta y el respeto que le profesáis.»

No influía menos en el aparente cambio del Duque la presencia en Pedrola de su hermano D. Jorge Azlor Aragón. Amábale el Duque tiernamente; habíale servido de padre desde su más tierna infancia, y por esa inconsecuencia tan común entre los impíos y viciosos que no han perdido del todo el sentido moral, esforzábale por ocultar á su hermano el extravío de sus ideas, como se esfuerza el virulento por alejar de su lecho á las personas más queridas por miedo á exponerlas al contagio.

Era D. Jorge Azlor el modelo ya perdido del segundón de casa grande, que miraba en el primogénito, no una personalidad aislada, sino la personificación de todas las glorias de su raza, y sacrificaba por eso gustoso el bienestar propio al lustre de esta raza, y consideraba justas las leyes que le despojaban de su fortuna, á trueque de ver perpetuado

en el primogénito el esplendor de su nombre y fortalecida la nobleza, considerada todavía, con razón ó sin ella, como uno de los nervios más poderosos del reino. Era D. Jorge muy galán, de entendimiento claro y muy práctico, carácter jovial y aniñado, y tan sumiso y cariñoso con su hermano como hubiera podido serlo con su padre. Su delicada salud habíale forzado á dejar la carrera de las armas, siendo ya teniente coronel de los ejércitos reales. Mas velaba el Duque por su porvenir con previsión amorosa, y tenía ya concertado un casamiento ventajoso. Cierta aventura de D. Jorge, más pueril que culpable, estuvo á pique de dar al traste con el proyecto, y escribióle entonces el Duque muy encolerizado. Contrito D. Jorge, al punto contestó á su hermano: « Si estuviera seguro de que no te había de cansar ni aumentar tu indignación una relación individual de mi aventura con esa mujer, te la enviaría; pero no me atrevo á exponerme ni á uno ni á otro, antes quisiera poder hacértela olvidar, pues no puede dejar de ser su memoria una gran mortificación para mí mientras no me asegures haberse pasado tu enojo; y así, dejando esto para siempre, paso á responder á los demás puntos de tu carta. » Satisfecho el Duque de tanta sumisión, envióle, como si se tratase de un niño, un lindo regalo, y con alegría verdaderamente pueril escribió D. Jorge: « Te doy mil gracias por las vueltas, que me ha presentado hoy Diego de tu parte, como igualmente por el vestido bordado, que me han dicho el sastre y el bor-

dador que estará muy lindo, aunque yo desconfío mucho de mi gusto; así, me lo acabarán para cuando vuestras mercedes vuelvan, y lucirlo aquella noche si hay en casa *soupe*. »

Desde su retirada del ejército vivía D. Jorge de ordinario en Valencia, cuidando con gran esmero de los estados que allí tenía su hermano, y al cuidado también de su tía materna, la vieja marquesa de la Mina, cuyos herederos directos eran el duque de Villahermosa y su hermano D. Jorge.

Llamábase esta señora Doña María Agustina Zapata de Calatayud, y era hija de D. Ximen Zapata de Calatayud, conde del Real, y hermana, por lo tanto, de Doña Inés, condesa de Guara y madre del duque de Villahermosa y de D. Jorge. Casó esta señora con D. Jaime Miguel de Guzmán, marqués de la Mina, General muy esclarecido en aquella época y autor de varias obras militares. Bajo el mando de éste en Cataluña construyóse el castillo de Figueras, y también la Barceloneta, en cuya parroquia de San Miguel descansan las cenizas de este personaje en un sencillo y elegante sepulcro. Dejó el marqués de la Mina á su muerte un extraño testamento, basado en cierto injusto convenio hecho con su mujer, por el cual habían de pasar las pingües rentas de ambos esposos al duque de Alburquerque, sobrino del Marqués, con exclusión de Villahermosa y su hermano, que lo eran de la Marquesa. Protestaron éstos, púsose de su parte la de la Mina, reconociendo el engaño, y el duque de Alburquerque quiso mantener

el testamento de su tío, entablado un pleito. Mas sorprendióle la muerte en estos manejos, y su hijo primogénito, con criterio más justo y mayor prudencia, avistóse con D. Jorge Azlor para transigir el pleito y propuso visitar él mismo en Pedrola al duque de Villahermosa para ultimar aquel negocio según la justa conveniencia de ambas familias.

Recibió Villahermosa con grandes agasajos al duque de Alburquerque, que llegó á Pedrola acompañado desde Zaragoza por el marqués de Ayerbe, á cuyo hijo, recién nacido entonces, veremos más adelante perder la vida por Fernando VII de modo trágico y horrendo. Nadie hubiera adivinado tampoco en aquel apuesto duquesito de Alburquerque, que apenas contaba veinte años, al heroico caudillo que había de salvar á Cádiz en 1810, llevando á cabo la inconcebible hazaña de atravesar con 11.000 hombres escasos por en medio del formidable ejército de Dupont, tomarle la delantera y llegar á tiempo á la isla de León para hacer quemar por mano del verdugo, ante las Casas Consistoriales de Cádiz, los pliegos que dirigía José Bonaparte á la Junta central haciendo traidoras proposiciones de arreglos. « Era el duque de Alburquerque, — dice un historiador, — pequeño de cuerpo, extraordinariamente blanco, rubios el cabello y bigote; una majestuosa inquietud revelaba en su mirada el ardimiento de su espíritu y su voluntad inalterable. El alma había retratado su genio en su rostro, con unos pinceles y unos colores que no se permite á la elo-

cuencia. » Captóse desde luego las simpatías y la amistad del Duque, arreglaron á gusto de todos sus diferencias, y quedó él tan prendado de las buenas partes de la Duquesa que llegó á decir al Duque, en son de chanza, que le había tomado la delantera, y que si él hubiera conocido á Doña María Manuela cuatro años antes, no se llamaría en aquel momento duquesa de Villahermosa, sino de Alburquerque. Crecía con estos elogios la estima del Duque á su mujer, y satisfaciale en extremo verla hacer los honores de su casa con tan buena gracia y acierto, disimulando con la mayor finura y prudencia el sacrificio que la costaba abandonar sus pacíficos y recogidos gustos para atender y festejar á sus huéspedes. Sucediáanse éstos sin interrupción en el palacio de Pedrola, y allí conoció la Duquesa á lo más granado de la nobleza de Aragón, deudos y amigos del Duque en su mayor parte, y á otros varios personajes que por allí acertaron á pasar en aquellos meses.

A veces, sin previo aviso, llegaban de Zaragoza á Pedrola visitas inesperadas, que siempre recibía el Duque con gusto y hasta con agradecimiento, porque ellas le probaban la estimación de sus compatriotas y el alto aprecio que de su amistad hacían. Un día, bien de mañana, salió el Duque con capote de campo, chupa y sombrero redondo, polainas de cuero y fusil de caza, á tirar becadas en compañía de su hermano D. Jorge. Al cruzar el patio ambos hermanos detúvose grande algazara de chicos y rumor de campanillas y cascabeles y ruedas de co-

ches que por de fuera sonaban. Volvieron ambos hermanos al pie de la escalera, coronáronse en un instante los corredores del patio de criados y criadas del palacio, y desembocó entonces por la ancha puerta un gran tropel de chiquillos del pueblo cantando en dos coros las preguntas y respuestas del catecismo, según costumbre muy común en aquella época; entró detrás al trote largo de una muy buena mula un correo con montera atravesada y casaca quilla hueca, y casi al mismo tiempo dos coches de colleras con lacayos y equipajes y sendos tiros de cuatro mulas muy lucidas y poderosas.

Apeóse del primer coche un señor Obispo y fuése derecho al Duque y abrazóse á él muy estrechamente, con grandes muestras de cariño y regocijo. Bajó después un hombre agigantado, mitad clérigo, mitad caballero, y sin hacer caso de nadie subió á grandes zancadas la escalera é internóse por corredores y salones llamando á gritos á *María Manuela*; bajó el último un viejo muy venerable, con casaca, chupa y calzón de paño gris y el cordón de San Francisco al cuello; acudió á él D. Jorge Azlor y abrazóle con mucho cariño, mientras el viejo, con lágrimas en los ojos, esperaba cesase el Obispo en sus abrazos para emprenderla él con el Duque. Avergonzado éste, quería á toda costa mudar de traje; mas el Obispo, cogiéndole del brazo, díjole con mucho donaire que le pedía más bien alimento que cortesía, pues desde la madrugada que salieron de Zaragoza no habían probado bocado alguno. Rom-

pieron entonces los chiquillos y vecinos que en tropel habían acudido en grandes voces de: ¡Viva el señor Obispo! ¡Viva su Excelencia!, y contestaron los criados desde lo alto, añadiendo: ¡Viva el canónigo Pignatelli! Dióles entonces el Obispo la bendición, y todos subieron la escalera, de bracero el Duque y el Obispo, apoyado en D. Jorge el viejo del cordón de San Francisco, y seguidos de tres familiares del Obispo que en el segundo coche venían.

Acudió la Duquesa, atenta y obsequiosa al encuentro de la inesperada visita desde la tribuna de la iglesia donde oía Misa, y fué aquel día en Pedrola de grande algazara y regocijo en obsequio de tan ilustres huéspedes. Eran aquellos personajes el obispo de Zamora, D. Jorge Antonio Galván, hechura del conde de Aranda y grande amigo del Duque; el famoso canónigo de Zaragoza D. Ramón Pignatelli, tío carnal de la Duquesa, y el viejo del hábito de San Francisco era D. Antonio Azlor, hermano del conde de Guara y tío, por lo tanto, de Villahermosa y D. Jorge.

Remontábase la amistad del Duque con el obispo de Zamora á los tiempos de la borrascosa juventud de aquél, cuando era D. Antonio deán de la Metropolitana de Zaragoza con el nombre de el *Deán pollo*. Era entonces D. Antonio Jorge un clérigo de buen humor, amigo de bromas y francachelas, si bien no hemos encontrado en su vida rastro alguno de aventura escandalosa. Frecuentaba mucho el trato de los grandes, cuyos círculos le franqueaba su

fama de decidor alegre, y arrimábase á la poderosa sombra del conde de Aranda, que no tardó en utilizar sus servicios. Cuando en 1767 urdía el ministro volteriano su complicada trama para expulsar á los jesuitas de España, y con astuta previsión preparaba el terreno elevando á las Sedes episcopales aquellos hombres que por debilidad, condescendencias, rivalidades ó rencores no hubieran por lo menos de oponerse á sus miras, echó mano del divertido *Deán pollo* para la mitra de Zamora. Escribióle entonces el Duque una carta muy jocosa dándole la enhorabuena por su nueva dignidad, y en la cual se firmaba humorísticamente *Juan, Duque*, como hubiera podido firmarse el nuevo Prelado *Antonio, Obispo* ¹. A esta carta contestó el flamante obispo de Zamora: «Muy señor mío y dueño: Agradezco á V. E. con todo mi respeto la expresión de enhorabuenas del obispado de Zamora, con que V. E. me favorece, y ofrezco Obispo, obispado y facultades para que V. E. me mande en él y pueda yo acreditar mi particular afición; también yo hubiera envidiado la suerte del suizo Asin por su viaje á París, trocándole por uno

¹ «Hasta el viernes antecedente que tuvo noticia de haberse publicado en la Cámara su nueva dignidad, no recibió públicamente enhorabuenas el Deán; antes de ayer, domingo, le tuve á comer con otros amigos, y me dijo que le habías escrito y que te firmabas *Juan, Duque*, y yo le respondí que era firma adecuada para un señor Obispo: estuvo, como siempre de bellissimo humor, que lo gastamos todos igualmente.» (Carta de D. Antonio Azlor á su sobrino el duque de Villahermosa, 3 de Marzo de 1767.)

á las barbas de Portugal; pero me queda la esperanza de que algún día obispo V. E. para Lisboa y añadida al gusto de poder vernos el de que se renueve la planta de embajadores que produce el Ebro, y no está mal á toda la nación; me parece que no puede tardar este día, y creo que la segunda cría ha de parecerse á la primera. Yo sólo así podré aliviar la secatura de oficio tan melancólico como ajeno de mi genio. A Magallón, suplico á V. E. haga presente mi facultad de ordenarle ó casarle, y creo me dejará ociosas ambas. Con V. E. quisiera yo ejercer la segunda; si no, no queda en Aragón más casta de duques que los hijos del conde de Fuentes, pues también el nuevo capitán general de Barcelona quiere profesar celibato, dejando mis prédicas y su posteridad sin fruto: V. E. mande á su más verdadero amigo. = *Antonio Jorge Galván.* »

A poco escribía el conde de Aranda á Villahermosa: «Si el *Deán pollo* pasa por ahí para su Silla, echen vuestras mercedes un cachillo con dos seises de oro á mi salud; que si nos juntamos alguna vez, te prometo no hemos de perder un instante para la partida.»

No dejó frustradas el obispo de Zamora las esperanzas de Aranda, y correspondió con creces á lo que de él se aguardaba. Cuando la expulsión de la Compañía fué en España un hecho y el Gobierno de Carlos III gestionaba con grande ahinco su extinción total cerca de Clemente XIV, pidióse por real orden de 22 de Octubre de 1769 á todos los prelados de

España un dictamen secreto sobre el extrañamiento y la necesidad de la extinción de los hijos de San Ignacio para que cesaran las desavenencias entre las Cortes católicas y la Santa Sede. El *Deán pollo*, lleno de un espíritu profético harto palaciego, vaticinó en su dictamen que «laurel inmortal de Carlos III en los venideros siglos sería esta obra, reservada por Dios á su espíritu, como la expulsión de los moros á sus antepasados, creyendo que desde entonces hasta la de los jesuitas no había visto la nación más claro á su ángel tutelar y patrono»¹.

El *Deán pollo* ocupó la silla de Zamora hasta Febrero de 1776, que fué hecho arzobispo de Granada, y allí murió en la villa de Viznar á 2 de Septiembre de 1787.

En Octubre de 1772 vino D. Antonio Jorge á Zaragoza á cumplir, según dijo, un voto á la Virgen del Pilar, y al volver á Zamora fué cuando se detuvo en Pedrola para dar un abrazo á su antiguo y querido amigo el duque Juan Pablo. Instóle éste en vano á que prolongase su visita, aunque sólo fuera por echar aquel *cachillo con dos seises de oro* que les pedía años antes á su salud el conde de Aranda. Resistióse gravemente el Obispo á sus instancias, y al otro día de su llegada prosiguió su viaje á Zamora, quedando en Pedrola el canónigo Pignatelli y don Antonio Azlor, que desde Zaragoza le habían acompañado.

¹ Ferrer del Río, *Historia de Carlos III*, t. II, lib. III, cap. III.

Grandes nuevas y planes muy vastos traía el canónigo Pignatelli á Pedrola, y en muchas y largas sesiones fué exponiendo todo en gran secreto á su sobrino Villahermosa, de quien esperaba ayuda y consejo. La cuestión de las Maluinas, reciente entonces, había agriado al extremo la lucha entre *aragoneses* y *golillas* por la diversidad de pareceres entre Aranda y Grimaldi, jefes respectivos de aquellas banderías. Perdiéronse las Maluinas, triunfó, no obstante, Grimaldi, y los *aragoneses* vieron despechados bambolearse el crédito del conde de Aranda, cuyas despóticas intemperancias de carácter, hábilmente explotadas por Grimaldi, habíanle hecho insoportable á Carlos III. Todavía pudo, sin embargo, imponerse á éste hasta el punto de lograr traer de la Capitanía general de Cataluña á su deudo el conde de Ricla para que sucediese en el ministerio de la Guerra al viejo D. Juan Gregorio Muniáin, muerto en Enero de 1772. Mas el crédito de Aranda estaba minado, y constábale al canónigo Pignatelli, por noticias confidenciales de su hermano el conde de Fuentes, que se le buscaba sigilosamente un sucesor, que al mismo Fuentes habían hecho proposiciones y que, no habiéndolas él aceptado, habían recurrido á don Ventura Figueroa, como dejamos ya consignado anteriormente. Era todo esto un rudo golpe para el canónigo Pignatelli, no sólo por lo que afrentaba al partido *aragonés*, de que él era muy principal adepto, sino porque ello venía á poner nuevas trabas á la empresa magna de la canalización del Ebro, cuya

idea clara, fija y tan perfectamente delineada, como ven los ojos del genio las ideas que el torpe vulgo no divisa, absorbía el poderoso entendimiento del canónigo, ocupándolo todo y llenándolo todo. Había confiado Carlos III esta obra á empresarios franceses y holandeses; mas la ignorancia ó mala fe de éstos, sus vacilaciones y desastrosa administración, obligaron al Gobierno á rescindir al cabo el contrato, nombrando protector y director de la colosal obra al canónigo D. Ramón Pignatelli, cuyo proyecto, mucho más vasto, no se limitaba á construir una acequia que fertilizase el suelo aragonés, sino un verdadero canal de riego y navegación que uniese el mar Océano con el Mediterráneo.

Cruda guerra movieron al canónigo los envidiosos, que le tachaban de iluso, y los extranjeros cuyos abusos denunciaba; mas el poderoso apoyo del conde de Aranda había sostenido hasta entonces los esfuerzos heroicos de su deudo y paisano Pignatelli, y de aquí que la derrota de los *aragoneses* y la inminente caída de Aranda amenazase dejar solo, frente á las intrigas de la envidia y los bastardos intereses en Aragón, y al arbitrio en la corte de un ministro extranjero, *golilla* y enconado entonces, como lo era Grimaldi, y un presidente del Consejo como D. Ventura Figueroa, gallego solapado, gran perseguidor de términos medios que á todos contentasen, y cuya avaricia se preocupaba tan sólo de rellenar arcones con cartuchos de oro y plata, sobre cada uno de los cuales se complacía en escribir el rótulo de su pro-

cedencia. «A su muerte, — dice un historiador, — tres ó cuatro contadores de la Tesorería real, muy diestros en su oficio, gastaron cuatro ó cinco días de continuo trabajo en saber á cuánto ascendía lo que aquel eclesiástico poco digno tenía usurpado á los pobres. Cuando Carlos III supo que ascendía á muchos millones de reales, dijo con asombro: *No lo esperaba de Figueroa* ¹.»

Frase y hecho, — añadimos nosotros, — que atestiguan haber marrado, á lo menos por esta vez, el gran don de discernir talentos y emplear hombres honrados que atribuyen á Carlos III sus panegiristas. No era, sin embargo, el canónigo Pignatelli hombre que detuviesen obstáculos si fuerza alguna humana podía vencerlos. Estribaba la energía de aquel grande hombre en esa fuerza de voluntad que no se malgasta en impetus, y obra, según las circunstancias, ya violenta y ardiente, ya fría y reflexiva, y es hoy lo que era ayer, y será mañana lo que es hoy, y ha sido siempre el carácter distintivo de esos hombres de genio que viven en los monumentos que han levantado, en las instituciones que han establecido, en las revoluciones que han hecho ó en los diques con que las han contenido. Cuando un obstáculo cierra el paso á hombres de este género, lo remueven si pueden; si no, procuran salvarlo dando un rodeo; y si ni una ni otra cosa les es po-

¹ Ferrer del Río, *Historia de Carlos III*, t. III, lib. IV, capítulo III.

sible, se detienen y esperan, pero jamás desisten.

Esto sucedió entonces á Pignatelli: la caída de Aranda, que veía venir, obligábale á dar un rodeo; y no pudiendo lograr que su hermano el conde de Fuentes aceptase la presidencia que le habían ofrecido, pensó en pretenderla él mismo ó en derribar á Grimaldi. Aconsejóle Fuentes que se guardase de pretender aquella plaza, y procurase tan sólo aprovechar las circunstancias y caminos que pudieran hacer al Rey concedérsela espontáneamente ¹. Atemperóse el canónigo á este dictamen de su hermano, y en su visita á Pedrola puso á su sobrino Villahermosa al tanto de todo y pidióle el apoyo de su influencia.

Era el Duque amigo personal de Grimaldi, mas su contrario en política, por ser aquél de los más grandes personajes del partido aragonés y amigo y deudo del conde de Aranda. Aprobó, pues, el consejo de su suegro al canónigo, y prometió á éste todos los esfuerzos de su voluntad para el triunfo de aquella empresa del canal, en que por tener él en Aragón sus más ricas propiedades se hallaba interesado muy particularmente. Cumplió Villahermosa su palabra, y con razón pudo decir un historiador refiriéndose á sucesos posteriores: «Su voz (la del partido aragonés) llevaba D. Ramón Pignatelli, canónigo de Zaragoza y hermano del conde de Fuen-

¹ Correspondencia del conde de Fuentes con su hermano don Ramón Pignatelli. — Archivo de Fuentes.

tes, y merced al valimiento de que gozaba un sobrino suyo (Villahermosa) cerca del príncipe de Asturias, pretendía suceder á Grimaldi en el ministerio ¹.»

Estos planes, falsamente interpretados por émulos ó ignorantes, dieron margen á que deslustraran algunos la limpia fama del canónigo con la nota de ambicioso. Mas no es cierto que jamás pretendiese Pignatelli el poder por ambiciones personales ni miras interesadas. Impulsábale tan sólo el justo deseo de la propia defensa en la realización de una idea que había de asombrar á los venideros, y el noble anhelo de dotar á su país de una verdadera fuente de prosperidad y de riqueza. Y bien prueba las rectas intenciones del canónigo el hecho de que bastó á Floridablanca, al suceder á Grimaldi en el ministerio, conceder á la obra de Pignatelli el apoyo y protección que tan justamente solicitaba para que olvidase éste sus pretensiones, sin que fueran necesarias para acallarle esas condescendencias personales con que suelen los políticos sosegar á los ambiciosos.

Carlos III y sus ministros fueron siempre harto mezquinos con el ilustre canónigo; diéronle sus contemporáneos muestras de la mayor estima y aprecio, hizole justicia la posteridad erigiéndole una estatua en Zaragoza; pero el Rey y su Gobierno no tuvieron otra recompensa personal para aquel hombre, gloria de su país y de la España entera, que el

¹ Ferrer del Río, *Historia de Carlos III*, t. III, lib. IV, capítulo III.

vano título de *sumiller de cortina* y la cruz sencilla de Carlos III (la más inferior que podía darse), que vemos hoy brillar en el ojal de cualquier peluquero ó perfumista.

Esta mezquina recompensa satisfizo, sin embargo, el desinteresado corazón de aquel hombre que han tachado de ambicioso, y jamás salió de sus labios la menor queja, ni tomó tampoco otra venganza de los detractores que le tachaban de iluso que la de hacer grabar en la fuente de la Casa Blanca aquella sencilla inscripción, modesta ejecutoria de su triunfo: *Incredulorum convictioni*.

Reunía el canónigo Pignatelli á la vasta capacidad y profunda ciencia, que le conquistaban el respeto de los doctos, un carácter jovial y un gran corazón tierno y generoso, que le granjeaban el cariño y confianza de los sencillos; y mientras en sus graves pláticas con el Duque desentrañaba problemas y resolvía cuestiones con lucidez y tino que hubieran envidiado Campomanes y Floridablanca, reía y jugaba en sus conversaciones con la Duquesa como con una niña á quien se ha visto nacer, y acompañábala á visitar sus pobres, divirtiéndose en hacer huir á los chiquillos, asustados ante su gigantesca estatura, y dejando por todas partes rastros de su largueza y ejemplos de sus virtudes sacerdotales.

Un accidente desgraciado prolongó la estancia en el palacio de los Duques de sus dos tíos D. Ramón y D. Antonio. Sobrevino de repente á éste un ataque de apoplejía, que por dos veces le había ya ata-

cado, poniéndole á las puertas de la muerte. Tomó al punto, como preservativo, cierto específico que un famoso charlatán le había vendido como elixir precioso, siendo tan sólo violenta purga, y entre la debilidad de los años y lo fuerte del remedio encontróse en pocas horas tan al cabo que no pudo abandonar en muchos días el lecho. Constituyóse al punto en su enfermera la Duquesa misma, y en dos días seguidos no se separó de su lado, con grande enterneamiento del viejo y no menor satisfacción del Duque, que agradecía como tenidas con él mismo aquellas tiernas atenciones tributadas á su tío, á quien amaba entrañablemente.

Era D. Antonio Azlor un honrado viejo solterón, aragonés rancio de su tiempo, franco y campechano, caballero como el Cid, católico á machamartillo, devoto de la Virgen del Pilar hasta la exageración y aficionado á las corridas de toros hasta la locura. Segundón de la casa de Guara, habiase conquistado por sus méritos propios una posición brillante, que, fiel al respetuoso culto de los nobles de aquel tiempo hacia el tronco de su casa, utilizó siempre en provecho de su sobrino el duque de Villahermosa, que lo era de la suya.

Nombróle Fernando VI su ministro plenipotenciario en la corte de Viena allá por los años de 1750, y tan prendado quedó de las virtudes y talentos de la emperatriz María Teresa, que desde entonces hasta su muerte estuvo suscrito á todos los *Mercurios* y *Gacetas* de Viena, á pesar de que apenas entendía el

idioma en que éstos se hallaban escritos; y como en 1765 afligiese á aquella señora una grave dolencia, mandó D. Antonio hacer por su cuenta rógativas á la Virgen del Pilar, hasta su completo restablecimiento. «Admito gustoso,—escribía entonces á su sobrino Villahermosa,—la enhorabuena por el restablecimiento de la Emperatriz-Reina, de que escierto que me he alegrado mucho, pues no ignoras cuántos motivos tengo para celebrarlo.»

Quedó Fernando VI muy satisfecho de los servicios de D. Antonio Azlor en Viena, y después de llamarle á Madrid y admitirle con mucho agrado á besar su real mano, envióle de gobernador político á Cádiz, adonde llegó á mediados de Octubre de 1755, á Dios gracias, según escribe él, *y sin ningún contratiempo después de doce días de viaje y dos vuelcos de coche*. A los pocos días una catástrofe horrenda que, según escribe D. Antonio á su sobrino veinticuatro días después del suceso, *fué el mejor bosquejo que puede darse del día del juicio*, vino á poner á prueba las dotes de mando del nuevo Gobernador político.

En la mañana del 1.º de Noviembre de 1775, fiesta de Todos los Santos, sintióse de improviso un temblor de tierra, cuya violencia fué creciendo poco á poco, hasta derribar algunas casas y estremecer los más sólidos edificios con violentos vaivenes; mitigóse después lentamente con extraños y pavorosos ruidos y grande espanto de todos, durando todo ello por espacio de diez minutos. Alborotóse lá ciudad, y las gentes corrían por las calles espanta-

das, y acudían á refugiarse en los templos, dando alaridos de terror y clamando á Dios misericordia. Un viejo de todos conocido, que vendía langostinos y bocas de la isla, gritaba arrodillado en la puerta de San Francisco: «¡Señó! ¡Señó!... ¡Si esto es castigo para los de Cádiz, que yo soy de Chiclana!» Con lo cual los gaditanos, poco sufridos en medio de su terror, y creyendo importuna burla lo que sólo era sencillez de aquel desgraciado, atropelláronle sin piedad, dejándole muy maltrecho. Discutía D. Antonio Azlor por todas partes dando acertadas disposiciones en los sitios en que mayor fué la ruina, hasta que un tropel de gentes que huía sin tino, pidiendo á grandes voces auxilio, arrastróle á su pesar por el estrecho callejón del Tinte hasta el convento de San Francisco, situado en el terreno que ocupa hoy la plaza de Mina, donde los frailes habían expuesto el santísimo Sacramento. Entró don Antonio en el templo á sosegar la multitud con su presencia, y arrodillado ante el Santísimo hizo voto á San Francisco de llevar todos los días de su vida el cordón de su Orden si sacaba en bien á la ciudad de tan tremendo peligro. Sosegáronse al cabo los ánimos en lo posible viendo que el suelo ya no temblaba y que todo el estrago habíase reducido á la ruina total de algunas casas ya ruinosas. Mas á deshora, en sazón de hallarse claro el horizonte y el viento en calma, retiróse el mar precipitadamente, con grandes mugidos y de un modo extraño y temeroso. Cundió de nuevo el espanto, aumentado

por lo nunca visto del caso, y llegó á convertirse en vértigo cuando vieron á poco volver sobre Cádiz las altas y furibundas olas con tal empuje y braveza que amenazaban arrancar de cuajo la atrevida ciudad, que pareció siempre desafiarlas como una blanca gaviota posada sobre un peñasco. Entró el mar por la Caleta, arremetiendo con tal fiereza que deshizo por completo el lienzo de la muralla que le hacía frente. Tornóse entonces el terror en locura; salvábanse los más serenos en las altas azoteas; corrían casi todos por las calles sin tino; agarrábanse muchos al primer fraile ó sacerdote que encontraban al paso, y confesábanse á toda prisa en el umbral de una puerta, sentados en un guardacantón ó en las cureñas de los cañones de la muralla. La gran masa de gente, atropellándose en confuso tropel y lanzando desesperados alaridos, cargó sobre la puerta de Tierra con intento de escaparse á la isla siguiendo el arrecife. Mas D. Antonio Azlor, temiendo con previsora prudencia que los dos mares se juntasen por la carretera y pereciese en ésta toda aquella multitud espantada, mandó cerrar las puertas para impedir la salida, y mandó también hacer gran provisión de barricas de alquitrán y hachas de viento para que si el terremoto y las embestidas del mar repetían aquella noche, se iluminasen las calles y no viniera á aumentar la catástrofe el horror de las tinieblas. Arremolinóse el gentío en la puerta de Tierra, amenazando con grandes gritos de furor echarlas abajo. Mas no cejó D. Antonio un

punto en su cautela, y con enérgica y prudente persistencia mandó á los granaderos del regimiento de Soria calar las bayonetas y resistir á aquellos infelices, que, espantados por un peligro que veían, corrían á buscar una muerte que divisaban bien cierta los serenos ojos de la prudencia. Unos treinta, entre hombres y mujeres, que lograron escapar antes de cerrarse las puertas, perecieron, en efecto, anegados al juntarse los dos mares sobre la carretera con pavoroso estruendo, y vióseles desde la muralla elevarse acá y allá en las crestas de las olas, y hacerse trizas contra las rocas ó desaparecer de la vista mar adentro, luchando con la agónia. Mientras tanto subía el agua por el barrio de la Viña, midiendo ya en algunos parajes cuatro varas de altura y entrando hasta la mitad de la calle de la Palma. Corrían de una á otra parte sin tino las gentes, locas de terror, y rechazadas en la puerta de Tierra por las bayonetas, y huyendo de la furia del mar que amenazaba tragarlo todo por el lado opuesto, replegábanse hacia el convento de Santo Domingo, donde habían expuesto á la patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosario, con el rostro vuelto hacia la bahía, y ante la sagrada imagen caían todos de rodillas pidiendo á voces confesión y clamando á Dios misericordia.

Celebraba un fraile la santa Misa en la capilla de la Palma, cuando el tremendo empuje del mar rompió la muralla y entraron por la Caleta las aguas: los alaridos de espanto de la muchedumbre que se

refugiaba en la iglesia, y los temerosos mugidos del mar que rápidamente se acercaba, advirtiéronle el peligro. Mas no perdió el fraile un momento su sosiego: con religiosa pausa terminó el santo Sacrificio, y cogiendo después el estandarte de la Virgen de la Palma salió por la calle abajo, seguido de inmenso pueblo, al encuentro de las aguas; llegaban ya éstas á la mitad de la calle, y el pueblo se detuvo aterrado á lo lejos, cayendo de rodillas, mudo de espanto, poseído de ese estupor inmenso que precede siempre á las terribles expectativas. Adelantóse entonces el fraile, solo en medio de aquel horrendo silencio, y avanzó hasta mojar los pies en las saladas aguas: una ola se retiraba entonces, dejando empapada la tierra, y en aquella línea mojada clavó el fraile de un golpe el estandarte de la Virgen, clamando con recias voces: ¡ *Si eres Madre de Dios, no pasará de aquí el agua!*...

Mil gritos del alma de esos que sirven al hombre de oración en las angustias supremas desgarraron entonces el aire, y la ola que se alzaba furiosa cayó á los pies del estandarte sin mojarlo, y quebróse la que venía detrás más lejos, y fué á romper la otra en el extremo de la calle, y comenzó á retroceder el mar lentamente, poco á poco, mugiendo y bramando siempre, como una fiera rabiosa aún, pero acobardada, que se retira á su caverna. Corrió al punto por todo Cádiz el grito de ¡ milagro!, y la población entera voló á la capilla de la Palma, adonde llegó también D. Antonio Azlor en el momento en que entre

gritos y vítores entraban el estandarte. Tuvo entonces el noble aragonés el movimiento de gozo más grande que sintió en su vida, y lo único que se lo turbó al pronto *un poquillo*, contaba él en Pedrola á su sobrina la Duquesa, fué que no hubiera hecho el prodigio el estandarte de la Virgen del Pilar, en vez de hacerlo el de la Virgen de la Palma ¹.

Terminaron, al fin, para la Duquesa aquellos tranquilos días de Pedrola, con grandes angustias y sobresaltos. Había sonado la hora de prueba, y la desgracia le tejía ya su corona de espinas empapada en lágrimas. Una noche llegó á Pedrola un propio de la corte, que trajo para el Duque una carta del conde de Fuentes. En ella noticiaba éste á su yerno que la enfermedad de la Condesa, solapada hasta entonces, había repentinamente dado la cara de modo muy alarmante, con grandes vómitos de sangre y tal riesgo de la vida que les era necesario llegar á la corte sin demora si querían dar á la moribunda el último abrazo, que solicitaba ella con grande y tenísimo empeño. Procuró el Duque paliar á su esposa la triste noticia con halagüeñas esperanzas; mas la natural perspicacia de la Duquesa adivinó al punto

¹ En memoria de esta providencia admirable de la Virgen santísima púsose en la calle de la Palma un cuadro conmemorativo, que se conserva aún en el lugar mismo en que se detuvieron las aguas. Célebrense también todos los años, el día del aniversario, una solemne función en acción de gracias á Nuestra Señora de la Palma, siendo después llevado procesionalmente el estandarte hasta el lugar mismo en que acaeció el suceso.

todo lo grave del caso, y con gran serenidad de ánimo comenzó á activar ella misma los preparativos de marcha, manifestando tan sólo el sentimiento de dejar al anciano D. Antonio postrado aún en el lecho. Afligióse también el buen viejo hondamente, presintiendo no volver á verlos; mas instábales con gran delicadeza á partir sin tardanza, sin reparar en lo que á él pudiera acontecerle. Convínose entonces en dejar á D. Jorge Azlor en Pedrola al cuidado de su tío, y en que lo acompañase luego á Zaragoza hasta su completo restablecimiento. Lleváronle allí, en efecto, con grandes precauciones á los ocho días de partidos los Duques; mas ya no levantó cabeza, y á los pocos de su llegada murió aquel honrado viejo, genuino tipo español de pasados tiempos, con el Crucifijo en la mano, el cordón de San Francisco al cuello y el nombre de la Virgen del Pilar en los labios.

XII

Llegaron los Duques á Alcalá el 29 de Septiembre á las cinco de la mañana, y de allí despacharon un correo al conde de Fuentes anunciándole su llegada para aquella misma tarde: prestaba la zozobra alientos á los viajeros, y sin detenerse más tiempo que el preciso para mudar tiros y descansar cuatro horas tornaron á emprender su camino á las nueve de la mañana, llegando á Madrid á las tres de la tarde. Esperábales en la puerta de Alcalá D. Juan Pignatelli, hermano de la Duquesa, que contaba á la

sazón dieciséis años, y él informó á los viajeros del estado de la enferma. Había ésta, á petición suya, recibidos todos los Sacramentos con gran fervor y entereza; mas los vómitos de sangre habían cesado por fortuna, y todo indicaba en el curso de la enfermedad una de esas largas y engañosas treguas que tan falsas esperanzas suelen infundir á los tísicos, y en las que por un fenómeno singular y constante acostumbran siempre aquéllos á tirar grandes planes é imaginar largos viajes.

La premura del suyo impidió á la Duquesa mandar preparar su casa, situada entonces en la calle de las Rejas, y cerrada durante la larga ausencia del Duque: apeáronse, por lo tanto, en la de Fuentes, adonde habían llegado ya el marqués de Mora, que convalecía á la sazón en Valencia, y D. Carlitos Pignatelli, el menor de los hermanos, que contaba entonces siete años. Faltaban, pues, tan sólo al lado de la Condesa su hijo segundo D. Luis, á quien por estar viajando en Italia no pudo enviarse oportuno aviso de la enfermedad de su madre, y faltaba también la hija mayor, Sor María Luisa, que desde su convento de las Salesas Reales ayudaba á su madre con sus oraciones en aquella larga y penosa agonía. Duró ésta aún por espacio de un año entero, con tales alternativas de bienestar y de sosiego, que hacían renacer las esperanzas en todos los ánimos menos en el de la misma Condesa. Sentía ésta, por raro caso entre los enfermos de su especie, la proximidad de la muerte, y sin forjarse vanas ilusiones pen-

saba tan sólo en disponerse á comparecer ante el tribunal divino y en dejar á sus hijos ejemplos de piedad y desengaño que neutralizasen en ellos los que antes hubieran podido darles sus antiguas aficiones mundanas. Porque á la hora de la muerte trueca siempre el hombre ciertos puntos de vista, y este fenómeno de la conciencia inspiró á San Ignacio aquella su sabia máxima: «Escoge en la vida lo que hubieras deseado escoger en la hora de la muerte.»

A veces, cuando encontraba en sí la Condesa mayores alientos, hacía conducir en silla de manos al convento de las Salesas Reales, donde permanecía horas enteras al lado de su hija Sor María Luisa, como si quisiera hacerla olvidar con aquellas últimas pruebas de ternura los disgustos y contrariedades que en otros tiempos le había proporcionado ella misma. Porque los condes de Fuentes habíanse opuesto con todas sus fuerzas á la vocación religiosa de su hija, alegando esos especiosos motivos de prudencia y discreción que no suelen tener en cuenta la mayoría de los padres cuando, con algunas ventajas mundanas, eligen sus hijos otro estado que no sea el religioso. La firmeza de Sor María Luisa venció, sin embargo, la oposición de sus padres, y el tiempo vino á probar á éstos cuán torcidamente obraron al no proporcionar desde luego á su hija el logro de sus deseos. Acompañaba siempre la duquesa de Villahermosa á su madre en estas visitas, y desahogábase en ellas la Condesa con ambas hermanas exponiéndolas la única zozobra que amargaba su cora-

zón, haciéndola temer el último trance. Veía á su hijo primogénito y más querido, el marqués de Mora, herido de muerte por la misma enfermedad que á ella la mataba, y veíale también firme siempre en sus perversas ideas, y preso además en las redes de una mala mujer, Mlle. de Lespinasse, liviana y artificiosa, que, valiéndose de su complaciente amigo D'Alembert, urdía á la sazón repugnantes intrigas para atraer á París al marqués de Mora, arrancándole del lado de sus padres. La enfermedad de la Condesa y las precauciones que ella misma tomaba habían hasta entonces parado el golpe; mas harto comprendía la pobre madre que no bien cerrase ella los ojos no tardarían sus temores en realizarse.

Conociólo asimismo la Duquesa, y apenábase hondamente por ser muy grande el amor que á su hermano profesaba. No quiso, por lo mismo, separarse en aquellos momentos de éste y de su madre; y aunque pasados algunos días se trasladó el Duque á su casa de la calle de las Rejas, permaneció ella en la de sus padres, dedicada por completo al cuidado y consuelo de ambos enfermos. Consolábala á ella misma en estas angustias su íntima amiga la duquesa de Béjar, Doña Escolástica Gutiérrez de los Ríos, hermana del conde de Fernán Núñez, que diariamente venía desde su casa de la calle de Alcalá, esquina del Prado, y la acompañaba largas horas, ayudándola con solicitud fraternal en sus tareas de enfermera. Tenía á la sazón Doña Escolástica veinticinco años, y hallábase casada con D. Joaquín Diego López de

Zúñiga y Guzmán, décimotercero duque de Béjar, que contaba ya más de cincuenta y ocho. Esta gran diferencia de edad entre ambos esposos hacía á la discreta Doña Escolástica extremar las medidas de su prudencia, no separándose jamás de su esposo. Ocupaba éste en la corte el alto puesto de ayo de los Infantes hijos de Carlos III, y érale forzoso acompañar á éstos en las jornadas periódicas que hacía la Corte á los diversos sitios reales, y á ellos le seguía también Doña Escolástica, sin que la vida íntima de corte, allí indispensable, alterase para nada las devotas costumbres que, burlándose de todo respeto humano, observó toda su vida. «Diré á la de Béjar lo que me encargas,— escribe desde Aranjuez á Villahermosa el duque de Losada,—y sé que está buena, porque ayer y hoy he estado diferentes veces á buscarla por la mañana y no estaba en su cuarto; pues las más de las mañanas creo que las pasa en devociones de iglesia, sin que pueda verla nadie.» En otra carta escrita desde El Escorial á Villahermosa por uno de sus amigos anónimos, le dicen ¹: «Anoche estuvo cuatro horas de reloj madama de Béjar en el cuarto de Grimaldi, separada de la turba y hablando siempre con la marquesita de Palacios, sin escupir y sin toser. Yo creo que fué arbitrio espiritual para libertarse de comunicar con los profanos que allí estábamos.»

¹ En la correspondencia privada de aquella época era costumbre muy común no firmar las cartas, ó hacerlo tan sólo con el nombre de pila, de donde resultan grandes dificultades para identificar las personas de los autores de estas cartas.

Sucedió, pues, que debiendo marchar la Corte á la jornada de El Escorial, dispuso también su viaje la duquesa de Béjar, según su costumbre; mas fué tanta la pena de la Villahermosa, y tales instancias hizo á su amiga para que no la abandonase en aquellos momentos, que cedió al fin Doña Escolástica y permaneció en Madrid, dejando por primera vez marchar solo á su marido. La discreción de la de Béjar y el conocimiento que tenía de las intriguillas y enredos de la Corte hicieron entonces á la Duquesa descifrar un enigma.

Frecuentaba mucho por aquellos días la casa de Fuentes una gran señora, muy famosa en aquella época, que inspiró desde luego aversión instintiva á nuestra Duquesa á pesar de que siempre la recibía su madre con particulares agasajos. Era esta señora la duquesa viuda de Huéscar, Doña María de Silva, de quien dice un contemporáneo: «Nació en la parroquia de San Sebastián, de Madrid, en 14 de Octubre de 1740, y fué hija de los Sres. D. Pedro de Silva, marqués de Santa Cruz, y Doña María Cayetana Sarmiento y Sotomayor, marquesa de Arcicollar y condesa de Pie de Concha. Fué sumamente inclinada á todo género de estudio y literatura; escribía perfectamente con ambas manos, componía versos excelentes é hizo varias traducciones de tragedias y otras obras del francés; pero en lo que llegó á tener más que un mediano conocimiento fué en el dibujo y pintura, con el que trabajó algunas pinturas muy buenas. Habiendo presentado una de ellas

á la Real Academia de San Fernando de esta corte, la nombró su académica honoraria en 20 de Julio de 1766, y después directora, también honoraria, con voz y voto, asiento y lugar preeminente. El año 1770 envió la Academia Imperial de las artes de San Petersburgo á la de San Fernando, en prueba de su amistad, un diploma en blanco de asociado libre honorario para el individuo que eligiese, y la Academia luego llenó el hueco con el nombre de esta su ilustre académica. A estas prendas adquiridas juntaba las naturales de hermosura, agrado y dulce conversación.»

Acompañaba siempre á la de Huéscar su hija única, niña entonces de once años, pero muy desarrollada, morena, con magníficos ojos y cabellos negros, que prometía ser una preciosidad, y fué, en efecto, la célebre Doña María Teresa Cayetana de Silva Alvarez de Toledo, duquesa de Alba, que tanto ruido hizo en la corte de Carlos IV, cuya fama ha llegado á nosotros deslustrada por las mil calumnias y extravagancias que la murmuración y la envidia unen siempre á la popularidad cuando hincan el diente en cualquiera mujer que sobresale por su fausto, su belleza ó su elegancia; porque es un fenómeno constante, que debiera abrir los ojos á las damas vanidosas que cifran todo su anhelo en crearse un vano renombre, que siempre castiga la maledicencia su necedad transformando en faltas sus ligerezas, en culpas sus errores, y haciendo á veces á los ojos del vulgo, y aun á los de la historia mis-

ma, de una mujer tan sólo frívola ó imprudente, una Mesalina ó una Cleopatra.

No se avenía bien el natural sencillo de la Villahermosa con la pomposa solemnidad de la académica, y extrañábase aquélla de que su madre recibiese siempre con tantos agasajos á la de Huéscar, con quien nunca le había conocido amistad íntima, siendo así que postrada é indiferente á todo, como acontece á los moribundos, tan sólo veía con gusto, fuera de sus hijos, al Guardián de San Francisco, Fray Luis de Buitrago, su confesor; á la duquesa de Béjar, que miraba como hermana de su hija, y á la condesa de Aranda, su antigua amiga y consuegra. Bien pronto pudo convencerse de que ni las visitas de la académica entraban en el molde de aquella obra de misericordia visitar á los enfermos, ni los agasajos de la de Fuentes encajaban en el de sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

Era la Duquesa, desde tiempos atrás, una de las enamoradas del marqués de Mora, y había despreciado por él varios pretendientes y *sigisbeos*, como entonces se decía. El abate Casalbón, parásito de las casas de Villahermosa y Medinasidonia, escribe al duque D. Juan Pablo lamentándose de los desprecios que recibía á causa de una riña que con el marqués de Mora tuvo. «Todo se vuelve contra mí; Navarro¹ ha siete días que vino á Madrid con la duquesa de Medinasidonia; y constándole bien la

¹ Médico de la duquesa de Medinasidonia.

ansia con que yo lo esperaba, y habiéndosela dado á entender con dos recados míos, no ha puesto los pies, sin duda mandado. La misma duquesa de Medinasidonia ¹, que en los dos meses que ha estado en el Sitio enviaba todos los días indefectiblemente á saber de mi salud, no ha enviado desde que está aquí ninguno, debiéndose, al parecer, estos dos fenómenos á la primera conversación con la duquesa de Huéscar. Mi sentimiento no es que estas señoras ni cuantas hay en el mundo quieran ó no tratarme, sino ¿qué han podido decir de mí que á esto las mueva? El haber reñido con el marqués de Mora pudiera ser bastante para la de Huéscar, aunque es bien admirable después de tan estrecha amistad conmigo; pero para la de Medinasidonia ciertamente no había bastado, pues ella supo desde luego la riña y continuó del mismo modo en mi trato sin darse por entendida. Es preciso, pues, que la de Huéscar, asegurada de su *oráculo*, haya dicho que yo soy un malvado.» Pronto, sin embargo, el oráculo Mora contestó tan sólo á su ilustre Pitonisa con la inconstancia propia de su carácter. Marchóse á París, donde le aguardaba Mlle. de Lespinasse, y al lado de la literata francesa olvidóse por completo de la literata española, que exhaló entonces sus quejas en armoniosas seguidillas y cultas metáforas. Así lo testifica cierto Juan Crisóstomo, harto burlón y ma-

¹ Doña Mariana de Silva Alvarez de Toledo, hija del duque de Alba.

licioso, que escribe á Villahermosa á París desde Aranjuez, y debía ser sin duda alguno de los grandes que seguían á la Corte: «Respondo á vuestra merced diciendo que Arcos ¹ le da memorias y repite gracias por los encajes; dió la orden (como al recibo de esta verá vuestra merced) para que Llovera pagase su importe; y por lo que mira á los cinco pares de vuelos que faltan, los mandará vuestra merced de Argentan, que son propios de invierno. También la tía y la sobrina ² dan á vuestra merced recados, y la primera está en la cama con unos bultos cerca de un pecho que la hacen padecer mucho. Perchett y Virgili la han visto, pero sigue la cura Navarro, computando podrá durar seis meses: no diga vuestra merced nada á su hermana ³. A la otra la han sangrado dos veces; pero ese helado de Mora ha impreso en ella tales ideas que nada la divierte: sólo hace seguidillas á la ausencia y constancia, diciendo no supo Diocleciano lo que era este tormento, que no hubiera inventado los demás...» «Llegó Mirabel: ha escupido en Francia y trae bucles gordos, y Agustín ⁴ ha vuelto de Valencia más cal-

¹ El duque de Arcos, D. Antonio Ponce de León.

² Las duquesas de Medinasidonia y de Huéscar, tía la primera de la segunda por ser hermana del duque de Alba, padre del de Huéscar.

³ Doña María Teresa de Silva Alvarez de Toledo, duquesa de Berwick y de Veragua, residente á la sazón en París.

⁴ D. Agustín de Alencaster, hijo del duque de Abrantes y coronel del regimiento de caballería de Algarbe.

vo que se fué; juega á la pelota con el Príncipe; de modo que ni de él, ni de Carlos ¹ el enfermo, ni de Friesendorf ² tiene que temer D. Pepe ³. Déle vuestra merced esas seguidillas que hizo Medinasidonia á su sobrino ⁴, después de haber oído las que ella improvisaba envueltas en sollozos y suspiros.»

Mas el ingrato D. Pepe tenía el corazón á prueba de suspiros y seguidillas, y jamás quiso aprovecharse de la preferencia que la culta viudita daba á sus gracias sobre los bucles gordos de Mirabel, la calva de Agustín, los alifafes de Carlos y los ojos grises del barón de Friesendorf, plenipotenciario de Suecia. No era, por otra parte, la de Huéscar boda muy ventajosa para el marqués de Mora. Contaba ya la académica treinta y dos años, Mora sólo veintiocho, y no poseía aquélla otras rentas que las de su hermosura y sus talentos, pues las pingües de que disfrutaba pertenecían por completo á su hija. Era, sin embargo, tan vehemente el deseo de la condesa de Fuentes de retener á su hijo en Madrid y arrancarle por medio de una boda de las garras de Mlle. de Lespinasse, que fomentó cuanto pudo las ternezas de la viuda, y con súplicas y reflexiones procuró decidir á su hijo á casarse con ella. Mora tenía, sin em-

¹ El conde de Fernán Núñez, convaleciente á la sazón en Aranjuez.

² El barón de Friesendorf, ministro plenipotenciario del rey de Suecia.

³ El marqués de Mora.

⁴ El difunto duque de Huéscar.

bargo, trazado su plan, y no lograron apartarle de él ni las seducciones de la Duquesa, ni los consejos y ruegos de su madre, que jamás pudo prever el desenlace cómico-dramático que había de tener su proyecto; porque á falta del hijo contentóse la académica con el padre, y trece meses después de muerta la Condesa substituyó la de Huéscar á la que tanto empeño tuvo en ser su suegra, casándose con el viudo conde de Fuentes en 15 de Enero de 1775. ¡Qué desengaños se ahorran los muertos!

Mientras tanto el Duque, sin dejar de visitar un sólo día á su suegra, á quien demostró siempre grande estima y respeto, reanudaba en Madrid su vida cortesana de otros tiempos, caminando á cada paso de sorpresa en sorpresa. Madrid estaba desconocido, y entre las rancias ideas y las antiguas costumbres, arraigadas todavía hondamente en la clase media y en el pueblo, sentíase ya brotar la impiedad en la aristocracia como brota la hierba entre las piedras de un muro, que desune y derrumba. Por ella habían comenzado los propagandistas volterianos su obra de destrucción; mas no clara y desembozadamente, como se había hecho ya en Francia, donde la perversión del sentido moral y la profunda corrupción de costumbres tenía ya preparado de antiguo el fangoso terreno en que la semilla de la impiedad arraiga fácilmente. En España, por el contrario, procedíase poco á poco, lentamente, con mil precauciones que burlasen la vigilancia de enemigo tan poderoso como la Inquisición, temible aún, aunque ya tan debilitado, y

obstáculo tan grande como la severidad de costumbres de Carlos III, cuya pureza de vida reconocen unánimes amigos y enemigos. Por eso, después de la expulsión de los jesuitas, que fué el primero y más atrevido de sus golpes, la propaganda impía y revolucionaria de Aranda, Roda, Campomanes y Moñino hacíase tan sólo hábilmente disimulada en hechos al parecer insignificantes y en innovaciones cuya intención y funesta trascendencia denunciaban tan sólo los entusiastas aplausos de los paniaguados y el clamor incesante de los contrarios. Las fiestas y regocijos fueron uno de estos medios indirectos, y tan sin tregua menudearon desde que Aranda ocupó la Presidencia, que con razón pudo escribir á Villahermosa su amigo D. Pedro Salcedo: «Aseguro á vuestra merced que en ninguna parte de Europa habrá corte donde se hallen tantas y tan varias diversiones, pues falta tiempo para disfrutarlas.» Estas diversiones, que tuvieron grande influencia en su época y muy graves consecuencias después, juzgábanse entonces con muy diverso criterio. Los que como Mirabel habían *escupido en Francia* y traído de allá bucles gordos, mirábanlas desdeñosamente y reíanse del entusiasmo que excitaban en los pobres infelices que no habían traspasado los Pirineos y las proclamaban cándidamente superiores á cuanto pudiera verse en Europa, «En el Retiro,—escribe un Grande que había escupido dos meses en París y era amigo íntimo de cierta ninfa de Lavapiés, que llamaban la *Pichona*,—se han establecido tres cafés en tiendas de campaña, el uno

junto á la leonera y el otro á la entrada del mallo, y el tercero en medio de los dos, y dos mil y doscientas sillas para que todos se sienten, mediante cuatro cuartos; pero como la nación no conoce estas comodidades, sienten el gasto y prefieren el suelo, que no cuesta dinero, ó los bancos, que les sucede lo mismo. En uno de éstos vi el día de San Isidro sentada á la princesa Pía. Las bebidas que sirven son buenas y baratas, pero creo que los botilleros sigan la misma suerte que las sillas. Por lo dicho podrá vuestra merced comprender qué lejos estamos y estaremos de parecernos á las demás naciones civilizadas: estas y otras reflexiones me han hecho retirarme á mi casa de campo á cuidar de los árboles frutales, pensando en volver á ese país, que es donde se puede vivir; y el haber escrito á vuestra merced que sería esto en breve, no tiene otro principio que el de haberse visto mi pleito con el Rey, de las tercias de Valencia; y como es regular que no tarde en votarse, después quedo desocupado, sin pensar si lo gano, más que en divertirme, y si lo pierdo en imponer mi dinero en Francia, lo que no sea de mayoralazgo; éste es mi plan, en el que trabajo para que se logre lo que pienso.» En cambio el duque de Medinasidonia, D. Pedro Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, caballero mayor del Rey, fervoroso enciclopedista que nunca logró pasar la frontera por impedirselo sus altos cargos palaciegos, escribe sobre el mismo asunto: «El paseo del Retiro está muy gracioso. Hay una tienda puesta junto á la leonera con

tres géneros de bebidas, dulces y chocolates, etc., y sillas de paja en las casas inmediatas. Otra á la esquina de los estanques, yendo á ellös en derechura desde la Casa de fieras, con las mismas prevenciones que la primera, y sillas de paja enfrente del estanque. La tercera tienda, provista de los mismos géneros, está situada á principio del mallo, y hay también mesas para jugar ó beber...» «Te aseguro que no creí ver á mi país como lo voy viendo. Nuestro Aranda merece nuestros aplausos justamente, y hace honor á nuestra clase.»

Y el abate Casalbón, clérigo volteriano y escandaloso, añade, dejando sospesar algo de las tendencias y resultados de aquellas innovaciones: «Todo el mundo va al Retiro; hay ya puestas tiendas de campaña, y ayer vi entrar muchas sillas; parece que ya nada falta para que empiecen luego á servir café y bebidas, y haya un aliciente más. Muchas mujeres con las mantillas echadas por los hombros van dando ejemplo á las demás, y ayer vi cuatro cómicas, que acaso será la primera vez que han entrado en los jardines. Se trata mucho de empezar la educación por las mujeres. Olvide pone excepción á las monjas, y quisiera ver el colegio Imperial lleno de muchachas criadas é instruídas por francesas; yo no lo concibo con más medios que los de mover á Campomanes, en que no creo que se descuidará.»

Mas ni los jardines del Retiro, donde se pretendía parodiar los famosos conciertos de Ranelagh y Vaux Hall, ni las cantatrices, comediantas y baila-

rinas italianas, francesas y españolas que de todas partes fueron llamadas, alcanzaron el éxito de los bailes de máscaras que, á imitación de los de la Opera de París, introdujo el conde de Aranda con muy hondos designios en el teatro de los Caños del Peral, y también en el del Príncipe. Levantaron contra ellos grande clamoreo los que cazaban largo, y el arzobispo de Toledo en persona pidió al Rey su prohibición. Mas despreció Carlos III estos clamores, y los bailes fueron tan en aumento que comenzaban ya el día después de Navidad, y prolongábanse hasta la Cuaresma. «Como si no existiera el tribunal del Santo Oficio,—dice Ferrer del Río,—se dieron muy lucidos bailes en los teatros del Príncipe y de los Caños del Peral por Carnestolendas; y tan á deseo cogieron las diversas clases este amenísimo desahogo, que se hizo popular una seguidilla inventada para expresar que á los bailes de máscaras iban todos menos los hipócritas, los celosos y los ta-caños:

«Tres géneros de gente
No van al baile:
Hipócritas, celosos
Y miserables.»

Olvidóse, sin embargo, el panegirista de Carlos III, al establecer las excepciones, que jamás permitió el Rey á su familia asistir á estos bailes, á pesar de haberlo solicitado muy vivamente su nuera María Luisa, entonces princesa de Asturias, cuyo

carácter desenvuelto y bullanguero tascaba con dificultad el freno de las severidades de su suegro. En las diversas cartas de la época que tenemos á la vista encuéntrase perfectamente marcado el espíritu, no ya mundano, sino impío que inspiraba estas fiestas.

«La asistencia continua al cuarto de Losada á causa de su indisposición, — escribe D. Pedro Salcedo, — me acarreó un destemple de cabeza que aún me dura, aunque muy corregido, y éste ha sido el motivo de no haber escrito á vuestra merced y no haberle dado cuenta muy por menor, como me propuse, de cuanto ha acaecido en los bailes. Como creo que siempre llegará á tiempo, porque no hará ninguno un detalle tan circunstanciado, allá va, sentando por principio que en Europa no se da un espectáculo tan magnífico. Haré la descripción del teatro: éste está muy lindo, porque el foro se ha unido con tres órdenes de aposentos á lo demás del coliseo, tan uniformes en todo que parecen los mismos. Los cubillos se han corrido haciendo medio punto y sacándolos alrededor del marco que divide el foro del coliseo; en éstos hay dos orquestas numerosas, que alternan á tocar minuets y contradanzas; en el fondo del foro hay una escalera que á la mitad se divide en dos ramos, que llegan hasta el primer suelo. A los dos lados del pie de esta escalera están los retretes.»

Aquí entra Salcedo en pormenores harto nimios é importunos, que en gracia al lector omitimos, haciendo notar tan sólo, como prueba de la decantada

decencia y magnificencia de estas fiestas, que los lugares á que alude Salcedo eran veinticuatro, divididos entre sí sólo por cortinas, sin separación de hombres ni mujeres, y cayendo todos ellos dentro del salón mismo.

«En el coliseo, — prosigue la carta, — hay veintidós arañas de ocho mecheros entre palco y palco; al nivel de la barandilla del balcón una cornucopia con dos luces, y en cada balcón dos cornucopias de dos mecheros, una enfrente de otra; en los corredores hay faroles de trecho á trecho, de cristal, con su vela de cera. En los cuartos de los cobradores y contaduría está puesta la repostería, donde se sirve todo lo más exquisito que el deseo puede apetecer, de bebidas, helados, dulces, bizcochos, vinos y licores, café y chocolate, todo con la mayor limpieza y magnificencia. Detrás de la tertulia están las cocinas, y en cada palco de los terceros hay una mesa pequeña donde pueden comer cuatro; sirven sopa, asado, algunos fiambres, todo género de masas y algunos *ragoúts*; la estrechez del terreno y la naturaleza de que se componen los géneros no permiten que luzca ni sea tan bien servido como la repostería, pero bastante bien está para tener que abastecer á cerca de dos mil personas, que están cenando alternativamente desde las once de la noche hasta cerca de las cuatro de la mañana. Poniendo la instrucción tal limitación para los trajes, que parece no puede lograr extensión la idea, es increíble la variedad que hay de ellos, lo magníficos en cuanto permite la

rigurosa pragmática y lo de buen gusto; las mujeres, con particularidad, llevan las cabezas pulidísimamente puestas; los dominós y batas, que tuvieron su mérito en el primer baile, se ven ya desterrados, y sólo han hallado asilo entre la gente machucha, que van meramente á divertirse con la vista. En el primer baile sólo hubo cerca de seiscientas personas, porque toda la gente *bigote* no se atrevió á ir, y muchos no se lo permitieron á sus mujeres, aun de aquellos mismos que las dejan ir á bailar á casa de las que han sido sus criadas y que se diferencian muy poco de un verdadero burdel; pero viendo lo bien que salió la prueba, el buen orden que allí reina y el gran modo con que todo el mundo está, aun aquellos que no tienen obligación de tener crianza, se ha dado licencia amplia á todo el mundo; de suerte que en el último baile hubo ya mil ochocientas personas.

»El Rey está loco de contento, no sabe hablar de otra cosa, y quiere que todos los de la Corte vengán. La Princesa tiene fuertes deseos de venir: esperaba lograrlo por medio de Aranda; éste y otros creo han echado algunas indirectas, pero han dado en duro, porque lo precioso de la salud de Su Alteza y el temor de una sofocación no habiendo tenido las viruelas, son obstáculos que nadie se atreve á superar á cara descubierta. Por lo demás, no podía haber el menor reparo, pues aseguro á vuestra merced que en el mundo no se puede dar una función tan numerosa con tal orden. Yo he asistido á todos, y en cada uno he tenido muchos ratos de observación con

espíritu filosófico, y lejos de ver la menor acción descompuesta, ni oír la menor palabra disonante, observé tal compostura que creo que las capuchinas podrían asistir sin ofenderse su recato. Baste para complemento de la pintura que Massones ¹, que no halla nada bueno de lo que él no hace, se ve obligado, *malgré* su genio Zoilo, á alabarlo. El Rey, que está noticioso de todos estos ápices, se burla de los frailes y de todos los que se oponían á este género de diversiones, inclusive el Cardenal arzobispo. Considere vuestra merced cuál será la satisfacción de nuestro Presidente, que ha conseguido dar un testimonio bien auténtico á todo el mundo de que esta nación, tenida injustamente por bárbara, es susceptible de crianza y civilización cuando la razón, y no la tiranía, la gobierna, y esta prueba á que nadie se puede negar causará en el espíritu del Rey, para lo sucesivo, los buenos efectos que todos nos debemos prometer y vuestra merced puede imaginar.»

En otra carta añade el mismo Salcedo: «Amigo, los bailes van en aumento, y ha sido forzoso aumentar hasta dos mil setecientos los billetes, habiendo noches en que se vuelven á sus casas más de doscientas máscaras por falta de aquéllos, lo que hará se verifique para el año que viene el proyecto de hacer un teatro sólo para bailes, en que quepan cinco mil trescientas personas. Los trajes han exce-

¹ El general D. Jaime Massones de Lima.

dido cuanto la idea podía imaginar, pues cada día se ven diferentes, todos de á cual más gusto, y ricos en cuanto permite la restricción de no llevar plata ni oro; y en este particular no se ha conseguido el intento de que no se gaste, pues salen aún más costosos de lo que serían si concurrieran las circunstancias prohibidas; de suerte que los extranjeros andan aturridos y corridos porque se ven obligados á confesar que no han visto en Europa cosa semejante.»

El duque de Medinasidonia, que á la sazón debía leer el impío libro de Boulanger *l'Antiquité dévoilée*, es en sus cartas bastante más explícito. «Pasado mañana empiezan las máscaras en el Corral del Príncipe. Dicen que estará hermosísimo, iluminado con quinientas y setenta velas de á tres en libra, que se mudarán. Se han aumentado no sé cuantos aposentos en el foro del teatro. Los músicos estarán vestidos de amarillo en la cazuela, y todo creo que irá con grande orden. En celando bien estas cosas el Gobierno, no puede haber inconvenientes, y en buenas manos está el pandero. *Con esto y otras cosas se va disminuyendo el poder negro* y las conmemoraciones de las pasadas catástrofes, según Mr. Boulanger, etc. Ya sabes aquel refrán de que «no hay mal que por bien no venga». Yo, como no he salido de mi patria, procuro explicarme con refranes de viejas.» Varios días después añade: «La incomparable fiesta de la Máscara concede la libertad sin inconveniente. Yo no he visto cosa pública con igual or-

den. El Presidente se hace amar y temer; Dios nos le guarde, pues es todo un hombre y de buen corazón. A mí se me ha acabado el capricho, y Doña María está ya muy tosca; concurre tanto buen aire en el teatro, que uno no acierta á fijarse. Te aseguro que gusto y variedad de trajes como el que se ve, no me parece que puede haberlo en ninguna parte. Todos los extranjeros nos lo aseguran así. Los bailes y la precisa servidumbre de El Pardo, que no es tan divertida, me tienen rendido. Pepe ¹ lo luce con su cuadrilla, y yo no me divierto menos de indiferente, pues lo veo todo sin sujeción.»

He aquí lo que opinaba el amigo de la *Picbona*, que parece ir perdonando á la madre patria su barbarie: «Celebro que las ordenanzas de nuestros bailes le hayan parecido á vuestra merced bien, y que llegarán las primeras, para que vean esos señores que no los puedo olvidar.

» Anoche fué magnífica la función, y el concurso se aumentó hasta dos mil quinientas máscaras perfectamente vestidas, que parece imposible se pueda lograr sólo con cintas y tafetanes; los sastres y mercaderes de modas trabajan sin cesar día y noche; porque estas damas, y muchas que no lo son, no llevan un vestido dos veces. No se duda que en el mismo teatro, en la Cuaresma, habrá concierto esdiritual dos veces á la semana, en que cantarán los músicos de la Capilla Real y todos los que lo hagan

¹ El marqués de Mora.

bien. Nuestro Presidente está lleno de gozo porque logra de este público todo lo que desea, uniendo las diversiones á la justicia recta y buena policía. Dios le dé salud y nos libre de que manden Obispos. Me alegro mucho que hayan silbado la comedia de monsieur Beaumarchais, porque es un pica-rón que habla mal de España y se hace el caballero, olvidándose de sus hermanas las mercaderas de modas.»

Las noticias del abate Casalbón, el clérigo corrompido de quien escribe Iriarte, después de verle prostrado en el lecho por una enfermedad vergonzosa: «¡Pobre sacerdote, cuyas Misas he ayudado yo tantas veces!», encierran feroces ironías. «Ya ha salido, —dice,— la pragmática de las máscaras que no envió por suponer que el Sr. D. Jorge ó Cabañero no se habrán descuidado en esta parte. El Cardenal ¹ hizo este otro día un mal paso, para solicitar su prohibición, y la representación que delante de toda la Corte tuvo la poca precaución de dar, la entregó el Rey al conde de Aranda sin hacer cuenta. Iba también de mano armada contra las óperas, en las que no es fácil saber qué mayor peligro hallaba que en las comedias...» «Según me ha dicho hoy el Sr. D. Jorge, con quien y Cabañero he estado toda la mañana, ya le ha dado á V. E. una noticia circunstanciada de las máscaras. Yo sólo

¹ D. Luis Portocarrero, conde de Teba y cardenal-arzobispo de Toledo.

puedo añadir que me han asegurado que merecía esta función la asistencia del Patriarca ¹.

»Se pondera tanto el orden y decencia, que le ponen á uno escrúpulo de no ir á ver la virtud en ceremonia y bailando. Este sábado antecedente hubo cerca de mil ochocientas máscaras de extrañas ideas, y se cree que pasado mañana habrá aún más. No hay nación ni ejercicio que no haya sido representada por nuestros enmascarados, y pocos son los que vuelven segunda vez con un mismo vestido. Concurren generalmente los Grandes, los Consejeros, y yo espero ver á los Maestros de las Religiones. Sin embargo, mi moral y la idea que yo tengo de mi estado no me han permitido aún ser uno de los espectadores, lo que es bien admirable, y que acaso hará concebir á V. E. como quiera de la pureza de mi conciencia...» «El concurso á las máscaras aumenta cada día; el teatro apenas es capaz para las gentes que dicen bailan, porque hacen unos á vista de otros ciertos movimientos, á que hay maestros que presiden é instrumentos en la orquesta que suenan. Suele haber comunmente dos mil máscaras, que generalmente mudan cada baile de vestido, en lo que han sobresalido las cuadrillas de Medinaceli, Huéscar, Osuna, Benavente, Santiago,

¹ El patriarca de las Indias éralo entonces D. Ventura Fernández de Córdova y la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, arzobispo de Neocesarea y cardenal del título de San Lorenzo *in Panisperna*. Asistió al famoso conclave de Clemente XIV como enemigo acérrimo de los jesuitas.

etcétera. Dicen que todo lo que toca á repostería se sirve con mucha más limpieza que lo de cocina, y que se observan inviolablemente las leyes que se propusieron para esta diversión. Se cuentan mil pequeñas andanzas que otros tienen cuidado de negar, y la consecuencia es que *tout va aux mieux*. Parece que el conde de Aranda quiere pedir un día de éstos al Rey su Capilla para establecer esta Cuaresma conciertos espirituales en el teatro. La idea es que se éntre á peseta y dure la música de cinco á siete ú ocho, y que el producto de todo sea para los pobres del Hospicio.»

XII

Con la entrada de la primavera cobró tantos alientos la condesa de Fuentes, que ya no se atrevió su hija á detener por más tiempo en Madrid á la de Béjar, que deseaba reunirse con su marido en Aranjuez, adonde, después de pasada la Pascua de Resurrección, llegó la Corte, según la invariable costumbre de Carlos III. Brindóse á acompañarla el duque de Villahermosa, deseoso de hacer su corte al Rey y al príncipe de Asturias, y de asistir al mismo tiempo á las famosas funciones de *parejas*, que durante varios años repitieron algunos Grandes ante la familia real en aquellos días de la jornada. Eran aquel año dobles las parejas que hacían la fiesta, y eran los cuadrilleros que habían de dirigirlas el príncipe Asturias, el infante D. Gabriel, el infante D. Luis,

hermano de Carlos III, y el duque de Medinasidonia. Instalóse el Duque en la Casa de Oficios, aunque ninguno propiamente dicho tenía en la Corte, y avistóse aquella misma noche con el duque de Losada, sumiller del Rey, á fin de besar la mano á éste al día siguiente, que era el de la fiesta. Quería Villahermosa saludar al Rey antes de comenzarse ésta; mas fué imposible hacerlo hasta después de la comida, porque por nada ni por nadie alteraba Carlos III la rutinaria distribución de vida que observó constantemente. Cuando cualquiera fiesta ó ceremonia le obligaba á emplear algunas horas de diverso modo, no por eso alteraba ni invertía en otra cosa las que le quedaban vacantes.

El conde de Fernán Núñez, que fué mucho tiempo su gentilhombre, ha dejado en su compendio manuscrito de la vida de Carlos III curiosos pormenores de las costumbres domésticas de este monarca, muy honestas y laudables ciertamente, pero no hasta el punto de que su panegirista D. Antonio Ferrer del Río las transforme en regias virtudes morales, haciendo exclamar á uno de nuestros más eminentes contemporáneos: « El que quiera ver hasta dónde llegaba la ñoñez de Carlos III, lea íntegro el capítulo VI del lib. VI (t. III) de su *Historia*, escrita por Ferrer del Río, fervoroso panegirista suyo. El estilo del autor corre parejas con la grandeza del héroe. Eso sí, él no sería un Felipe II, ni su historiador ningún Tácito; pero ¡ qué costumbres domésticas tan apacibles é inocentes! Vean nuestros lecto-

res alguna muestra, si es que pueden contener la risa: « Habitual capricho suyo era, cuando comía un »huevo, poner hacia arriba, en la huevera, la parte »de la cáscara no abierta, y descargarla tan atinado »golpe con el mango de la cucharilla que ésta quedaba perpendicular sobre aquella especie de promontorio.» Grandes fueron los pecados de Carlos III, aunque él creyera otra cosa; pero bien le castigó la Providencia deparándole un historiador progresista ¹. »

Levantábase Carlos III en todo tiempo á las seis de la mañana, entrando á despertarle D. Alverico Pini, ayuda de cámara muy favorito suyo, que trajo de Nápoles, y dormía siempre en la pieza contigua á su alcoba. Levantábase al punto, rezaba un cuarto de hora, y estaba sólo ocupado en su cuarto interior hasta las siete menos diez minutos, que venía el sumiller de corps, duque de Losada. A las siete en punto, que era la hora señalada para vestirse, salía á la cámara, donde le esperaban los dos gentiles hombres de guardia y media guardia y los ayudas de cámara. Lavábase entonces y tomaba chocolate, que le servía su antiguo repostero, llamado Silvestre, venido también de Nápoles. Cuando había *acabado la espuma*, — dice Fernán Núñez, — entraba de nuevo Silvestre con la chocolatera, y en puntillas, y como si viniera á hacer algún contrabando, le llenaba de nuevo la jicara, y siempre hablaba S. M. algo

¹ Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos españoles*, t. III, pág. 130, nota primera.

con este criado antiguo. Al tiempo de vestirse y del chocolate asistían los médicos, cirujano y boticario, según costumbre, con los cuales tenía conversación. Oía después Misa en el oratorio privado, y pasaba luego á ver á sus hijos hasta las ocho, hora en que, si no había despacho, se encerraba á trabajar solo hasta las once.

Venían á esta hora á verle sus hijos en su cuarto, y pasaba con ellos un rato, hasta que entraba su confesor Fray Joaquín Eleta, y después el presidente, conde de Aranda, mientras lo fué, y á veces algún otro Ministro. Vinte minutos antes de la comida salía á la cámara, donde estaban esperando los Embajadores de familia, que eran los de Francia y Nápoles, y hablaba con ellos cortos momentos, haciendo entrar después á los demás Embajadores, á los Cardenales y Grandes que venían á saludarle. A las doce en punto era la comida en público, bendiciendo la mesa el arzobispo de Toledo, y una vez acabada hacíanse las presentaciones de extranjeros y besábanle la mano los españoles que lo solicitaban por gracia, llegada ó despedida. Volvía después á la cámara, donde le esperaban los Embajadores, Cardenales, Grandes y Ministros residentes, y todos formaban en torno de él cerco, que duraba á veces media hora.

Dormía siesta en el verano, nunca en el invierno y en todo tiempo antes de las tres salía de casa, sin que le detuviesen jamás lluvias, ni vientos, ni nieves, ni truenos, ni relámpagos, corriendo á veces

más de treinta millas antes de fijar los puestos¹. Acompañábale ordinariamente su hermano el infante D. Luis, y cuando el casamiento de éste con Doña Teresa Vallabriga y su retirada de la corte, hacía lo el príncipe de Asturias, acompañándoles también el marqués de Villadarias, capitán de guardias, el caballero mayor, su gentilhomme, un médico y un cirujano. Acomodábanse todos en seis coches, ocupando el último el botiquín, las escopetas, municiones y mudas de trajes. Los tiros de estos coches eran de seis mulas; y como era necesario remudarlos con frecuencia porque exigía el Rey hiciesen doce millas por hora, resultaban más de doscientas mulas empleadas diariamente en la caza de S. M.

Eran los lobos sus piezas favoritas, y jactábase de haber limpiado el país de ellos, llevando cuenta de los muertos por su mano. «Cuando yo estuve en El Escorial,—dice el inglés Townshend,—ascendían éstos á ochocientos dieciocho; lo cual no es maravilla, porque no bien aparecía uno, aunque fuese á larga distancia, acudían allá miles de personas con el fin de rodearlo y acosarlo hacia el sitio en que pudiera el Rey matarlo más fácilmente. A todos estos solícitos batidores daba el Rey seis reales diarios,

1 «Corría locamente, y cuando los guardias de la real persona, escoltando su coche, en la carrera se caían del caballo, el Rey no se paraba, aunque fuesen las ruedas de su coche á pasar sobre la cabeza del caído. Esto lo hacía por creer indecoroso á la majestad pararse. Carlos IV, aunque no muy humano, lo era algo más en este punto.» (Alcalá Galiano, *Historia de España*, tomo V, pág. 311.)

y si conseguía matar al lobo dábales el [doble.]»

«Detuve mi salida de El Escorial,—dice el mismo Townshend,—para asistir á una de las cuatro grandes batidas que se dan todos los años antes de marchar la Corte. Fué ésta el 28 de Noviembre, y monsieur Liston tuvo la bondad de acomodarme en el coche de los embajadores de Nápoles. Detuvimos en una altura, porque los guardias no permitían avanzar más; dominábase desde aquella eminencia un extenso llano, y había á media milla un espeso bosquecito, donde se hallaba el Rey con sus tres hijos y los criados que cuidaban de cargar las escopetas. Desde mucho tiempo antes batían el monte más de dos mil hombres, acosando las reses hacia el centro común y encerrándolas en un círculo que insensiblemente estrechaban.

» Apenas llegamos á nuestro puesto, divisamos á lo lejos gran número de ciervos que asomaban por todas partes las gallardas cabezas, saltando airoosamente y acercándose siempre á la fatal emboscada. A medida que avanzaban oíamos más distintamente las detonaciones y gritos de los batidores, y notábase el espanto de las reses, que corrían sobresaltadas sin saber qué dirección tomar. Cuando comenzamos á distinguir los batidores parecían hallarse muy separados entre sí y acosar á las reses tan sólo con sus gritos y escopetas; mas cuando entramos en el llano vimos que formaban una especie de compacto muro semicircular, que estrechaban al acercarse formándose dobles filas, y obligando así á las

reses á pasar en numerosos pelotones ante los reales cazadores. Entonces comenzó la carnicería, y durante un cuarto de hora largo resonaron sin cesar los disparos. Algunos ciervos, más aturridos ó menos cobardes, retrocedieron al llegar á la emboscada, y á pesar de los gritos y de las escopetas de los batidores saltaron las doblesfilas y huyeron al bosque.

»Cuando cesó el fuego avanzaron los coches, y corrimos todos á ver las piezas muertas; estaban éstas tendidas en dos filas sobre el campo de batalla, y el Rey y sus hijos las examinaban atentamente. Algunos guardabosques venían cargados con los ciervos que, heridos mortalmente, fueron á expirar á considerable distancia, y depositaban sus despojos á los pies del Monarca. Hízome la curiosidad contar el número de piezas muertas, y ascendían éstas á ciento cuarenta y cinco ciervos y un jabalí. Oyéronse en aquel momento grandes voces; apartáronse todos, y vimos acercarse varios hombres que traían á hombros, pendiente de un grueso palo por las patas y el cuello, un gran jabalí herido. El Rey y sus hijos tomaron de nuevo las escopetas y colocáronse en fila; pusieron entonces al jabalí en el suelo, cortaron las cuerdas, y antes de que el pobre animal pudiera escaparse, una certera descarga le libró de todos sus tormentos. Supe después que los gastos de aquella batida inportaban más de tres mil libras esterlinas.»

Volvió siempre el Rey de su caza diaria entrada ya la noche, y esperábanlo á esta hora la princesa

de Asturias y toda la real familia; contábase entonces y repartiase la caza, hablando cada cual de lo hecho por su parte, y luego despedía el Rey á sus hijos, daba el santo y la orden para el otro día, y pasaba al cuarto de sus nietos. Venía después al despacho, y si entre éste y la cena quedaba algún tiempo, jugaba al revesino con el duque de Losada. A las nueve y media en punto era la cena, y servíanse en ella invariablemente los mismos platos: una sopa, un asado de ternera, un huevo fresco, ensalada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias, dulce, en que mojaba dos pedacitos de miga de pan tostado, y bebía el resto.

Poníanle también un gran plato de rosquillas cubiertas de azúcar, y otro de frutas verdes de las que había; mas á la mitad de la cena entraban los perros de caza como otras tantas furias, y el marqués de Villadarias, capitán supernumerario de guardias, encargábase de repartirles las rosquillas, manteniendo el orden entre ellos, látigo en mano, D. Francisco Chauro, antiguo jefe del guardarropa. Terminada la cena, rezaba el Rey otro cuarto de hora antes de recogerse, y luego salía á la cámara, desnudábase, daba la hora al gentilhombre para las siete del día siguiente, retirábase con el sumiller y Pini, y metíase en la cama entre diez y media y once. Esta fué, hora por hora, la ordenada vida de Carlos III desde el año 1760, en que falleció su esposa Doña María Amalia de Sajonia, hasta el de 1788 en que murió él, á los setenta y tres años de edad. Molestábale, pues,

como á todo hombre rutinario acontece, cuanto venía á sacarle del estrecho molde de su vida metódica, y su desagrado llegaba al colmo si cualquier asunto, por importante que fuese, le obligaba, no ya á perder, sino á retrasar tan sólo su ordinaria partida de caza; verdadero vicio suyo que, á vuelta de los gastos que acarrea y lo mucho que de los negocios le distraía, entretuvo siempre su imaginación y rindió su carne, consiguiendo así apartarle esta pasión, más bien que otras cualidades más altas, de vicios más censurables.

Era la jornada de Aranjuez la más frecuentada de las que entonces hacía la Corte, y según datos de la época, pasaban de veinte mil las personas de todas clases que acudían en la primavera á este Real Sitio. Con las *fiestas de parejas* creció tanto aquel año el concurso de gente, que muchos tuvieron que aposentarse, como en tiempos ya remotos, en Hontígola, Ciempozuelos, y hasta en Valdemoro mismo. Al amanecer ya estaba á pie firme la primera hilera de curiosos en torno de la valla que rodeaba el circo, en la plazuela de Palacio. Hallábase aquél formado á la parte de mediodía, con vallas cubiertas de lienzos pintados y muchos adornos de guirnaldas, ramos y jarrones. Había por fuera de la valla dos grandes tablados para bandas de música, y levantábanse de trecho en trecho, entre la multitud que rápidamente se apiñaba, algunos tabladillos semejantes á pequeños patíbulos, que se coronaron bien pronto de mujeres muy ataviadas, cómicas y bailarinas en su ma-

yor parte, y majas de aquellas que alcanzaron años después tanta boga y eran ya cortejos más ó menos públicos de grandes señores de la Corte. Sobre la galería de la Casa de Oficios habíanse hecho miradores cubiertos, divididos en palcos y vistosamente engalanados con banderas, colgaduras y tafetanes, que daban vuelta sobre la terraza del mismo edificio. El primer palco, más capaz y decorado con ricos tapices, era el de la familia real. Seguía á la izquierda el reservado para los jefes de Palacio, los Embajadores y Ministros extranjeros, y quedaban los demás para los Grandes, damas y caballeros de la Corte, que poco á poco fueron llegando con galas y lucimientos á porfía, que daban mucho que admirar y formaban muy vistoso anfiteatro. A las nueve y media en punto ocupó el Rey su palco, teniendo á la derecha á la princesa de Asturias, doña María Luisa, á la izquierda á los infantes Doña María Josefa y D. Antonio, y detras, en pie, al duque de Losada, el marqués de Villadarias, el duque de Béjar, los embajadores de Francia y Nápoles, que eran el marqués de Ossun y el príncipe de la Católica, el marqués de Grimaldi, ministro de Estado, y el confesor Fray Joaquín de Eleta, cuya rapada cabeza y hábito pardo, que no abandonó nunca, producía extraño efecto entre las pelucas empolvadas y los trajes de vivos colores y ricos bordados. Contaba entonces Carlos III cincuenta y siete años, y era de estatura mediana, enjuto de carnes, y aunque angosto de pecho, de complexión muy recia. Su cara y

manos estaban de tal manera curtidas por la intemperie, que ofrecían un color terroso, y la enorme nariz y largas y erizadas cejas hacíanle aparecer de una fealdad notable. «Su fisonomía, — dice Fernán Núñez, — presentaba casi en un momento dos efectos y aun sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz presentaba á la primera vista un rostro muy feo; pero pasada esta impresión, sucedía á la primera otra mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraban amor y confianza, «Era en su vestir tan despreocupado, que en más de treinta años no le tomó el sastre medida para ninguna prenda, y consistían las de su uso en casaca de paño de Segovia color de corteza, durante el invierno, chupa de ante galoneada de oro, calzón negro de la fábrica de Aravaca, sombrero de felpa á lo Federico II, chorrera de encajes en la camisa, pañuelo de batista al cuello y medias de lana, con botines de cuero cuando salía al campo. Trocaba en el verano la casaca de paño por otra de camelote, la chupa de ante por una de seda azul galoneada de plata, y por medias de hilo las de lana.

En los días de gala ó de ceremonia conservaba siempre los calzones de ante para no perder tiempo en mudarse cuando salía luego de caza, y sobre la chupa ordinaria poníase una rica casaca bordada, con botonadura de brillantes, á cuyos bolsillos tenían buen cuidado de mudar las varias baratijas y juguetes de su infancia, que por inexplicable ex-

travagancia llevaba siempre en la casaca que usaba de ordinario.

Contrastaban grandemente la gravedad y tiesura del Rey con la ligereza y petulancia de su nuera y sobrina la princesa de Asturias, cuyas calaveradas amargaban ya la vejez de Carlos III, y habían de hacer funestamente célebre en la historia el nombre de María Luisa. Tenía ésta entonces veintidós años, y ni aun en esta edad en que el brillo de la juventud embellece por sí sólo, pudo llamarse hermosa, ni aun siquiera regular en sus facciones: tenía, sin embargo, buen talle, presencia graciosa, modales elegantes, ojos vivos y negros y una de esas bocas grandes y hendidas, á modo de culebra, que prometen para la vejez una ridícula proximidad entre la nariz y la barba. Educóse en Parma con su hermano el duque Fernando, bajo la dirección de Condillac, y para ambos escribió éste su *Curso de estudios*, que comprende una gramática, un arte de escribir, arte de razonar, arte de pensar y una historia general de los hombres y los imperios. Mas de todos estos artes que el filósofo sensualista trató de meterla en la cabeza, tan sólo sacó en limpio María Luisa un arte de divertirse y hacer su gusto, de su propia inventiva, que por desgracia vino á poner en práctica en España. Casóse á los trece años, y era ya entonces tan imperioso su carácter que, no bien se firmó el contrato, exigió que sin salir de Parma le tributasen los honores de princesa de Asturias, ocasionando de este modo continuas rencillas entre ella

y su hermano el duque Fernando. Cuéntase que, arrebatada un día de cólera, dijo á éste: «Yo te enseñaré á respetarme, porque llegará un día en que seré reina de España, y tú tendrás que contentarte con el ducado de Parma.» Su hermano le respondió: «En este caso, tendré el honor de dar un bofetón á la reina de España.» Y se lo dió, en efecto.

La infanta Doña María Josefa era la primogénita de Carlos III; contaba entonces veintinueve años, y su ridícula figura, pequeña, fea y contrahecha, había hecho imposible encontrarla un marido que la igualase en rango. Resulta evidente que Carlos III pensó una vez en servirse de esta pobre Princesa para remediar uno de los injustos yerros á que le arrastró la terca inflexibilidad de su carácter. Mas abortó el plan por causas desconocidas, y la pobre Infanta, escudada tras su fealdad, vivió y murió soltera, sin que amigos ni enemigos turbasen de nuevo la paz de su insignificancia.

En cuanto al infante D. Antonio Pascual, era á la sazón un jovencito de dieciocho años que prometía muy poco entonces y cumplió mucho menos más tarde, y seguía en aquel momento con grande avidez la danza ecuestre de las parejas, preguntando por lo bajo al duque de Béjar, su ayo, cuáles eran las figuras geométricas descritas por los jinetes, para decir luego á su padre con grande suficiencia: «Ahora hacen un rectángulo. ¡Qué bien trazado queda ese rombo!»

Al aparecer la familia real en su palco levantóse

un entusiasta clamoreo de vivas al Rey y á la princesa de Asturias, que era entonces muy popular, y los millares de pañuelos que ondearon en la plaza saludando, diéronla el aspecto de un campo de azucenas agitadas por el viento. A una señal del sumiller de corps sonaron ambas músicas y muchos clarines, y comenzó la fiesta. Abrióse un gran portallón hecho en la valla frente al palco regio, y entraron dos guías á caballo, domadores de las reales caballerizas, vestidos á la española antigua, con los colores del príncipe de Asturias. Seguían á éstos cuatro timbaleros y dieciséis clarineros, todos con los colores de los respectivos cuadrilleros, que eran blanco y encarnado los del Príncipe, azul y blanco los del infante don D. Gabriel, verde y blanco los del infante don Luis, y dorado y blanco los del duque de Medinasiona. Venían luego veinticuatro volantes á la española antigua, con las respectivas divisas, muy ricas y vistosas; veinticuatro palafreneros con los cuatro colores de las cuadrillas, llevando del diestro otros tantos caballos, muy arrogantes, con rendajes de seda y cubiertas imperiales, muy lindas, de raso liso, bordadas, con cintas de los cuatro colores y las cifras y coronas de los cuatro cuadrilleros.

Seguían detrás los timbales y clarines de las reales caballerizas, el palafrenero mayor y su ayudante, de uniforme; otros cuatro ayudantes de las reales caballerizas; cuarenta y ocho caballos de mano de su palafrenero, con ricos aderezos y trenzados; cuatro correos y cuatro picadores con uniformes or-

dinarios; doce volantes con gorras y bastones, como de costumbre; veinticuatro lacayos de la casa real, en tres filas y á pie como los volantes, y cerraban la marcha cuatro caballerizos de campo, á caballo, con los vestidos del Rey. Atravesó esta brillante comparsa derechamente todo el circo hasta el frente donde estaba el Rey, y haciendo allí acatamiento dividióse por mitad y dió vuelta por ambos lados, hasta salir fuera de la plaza, dejándola despejada. Hubo una pausa, y entró á poca distancia, galopando en corto, el ayudante general de la fiesta, que la había ensayado y dirigido, D. Joaquín Ponce, brigadier de los reales ejércitos y gentilhombre de cámara, vestido á la española antigua, con los colores del Príncipe; apartóse á un lado en mitad del circo con una gallarda vuelta, y paró en corto para dar paso á las cuadrillas, que entre el estruendo de músicas, clarines y timbales y entusiastas aclamaciones de la muchedumbre se adelantaban cuatro en fondo, con sus jefes á la cabeza.

Venía el primero el príncipe de Asturias, todo de encarnado y blanco, sobre un soberbio potro cordobés, que llevaba al paso, con el gracioso braceo, clásico y español puro, que nuestros extranjerizados caballistas ya no conocen. Estaba entonces el futuro Carlos IV en la flor de su edad, pues sólo contaba veinticinco años: era bien hecho, ancho, robusto y de grandes fuerzas corporales, que ejercitó mucho en la caza y en oficios mecánicos, á que se mostró siempre aficionado. Su rostro, en que se hermanaba

la bondad con la vulgaridad suma, era muy encendido, y resultaba pequeño, así como la cabeza, cuya gran peluca empolvada disimulaba en parte este defecto. Tras el Príncipe caminaba en tres filas su cuadrilla, luciendo los colores blanco y encarnado, y en esta forma dispuesta: D. Manuel Pacheco, marqués viudo de Villena, el marqués de Valdecarzana, el marqués de Guevara y el duque de Uceda, el marqués Dusmest, el conde de Priego, el duque de Alburquerque y el conde de Cifuentes, el marqués de Bélgida, el marqués de Santa Cruz, el marqués de los Balbases y el marqués de Villena.

Venía detrás el infante D. Gabriel, de blanco y azul, montando un caballo negro de Aranjuez, de aquellos de la dehesa de Sotomayor, en cuya cuadra puso D. Juan de Iriarte esta inscripción al pie de una yegua de piedra, obra de D. Juan Reina:

Vento gravidas ex prole putabis.

Era el infante D. Gabriel el hijo más querido de Carlos III, y el único de aficiones estudiosas y literarias, si bien, dice Alcalá Galiano, tuvo la vanidad de hacer pasar por suyos trabajos ajenos¹. «Sabido es, — añade, — que el infante D. Gabriel publicó como obra suya la traducción de Salustio hecha por el erudito Pérez Bayer, continuador de la Biblioteca Hispana de D. Nicolás Antonio. Hízose de esta obra una edición lujosísima, de la cual, rindiendo el falso

¹ *Historia de España*, tomo V, pág. 309.

traductor tributo á su tiempo, envió un ejemplar á Voltaire. En 1773 tenía el infante D. Gabriel veintitún años, y mejor que los clásicos latinos manejaba entonces el caballo, al frente de la cuadrilla que le seguía en este orden: el conde del Asalto, el conde del Arco, el conde de Altamira y el general Rada; D. Fernando Castillo, D. Carlos Borghesi, Don José Bohorques y el marqués de Ruchena; el duque de Abrantes, el marqués de Mirabel, el príncipe de Monforte y el príncipe Spignelli.»

Capitaneaba la tercera cuadrilla el infante D. Luis, que fué hasta los veintisiete años cardenal de Santa María de la Scala y arzobispo de Sevilla y de Toledo, y había sido siempre y seguía siendo aún, á pesar de sus excelentes prendas, un remordimiento vivo y un recelo continuo para su desconfiado hermano Carlos III. Componían su cuadrilla D. Lorenzo Colonna, el marqués de Peralada, el marqués de Perales y el barón de Les; el marqués de Cogolludo, el conde de Miranda, el conde del Montijo y el marqués de Alcañices; el marqués de Velamazán, D. Vicente Pietra Santa, el conde de Laing y el marqués de Santa Eufemia.

La última cuadrilla, con trajes y arcos blancos y dorados, traía al frente á D. Pedro Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, décimocuarto duque de Medinasidonia y caballero mayor del Rey. Era Medinasidonia de los grandes señores *éclairés* de la época, entusiasta de las nuevas ideas y protector de las letras, que cultivó él mismo, traduciendo, no sin

ayuda de vecino, varias obras del francés, entre las cuales se contaban *La Ifigenia* y *El Agamenón*, de Racine, y el *Hernán Cortés*, de Piron ¹. Su capacidad no debía ser muy vasta ni su ilustración muy profunda, cuando afirma rotundamente que «*l'Antiquité dévoilée*, de Boulanger, es el libro más metafísico, más erudito y más fundado que se ha leído ².» Ni tampoco sus convicciones filosóficas muy arraigadas, cuando escribe con ingenuidad que revela su natural bondadoso: «El otro día arcabucearon al tambor mayor de los suizos. Le sentenciaron con la formalidad de juicio, esto es, por la cámara alta, compuesta del Coronel y los Capitanes en el cuartel, y por la cámara baja, formada por los segundos Capitanes, Tenientes y Alféreces, presidida por uno de los primeros. Fueron á verlo muchas gentes por ser el juicio extraño, pues parece rompen una vara y se la tiran cuando le han sentenciado á muerte. Yo no lo quise ver porque me daba mucha lástima. Massones, que asistió, me dijo que había estado el reo con la mayor serenidad, y otros me han

¹ «Había empezado con el mayor conato las actas de San Cosme, y pensaba que nada podría detenerme para no llevarlas al fin; pero mi larga y molesta enfermedad, y últimamente la instancia con que el duque de Medinasidonia quiere que le corrija su *Ifigenia*, me trastornan todos mis proyectos, ó por lo menos importunamente me los dilatan. Ya voy en el segundo acto; en el primero tuve mucho que mudar, y supongo que será lo mismo en los otros.» (Carta del abate Casalbón al duque de Villahermosa.)

² Carta al duque de Villahermosa.

dicho que con la misma se puso de rodillas, dió el reloj al preboste, agasajó á un tamborcillo, le dió buenos consejos, pidió que no le errasen y recibió con mucha frescura la muerte. Massones le creía filósofo, ó por mejor decir, incrédulo; pero yo juzgo que el dolor ó el vino era más natural que hiciesen el mismo efecto en un hombre de su clase ¹.»

Fué Medinasidonia miembro de la Real Academia Española y de la de Ciencias de Londres, y protegió mucho á los sabios y eruditos de su tiempo, D. Andrés de Barcia, Fray Juan de la Concepción, D. Diego de Torres, el Maestro Fray Enrique Flórez y el Maestro Fray Martín Sarmiento, habiendo recogido los manuscritos de este último y hecho sacar copia de ellos, que compone diecinueve tomos en folio. A la muerte de su esposa Doña Mariana de Silva Alvarez de Toledo, hija del duque de Alba, quiso visitar la corte de Francia, ilusión de toda su vida que aún no había realizado. Empezó, pues, el viaje por Diciembre; mas acometióle un ataque apoplético cerca de Villafranca del Panadés, en una venta que llamaban del Monje, y allí murió entre lacayos y arrieros en medio del mayor desamparo. Acabó con él la línea recta de Guzmán el Bueno, y á su muerte pasaron sus estados á su sobrino, don José Alvarez de Toledo, marqués de Villafranca, casado con la duquesa de Alba, Doña María Teresa de Silva, que antes mencionamos.

¹ Carta al duque de Villahermosa,

Tenía Medinasidonia muy gallarda presencia, y á los cincuenta años cumplidos manejaba su caballo con garbo y destreza, que en nada desmerecía de la brillante cuadrilla que tras él entraba en el circo, dispuesta en este orden: D. Antonio Espínola, Don Joaquín Escobedo, el marqués de Vallehermoso y el marqués Branciforte; el marqués de Castelblanco, D. Agustín de Alencaster, D. Luis de Barrionuevo y D. Domingo de Sextí; D. Luis Druot, el conde de Fernán Núñez, D. Melchor Quirós y D. Luis Menasey.

Al llegar frente al palco regio la primera cuadrilla, formáronse todos en ala con grande habilidad y ligereza, y tomando la venia del Rey comenzó la contradanza, levantando los caballos á un medio galope concertado con la música marcial de los dos coros, yendo, viniendo, cruzándose de continuo para formar difíciles y caprichosas figuras de matemáticas, de cuadros, de alas, de encrucijadas, ruedas y ángulos, trotando á veces con elevación asombrosa y galopando otras en corto, tierra á tierra, pero sin rozarse nunca, sin tropezar jamás, sin que los caballos perdieran un momento el cadencioso paso castellano, ni los jinetes vacilaran sobre las sillas, ni se levantaran de ellas un ápice, ni contrarrestaran las enérgicas reacciones de los brutos más que con el pliegue airosísimo de la cintura.

Duró una hora larga la contradanza, con gran regocijo de todos, hasta que formándose de repente en una gran ala todos los jinetes, con sus jefes al frente, doblaron los caballos las rodillas al mismo

tiempo ante el palco regio. Pusiéronse de pie el Rey, la Princesa y los Infantes para contestar al saludo, y retiráronse las cuadrillas como habían entrado, entre el estruendo de las músicas y las frenéticas aclamaciones de la muchedumbre.

Volvióse el Rey al palacio por la galería de arcos que le unía con la Casa de Oficios, y la princesa de Asturias bajó al jardín de la Isla, donde vino á buscarla el Príncipe con el propio traje de la fiesta, seguido de todas las parejas y del inmenso concurso que había acudido á ver la fiesta detrás de la valla.

Obsequió aquella noche el marqués de Grimaldi á los *parejantes* con una magnífica cena; mas la mayoría de los Grandes eran *aragoneses*, tan enconados entonces con los *golillas*, y todos, y entre ellos Villahermosa, asistieron al cuarto del príncipe de Asturias, enemigo declarado del italiano, donde se comentaba mucho é inquietaba no poco la ausencia del conde de Aranda. Hizo el príncipe de Asturias grandes instancias á Villahermosa para que permaneciese algunos días en el Sitio, y lo agradable y divertido de la temporada, y el deseo de conocer á fondo, para los fines particulares que en Pedrola se había propuesto, el estado de las cuestiones entre Aranda y Grimaldi, decidióronle á ello. Mas una desgracia tan imprevista como terrible para el Duque vino de repente á desbaratar sus planes y á doblar bajo el peso de la aflicción aquella cabeza que las prosperidades humanas mantenían tan erguida. Llegó una mañana su administrador general D. Antonio

Cabañero con la triste nueva de que D. Jorge Azlor había muerto de repente en Valencia, sin alcanzar auxilio alguno divino ni humano. El dolor del Duque estalló con gran violencia, por lo mismo que desconocía el sufrimiento, y la Duquesa que, abandonándolo todo, llegó media hora después, caminando á dobles jornadas, pudo enjugar sus primeras lágrimas y prodigarle los primeros consuelos. Recibióla el Duque con grandes transportes de cariño y agradecimiento, porque el hombre que en todas las cosas se apoya orgullosamente en sí mismo busca en el dolor el apoyo de la mujer, más débil en todo menos en el sufrir, porque encuentra más de ordinario en Dios la virtud de la fortaleza. La muerte de aquel joven tan alegre y tan amado, que acababan de dejar en Pedrola lleno de vida y de esperanzas, afectó por igual á los dos esposos; porque no era D. Jorge para ellos sólo un hermano querido, sino que era también, no teniendo los Duques hijos, como hasta entonces no los tenían, la única esperanza de la casa de Villahermosa.

Las mil visitas importunas que al cundir la noticia asediaron á los Duques decidióronles á volver al punto á Madrid, donde les esperaba bien pronto otro cuadro de muerte. A mediados de Agosto comenzó la condesa de Fuentes á perder fuerzas de muy rápida manera, sobreviniéronla de nuevo vómitos de sangre, apoderóse de ella continua calentura, y el 11 de Octubre, víspera de la Virgen del Pilar, pidió ella misma, y recibió con grande entereza, todos los Sa-

cramentos. Por la noche entró en la agonía, y al amanecer del 12 expiró con gran sosiego y conformidad, á los cuarenta y siete años no cumplidos, rodeada de sus hijos y esposo, y asistida en aquel trance supremo por el Guardián de San Francisco, Fray Luis de Buitrago.

No se había publicado aún la curiosa pragmática de Carlos III sobre los lutos, en que prescribe con minuciosa impertinencia hasta las luces que se han de encender y las telas que han de gastarse. Mas los Grandes sobre todo, que conocían bien las ideas del Monarca en esto, atemperámbanse á ellas por agradarle, y celebraban sus funerales y entierros con grande modestia. Amortajaron, pues, á la Condesa con un hábito de religiosa que, cosido por las propias manos de su hija Sor María Luisa, había mandado ésta desde su convento, y colocáronla en una cama mortuoria, con seis velas encendidas, la mitad justamente de las que marca la pragmática. Velaron el cadáver varios criados de la casa con libreas de luto, desde las siete de la mañana del día 12, hora del fallecimiento, hasta las ocho y media de aquella misma noche, que fué trasladado á la antigua parroquia de San Martín, donde cuarenta y siete años antes habíase bautizado aquel tronco á la sazón inerte. Depositaron el cuerpo en una capilla que llamaban del Rosario, sobre una tumba baja, con seis hachas y cuatro hachetas, y allí permaneció todo el día 13, guardado siempre por los criados mayores de su casa y un zaguanete de diecisiete alabarderos

y un cabo, según era ya entonces privilegio de los Grandes de España. Celebráronse en la parroquia misma y en otras variás iglesias de la corte gran número de Misas por el alma de la difunta, mientras estuvo expuesto el cadáver, y el día 14, á las siete y media de la mañana, cantóse con toda solemnidad el Oficio de difuntos, y después la Misa de cuerpo presente. Hizo la entrega del cadáver D. Antonio Alvarez de Toledo, marqués de Villafranca, cuñado de la difunta; y á pesar de que á nadie convidó la familia, acompañáronle en tan triste acto muchos personajes de la corte y la diplomacia, que ocuparon toda la iglesia hasta las diez de la mañana, hora en que se bajó el cuerpo á la bóveda, y allí le depositaron en un nicho sencillo, escoltándole cuatro alabarderos y todos los criados de la casa de Fuentes.

XIII

No hay simpatía más profunda que la de las lágrimas, ni nudo que estreche tanto dos corazones como el de llorar juntos una misma pena. Por eso aquellas dos desgracias, de las cuales afectaba una más directamente al Duque y otra á la Duquesa, pero que ambos sufrieron juntos, prestándose mutuos consuelos, establecieron entre los dos esposos una confianza recíproca que no existía antes. Y cuando después de muerta su madre vió la Duquesa que

los temores que habían amargado los últimos días de aquélla comenzaban á realizarse, y que el marqués de Mora, envuelto por completo en las redes que desde París le tendían, comenzaba ya á hacer indicaciones sobre su próximo viaje á Francia, determinóse á descubrir á su marido lo que ella creía secreto exclusivo de su madre y de su hermano. Supo entonces con grande sorpresa y no poca pena que era el Duque cómplice en la intriga, y que á él venían dirigidas las cartas con que pretendía D'Alembert arrancar de Madrid al marqués de Mora. Mas antes de descubrir al lector esta intriga, en que tan ridículo y vergonzoso papel hace el Catón enciclopedista, preciso es darle á conocer al marqués de Mora, víctima nada inocente, de quien nadie guardaría recuerdo en España si los grandes elogios del Patriarca de Ferney, y el hecho poco glorioso de haber sido uno de los varios, que unas veces por turno y otras en comandita, cautivaron el corazón harto elástico é inflamable de Mlle. de Lespinasse, no hubieran picado la curiosidad de algunos eruditos franceses y hecho llegar su nombre á nosotros. Algunas noticias halladas en los archivos de Villahermosa, Solferino y Fuentes podemos añadir á las escasas publicadas ya por aquellos autores franceses; mas nada se encuentra en la vida de este personaje, como no sea su impiedad, que justifique los elogios que los filósofos le prodigaron; nada que no pueda compendiarse en aquellos tres versos de la sátira de Jovellanos:

... jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles,
La mano del placer le hundió en la huesa.

Don José Pignatelli y Gonzaga, primogénito de los condes de Fuentes, y como tal marqués, de Mora, nació en Zaragoza el 19 de Abril de 1744, y fué bautizado el mismo día en la parroquia de San Gil, siendo padrino su abuelo paterno, D. Antonio Pignatelli Aragón Pimentel y Carafa, príncipe del Sacro Romano Imperio ¹. A los diez años (1754) marchó con sus padres á la corte de Turín, donde había sido nombrado el conde de Fuentes embajador de Fernando VI, y allí corrió la educación del tierno marquesito al cuidado de un clérigo francés que llamaban el abate La Garenne. Acaeció por aquel entonces en Zaragoza la muerte de un niño de pocos años, heredero de una gran casa, y este hecho tan ajeno, al parecer, al marqués de Mora, vino á influir en su porvenir poderosamente. Era este niño difunto D. Luis Augusto Abarca de Bolea y Fernández de Híjar, unico vástago varón de los condes de Aranda, y por su muerte quedaba como primogénita y heredera única de tan ilustre y poderosa casa Doña María del Pilar Ignacia Abarca de Bolea, que contaba un año menos que el marqués de Mora. Seguía el conde de Aranda por aquel tiempo con el de Fuentes un pleito enredadísimo sobre el condado

¹ Archivo de la parroquia de San Gil, de Zaragoza, libro de bautismos, t. IV, fol. 100.

de Fuentes y los marquesados de Mora y Coscojuela, y ocurriéronse á ambos litigantes, para poner fin á la contienda, casar al marqués de Mora con Doña María Ignacia, á quien desde luego cedieron sus padres el ducado de Almazán. Tratóse entre ambas familias el proyecto, y convinieron al cabo en extender desde luego las capitulaciones matrimoniales, dejando el matrimonio para cuando llegaran los novios á la edad conveniente: el Marquesito contaba á la sazón doce años, y once tan sólo la Duquesa. Hallábase entonces el conde de Aranda de embajador en Portugal, y envió poder para aquellos tratos á su esposa, que se había quedado en Zaragoza. Los condes de Fuentes, por su parte, otorgaron también poder para lo mismo en Turín, ante el escribano Jaime Antonio Genale, y enviaron á Zaragoza al precoz novio, con su ayo el abate La Garenne. Firmóse, en efecto, la escritura en aquella ciudad ante el notario Miguel José Ros, á 4 de Diciembre de 1756, representando á los condes de Aranda la condesa Doña María del Pilar Fernández de Híjar ¹, y á los de Fuentes D. Vicente Pignatelli, arcediano de Belchite, hermano del Conde ². Fuese casualidad, fuese plan combinado, es lo cierto que en aquellos mismos días concedió el Rey al novio la gracia de

1 El apellido de esta señora era Silva; mas solía firmarse Fernández de Híjar, como su hermano primogénito el duque de Híjar.

2 Consta todo esto en las capitulaciones matrimoniales hechas más adelante, cuyo original existe en el archivo del Excmo. señor duque de Solferino.

cadete en las Guardias españolas de infantería, y encontróse, pues, el Marquesito á los doce años miembro ya del ejército y medio casado con una riquísima heredera de once años y pocos atractivos personales, pues era de constitución delicada, muy morena de rostro y con todos los dientes podridos. Mora, por el contrario, era entonces un lindísimo muchacho, despierto y atrevido, que enamoró desde luego á su novia y supo captarse las simpatías de la suegra. Comenzó Mora su aprendizaje militar sin salir de Zaragoza, á la vista siempre de la condesa de Aranda, y allí permaneció hasta que, volviendo sus padres de la embajada de Turín á principios de 1759, reuniéronse en Madrid las dos familias de Fuentes y Aranda para efectuar el matrimonio.

Hiciéronse nuevas capitulaciones matrimoniales modificando las hechas anteriormente, y firmáronse en Madrid ante el escribano Tomás González San Martín á 30 de Marzo de 1760. Por estas larguísimas capitulaciones, cuya copia tenemos á la vista, lleva cada cónyuge al matrimonio todos los derechos de sucesión á los estados y títulos de sus respectivos padres; obliganse los condes de Fuentes á mantener en su propia casa de ellos á su hijo el marqués de Mora y á su nuera la duquesa de Almazán, «manteniéndolos sanos y enfermos con toda la decencia, lustre y ostentación correspondientes á su alta clase, como también á los hijos que tuviesen *constante* el matrimonio, y durante la vida de dichos señores sus padres mandantes, pagando los gastos

de caballeriza y raciones de criados que tuviesen y necesitasen para la correspondiente decencia, y además 1.000 reales de plata, moneda jaquesa, en cada un mes, á la dicha Excma. Sra. Duquesa de Almazán para sus alfileres, que hacen 1.872 reales y 11 maravedís de vellón, y otros 1.000 reales de plata mensuales al dicho señor marqués de Mora, su hijo, para su vestuario y gastos extraordinarios...» «Item, es pacto que en caso de separación de los excelentísimos señores marqués de Mora y su futura esposa de la amable compañía de los Excmos. señores condes de Fuentes, sus padres, por voluntad de éstos ó de dichos sus hijos, lo que no deben prometerse sus padres, que tan tiernamente aman á sus hijos, y en hijo tan respetuoso y amante de sus padres, en este caso que podría verificarse y efectuarse sin más motivo que su gusto ó voluntad, ó bien de los padres ó de los hijos, los Excmos. Sres. Condes de Fuentes dan y mandan, y en contemplación de este matrimonio se obligan á dar y que darán al dicho marqués de Mora, su hijo, para mantener su casa y familia, 6 000 ducados de vellón, que hacen 3.506 libras y cinco sueldos jaqueses en cada un año, pagados por mesadas iguales y con anticipación de una mesada, y además la plata correspondiente de mesa, ropas, alhajas y menaje que se necesite para adornar y componer la casa y habitación de los señores sus hijos, y también ponerles la caballeriza y tren de calle, todo en lujo y decencia correspondientes á su clase.»

« Los condes de Aranda, por su parte, obligan-se á dar á su hija, como alimentos de sucesora inmediata, 6.000 ducados de vellón, que son 3.506 libras y cinco sueldos de moneda jaquesa; y en el caso de nacerles á ellos algún hijo varón que privase á la duquesa de Almazán de sus derechos de sucesora inmediata, obligan-se á constituirla un dote correspondiente á sus circunstancias y prendas y al lustre de la casa de sus padres. Por tanto, para dicho caso la dan y mandan los dichos Excmos. señores condes de Aranda, sus padres, 50.000 ducados de vellón, que son 29.218 libras, moneda jaquesa.»

Asentábase también en las capitulaciones esta cláusula, que no sin grandes repugnancias debieron aceptar los Fuentes: «Item, es pacto que siempre y cuando en los contrayentes, sus hijos y descendientes se juntasen no sólo los títulos de sus respectivos padres, sino también cualquier otros que por las inclusiones de los Excmos. señores conde y condesa de Fuentes pudieran recaer en su descendencia, haya de llevar el que fuese señor de las casas con preferencia el título de Aranda, aunque antes como primogénito se hubiese llamado conde de Fuentes ó de otro título; de modo que ha de esperar á cubrirse hasta que con la grandeza de Aranda pueda ejecutarlo.»

Firmáronse estas capitulaciones el 30 de Marzo de 1760, y siete días después, el 6 de Abril, celebróse el matrimonio con grande pompa y aparato en las casas del conde de Aranda, que eran las de la

condesa de Lemus, situadas en la plazuela de Santiago. Casólos D. Vicente Pignatelli y Moncayo, tío del novio; asistió á la novia como madrina su abuela paterna la condesa viuda de Aranda, Doña María Josefa Pons de Mendoza, condesa, de Robres y de Rupit, y sirvieron de testigos D. Joaquín de Palafox, marqués de Ariza, caballero mayor de la reina madre Doña Isabel de Farnesio; D. Juan Antonio Caracciolo, tío de la condesa de Fuentes, y Don Antonio Alvarez de Toledo, marqués de Villafranca y cuñado de aquella misma, por ser esposo de su hermana Doña María Antonia Gonzaga y Caracciolo ¹.

A los diez días de celebrado el matrimonio, el 19 de Abril, cumplió el novio dieciséis años, y un mes después, el 20 de Mayo, anunció la *Gaceta* su promoción al grado de abanderado en el regimiento de Guardias españolas de infantería. Hallábase ya en el tiempo del matrimonio nombrado el conde de Fuentes embajador de Carlos III en la corte de Inglaterra, y para ella partió al poco tiempo, llevando consigo á los recién casados, según lo establecido en las capitulaciones matrimoniales. Por aquel tiempo, Horacio Walpole, que debió conocer á la nueva marquesa de Mora en Londres, escribe hablando de ella: «Se empeñan en que no es fea, y que sus dientes son todo lo bonitos que pueden ser los

¹ Archivo de la parroquia de Santiago de Madrid, lib. VI de matrimonios, folio 236 vuelto.

de una persona que no tiene más que dos, y éstos negros.» Por Noviembre del año siguiente (1761) dió á luz en Londres la marquesa de Mora una niña, que se llamó por su abuelo paterno Joaquina, y murió allí mismo á los pocos meses de nacida. No permanecieron mucho tiempo en Inglaterra los marqueses de Mora: á principios de 1762 reemplazó al conde de Fuentes en la embajada el príncipe de Maserano, y volvió toda la familia á Madrid, donde asistió el 22 de Abril á la profesión solemne de Sor María Luisa Pignatelli en las Salesas Reales ¹. Gozaba entonces el conde de Fuentes de mucho crédito en la Corte, y el Gobierno, y la grande estima más ó menos fundada que de sus cualidades tenían el Rey y sus Ministros, no le sufrió ocioso por mucho tiempo. Nombróle, pues, Carlos III su embajador en la corte de Versalles en Octubre de 1763, si bien no tomó posesión de su cargo hasta Febrero de 1764. Detúvose con sus hijos en Madrid todo este tiempo, y en este intervalo es cuando aparecen los primeros síntomas de liviandad en el marqués de Mora. Un tal Nicolás de Viedma, vecino y confidente de la famosa comedianta Mariquita Lavenant, recuerda en una carta al duque de Villahermosa *los cuentos y disgustos* de Mora con aquella mujer, y el encuentro habido entre éste y Villahermosa al salir una mañana el Duque y entrar el Marqués en casa de la comedianta.

¹ *Compendio manuscrito de la vida y virtudes de Sor María Luisa Pignatelli.* — Archivo de la Salesas Reales.

De donde se deduce claramente que Mora cortejaba á la célebre Mariquita al mismo tiempo que lo hacía el Duque, y que comenzaron por ser rivales los que fueron luego cuñados y amigos íntimos. Debió de ocurrir esto por Septiembre de 1762, y contaba entonces el precoz mozo dieciocho años y cuatro meses. En Noviembre del mismo año fué nombrado Mora coronel *agregado* al regimiento de Mallorca, y al siguiente, no habiendo cumplido aún diecinueve, diéronle el mando efectivo del regimiento de Galicia, según consta en la *Gaceta* del 5 de Abril de 1763. Vivió todo este tiempo en Madrid el matrimonio Mora con los condes de Fuentes, y en Enero de 1764 abandonaron todos juntos la corte, quedándose los hijos en Zaragoza, donde les había precedido el regimiento de Galicia, y siguiendo los padres á París para tomar posesión de su embajada. Instalóse la pareja Mora en Zaragoza, en el hermoso palacio de los condes de Fuentes, situado en el Coso¹, y allí les sobrevino á poco una repentina catástrofe. El 25 de Agosto de 1764 dió á luz la marquesa de Mora á las cinco de la mañana un niño, que fué bautizado aquel mismo día en la parroquia de San Gil con los nombres de Luis Gonzaga Joaquín del Pilar José, etc., siendo su padrino el ilustre señor don Miguel Fernández de Córdoba Alagón y Moncayo,

¹ Esta hermosa casa existe aún completamente reedificada, y vive en ella su actual propietaria la Excm. Sra. Doña Rosa Cavero y Alvarez de Toledo, condesa viuda de Fuentes.

canónigo de la santa iglesia catedral de Zaragoza¹. El nacimiento de este niño, que venía á realizar los deseos de sus abuelos reuniendo en una sola las dos casas de Fuentes y Aranda, costó la vida á la pobre marquesa de Mora, la cual, sin que podamos precisar la fecha, falleció á muy poco á consecuencia sin duda del parto. Recogió entonces al inocente huerfanito su abuela la condesa de Aranda y llevóselo á Madrid, mientras el viudo marchaba á París á reunirse con sus padres; y en tan poco tiempo debió acontecer todo esto, y con tal premura hacerse, que el 29 ó 30 de Octubre hallábase ya en París el marqués de Mora.

Así lo escribe desde Fontainebleau al duque de Choiseul D. Fernando Magallón, secretario de la embajada española, el 28 de Octubre de 1764²: «Como me veo precisado á marchar mañana por la mañana á París para volver dentro de dos ó tres días con el marqués de Mora, etc.; etc.»

No parece verosímil que la pena de su viudez causase al marqués de Mora grandes tormentos. Todo había pasado para él de tan rápida manera y en edad tan temprana, que pudo compendiar su soltería, su matrimonio y su viudez en aquella copleja que, si no es contemporánea, data de tiempos no distantes de aquéllos:

¹ Archivo de la parroquia de San Gil de Zaragoza.—Libros de bautismos, tomo IV, folio 251.

² Morel. Fatio, *Études sur l'Espagne*, pág. 136.

«El domingo la vi en Misa,
Lunes la mandé un recado,
Martes me casé con ella,
Miércoles la pegué un palo,
Jueves se metió en la cama,
Viernes la sacramentaron,
Sábado se murió
Y domingo la enterraron;
Y en una semana fuí
Mozo, viudo y casado.»

Grande fué el éxito que obtuvo el viudito de veinte años en los salones de París y de Versalles, y las muchas cartas de la época que tenemos á la vista le presentan todas como un joven seductor que poseía entonces grandes cualidades y ofrecía para más adelante mayores esperanzas. No datan, sin embargo, de esta primera estancia del marqués de Mora en París, que debió prolongarse hasta fines de 1766, ni sus relaciones con los filósofos, ni sus desdichados amores con Mlle. de Lespinasse, á quien sin duda no conoció hasta algo más tarde. El ruidoso rompimiento de ésta con la marquesa Du Defand estaba entonces muy reciente; el salón de la Lespinasse, luego tan célebre, comenzaba entonces á echar sus cimientos, y no era el más á propósito para ser preferido por un mozo de veinte años, libre del matrimonio como el perro de la cadena, y ansioso de goces algo más positivos que las satisfacciones de la vanidad, compradas al precio de la apostasía, de la fe y las tradiciones patrias. Esto debía

venir más tarde, como en efecto vino, á la manera que tras la hinchazon viene el pus, y tras el pus la gangrena.

Los triunfos del marqués de Mora fueron entonces en los salones de la aristocracia, y sus primeras y brillantes armas hízolas en casa del duque de Choiseul, en aquella famosa galería que describe madame Du Defand en sus cartas á Horacio Walpole. «Los Choiseul,—dice,—abrirán su casa el domingo próximo, y yo iré rara vez: reciben en la galería, que no sé si recordaréis. Es tan enormemente grande, que se necesitan 70 ú 80 bujías para alumbrarla. En el centro hay una chimenea con grande fuego siempre, en los extremos dos estufas, y los sitios intermedios quedan hechos verdaderas neveras; de modo que, ó es cosa de achicharrarse acercándose al fuego, ó de helarse sentándose lejos. Va muchísima gente, y se reúnen allí todas las beldades jóvenes y los caballeros de todas edades. Han puesto en medio una gran mesa, donde puede jugarse al mismo tiempo á toda clase de juegos; esto se llama ahora *une macédoine*¹. Hay también mesas separadas de otros juegos, y tres ó cuatro *trictracs* que rompen la cabeza. No sé si vuestras reuniones se parecerán á ésta; si así es, supongo que iréis pocas veces. Yo nada encuentro peor que esta algarabía, como no sea estar sola².»

¹ Guiso compuesto de diferentes legumbres ó frutas.

² Correspondencia de la marquesa Du Defand, t. II, pág. 578.

Hallábase alojado el marqués de Mora en el segundo piso del hotel Soyecourt, residencia de sus padres, en compañía del duque de Villahermosa, su futuro cuñado, agregado á la embajada española, y D. Fernando Magallón, secretario de la misma, hombre alegre y vividor y amigo de todos los filósofos entonces en boga. Estos dos buenos compañeros fueron los mentores en París de aquel nuevo Telémaco, que bien pronto pudo dar lecciones en todos los terrenos á sus experimentados maestros. Puede también asegurarse que ya en aquel tiempo apremiaban los condes de Fuentes á su hijo para hacerle contraer segundas nupcias, ora lo hicieran en términos generales, ora concretándose á persona alguna determinada, de que no tenemos noticia. Así se desprende de una carta escrita al duque de Villahermosa más tarde, estando ya Mora en Madrid, por uno de sus amigos anónimos, que lo era también del Marqués: « Tuve carta, — áice, — del *señor de la Banda*, y me envía recados en la que escribe á San Roque, y se dice que quiere llevarse á Pepe (el marqués de Mora) ahí. Este me escribe sentido de todo el suceso, y volverán á predicarle tocante á boda, y al fin caerá. » No hemos podido descubrir quién fuera el personaje designado con el nombre del *señor de la Banda*; consta, sin embargo, en otra carta que este señor de la Banda se hallaba entonces en París, y tenía una hija que pudiera muy bien ser la nueva esposa que proponían á Mora.

Mas hallábase este harto á su gusto, viudo y li-

bre, para pensar en nuevo matrimonio, y terminada al fin la licencia que para estar separado de su regimiento tenía, fuéle preciso, con harto sentimiento suyo, volver á Madrid á principios de 1766, donde fué recibido con los aplausos y honores que se tributaban entonces á los que habían *escupido en Francia* y volvían á la madre patria transformados por completo, haciendo alarde de los vicios é impiedades de la sociedad francesa, lo mismo que de las casacas con tontillo y las pelucas á *la Panurge*, y encajando por completo en aquel molde que trazó Jovellanos después de estudiarlo tan de cerca :

« ¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Linia, Pamplona ó la feroz Cantabria.
Mas se educó en Lorez, París y Roma,
Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon; cátales perdido.
Ya no es el mismo; ¡oh cuál otro el Vidaseo
Tornó á pasar! ¡cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz galimatías?
Ni Du Marsais ni Aldrete le entendieran.
Mira cuál corre, en polisón vestido,
Por las mañanas, de un burdel á otro,
Y entre..... y rufianes bulle.
No importa, viaja incógnito con palo,
Sin insignias y en frac: nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
Desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea

En el charol del coche ultramarino!
 ¡Cuán brillan los tirantes carmesíes
 Sobre la negra crin de los frisones!
 Visita, comé en noble compañía,
 Al Prado, á la luneta, á la tertulia,
 Y al garito después...»

Esta fué la vida del marqués de Mora á su vuelta de Francia, como era la de muchos petimetres de su tiempo, en quienes se nota ya esa extraña mezcla de extranjerismo y majeza que caracteriza aún á no pocos de los elegantes de nuestros días. En esta época descúbrese también en el marqués de Mora ciertas aficiones literarias, que no le honran mucho por cierto. En Abril de 1767 escribió Mora en compañía del abate Casalbón, y por carta de éste consta un elogio de la llorada comedianta Mariquita Ladvenant, ya difunta. No es fácil colegir los empalmes que encontraría el ilustre Marqués entre la muerte de la comedianta y la expulsión de los jesuítas de España, acaecida por aquel mismo tiempo; mas es lo cierto que el elogio de Mariquita, escrito por el Abate y el Marqués, redúcese tan sólo á un tejido de enormidades y blasfemias contra la Compañía de Jesús. Este trozo literario de Mora existió hasta hace muy poco; mas habiendo caído en manos de cierta persona tan sensata como ilustrada, arrojólo al fuego sin saber que era de Mora. Indignada de tan torpes desvergüenzas. También escribió Mora en aquella época la primera parte de un poema, cuyo héroe era el abate Casalbón. Así lo

dice Iriarte al duque de Villahermosa en una carta cuya obscenidad nos impide copiarla íntegra. «Al marqués de Mora escribo componga, durante la marcha que va á emprender su regimiento, la segunda parte de aquel poema que le dedicó (á Casalbón) en otra marcha semejante ¹.» El Aquiles héroe del poema, el Homero que lo canta y la ocasión en que lo hace (la de una enfermedad vergonzosa de aquel desdichado clérigo), nos autorizan á pensar que este parto del delicado ingenio de Mora pertenece á aquella literatura de la época de que dice un crítico eminente: «No era la lujuria grosera de otros tiempos, la de nuestro *Cancionero de burlas*, por ejemplo, sino lujuria reflexiva, senil, refinada y pasada por todas las alquitaras del infierno. ¡Cuánto pudiera decirse de esta literatura secreta del siglo XVIII y de sus postreras heces en el siglo XIX, si el pudor y el buen nombre de nuestras letras no lo impidiesen ²!»

Era por aquel entonces centro de la moda en Madrid la casa del famoso D. Pablo Olavide, de quien tendremos ocasión de hablar más adelante.

¹ Como prueba de la obscena impiedad que reinaba entonces en la vida íntima de los personajes oficiales, copiamos la postdata con que termina esta carta de Iriarte: «El martes pienso enviar á Roma á ganar indulgencias la carta de V. E., porque nuestro Rdo. Azara se complacerá en saber el estado...» (Aquí una obscenidad que impide transcribir la decencia.)

² Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos*, tomo III, página 257.

Había Olavide montado su casa con grande lujo y aparato, y puesto en ella un teatrillo, donde la flor y nata de la corte representaba tragedias de Voltaire, traducidas por el mismo Olavide, y óperas cómicas como *Nineta en la corte* y *El pintor enamorado de su modelo*. Los directores y agentes más conspicuos de la solapada propaganda volteriana celebraban en casa de Olavide sus conventículos, y entre ellos brillaba en primera línea el marqués de Mora por su natural despejo, su alta posición y el enconado odio contra la moral y la Iglesia católica que había traído de Francia. «El marqués de Mora y Olavide, — escribe el abate Casalbón á Villahermosa, — estaban la otra noche muy acalorados en que yo tradujese á Grandisson, imaginándose que conduciría mucho para avivar en España el gusto de la lectura y dar mejor idea de las buenas costumbres. Dígame V. E., que lo habrá leído, si juzga lo mismo, y si en el caso querría costear la impresión, que en tal caso me dedicaría enteramente á este trabajo para salir de mis trampas. Esta noche nos juntamos los mismos para hacer el plan de la tragedia *Guzmán* y rectificar el que yo tenía: V. E. sabe el calor con que entran en estos asuntos el señor Marqués y Olavide...» «Estoy leyendo á Grandisson, determinado á traducirlo y hacer que la escena sea en Madrid, lo que hará trastornar la obra y representarla casi nueva y ciertamente no mejorada. Así juzgan que se debe hacer el marqués de Mora, Olavide y Campomanes, á cuya casa del segundo suelo

concurrir muchas noches...» «Ayer me envió el señor D. Jorge una carta del marqués de Mora, en que me encarga mucho que á la Paulina de Grandisson la roben en Jueves Santo, con todas las razones que bastan á acreditar su celo y el horror por las mejingangas¹.»

¹ Alúdese en estas cartas á la novela de Richardson, *El caballero de Grandisson*, en que el autor pretende contraponer en el héroe Carlos Grandisson, un tipo de todas las virtudes, al tipo de todos los vicios elegantes que había pintado antes en su famoso Lovelace. Mas en este falso tipo de virtud pone Richardson en acción la moral independiente de toda idea religiosa, que enseñó Holbach por aquel tiempo en su impío libro del *Sistema social ó principios de la moral y la política*, y así se comprende fácilmente el empeño de Mora, Olavide y su pandilla en propagar semejante obra, que tanto podía ayudar á sus perversos intentos. En cuanto al abate Casalbón, que pensaba traducir la novela probablemente de la versión francesa hecha ya por el abate Prévost, era de aquellos escritorzuolos á que alude D. Leandro Fernández de Moratín cuando, refiriendo en la vida de su padre la petición hecha á éste por el conde de Aranda de que escribiese contra los jesuitas, dice: «En el año siguiente (1767) salieron expatriados de todos los dominios de España los religiosos de la Compañía de Jesús; y mientras se pedía en Roma con el mayor empeño la extinción de la Orden, se imprimían en Madrid una multitud de escritos encaminados á desacreditar los principios y la conducta moral y política de aquella Corporación. Ganábase dinero y favor diciendo mal de los jesuitas, y una turba de escritores famélicos (siempre dispuestos á vender su pluma á quien se la quiera comprar) sació con esta clase de opúsculos la curiosidad común, si bien el mismo que los estimulaba y protegía se hallaba poco satisfecho de que la causa del Gobierno hubiera de encomendarse á tan ruines autores. Hablaba un día el conde de Aranda con Moratín acerca de esto: hizole algunas insinuaciones, de las cuales no se daba por entendido; pero viéndose

Era, sin embargo, el reducido círculo de Madrid teatro harto pequeño para la petulancia de Mora, y sin cesar importunaba al Ministro pidiendo licencia para abandonar su regimiento y marchar de nuevo á París en busca de más vasto campo. Era entonces ministro de la Guerra el viejo D. Gregorio Muniain, á quien por la magnitud de la suya solían llamar *Peluca*, y negóse rotundamente á dar al marqués de Mora nuevas licencias. Ofendió á Mora esta negativa, soltó la lengua como tenía por costumbre, cosa harto peligrosa en aquellos tiempos, y fué precisa la

apurado en demasía, respondió con aquellos dos versos de la *Jerusalén libertada* :

« Nessuna à me col busto esangue e muto
Riman piú guerra : egli morì qual forte. »

El Conde, sonriéndose, dijo: «*Excelente poeta era el Tasso*; y siguió hablando de otra materia con los demás que estaban presentes. » No fué tan digna la conducta del abate Casalbón á pesar de deber sus estudios y su carrera á los jesuitas, y sin necesidad de que le solicitasen como á Moratín, ofreció villanamente su pluma contra sus antiguos bienhechores, como puede verse en esta carta escrita al duque de Villahermosa en 27 de Diciembre de 1767, en la cual haremos notar de paso que el nombre del confesor de Carlos III, Fray Joaquín Eleta, figura entre los que cree el abate Casalbón que aceptarán y pagarán los infames servicios de libelista que ofrece contra la Compañía de Jesús: «El sosiego de que empiezo á disfrutar en el retiro de mi casa me ha reproducido vivamente la precisión de buscar medios para hacer más gustoso este retiro. Un cérrigo á quien la fuerza de unos jesuitas, sus soberanos, hizo abrazar las sagradas órdenes que no practica, y que no tiene bastante mal carácter para hacer bien su oficio imponiendo á los demás, no tiene otro? que el de retirarse á un rincón y hacer que la como-

intervención de su suegro el conde de Aranda, presidente entonces del Consejo, para que no tuviese el negocio consecuencias muy serias. Mudóse repentinamente por influencia de Aranda el regimiento de Galicia á Barcelona, y allí recibió orden de seguirle su imprudente coronel como medio de evitarle otro destierro menos disimulado y mucho más lejos. Así lo escribe el honrado D. Antonio Azlor, en una esquelita reservada, á su sobrino Villahermosa. «Ya sabrás que el marqués de Mora se halla en su regimiento. Suponen que su suegro tomó el pretexto de enviarle á él con la ocasión de mudar de destino, para procurar evitarle suerte igual á la de Idiáquez, porque dicen si hablaba con menos circunspección de la que debía.»

La suerte de D. Antonio Idiáquez había sido sencillamente la de ir desterrado al Peñón por haber dicho que el conde de Aranda era un fatuo, Cam-

dididad y la abundancia recompensen en algún modo la tristeza é infelicidad de su estado. Quiero decir con todo esto, y no ha sido con la mayor brevedad, que si V. E. alguna vez escribiendo á alguno se sirviese mezclar algunas alabanzas mías que me pudieran ser útiles, que contaría éste entre los muchos beneficios que he recibido del siempre constante y nunca bien merecido afecto de V. E. El señor conde de Aranda, el confesor, Roda, Campomanes, pudieran mandarme hacer algún papel ú obra, en que acaso no les pesara haberme dado la comisión. Mi afecto á los jesuitas, que jamás me ocurren, V. E. sabe muy bien adónde llega, y yo no tendría inconveniente de que lo supiera cualquiera. Grimaldi pudiera también, faltando Iriarte...; pero yo fatigo á V. E. muy importunamente: éste es el achaque de un hombre solo.»

pomanes un tonto y Olavide un loco ¹. Disimuló Mora su berrinche, aparentando ir de grado adonde por fuerza le llevaban, y así pudo escribir al duque D. Juan Pablo, desde Zaragoza, su amigo D. Joaquín Cayetano: «Espero ver á Mora aquí, porque me escribió que pretendía llevar su regimiento á Cataluña, y que pensaba ir á dar una vuelta por él. Mucho sentirá dejar á su Dupuesa ². Me ha dicho Pomar que está muy flaco, y le ha salido un lobanillo en un ojo; lo flaco lo habrá heredado de su antecesor ³; el lobanillo no sé de quién.»

Mas no por este percance cejó Mora en su empeño de volver á París, y removió de nuevo cielos y tierra á fin de conseguir su deseo. Un suceso tris-tísimo vino al cabo á proporcionarle aquella apetecida licencia que tan funesta había de serle. El día 5 de Julio de 1767 murió en Madrid, en casa de su abuela materna la condesa de Aranda, el hijo del marqués de Mora, que no había cumplido aún los tres años ⁴. No sabemos si esta desgracia inesperada afectó grandemente al marqués de Mora; mas es cierto que se aprovechó de ella para alcanzar al

¹ Carta del abate Casalbón al duque de Villahermosa.

² Indudablemente la duquesa viuda de Huéscar, cuyos galanteos con Mora se remontan á esta fecha.

³ Quizá el difunto duque de Huéscar.

⁴ «Ayer por la mañana murió el hijo del marqués de Mora apenas se le habían declarado las viruelas; noticia sobre lo triste para que no se anuncie ahí por multitud de cartas.»—(Carta del abat Casalbón al duque de Villahermosa, 6 de Julio de 1767.)

fin su licencia, puesto que en 31 del mismo mes escribe Iriarte á Villahermosa: «A Mora se le ha concedido ya licencia para que pase á París, bien que estrechándole el tiempo.»

Esta limitación de tiempo exasperó de nuevo el orgullo de Mora, y tuvo vacilaciones y rabieta que se traducen de lleno en las cartas siguientes que escribió entonces á Villahermosa, y son las únicas inéditas que de él hemos encontrado:

„Barcelona y Agosto 15 de 1767.

» Querido amigo: No tengo más que un instante para responder á la tuya del 3 que recibo, celebrando tu salud y prometiéndome el gusto de abrazarte presto, pues pienso salir á fin de mes.

» Entretanto continúa en pasarlo muy bien, como me parece que lo haces, aunque mil tiempos ha que no me dices una palabra. No sé qué damas puedan ser ésas que tanto desean mi llegada; no creí deber esa fineza á ninguna. Ni tú debes creer que puedas serme jamás un testigo importuno con ellas. Adiós, y manda á quien es todo tuyo. = M. »

Revélanse claramente en esta carta el egoísmo y ligereza de Mora: la licencia conseguida le colma de júbilo, y sólo piensa en marchar cuanto antes en busca de los placeres que le esperan, sin que turbe las ilusiones de sus veinticuatro años el recuerdo de aquel pobre niño, su hijo único, muerto tan sólo un mes antes. Siete días después el cielo de Mora se

encapota, el viaje á París parece írsele de las manos, y traslúcese su despecho á través de la amanerada sensiblería, tan propia de la época, con que pretende disfrazarlo:

„Barcelona y Agosto 22 de 1767.

» Querido amigo: Ha mil tiempos que no tengo carta tuya, y si acaso dos letras; pero no te culpo, pues considerando mi viaje inmediato lo reservas todo para la vista. Sabrás ya las razones que por ahora lo retardan, y que tal vez me privarán de este gusto, el único que iba á conseguir después de tantos tiempos de continuos disgustos. Todo se junta contra mí, y ya no faltaba más que quitarme ahora el consuelo de abrazar á mis padres, hermanos, amigos, en fin, lo que más quiero en el mundo, que me serviría de tanta satisfacción y ayuda para desechar de mí la tristeza y melancolía, que no me dejan tiempo ha. Te aseguro he tenido una temporada cruel, como puedes considerar, y en la que estoy bien cierto de la fineza y cariño con que me ha acompañado tu amistad. ¡Cuánto te he echado de menos, y de qué consuelo no me hubiera servido tu compañía en mis pesares! Con satisfacción hubiera derramado mi sentimiento en tu pecho amigo, que me hubiera dado el alivio que podía recibir en mi triste situación. En fin, no tiene remedio, y el alargarnos en discursos tan dolorosos sólo sirve de avivar más el dolor. Nací desgraciado, y en todo sigo mi suerte. ¡Quiera el cielo darme á lo menos el consuelo de

que tú y todos los míos sean siempre dichosos, pues de vuestra felicidad dependerá la mía! Amigo, soy joven, pero nadie, aunque más viejo, ha hecho más y más duras experiencias del mundo que yo: creo que lo conozco y lo desprecio. La salud de las personas que quiero y tu amistad, será ya toda mi felicidad y el único objeto de mis deseos. Si las circunstancias me obligan á quedarme el invierno aquí, puedes juzgar de mi situación. Si me son favorables, tendré, aunque no tan presto como lo esperaba, el gusto de abrazarte, que lo deseo en el alma. De todos modos, á todo estoy dispuesto. Tú procura divertirte y estar bueno, queriendo siempre á tu eterno. =M.=»

No sabemos cuáles pudieran ser ni las razones que retardaban el viaje de Mora, ni las hondas penas de que tan amargamente se lamenta; pues la única que debía afectarle con razón, la muerte de su hijo, no parece acordarse de ella. D. Antonio Azlor interpreta en su hombría de bien esta demora, escribiendo á Villahermosa con harta candidez á nuestro juicio: «La detención del marqués de Mora suponen ser por ver vestido de nuevo á su regimiento.» Otro amigo de Villahermosa que se hallaba con la Corte en San Ildefonso, le escribe el 7 de Agosto: «El marqués de Mora no ha querido usar de la licencia por el modo con que se la han concedido, por lo que vuestra merced no tendrá que buscar casa, y se mantendrá en su cuarto segundo hasta que vuelva

por acá ¹. » Es fácil también que, al romper la muerte del hijo de Mora la unión entre las familias de Aranda y de Fuentes, se originasen disgustos entre el suegro y el yerno á causa de la devolución de ciertos bienes, consignada para este caso en las capitulaciones matrimoniales. Es cierto, por lo menos, que el pleito transigido cuando el matrimonio de Mora con la duquesa de Almazán, se prosiguió entonces con nuevo ardor entre los condes de Aranda y de Fuentes, durando hasta el 1.º de Octubre de 1789, que se sentenció en favor de D. Juan Pignatelli y Gonzaga, entonces conde de Fuentes. De todos modos, la melancolía del marqués de Mora parece haberse disipado por completo el 5 de Septiembre al poder fijar ya su viaje para el mes siguiente.

« *Barcelona* y Septiembre 5 de 1767.

» Mi querido amigo: Un siglo ha que me tienes abandonado y que veo llegar los correos sin reci-

¹ Es curioso el siguiente parrafito que se encuentra en dicha carta, y se refiere indudablemente á la condesa Du Barry: « El *Angel* hará mal en no seguir las tentaciones del duque de Yorck, porque ya empieza á ser algo clueca, y chupándole bien puede asegurar una buena vejez sin necesitar del conde Du Barry. Si vuestra merced la ve con frecuencia aconséjeselo, y que se lo pague como pueda. » Sabido es que el conde Juan Du Barry tenía en París un garito que presidía, con el nombre de Mlle. l'Ange, la modista Juanita Becu, que había más tarde de regir los destinos de Francia transformada en condesa Du Barry.

bir carta tuya. Yo, á la verdad, tampoco te he escrito con toda la puntualidad acostumbrada, porque á las muchas cartas que tengo que escribir se han juntado otros enredos que me han quitado mucho tiempo. Estas historias son muy largas de contar, y las reservo para nuestras conferencias en esa corte, que serán largas. Deseo mucho el gusto de abrazarte y de vivir contigo una temporada para desechar murrias y disgustos. Yo pienso que mi viaje será en Octubre, y me lisonjea mucho la esperanza de ir á vivir con las personas que más quiero en el mundo. Te supongo ocupado en alguna intriga galante en que serás feliz, pues me descuidas; que si no lo fueras, ya vendrías á consolarte en el seno de la amistad y contarme tus lástimas; pero más quiero no tengas que decirme sino que eres muy dichoso. De mi sistema galante tengo también que decirte, pero es largo para escrito habiendo de vernos tan presto. Nada sé de novedades de la corte, pues no ignorarás que los jesuitas de la Habana y Cuba han llegado á Cádiz, donde se espera presto á Cruilles ¹, que dicen viene hecho un segundo lord Clive ².

» Puedes creer cuánto habré celebrado el ascenso de nuestro Jorge. Él no se descuida en divertirse en

¹ D. Joaquín Monserrat Cruilles Crespi de Valdaura y Alfonso, marqués de Cruilles, que volvía á la sazón de dejar el virreinato de Méjico.

² Lord Roberto Clive, barón de Plassey, fué el fundador del poder británico en la India. En la fecha de esta carta, lord Clive volvió á Inglaterra del Indostán, dejando asegurados allí sus triunfos.

Madrid, y hace muy bien, pues al fin esto es lo que más importa en el mundo. Adiós, querido amigo; quiere siempre á quien es tu fino y eterno = M.»

El 3 de Noviembre hállase ya Mora en el ansiado París, instalado en el segundo piso del hotel Soyecourt, en compañía de D. Fernando Magallón y el duque de Villahermosa; y al escribir á este último, ausente por unos días en Fontainebleau para una intriga galante, ya no se descubren amarguras de desengaños ni sombras de penas, sino que sólo aparece el Mora de siempre, el Mora al natural, ligero, petulante y obsceno.

«París y Noviembre 3 de 1707.

»Mi querido amigo: Te respondo luego que Diego ¹ me avisa que hay ocasión de hacerlo. Recibí tu carta cuando estaba poco para escribir, pues el mismo día que te fuiste, á cosa de una hora después que saliste de casa, empecé á desazonarme bastante con una especie de vahidos que vinieron á parar en una calenturá muy fuerte, que me duró toda la noche y hasta la mañana siguiente, que por fin quedé limpio, pero molido y reventado del mal rato. Temí que pudiera ser alguna terciana, pero al fin creo que más presto procedió del estómago, porque había co-

¹ Este Diego era un mayordomo de la casa de Fuentes, que hemos visto ya figurar en una carta de D. Jorge Azlor á su hermano.

mido bastantes guisantes, que, como sabes, son muy indigestos. Ahora estoy ya enteramente bueno, y aumenta este gusto el de verte en camino del co'mo de tu felicidad, que veo muy cercana, si es que ya no la has conseguido á estas horas. He leído tu carta con mucho gusto por ver tu buena conducta, que me truebo enteramente. No dudo que lo habrás continuado viendo sus buenos afectos, *et je répons du succès*. No creo tener nada que prevenirte cuando te veo *agir en maître*. Sólo repito que siempre has de tener presente el no desmentirte en la menor cosa, pues se perdería al menor descuido *au reste*; te veo muy esperanzado de la próxima victoria por la cristiana y prudente prevención que me haces de que si sucede el caso correrás el velo. *Ce comique m'a fait éclater...*» (Prosiguen tales obscenidades que es imposible transcribirlas.)

No es fácil colegir si la dolencia á que se refiere Mora en esta carta fué realmente una prosaica indigestión de guisantes, ó era ya el primer amago de la terrible enfermedad que, precipitada por los vicios, había de llevarle prematuramente al sepulcro.

Este fué, antes de caer en las redes de Mlle. de Lespinasse el famoso Mora, á quien Voltaire quiere confiar la misión de formar en España un nuevo siglo, y llama D'Alembert alma pura, noble, fuerte y dulce, y tiene el abate Galiani por genio tan superior que considera á España indigna de poseerle. Veamos ahora á este mismo Mora después que se atravesó en su camino aquella mujer funesta.

XIV

Ciertamente que, al leer cuanto llevamos dicho del marqués de Mora, podrá con razón preguntarse cualquiera: ¿Y cómo pudo entonces un personaje de mérito tan discutible arrancar elogios tan entusiastas á hombres como Voltaire, D'Alembert, Condorcet y el abate Galiani, perversos sin duda, pero tan poco propensos á deslumbrarse? ¿Cómo pudo avasallar el corazón de una mujer como Mlle. de Lespinasse, dotada, según dicen, de méritos tan superiores?

La respuesta es bien sencilla, á nuestro juicio; eran entonces los filósofos lo que son hoy los peiodistas: muñidores de intrigas y de falsas reputaciones, que crean en interés de un partido ó sencillamente por dinero, si bien aquéllos nunca se rebajaron á tanto. La alta posición de Mora; su parentesco con Aranda, que acababa entonces de arrojar á los jesuítas de España; su osadía natural y sus deseos de brillar y singularizarse, hacíanle el agente más apto para activar en España entre la grandeza la impía propaganda que desde tiempos atrás veníase haciendo sin grandes resultados. Los filósofos demostraron gran conocimiento práctico del mundo al escoger en Francia, como aliada principal de sus doctrinas, la moda, y como misioneros de estas mismas á los elegantes y á las mujeres. «Si queréis que una opinión prevalezca, — dice una de las que

más parte tomaron en los impíos manejos de aquella época, Mme. Necker, — recomendádsela á las mujeres, que como son ignorantes todo lo creen, como son ligeras todo lo popularizan, y como son testarudas todo lo defienden con vehemencia.» Mas las mujeres en España no se hallaban ni se hallan aún lo bastante corrompidas para convertir sus salones en cátedras de impiedad, como lo habían hecho ya muchas de ellas en Francia, y por eso sin duda escogieron los filósofos lo que más se parece á una mujer perversa y más contribuye á convertir á éstas en tales: un elegante corrompido y vanidoso como lo era Mora. Faltaba, sin embargo, á este modelo el pedestal sobre que había de exhibirse, y éste fué el que le levantaron los filósofos con sus elogios, que eran entonces la ejecutoria que daba á cualquiera medianía, con tal que fuese escéptica, los honores de grande hombre.

En cuanto á lo segundo, también la respuesta nos parece obvia. Mlle. de Lespinasse no amó á Mora con el corazón, sino con los sentidos, y para esto ya tenía Mora méritos bastantes.

Era el Marqués un buen mozo, elegante, gran señor, simpático con esa simpatía que inspiran á las mujeres sensuales los hombres calaveras de quienes mucho se habla, y Mlle. de Lespinasse, por su parte, digan lo que quieran los panegiristas que han tenido la blasfema necedad de ponerla en parangón con Santa Teresa, era tan sólo la encarnación femenina, y refinadísima por eso, del espíritu francés del

siglo XVIII: ingenio vivo, gracia, cultura superficial, impiedad no razonada, sino fermentación del vicio y del orgullo, y sensiblería empalagosa, falsa, postiza y romancesca, mezclado todo y combinado con cierto arte para encubrir la sucia alma de todo ello, la podrida llaga de aquella época, la fea, asquerosa y prosaica lujuria.

Mlle. de Lespinasse no escribió nunca novelas, pero *las hizo*; y su vida, falsa y amanerada novela en acción, fué tan sólo, como aquellas otras novelas escritas de su época, un tejido de apetitos sensuales desbordados y vestidos de pasiones amorosas, con las galas del sentimentalismo postizo de la nueva Eloísa y los artificiales frenesíes de las heroínas de Rétif de la Bretagne. Hasta en aquella época, la más desvergonzada y cínica de la historia moderna, resultaban ciertas cosas tan feas y repugnantes que preciso fué, como hoy hacen muchos, disfrazar el apetito con el nombre de amor, y con el de amables extravíos del corazón los cínicos desbordamientos de los sentidos.

Juana Julia Leonor de Lespinasse nació el 18 de Noviembre de 1732, en Lyon, y era hija adulterina de la condesa D'Albón. Educóla ésta esmeradamente, y túvola consigo en el antiguo château d'Avanches, no lejos de Tarare, hasta que, muerta la madre en 1747, quedó la Lespinasse huérfana y sin amparo á los dieciséis años. Ofrecióla entonces un asilo en château Chamrond, donde vivía, la mayor de sus hermanas legítimas, casada con el marqués de Vi-

chy, hermano de la célebre marquesa Du Deffand, de quien varias veces nos hemos ocupado. No podían ni debían los Vichy reconocer como hermana á Mlle. de Lespinasse sin deshonorar por completo la memoria de su madre, y recibieronla, por lo tanto, como aya de los hijos que tenían, que eran dos niños y una niña. Ajaba mucho el amor propio de la Lespinasse esta posición subalterna en casa de la que sabía ella muy bien ser su hermana; mas la necesidad forzóla á permanecer allí cinco años, hasta que en el verano de 1752 acertó á pasar por el château de Chamrond la vieja marquesa Du Deffand, que venía á visitar á su hermano y su cuñada.

La marquesa Du Deffand, resto podrido de las orgías de la Regencia, de quien dice la condesa de Genlis, doctora en la materia, que se había refugiado en la impiedad como medio de no tener que sonrojarse de un pasado escandaloso, contaba ya más de cincuenta y cinco años, hallábase á la sazón casi ciega y andaba á caza de una *señorita de compañía*, harto difícil de encontrar ciertamente si había de reunir á la paciencia necesaria para soportar los egoístas caprichos de la Du Deffand, dotes bastantes para no hacer un papel desairado en el aristocrático salón de la Marquesa, centro de los personajes más eminentes y los *bels esprits* más notables que existían entonces en la capital de Francia. Agradó á la Du Deffand el aya de sus sobrinos, hizo de ella particular estudio, y después de varias negociaciones en que la prudente dama procuró atar bien to-

dos los cabos, hízose al fin el convenio, y marchó Mlle. de Lespinasse á París á instalarse al lado de la marquesa Du Deffand en el convento de San José.

Hallábase éste situado en la calle de Santo Domingo, donde está hoy el ministerio de la Guerra; mas no era el convento de San José, como otros muchos de su época, asilo exclusivo de pías religiosas; era entonces costumbre muy común dar en ellos albergue á señoras de alto rango, que buscaban allí un asilo mitad profano, mitad devoto, puesto que pudiendo salir y entrar y recibir á sus amigos con entera independencia, podían tomar también parte en las prácticas devotas de las religiosas desde tribunas especiales construídas al efecto. Célebres inquilinas del convento de San José fueron la marquesa de Montespan después de su rompimiento con Luis XIV; la princesa de Talmont, famosa amiga del pretendiente Carlos Estuardo; la condesa de Genlis, que vivió allí con su madre, y fué también la marquesa Du Deffand desde 1747. En esta fecha instalóse en aquella santa casa, como una víbora en un nido de palomas, aquella viejecilla ciega, pequeña, flaca, pálida en extremo, de cabeza y facciones abultadas, que desde el fondo de su salón de *moiré* amarillo con cordones de color de fuego ejerció por su talento y su impiedad una verdadera y funesta influencia en la sociedad más ilustre de su tiempo. Mme. Du Deffand aprovechaba todo lo profano y nada de lo devoto de su retiro, y sólo una vez al año ponía los pies en su tribuna de la iglesia. La noche

de Navidad invitaba á sus íntimos para oír desde esta tribuna la Misa de media noche, que llaman en España Misa del gallo, y dábales después una opi-para cena (*réveillon*); pues la ilustrada Marquesa, que era hartó gastronoma, solía decir que *el cenar* era el quinto de los novísimos ó postrimerías del hombre, omitido sin razón alguna fundada en el Catecismo.

En este círculo íntimo de la marquesa Du Deffand fué, pues, donde Mlle. de Lespinasse completó su educación, adquiriendo la exquisita urbanidad y elegantes maneras de la gente de gran tono en aquella época, el don de gentes, la cultura superficial, la cínica impiedad no razonada, el epicurismo de costumbres, y sobre todo la maestría de la buena conversación, tan cultivada en los salones de Versalles y París desde los tiempos de Luis XIV, difícil arte que requiere juntamente el don de saber hablar y el don de saber escuchar. La misma Lespinasse confiesa este aprendizaje y de él se jacta en una de sus cartas al conde de Guibert: «Ved la educación que he recibido: Mme. Du Deffand, que por su talento debe citarse; el presidente Hénault, el abate Bon, el arzobispo de Tolosa, el arzobispo d'Aix, Mons. Turgot; Mr. D'Alembert, el abate Boismond. Estos son los hombres que me han enseñado á hablar y á pensar, y se han dignado estimarme en algo.»

Mas no aprendió ciertamente de la marquesa Du Deffand el sentimentalismo, el tono lacrimatorio y los amanerados y románticos golpes teatrales de que

están matizados los escritos y la vida de Mlle. de Lespinasse.

La ilustre Marquesa, por el contrario, acerba, cáustica, maligna, derrochando siempre su talento, quizá *monstruoso*, como alguien ha dicho, en epigramas y observaciones profundas, aparece siempre natural y espontánea, y esta espontaneidad elegante y culta, que tanto valor literario presta á sus cartas, brillaba de igual modo en su persona, en su trato y hasta en las bromas que daba á sus amigos íntimos.

Dejémosla hablar á ella misma, y nos dará mejor prueba de cuantas pudiéramos alegar nosotros. «Os acordaréis bien,—escribe á Horacio Walpole,—que la mariscala de Luxembourg ¹ y yo acostumbramos siempre por año nuevo á enviarnos nuestros aguinaldos; y tampoco habréis olvidado la furiosa manía de la Mariscala por el *parfilage* ². Por eso se me

¹ Era hija del duque de Villeroy: casóse en primeras nupcias con el duque de Bouffleurs, y en segundas con Cristóbal de Montmorency, mariscal y duque de Luxembourg. Fué en su juventud de las mujeres más escandalosas de la corte, y según Horacio Walpole, hizose devota cuando vió que se acercaba la hora de que se la llevara el demonio. Su salón era el más aristocrático de París, y ella fué, hasta el fin de su vida, el oráculo del buen tono. Murió á los ochenta años, y en la fecha de esta carta de Mme. Du Deffand contaba setenta y uno.

² Llamábase en aquel tiempo *parfilage* al arte de deshilar una tela de brocado de oro ó plata, separando hilo á hilo el metal de la seda. Este ridículo é inútil entretenimiento estuvo tan de moda mucho tiempo en los salones de París, que hasta los persona-

ocurió el otro día vestir á Pompon, el chiquillo de Wiart ¹, de capuchino, y hacerle todos sus arreos de hilo y tela de oro, solideo, barba, disciplina, rosario, sandalias y alforjas bien repletas. Vino aquella noche á casa mucha gente: entró Wiart, y me dijo que había allí un fraile que deseaba hablarme. Me negué á recibirle; pero la Mariscala, rabiando de curiosidad por saber qué negocios podía tener conmigo un fraile, se empeñó en que entrasé. Esto esperaba yo, y le mandé entrar: entró entonces Pompon, el capuchinito más mono que puede imaginarse, y cantó varias coplitas á la Mariscala, ofreciéndola su traje, donde tenía materia para *parfiler* todo aquel año. Al otro día envié al capuchinito á visitar á la marquesa de Caramé y á las duquesas de la Vallière, Gramont y Choiseul, y en todas partes tuvo una ovación verdadera, porque estaba realmente monísimo. A los dos días de esta broma me trajo la Mariscala sus aguinaldos, que eran los seis últimos tomos de Voltaire, con una preciosa cajita de cro que tenía en la tapa el retrato de Tonton ². Así me regalaba juntos á Voltaire y á mi perro, y por eso venía

jes más graves ejercitaban en él su destreza. Los caballeros solían llevar los pedazos de galón ó brocado, y las damas se disputaban las hilachas que resultaban.

¹ Wiart era el secretario de Mme. Du Deffand, que vivía con ella. Tenía un hijo pequeñito, á quien la Marquesa llamaba Pompon, y éste es el héroe de esta historia.

² Tonton era un perrito de la marquesa Du Deffand, que legó al morir á Horacio Walpole.

dentro de la caja esta copla del caballero de Bouffleurs :

« Vous les trouvez tous deux charmants,
 Nous les trouvons tous deux mordants;
 » Voilà là ressemblance :
 L'un ne mord que ses ennemis,
 Et l'autre mord tous vos amis.
 Voilà la difference ¹. »

Diez años duró aquella vida íntima entre ambas mujeres, sin que nadie sospechase el volcán que la ambición, la vanidad y el amor propio herido habían ido formando poco á poco en el pecho de la *señorita de compañía*. Háblale tomado ésta gusto al mundo que frecuentaba, sentíase capaz de dominar en él, y humillábala cruelmente verse reducida en aquel brillante mundo al solo papel de comparsa, al lado de aquella egoísta vieja, cuya influencia y prestigio envidiaba y trataba de usurpar. Quizá también influyó no poco en la conducta de Mlle. de Lespinasse para con su señora aquel su deseo íntimo y secreto que revela Marmontel en sus *Memorias*. «Con los poderosos medios de que disponía para agradar y seducir, — dice, — parecióle imposible no encontrar entre sus más ilustres amigos alguno lo bas-

¹ Vos encontráis á los dos encantadores, y nosotros encontramos á los dos mordaces; he aquí la semejanza. El uno no muerde más que á sus enemigos, y el otro muerde á todos vuestros amigos; he aquí la diferencia.

tante prendado de ella para ofrecerla su mano. Esta ambiciosa esperanza, más de una vez engañada, no la abandonó nunca : cambiaba de objeto, mas existía siempre cada vez más exaltada, y tan vehemente á veces, que cualquiera la hubiese tomado por verdaderos delirios de amor ¹. » Tenemos, pues, por testimonio de Marmontel que las sucesivas pasiones de Mlle. de Lespinasse no ocultaban sólo el ardor de su temperamento, sino que encubrían también el proyecto, jamás desechado, de pescar algún marido ilustre que la diese el nombre y la posición de que su desgraciado nacimiento la privaba.

Estalló al fin con grande estruendo y escándalo aquella mina, de tanto tiempo atrás cargada, á principios de Mayo de 1764. Dejemos á Marmontel referir este ruidoso acontecimiento, advirtiendo de paso que Marmontel, como amigo y confidente de D'Alembert, muéstrase siempre parcial de la Lespinasse y hostil á la Marquesa, de cuyos acerados epigramas había sido alguna vez víctima. «¡ Oh Dios mío! — escribía aquélla á Horacio Walpole después de leer el cuento de Marmontel *Las tres sultanas*; — ¡ qué autor éste! ; Cómo trabaja y se atormenta por tener talento! No es más que un pordiosero cubierto de harapos. »

« Había en París una marquesa Du Deffand, — dice Marmontel, — mujer de talento, de chispa y de condición maligna. Galante y bastante bella en su

¹ *Mémoires*, t. II, pág. 301.

juventud, era ya vieja en el tiempo á que me refiero, estaba ciega y devorada por el hastío y los vapores¹. Su escasa fortuna habíala obligado á retirarse á un convento, donde no dejaba de recibir á las gentes del gran mundo en que había vivido siempre.

» Conoció esta señora á D'Alembert en casa de su antiguo amante el presidente Henault, hombre tímido que sufría entonces por miedo la esclavitud que el amor le había impuesto muchos años antes. El talento y el agrado de D'Alembert cautivaron por completo á la Marquesa, y de tal modo supo ella atraérsele que se hicieron inseparables. Vivía D'Alembert muy lejos de ella, mas no dejaba un sólo día de ir á visitarla.

» En este tiempo buscaba Mme. Du Deffand para llenar el vacío de su soledad una señorita joven, bien educada y sin fortuna, que quisiera vivir con ella en el convento. Encontró á Mlle. de Lespinasse y quedó con razón encantada de ella, y á D'Alembert no le agradó menos encontrar en casa de su anciana amiga aquella joven tan interesante que completaba el terceto.

» El infortunio idéntico de ambos aproximó sus

¹ Los vapores fueron la enfermedad de moda entre las damas elegantes de aquella época, y con este nombre se designaban hasta los achaques é indisposiciones más vulgares. El abate Coyer escribía á una dama inglesa: «¿ Vouspassez vos jours sans migraine? On peut vous le pardonner. ¡ Mais sans vapeur! C'est abuser, en femme de la halle, de la permission de se bien porter. »

almas, porque uno y otro eran hijos del amor¹, y yo vi nacer la amistad entre ellos cuando madame Du Deffand les llevaba á cenar á casa de mi amiga Mme. Harens, y desde entonces data nuestro conocimiento. Y en verdad que era necesario todo un D'Alembert para dulcificar y hacer soportable la triste y dura posición de Mlle. de Lespinasse. Porque sobre estar sujeta al cuidado perpetuo que requería aquella mujer ciega y vaporosa, érale necesario hacer como ella día de la noche y de la noche día, y velar á su cabecera para adormecerla leyendo en voz alta; trabajo que fué mortal á la pobre joven, y del cual se resintió toda su vida. A pesar de todo, supo soportar aquella esclavitud hasta que sobrevino el incidente que rompió su cadena.

» Mme. Du Deffand acostumbraba á velar toda la noche en su casa ó en casa de la mariscal de Luxembourg, que trasnochaba como ella; dormía durante todo el día, y no se levantaba jamás hasta después de las seis de la tarde. Mlle. de Lespinasse solía levantarse una hora antes que su señora, y estos preciosos momentos hurtados á su esclavitud empleábalos en recibir á sus amigos personales D'Alembert, Chastelleaux, Turgot y yo algunas veces, en

¹ D'Alembert era hijo natural de la escandalosa cortesana madame de Tencin y de un comisario de Artillería llamado Destouches. Su desnaturalizada madre le abandonó recién nacido en las gradas de la capilla de Saint-Jean-le-Rond, cerca de Nuestra Señora, y allí le recogió una pobre mujer casada con un vidriero, que le crió y sirvió de madre durante toda su vida.

su habitación particular, que daba al patio interior del convento. Mas como estos señores formaban también la sociedad habitual de Mme. Du Deffand y se distraían á veces en el cuarto de Mlle. de Lespinasse, escatimaban á la señora algunos momentos; fué preciso, por lo tanto, rodear esta tertulia del más profundo misterio para evitar la indignación y los celos de la Marquesa. Descubrióla ésta al cabo, y volviendo toda su cólera contra la joven, acusóla de querer usurparla traidoramente sus amigos y despidióla de su casa, declarando que no quería alimentar aquella serpiente en su seno.»

El despecho de la vieja Du Deffand al descubrir el salón de contrabando de su protegida no tuvo límites, en efecto, y no sólo despidió en el acto á la señorita de compañía, sino que á D'Alembert, su amigo mimado y querido, púsole en la alternativa de optar entre Mlle. de Lespinasse ó ella. D'Alembert, ingrato ciertamente con la filosófica vieja, optó por la filosófica joven, y jamás volvió á poner los pies en el convento de San José. La Lespinasse, temerosa quizá de las consecuencias del suceso, apeló al patético y á la nota trágica, que eran su fuerte, tomándose unos granos de opio, según La Harpe asegura; mas como era natural, no se murió por tan poco, y la Du Deffand, que de las tragedias verdaderas solía hacer parodias, no se conmovió por aquella que desde luego lo parecía, y la ajustó la cuenta y la plantó en la calle, negándose á verla, lo mismo que hubiera hecho con la última de sus doncellas.

Esta riña de mujeres entre una *vieja bribona*¹ (palabras de D'Alembert) y una *doméstica engreída, infiel á su señora, de quien querían hacer un falso bel sprit*² (palabras de Horacio Walpole), alborotó el mundo aristocrático y filosófico, declarándose unos en pro y otros en contra de la de Lespinasse, y permaneciendo neutrales los más de ellos.

Abrió entonces su repleta bolsa la otra vieja, madame Geoffrin, providencia de los filósofos y rival *burguesa* desdeñada siempre por la Du Deffand, y parte por amistad á D'Alembert, parte quizá por inquina á la ilustre Marquesa, señaló á la atribulada señorita de compañía una pensión de mil escudos é hizo de ella su amiga íntima. Con este oportuno auxilio de la *madre de los filósofos* y un mobiliario completo que la regaló la mariscala de Luxembourg, pudo desahogadamente Mlle. de Lespinasse montar una modesta casa, que fuese casualidad, fuese atrevido reto, hallábase situada en la misma calle de Santo Domingo y casi frente al convento de San José. Estos fueron los principios del famoso salón de Mlle. de Lespinasse, que, como el de la marquesa Du Deffand y el de Mme. Geoffrin, había de pasar á la historia, y en el cual dominaba el elemento filosófico y literario, sin que por eso faltase tampoco el aristocrático. «Bien pronto, — dice La Harpe, — Mlle. de Lespinasse reunió en su casa lo

¹ Carta de D'Alembert á Voltaire, 3 de Marzo de 1766.

² Carta de Horacio Walpole al general Conway.

más escogido y agradable de todas las clases de la sociedad. Desde las cinco hasta las diez de la noche podíase estar seguro de encontrar allí lo más selecto de todos los círculos; personajes de la corte, hombres de letras, embajadores, extranjeros de distinción, señoras de alto rango. Era, en fin, un título de consideración ser recibido en aquella casa.»

En la lista de las pasiones de Mlle. de Lespinasse, que Grim hace ascender á cinco ó seis, no figura D'Alembert en primer término: hábale antecedido un joven irlandés llamado Sir Taaff, que se volvió á la verde Erin muy callandito, siendo quizá la primera de aquellas esperanzas defraudadas de que habla Marmontel en sus *Memorias*. En la época de su rompimiento con la marquesa Du Deffand hallábase la pasión de Mlle. de Lespinasse por D'Alembert en su período creciente, y esto fué causa de que no permaneciese mucho tiempo sola en su nueva casa de la calle de Santo Domingo. Al año de haberse instalado en ella fuéle á hacer compañía D'Alembert, dejando para siempre el modesto cuarto que había habitado veinticinco años en casa de su nodriza. Allí vivieron juntos, mano á mano y en familiaridad tan íntima, que algunas de las cartas de Mlle. de Lespinasse están escritas por D'Alembert y dictadas por ella desde el baño: el filósofo tenía entonces cuarenta y un años y treinta y dos la filósofa. Esta descarada unión de la filosófica pareja no escandalizó, sin embargo, ni retrajo del salón de Mlle. de Lespinasse á aquella sociedad tan

ilustrada: lejos de eso,—dice Mr. Charles Henry,—la sociedad acogió aquella asociación con el respeto que le merecían los *corazones sensibles y las exigencias de la amistad*. Quizá pensaron algunos, como de Marat dijo Chamette, que se habían casado un hermoso día de sol en el altar de la Naturaleza; otros expresaron su sentir en términos menos cultos. «He estado á visitar, escribe David Hume á Guilber Elliot, á la manceba de D'Alembert, que es una de las mujeres más sensibles de París.»

Considerábase Mlle. de Lespinasse tan dichosa en aquella época, que la asustaba tanta felicidad; mas á principios de 1768 apareció en escena el bello marqués de Mora, y el astro de D'Alembert comenzó á eclipsarse, apareciendo entonces para con éste la Lespinasse verdadera, artificiosa, liviana y falsa. Si son ciertos los cálculos de D'Alembert, y nadie pudo tirarlos más exactos, por este mismo año de 1768 debieron comenzar las relaciones de Mora con Mlle. de Lespinasse; mas en este caso poco pudieron por entonces prolongar el idilio, porque la tasada licencia con tantas repugnancias concedida á Mora terminó en Agosto, y antes de volver á España quiso presentar sus homenajes al patriarca Voltaire en Ferney, como lo hizo, en efecto, en compañía del duque de Villahermosa, según dijimos ya en el cap. III. D'Alembert mismo, inducido probablemente por la Lespinasse, dióle al marqués de Mora la siguiente carta de introducción para Voltaire: «Hay aquí un joven español, de ilustre naci-

miento y mayor mérito, hijo del embajador de España en la corte de Francia, y yerno del conde de Aranda, que ha echado á los jesuítas de España. Por aquí veréis que este señor está bien emparentado; pero éste es su menor mérito: he visto pocos extranjeros de su edad que tengan un talento tan claro, exacto y despreocupado. Estad seguro que por muy joven, muy gran señor y muy español que parezca, no exagero nada. Muy pronto debe volver á España, y pensando como piensa, desea naturalmente conoceros y trataros. Proyecta permanecer algunos días en Ginebra, y os visitará á las horas que os incomode menos. *Está destinado á ocupar grandes puestos, y puede hacer en ellos mucho bien.*» (5 de Abril de 1768.)

No echó Voltaire en saco roto la coletita de esta carta, y ya hemos visto los cariñosos agasajos con que recibió en Ferney á los dos filósofos españoles, y por las siguientes cartas puede verse la actividad y eficacia con que se apresuró á lanzar á los cuatro vientos las alabanzas de Mora, medio el más seguro de convertirle de repente en grande hombre. El 1.º de Mayo escribe al marqués de Villevielle, medianísimo poeta y edecán suyo, encargado de repetir como un eco las impresiones y sentencias del filósofo: «El marqués de Mora, hijo del conde de Fuentes, embajador de España en París, y yerno del célebre conde de Aranda, que ha barrido de España á los jesuítas, y barrerá de ella á otras muchas sabandijas, ha venido á pasar conmigo tres días. Vuel-

ve ahora á España, y pasará quizá por Montpellier. Es un joven de extraordinario mérito; le veréis probablemente á su paso, y quedaréis sorprendido.» Y cinco días después escribe al conde d'Argental, consejero del Parlamento y hombre muy metido en las intrigas de la política y los manejos de los filósofos: «He tenido aquí tres días al marqués de Mora, á quien sé que conocéis. Os suplico que urdáis cualquiera intriga para que éntre en el ministerio de España. Respondo de que ayudará poderosamente á su suegro el conde de Aranda á formar un nuevo siglo.»

Detúvose Mora, en efecto, á su vuelta de Ferney en Ginebra, y á mediados de Octubre encontrábase ya en Madrid¹, rodeado de una corte de parásitos, como el abate Casalbón, en los cuales ensayaba sus trabajos de propaganda, ocupado al mismo tiempo en sus galanteos con la duquesa viuda de Huéscar, que volvieron á reanudarse, y en reñir tremendas batallas con el inexorable *Peluca*, el viejo D. Gregorio Muniain, que no tenía aún trazas de morir, ni de dejar el Ministerio, ni de concederle tampoco otra licencia para correr al ansiado París, que le atraía entonces con mayor fuerza que nunca, gracias al nuevo cebo de Mlle. de Lespinasse. El casa-

¹ «Por el señor marqués de Mora, que veo todas las noches, tengo frecuentemente noticias de V. E., y de lo bien que prueba París á los que tienen la grande ocupación de divertirse.» (El abate Casalbón al duque de Villahermosa, 10 de Noviembre de 1768.)

miento de su hermana Doña María Manuela proporciónóle al fin esta fortuna en Junio de 1769, y á despecho de Muniain agencióle el conde de Aranda la licencia para acompañar á París á la desposada, como dijimos ya en el capítulo primero de esta historia.

La pasión de Mlle. de Lespinasse por Mora marcó entonces un rapidísimo *crescendo*, hasta el punto de escribirle éste veintidós cartas en diez días de ausencia, y traducirse con respecto al desbancado y sufrido D'Alembert en frialdades y desprecios que testifican Grim en su correspondencia y Marmontel en sus *Memorias*. «Mlle. de Lespinasse, — dice éste, — no era ya la misma con D'Alembert, y no sólo le hacía sufrir sus frialdades, sino que á menudo haciale víctima también de ásperos y amargos tratamientos. El desgraciado devoraba sus penas, y sólo se desahogaba conmigo; pero era tal su abnegación y tal su obediencia á aquella mujer, que cuando el marqués de Mora estaba ausente, iba por las mañanas al correo á buscar sus cartas para que pudiera Mlle. de Lespinasse recibirlas en el momento de despertarse.» «Nada puede compararse, — añade Grim, — al poderoso ascendiente que Mlle. de Lespinasse había adquirido sobre todos sus pensamientos y acciones (de D'Alembert), y no por haberse rebelado alguna vez contra tan dura tiranía dejó de soportarla siempre con una abnegación á toda prueba. No hay en París pobre saboyano que dé las carreras y haga las comisiones tan pesadas que hacía todas las mañanas en obsequio de Mlle. de Lespinasse el

primer geómetra de Europa, jefe de los enciclopedistas y dictador de la Academia. Y como si no fuera esto bastante, todavía se atrevió á hacerle el confidente de la pasión que le había inspirado el joven español marqués de Mora, encargándole todos los manejos que podían favorecer esta intriga; y cuando este feliz rival salió de Francia, obligaba ella á D'Alembert á esperar en la casa de posta la llegada del correo para procurarla el placer de recibir las cartas de Mora un cuarto de hora antes.»

Quieren algunos vindicar á D'Alembert de papel tan bajo y vergonzoso, negando que estuviese al cabo de la clase de relaciones que unian á Mora con Mlle. de Lespinasse. En este caso no sabemos qué admirar más, si la ceguera del filósofo ó la doblez y perfidia de su antigua amiga. En aquel tiempo tenía Mora veintiséis años, Mlle. de Lespinasse contaba ya treinta y ocho, y no era entonces, ni había sido nunca, hermosa. El conde de Guibert hace de ella este retrato: «Elisa ¹, — dice, — no tenía nada de hermosa, y tenía además el rostro desfigurado por la viruela; mas su fealdad no era repugnante á primera vista; acostumbrábase uno á ella pronto, y en cuanto hablaba olvidábase por completo. Era alta y bien formada; cuando yo la conocí tenía ya treinta y ocho años, y su presencia era aún noble y elegante. Pero lo que la distinguía sobre todo era ese primer en-

¹ Con este nombre de Elisa escribió Guibert un elogio de mademoiselle de Lespinasse.

canto, sin el cual la belleza no es sino una fría perfección: la fisonomía. La suya no tenía ningún carácter particular, porque los reunía todos.»

Una vez las cosas en este punto, sucedió lo que tenía que suceder en dos caracteres semejantes, y cuenta Mr. Charles Henry, después de muchos pormenores que no son para copiados: «Son fáciles de comprender,—dice,—los estragos que causarían los delirios de esta pasión desenfrenada en aquellos dos organismos débiles. La correspondencia de Condorcet y Turgot viene á ser un diario de la salud de ambos amantes. A Mlle. de Lespinasse la atacaron fiebres, catarros espantosos, toses convulsivas, desmayos, jaquecas y una neurosis terrible; á Mora comenzóle entonces la tos y los esputos de sangre¹.»

Felizmente, las exigencias del servicio militar llamaron de nuevo á España al marqués de Mora, con gran enojo suyo y no menos alarma de la Lespinasse, que, según Marmontel afirma, tenía el proyecto de atrapar para marido al joven é incauto filósofo. «La impresión que Mlle. de Lespinasse hizo en aquella ardiente alma española,—añade,—tomó un carácter tan serio y alarmante, que la familia del Marqués se apresuró á alejarle.» Y es muy cierto que los condes de Fuentes, ya fuera porque les asustase la delicada salud de su hijo, ya porque temiesen aquella boda tan disparatada como indigna, enviaron á su hijo á España, reiterando más que nunca sus ins-

¹ Charles Henry, *Etude sur Mlle. de Lespinasse*, pág. 16.

tancias para que allí contrajese nuevo matrimonio, á que oponía Mora tenaz resistencia. Por aquel tiempo, el abate Galiani, á que Mme. D'Épinay, sin duda, tenía al tanto de todas las intrigas de los salones de París, escribe á Villahermosa desde Nápoles, haciendo alarde de su perspicacia: «Nadie me ha escrito lo que es de Mora; me figuro que habrá dejado el servicio, porque es sin duda el disparate mayor que puede hacer. Pero de seguro que no ha sido la filosofía, ni bien ni mal entendida, la que le habrá hecho tomar esta resolución. Supongo que será el conde de Aranda, por aquello de que *dos soles en un cielo demasiado estrecho*, etc.¹. No temáis, sin embargo, por la fortuna de Mora: la tirará treinta veces por la ventana, y otras treinta la volverá á atrapar. Pero el mal está en que cuando se ha nacido en una gran fortuna, sólo queda ya una fortuna muy chica que hacer, y aun sería difícil decidir si conviene ó no desdeñar este residuo. Algo más serio para su familia es su repugnancia al matrimonio; yo creo que haciéndole viajar podría quizá encontrar en alguna parte quien le venciera esta repugnancia.»

Vióse, pues, obligado Mora á dejar á París de nuevo á principios de 1770, abrigando ya el proyecto de abandonar el servicio del Rey, y reunióse con su regimiento en Zaragoza, donde á la sazón se ha-

¹ Alude, sin duda alguna, á la incompatibilidad del servicio militar con los amores de la Lespinasse, que le obligaban á permanecer en París.

llaba éste. Y como si quisieran congradarle algo con aquella carrera militar de que tanto se iba disgustando, nombráronle entonces, en 3 de Abril del mismo año, brigadier de los ejércitos reales. «Me ha sido de la mayor satisfacción,—escribe el marqués de Castromonte á Villahermosa,—el grado de brigadier concedido por S. M. á mi amigo el marqués de Mora, y ahora deseo conozcan que su talento y circunstancias no son del montón.» (9 de Abril de 1770.)

Abrese en este tiempo en la vida de Mora un corto y misterioso paréntesis que, si pudiera desentrañarse con datos ciertos y no con meras conjeturas, explicaría de una vez si fué Mora realmente un verdadero impío como sus amigos de París, ó era tan sólo, como su cuñado Villahermosa y otros tantos de aquella época, un escéptico por moda ó por cálculo, verdadero hipócrita de la impiedad, que blasfemaba en público de su fe y la conservaba y aun la rendía culto en secreto. El 30 de Septiembre de 1770 escribe á Villahermosa desde Barajas el marqués de Castromonte: «Tuve en Aragón el gusto de pasar por Pedrola, buscando á tu hermano Mora, á quien hallé escondido y bien ocupado en el retiro y soledad de Veruela, y con quien en poco tiempo hablé muchísimo; ya parece que su regimiento está destinado á la corte, y tendrá que mudar de ocupaciones: no sé si vendrá contento, pero yo lo estoy de saber que le tendré allí y que su talento es muy superior á las que pudieran darle.»

¿Qué iba á buscar el marqués de Mora en el re-

tiro y soledad de un monasterio cisterciense? ¿Cómo podía estar *bien ocupado* en aquella santa casa en que no se conocían otras ocupaciones que las del servicio de Dios y el cuidado de las almas? Y no puede decirse que Castromonte entendiera otra cosa por *bien ocupado* refiriéndose al monasterio de Veruela; porque Castromonte, que fué uno de los Grandes que más honraron entonces á su clase, era hombre de fe, de piedad y de virtudes cristianas, como lo prueba el principio de esta misma carta: «Mi querido amigo: Ya me tienes en la quietud de esta aldea después de haber caminado mes y medio por Valencia y Aragón, adonde me llevó repentinamente una promesa hecha á Dios por la salud de mi hijo (deseo que los tengas para que no te burles) y el recelo de verme empleado cuatro meses entre montes y fieras, después de haber estado seis entre caballos y flores¹. Me ha informado mi mujer de la fineza con que has continuado la tarea de mis negocios, y te repetiría expresivas gracias si no las considerase inferiores á tu favor y ociosas en nuestra amistad.»

Había en el monasterio de Veruela un curioso manuscrito que llamaban *Lumen Domus*, especie de diario donde consignaban los monjes los sucesos notables acaecidos en el monasterio, y allí debía constar precisamente la visita de Mora, el tiempo de su duración y el objeto de ella. Cuantos esfuerzos son imaginables hemos hecho para encontrar este ma-

¹ Alude á las dos jornadas de la Corte á El Escorial y Aranjuez.

nuscrito, que se hallaba hace años, no sabemos cómo, en Zaragoza, en poder de un tal D. Baldomero Vilches, cuyo paradero ha sido imposible averiguar.

A falta, pues, de datos ciertos, puédesse conjeturar sobre ello lo que más verosímil parece. Unía á los monjes de Veruela con los duques de Villahermosa una amistad estrecha y antiquísima, que se remontaba al año 1510, cuando á ruegos del abad de Veruela tomó la defensa de este monasterio D. Alonso de Gurrea y Aragón, conde de Ribagorza, contra los desafueros de D. Miguel Jiménez de Urrea, conde de Aranda, y su hermano D. Pedro, señor de Crasmoz, que habían muerto con grandes vejaciones á tres ó cuatro vasallos de la Abadía en lugares propios de ésta, y talado después sus huertas. Envió Ribagorza al conde de Aranda un mensaje diciéndole que tomaba aquellos desmanes como á sí mismo hechos; mas Aranda contestó tan sólo enviando gentes de á pie á dar grita á Ribagorza á las puertas de Pedrola, donde le cortaron algunos pinos y dispararon tiros de pólvora en son de mofa. Levantó entonces el conde D. Alonso bandera por el monasterio de Veruela, y con 580 caballos y 5.720 infantes entróse por las tierras del de Aranda y quemó á Luceni, y entró por armas en Lumpiague y llegó hasta las puertas de Epila, donde estaba Aranda y era lugar murado, puesto en defensa de lanza y escudo. Entraron con esto en razón los dos hermanos Aranda, y agradecidos los monjes de Veruela, colgaron en la bóveda de su iglesia la bandera de Ribagorza, que

tenía por un lado á la Virgen Nuestra Señora, y por el otro á San Juan Bautista con las armas reales de Aragón, que eran las propias del conde D. Alonso, y donaron á éste para sí y los suyos un grandioso sepulcro de mármol blanco en uno de los arcos colaterales de la capilla mayor de la iglesia de Veruela¹.

Esta alianza íntima entre los abades de Veruela y los duques de Villahermosa fué siempre constante, como en tan buenas razones fundada, y existía aún en los tiempos de D. Juan Pablo y Doña María Manuela, no dejando nunca éstos de visitar el monasterio cuando venían á Pedrola, y habiendo hecho la Duquesa enterrar á dos de sus hijos en aquella iglesia, y escogidola también ella para su propia sepultura. No es, pues, extraño, que hallándose Mora en Zaragoza con su regimiento, enfermo, solo y aburrido, pasase á Pedrola, y desde allí hiciese una visita á Veruela, lugar para sus hermanos de tantos recuerdos y cariño. Mas no explica ciertamente una visita de curiosidad ó cortesía el que Mora buscase en Veruela *un lugar de soledad y de retiro, y que estuviere allí bien empleado*, que es lo que Castromonte afirma en su carta. Es, pues, probable que la ver-

¹ Zurita, al referir estas sangrientas desavenencias, á que sólo puso término la prudencia del rey D. Fernando el Católico, equivoca los términos, diciendo que el Abad salió á la defensa del Conde, y no al contrario, como sucedió en efecto. Las noticias que aquí damos están tomadas del Memorial que dió al Rey Católico el mismo conde de Ribagorza, cuyo original se halla en el archivo de Veruela, y del cual existe copia en el de Villahermosa.

dadera razón de la visita de Mora fuese la siguiente.

Había entonces en Veruela un monje de gran saber y virtudes, cuyo nombre, popular entonces como el del maestro Feijóo, es hoy casi desconocido, como los de tantos otros vigorosos impugnadores de las perversas doctrinas del siglo XVIII. Era este varón famoso el P. Maestro D. Antonio José Rodríguez, que brilló al lado de Feijóo y el P. Ceballos, y llamaron en su tiempo el *Maestro sin maestro*, como está grabado en su sepultura, *Magister sine magistro*, porque nunca tuvo otros sino su aplicación al estudio y su extraordinario talento ¹. Sus muchas obras, así de controversia como morales y científicas, atrevidas todas y vigorosas como de hombre que se adelantó á su siglo, diéronle gran renombre, y de todas partes y hasta de Madrid mismo acudían en su busca gentes de todas clases en demanda de consejos para el alma ó remedios para el cuerpo; porque era también el P. Rodríguez médico peritímico, y aun hace pocos años, en 1879, citábanse con grande elogio sus *Disertaciones físico matemático-médicas sobre la respiración y el modo de introducir los medicamentos por las venas*.

Cuéntase que, viniendo una tarde de paseo el P. Rodríguez, encontróse en el camino un coche en

¹ Hállase enterrado en la iglesia de Veruela, frente á la capilla del Crucifijo, y léese en su losa sepulcral un epitafio latino compuesto por el Ilmo. Sr. D. José Laplana y Castillón, obispo de Tarragona.

que iba para Veruela un matrimonio catalán, personas de mucho respeto. Pararon éstos el coche, y preguntaron al Padre si estaba en el monasterio el P. Rodríguez. «No está,—respondió él;—pero no tardará. Vayan al Abad.» Fueron los viajeros al Abad, y entretúvoles éste hasta que llegó el Padre, y conocieron entonces que era el mismo que se habían encontrado en el camino. Dijéronle que venían en busca de remedio, porque tenía la señora una llaga de mala especie, que más bien era espantosa postema, Encargóse, sin embargo, el P. Rodríguez de su curación, y al cabo de algún tiempo pudo volverse la enferma perfectamente curada ¹.

Es, pues, lo más probable que Mora fuese á Veruela en busca del P. Rodríguez, y que en aquel retiro y soledad le encontrase Castromonte *bien empleado* en la curación de las llagas de su alma ó de su cuerpo; es más creíble, sin embargo, que Mora diese la preferencia á estas últimas; mas también es cierto que el P. Rodríguez no dejaría de ofrecerle por lo menos el remedio de las otras. Sea de esto lo que fuere, Mora volvió á Madrid con el regimiento de Galicia á muy poco de su misterioso retiro de Veruela, y apresuróse entonces á dejar el servicio militar, siéndole concedida la licencia absoluta antes del

¹ Debemos estas noticias al Rdo. P. Juan Antonio Viñes, último monje de Veruela, que cuenta al presente ochenta y nueve años, y las recibió él mismo de otros monjes contemporáneos del P. Rodríguez.

15 de Enero de 1771. Libre ya de esa traba que tanto le había molestado antes, apresuróse á disponer la vuelta á París, que era todo su anhelo; mas quedábale aún aquella otra traba de la enfermedad en que sus vicios le habían aprisionado, y el 25 de Enero asaltóle de repente en medio de sus ilusiones y proyectos, un gran vómito de sangre, seguido de tan largo y profundo desmayo que casi llegaron ya á darle por muerto. Declararon entonces los médicos que tenía ambos pulmones heridos, y á fines de Marzo enviéronle á respirar los puros aires de la primavera en Valencia, donde D. Jorge Azlor Aragón se hallaba entonces.

Llegó Mora á Valencia á principios de Abril, har-to débil y caído, en compañía de su médico Navarro y de dos de sus amigos parásitos, un tal Ochoa y otro llamado Esteban, siendo por esta vez excluído de la partida el abate Casalbón á causa de una gran riña que con el Marqués tuvo pocos días antes del viaje ¹.

¹ Es curiosa la siguiente carta en que el abate Casalbón refiere dicha riña al duque de Villahermosa, y da bastante idea del modo de ser de Mora y Casalbón:

«Madrid, 25 de Febrero de 1771.—Muy señor mío y mi favorecedor: Por fortuna me lisonjea en esta ocasión, como siempre, lo que dos días antes de su insulto decía yo al señor Marqués (Mora), que en ninguno fiaba tanto en este mundo como en V. E., que su trato no conocía las vanas declamaciones de una amistad ideada, pero que la realidad y sencillez la señalaba de cada día más, y que yo, en viniendo V. E., procuraría, sirviéndole aunque sea de rodillas, acreditar mi agradecimiento y la idea que tenía formada de su buen

Las perfumadas auras de aquella huerta deliciosa obraron tan eficazmente en la destruída naturaleza de Mora, que el 25 de Mayo escribe D. Jorge Azlor

modo de pensar. Esto que entonces casi en estos mismos términos decía, me anima ahora á contar á V. E. lo que para eterna enseñanza mía me ha pasado, y en lo que no debiera esperar que V. E. me diera la razón á no tenerla yo ciertamente, y á no ser V. E. capaz de negarla á quien la tiene. Desde que aquel sujeto que según V. E. dice (el marqués de Mora) se queja de haberle yo abandonado por la de Medinasidonia y por las viruelas, de que nunca se ha hablado, vino á Madrid, no he pasado día alguno en el que, cuando menos cuatro ó cinco horas, no le haya yo hecho compañía, sin contar los que, entrando en su casa á las nueve de la mañana, no salía de ella casi hasta la media noche. El día mismo que vino la Medinasidonia del Sitio, por la noche el Marqués se fué de su casa, y me dijo que no volvería; viéndome ocioso y deseando cumplir con esta señora, con quien y cuya casa sabe V. E. mis obligaciones, fui á verla; allí me hizo jugar S. E., y nos pidió á los tres que le habíamos hecho la partida que fuésemos á hacérsela al día siguiente sin falta, porque no esperaba tener otras gentes. Los tres ó cuatro primeros días en que el Marqués salió puntualmente por las noches de su casa, no se dió por sentido; pero luego que se volvió á quedar en ella empezó á clamar abandono de amistad el que yo, aunque estaba en su casa todo el día, me fuese cerca de las ocho de la noche á continuar una partida de la que, sin faltar á todas las leyes de atención, no me podía excusar. Trátase de que en todo este tiempo, fuera de alguna tal cual noche, nadie ha habido, á excepción de Navarro y los que le hacíamos la partida. Sin embargo, deseoso yo de dar gusto cumplido á un hombre que de todo mi corazón amaba, le supliqué varias veces, particularmente á Navarro, y siempre en vano, que jugase por mí; no bastando esto, otra noche le dije á la de Medinasidonia: «Ya casi esta noche estuve por faltarle á V. E. á la partida, porque el Marqués quedaba casi solo.» Esperaba yo tomar de su respuesta motivo para que me dispensase volver; pero

á su hermano Villahermosa : « Por cumplir con tu encargo te digo que el marqués de Mora está más gordo y de mejor color que cuando estaba en esa

no me respondió ni una palabra. En fin, cerrados todos los caminos, me resolví á no ir á tal partida por la razón que pretexté de que perdía demasiado, y que yo supliqué á Navarro que insinuase á su excelencia ó que me buscara otra excusa. En efecto: dejé de ir aquella noche, que pasé después de todo el día con el Marqués; pero Navarro nada dijo á la Duquesa, y habiendo ido á comer al día siguiente á su casa, me reconvinó de que yo la había faltado el día antecedente, y que por fortuna había ido aquella noche la de Baños para poder tener partida. Vea V. E. todos los enormes delitos de amistad que han excitado la cólera del señor Marqués, hasta el punto de romper anteayer diciendo que renunciaba enteramente á mi trato, que había llegado á conocer que era el más falso amigo, el más hipócrita y el más malvado de los hombres. Con términos más injuriosos nadie se ha apartado jamás del trato de un asesino; pero su excelencia tiene el gusto trágico, y no puede sufrir sino coloridos fuertes; y, antes de responderle, le supliqué que no se enfadase, que bien veía que, quien como yo le amaba tanto, nada podría sentir más que darle motivo ó ser ocasión de que se le aumentase la acrimonia de la sangre, que nuestra amistad no valía la pena de su salud, que se sirviese de oirme. Cada palabra mía aumentaba su enfado, mis disculpas eran sólo efectos de un ánimo fingido, las pruebas y demostraciones que yo daba eran otras tantas chanzas que yo, con increíble artificio, había puesto de antemano para excusarme en la ocasión; en fin, temiendo que el fruto de esta contestación, si yo pasaba adelante, fuese la pérdida de su salud, tomé el partido de irme, echado vergonzosamente por un hombre de cuya amistad había pensado yo hacer mis delicias, y de la que no me podré acordar jamás sin admirar los vanos juicios de los mortales y las fantásticas ideas que se forman de la felicidad. No omitiré que además del antecedente me hizo el gran capítulo de que Santander no me quisiese dar licencia para que yo le acompañase á Valencia, habien-

villa; pero como aún no se ha desvanecido del todo el dolorcillo del pecho, soy de parecer que debes persuadir á su padre que no le dé prisa para que sal-

do yo para esto dispuesto el tener una cuestión pesada con el mismo Santander, todo originado, según me dijo con muy buen corazón su excelencia, de estar enamorado yo de unas mujeres que tengo en casa, y de la pasión del juego que, como otras muchas, me arrastra. Esta anécdota le podrá descubrir á V. E. el estado de mi filosofía. En orden á este cargo, juro por su amistad, que es lo que yo más he apreciado, que nada deseaba más que acompañarle y servir así á un amigo en el tiempo en que le podía ser de alguna utilidad. Fuera de este interés, que no era ciertamente pequeño, tenía el de mi salud, tenía el de mi diversión, y tenía otros muchos que ahora es bien fuera de propósito contar.

» Pero todo es en vano; en esta parte ha muchos días que yo conocía que le ahorran á S. E. del trabajo de buscar razones. El hecho es que, desde el momento que le mandaron pensar en mudar de aires, supuse que yo sería de la partida, y aun añadí que esperaba que mi bibliotecario mayor me diese, aun cuando no fuese sino por un mes, la licencia, que después le podría ir trampeando; que cuando esto no bastase se podría acudir al Ministro. Desde entonces vi que cuando se empezó á hablar del viaje, la primera diligencia fué enviar á D. Ramón á Orelli para que pidiese la licencia de Ochoa, y á la de Medinasidonia por la de Navarro, no olvidando tampoco encargar al marqués de Mirabel que la pidiese al Patriarca por Esteban. Nada hasta aquí se hablaba de mí: sólo mi licencia no se tomaba en boca. Con todo, yo hablé de mi licencia á Santander, que no me contestó; vi después que me era imposible sacársela; lo conté al Marqués, pero fué hablar á sordos, porque nada me respondió, pareciendo natural que, cerrado éste, tratase conmigo de otro camino para facilitar mi licencia. Ni esto me desengañó; previne mis cosas para estar dispuesto al viaje, busqué dinero, hice ropa blanca para estar prevenido, despedí al criado que tenía por parecerme inútil fuera de Madrid, y tomé otro á propósito; dispuse

ga de aquí, donde hay ejemplares de algunos que por haber salido muy pronto, aunque al parecer buenos, les ha repetido el accidente.» Algún tiempo

con D. Miguel Otamendi todo lo que yo debía esperar de un amigo durante mi ausencia; en fin, hasta el momento del rompimiento, yo, creído que un camino ú otro se abriría, á nada más dispuesto estaba que á marchar. Es verdad que días había que yo no mostraba grandes deseos; pero nadie acaso habrá tenido más motivos de no mostrarlos. Notaba á no poder dudar una increíble novedad en el trato, la que, en fin, ha llegado á tal sequedad que me obligó, como ya he dicho anteayer, á suplicarle en amistad me dijese las causas que tenía, y éste fué el principio de la cuestión. De ahí vino el no contestar una vez que se hablaba de viaje, de ahí el decirle á D. Ramón (y tenía mil razones para decírselo á él antes que á otro) que si yo no era preciso, como parecía que no lo era tratándose de ir tantos, que á qué fin había yo de ir; de ahí también vino el decirle mil veces á Navarro que yo iría con gusto por mi parte, pero que era absolutamente preciso que me pidiesen licencia; esto mismo dije en otra ocasión á Cavarcos, y esto mismo tengo escrito estos últimos correos al Sr. D. Jorge, con quien ya no había podido ocultar los justos resentimientos que la frialdad de un pretendido amigo me causaba. Sin embargo, una vez que en este mismo caso se me preguntó sin rebozo, sin el mismo respondí que por mí estaba pronto; pero permítame V. E. que yo le asegure que no se ha pensado de buena fe en que yo fuese, y como quiera, según le decía yo anteayer al señor Marqués, que si tan atado quería suponerme, que me hiciese el favor de facilitarme la licencia y vería el gusto con que iba en su compañía. Pero yo me canso en vano: me dice que soy fingido, porque después de ver el desvío por su parte, y por la mía la imposibilidad de la licencia, he dado á entender que no tenía los mayores deseos de ir, y esto no sé cómo vuecencia entiende que sea fingir. Dice que soy falso amigo, y lo dice sin pruebas; entretanto me deja para admirar su conducta, muy nueva en punto de amistad, pues me ha estado mortificando

después, el 13 de Junio, vuelve á escribir D. Jorge: «Yo continuó la misma vida que te he escrito hacía, y de cuyo método me separaré poco en todas

dieciséis días sin hacerme confianza de su imaginada queja, de la que acaso no hubiera yo salido jamás si, rompiendo por todo reparo, no le hubiera yo hablado anteayer aun delante de D. Ramón, pues en todo este tiempo yo notaba bien la precaución de no darsese jamás solo conmigo. Si entonces me hubiera querido oír, qué fácil le hubiera sido desengañarse y cuán lejos hubiera estado de ir á buscar los motivos de mi cautela en mi pasión desordenada al juego y en la adhesión vil que yo tengo en mi casa al vicio, cosa que sólo la penetración de S. E. ha podido descubrir, y que admira mucho que le haya podido ocurrir S. E. por pretexto. Le aseguro á vuecencia que no puedo pensar en todo esto sin perder casi el juicio, y que jamás he tenido momentos en que la vida me sea más aborrecible; las noches las paso llorando, y el día que les sucede no alivia mi pesadumbre. Esto prueba bien que ni aun amar se puede ni se debe con exceso, porque se trata con hombres que pueden dejar de corresponder. En esta ocasión me ha parecido lo más acertado no hablar con persona viviente; sólo á Navarro se lo dije la misma noche, y como ayer le decía al mismo, á no haber estado entonces casi fuera de mí, no le hubiera hecho esta confianza. Me avergüenzo que haya habido hombre que, aunque sin motivo, se haya imaginado que yo era capaz de faltar á la amistad. Con todo, me consuelo con habérselo contado á V. E. por menor; esta carta podrá servir de historia de cuanto ha pasado, V. E. se podrá informar de Cabañero, de quien quiera y del mismo Marqués; que á mí, con tal que V. E. no se me enfade, me importa todo poco; y aunque yo ponía sobre mi cabeza su amistad, pero me sabré pasar sin ella, cuando no se puede continuar sin imaginarse de mí las bajezas más indignas. Perdóneme V. E. esta vez por su vida el que haya sido tan largo; era preciso determinarme á hablar á V. E., porque es el único que me importa que mire esto en su verdadero punto de vista; por lo que toca á los demás, poco va en que cada

partes donde esté: trabajamos Morita y yo en arreglar nuestra conducta presente y venidera según los principios del *Système*¹, puestos en acción en la historia de Grandisson. Tú te reirás ahora de esto, pero no cuando nos veamos, que conocerás los progresos que he hecho; y siguiendo tu encargo, te aseguro que el Marqués está cada día mejor; tanto, que ya piensa en sangrarse otra vez, pues la robustez, especialmente mientras le dura el dolorcillo del pecho, puede serle perjudicial, y yo cuidaré de que no lo difiera; y siempre insisto en que le conviene estar aquí hasta que las cicatrices de los pulmones estén perfectamente cerradas.»

No creyó, sin embargo, el impaciente Mora necesarias tantas precauciones; dióse ya por curado, y libre del todo, y sin freno alguno su voluntad desordenada, marchóse al fin á París, donde se hallaba ya el 4 de Agosto de 1771. Con esta fecha escribe al duque de Villahermosa su cuñada, Sor María Pignatelli: «Supongo tendrás ya el gusto de tener en tu compañía á nuestro querido Pepe, cuyo arribo contamos sería á últimos del pasado; espero que ahí se recobre del todo y muy en breve.»

uno piense lo que se le antoje; basta que yo ahora respete la memoria de quien me honró algún tiempo con su amistad, y calle.»

¹ Alude al *Sistema social ó principios de la moral y de la política*, publicados entonces por el barón de Holbach. En esta obra, que un decreto del Parlamento de París condenó á ser quemada por mano del verdugo, se definen los principios y se establecen las reglas de una moral y una política independiente de toda idea religiosa.

XV

Desde entonces fué la vida de Mora en París una continuada orgía material y moral, en que su carne gustó todos los vicios y su entendimiento abrazó todos los delirios, á toda prisa, sin punto de reposo, en conjunto casi, como si temiese que la muerte, que tan de cerca le acechaba, pudiera privarle de algún goce ó apartarle de algún error. Encuéntrasele en aquella época comensal mimado y festejado de todas aquellas cenas famosas que justificarían la revolución, si pudiera ser un crimen justo castigo de una blasfemia. Mme. D'Épinay escribe á Grim en Octubre de 1771: «Os diré como última noticia que Mr. de Sartine ha cenado anoche en mi casa con el marqués de Mora, Mr. de Magallón y el marqués de Croismare.» Y lo que es verdaderamente raro, la vieja Du Deffand escribe á Horacio Walpole en Diciembre del mismo año: «Hace tres días que tengo mesa abierta, es decir doce ó trece personas cada noche. La de ayer fué la más brillante: estuvieron los Beauvau, la Cambis, Stianville, Toulouse y tres extranjeros, Caraccioli, Mora y Creutz.» Lo cual prueba que la pasión de Mora por Mlle. de Lespinasse no llegaba hasta el punto de sacrificar á ésta las divertidas y solicitadas cenas de su aristocrática rival y antigua señora.

La Lespinasse, por su parte, apretaba más y más los grillos en que tenía aprisionado á Mora, que lo

mismo podían ser los del amor que los de la vanidad, especie harto común de amor con que corresponden los hombres fatuos á las preferencias de mujeres de algún renombre. Hábiale ligado en este tiempo con un hombre peligroso, de su amistad íntima, Condorcet, que arrastró á Mora del odio al Altar al odio al Trono, paso que no habían dado aún todos los filósofos ni llegaron á dar en Francia sino muy corto número de Grandes, ni acaso ha dado todavía en España uno solo de entre ellos.

Condorcet, más perverso que Voltaire, si cabe, ateo, republicano y suicida, que se atrevió á condenar á Luis XVI á la *pena mayor que no fuese la de muerte*, es decir, á cadena perpetua, prefiriendo dar á la Majestad Real la bofetada que deshonra más bien que la puñalada que glorifica, fué de los que efectuaron más tarde la fusión que ya se preparaba entonces entre los filósofos y los francmasones, siendo nombrado, con el abate Sièyes, director del tenebroso Club de la propaganda, destinado, *no sólo á consolidar la revolución en Francia, sino á destruir también todos los Gobiernos existentes entonces*. ¿Arrastró también al desgraciado Mora por aquel camino de traición y de ignominia? En la lista de los francmasones de aquel tiempo que publica Deschamps no consta su nombre, si bien es verdad que estas listas son posteriores á su muerte. Mas el sospechoso título de *hermana* que Grim, Voltaire y Condorcet dan en sus cartas á la misma Lespinasse indica que también ella pertenecía á los que llamaban *adeptos*

secretos, y las dos altisonantes cartas de Mora á Condorcet que á continuación transcribimos revelarán claramente las opiniones de aquél á todo el que conozca lo que en la jerga filosófico-francmasónica de aquel tiempo significan las palabras *libertad*, *tirano*, etc., y probarán al mismo tiempo que Condorcet le había iniciado por lo menos en algunos planes de los adeptos, que era *forzoso ocultar á los penetrantes ojos de los enemigos de la verdad*.

«Recibo, señor, con extraordinario gusto la excelente obra que tenéis la bondad de enviarme, y por la cual os quedo infinitamente agradecido. Lo que me decís de la suerte de la humanidad es, por desgracia, tan cierto, que nunca serán estimados bastante el autor y el libro que defienden sus derechos oprimidos; pero es forzoso ocultarlo á los penetrantes ojos de los enemigos de la verdad, y podéis contar con mi profundo secreto. Si todo el mundo odiase como yo á los tiranos y á los perseguidores, no sería necesario guardarse de ellos, y gozaríamos todos del inestimable bien de la libertad; pero los hombres no están hechos para tanta dicha; sus necedades y locuras les atan á la cadena de la esclavitud. Iré ciertamente esta noche á casa de Mr. Turgot, donde tendré el honor de reiteraros las gracias, que os suplico recibáis de vuestro más sincero y adicto servidor. = *De Mora.*»

«*Paris, 1.º de Julio de 1772.*»

» Me ha sido imposible, señor, contestar ayer á

vuestra carta, que recibí con el mayor gusto. Esta prueba de amistad es tan grata á mi corazón y tan bien sabe éste apreciarla, que sólo deseo merecer los sentimientos que os dignáis concederme y de que no cesáis de darme pruebas. Creed, señor, que la tierna y viva gratitud que os debo, sin ser el lazo más fuerte de los que me unen á vos, viene á añadir á mis sentimientos el placer de llenar, entregándome á ellos, los deberes que vuestra bondad me ha impuesto. Ni el tiempo ni la distancia podrán nunca hacerme olvidar al amigo á quien he prometido la más sincera adhesión. Por vuestra parte habéis ya hecho demasiado para no conservarme el beneficio de vuestra amistad. Mi salud se ha restablecido por completo, y me hallo al presente como antes de mi último ataque. Creo también que mi régimen actual vale más que el observado antes, y espero un efecto más seguro. Mucho os gustará saber que han levantado la exclusión á MM. Suard y Delisle. Helos ya declarados ortodoxos solemnemente ¹.

¹ Suard y Delisle fueron presentados á la Academia Francesa cuando, gracias á las intrigas de D'Alembert, su secretario perpetuo, y de Voltaire, se hallaba ya esta ilustre Corporación convertida en verdadero areópago de impíos é incrédulos. El Rey negóse á confirmar la elección de estos dos candidatos, fundándose en la pública fama de impiedad que ambos tenían; mas ellos, siguiendo la hipócrita táctica de los filósofos conjurados, hicieron falsa profesión de ortodoxia, y consiguieron que el débil Luis XV les levantase la exclusión. A esto alude sin rebozo alguno, y hablando entre bastidores, la frase de Mora á Condorcet.

»Es chistoso que sea necesario dar pruebas de necedad para entrar en compañía de los sabios. Así está, sin embargo, construída esta famosa máquina de que ciertamente no quería Vaucanson haber sido el inventor. Habréis visto probablemente *Los sistemas*, de Voltaire: en verdad que este hombre es un verdadero fénix; ya lo tenemos otra vez poeta, como si tuviese veinte años. La palabra Pirineos, que leo en vuestra carta, me hace temblar, viéndome ya tan cerca de ese cruel mes de Septiembre. No podré ponderar bastante el dolor que me causa esta marcha... Nunca podría decidirme á ella si no estuviese seguro de mi vuelta, que cumplirá mis promesas y llenará todas mis esperanzas. Podéis estar tan seguro de ello, como de la sinceridad de los sentimientos que os profesa y os conservará eternamente. = *De Mora.*»

Aquel funesto mes de Septiembre que hacía temblar á Mora, llegó para él demasiado pronto. A poco de escrita la anterior carta á Condorcet, un nuevo ataque de su enfermedad hubiera podido recordarle que se acercaba la muerte, si el orgullo del impío no le hiciera creerse siempre fuera del alcance del azote de Dios. Marchó entonces por consejo de los médicos á Bagnères, cuyas aguas, conocidas ya en tiempos de los romanos, había puesto de moda el duque de Lauzun en 1762. Despidióse, pues, Mora de mademoiselle de Lespinasse el 7 de Agosto de 1773, y salió aquel mismo día para Bagnères, decidido á entrar luego en España, arreglar ciertos asuntos secretos y

volver al punto á París, para *cumplir*, como escribe á Condorcet, *sus promesas y lograr todas sus esperanzas*. Nadie ha puesto en claro cuáles fueron aquellas promesas que tenía que cumplir, ni estas esperanzas que pensaba lograr. Mlle. de Lespinasse asegura terminantemente que, fuera aparte de la razón de su salud, tenía el viaje de Mora á España otra razón tal y tan absoluta que, si aquél llegaba á vencerla, la vida entera de ella no bastaría para pagarle semejante deuda; frase misteriosa que, unida á otros indicios, nos induce á creer que Mora pensaba entonces allanar en España los obstáculos que se oponían á su matrimonio con la Lespinasse, y volver luego á París á efectuarlo, cumpliendo así las promesas hechas á la filósofa y logrando las esperanzas que ella misma le había infundido.

Quiso Dios, sin embargo, disponer las cosas de manera muy distinta, y á poco de su llegada á Bagnères, asaltó á Mora un violento vómito de sangre y fué preciso llevarle á toda prisa á Bayona, después de sangrarle nueve veces, según la inconcebible costumbre de los médicos de entonces. «Mr. de Mora, — escribe Mlle. de Lespinasse á Condorcet, — ha salido de Bagnères para Bayona en un estado que me hace temer por su vida. Le acompaña su médico, que podrá socorrerle, pero no evitarle una recaída, que no soportará en el estado de postración en que se encuentra. Le han sangrado nueve veces, y quedó tan aniquilado que no pudo ni aun darse cuenta del peligro á que se exponía poniéndose en camino.» La

recaída que Mlle. de Lespinasse esperaba sobrevino á Mora en Zaragoza, donde llegó á encontrarse en verdadero peligro de muerte: lleváronle, pasado el riesgo, á Madrid, donde se encontraban ya los condes de Fuentes y adonde llegaron á poco los duques de Villahermosa de vuelta de su viaje á Inglaterra, y entonces comenzó aquella lucha entre Mlle. de Lespinasse y la condesa de Fuentes, queriendo aquélla arrancar á Mora del lado de su madre para traerle á París, luchando ésta por romper las redes en que la astuta francesa envolvía á su hijo. La de Fuentes, moribunda casi, pero ayudada por su hija la duquesa de Villahermosa, intentó aislar á Mora de la camarilla de la Lespinasse, interceptando las cartas que aquél escribía y las que de París le llegaban, y tratando de resucitar los antiguos amores de Mora con la duquesa viuda de Huéscar, según dijimos anteriormente. Mas alarmada la Lespinasse con el silencio de Mora, echó por delante á su amigo D'Alembert y á un médico llamado Lorry, que se comprometía á curar á Mora siempre que trocase el clima de Madrid por el de París, *único* que, á juicio de aquel doctor, *podía serle benéfico*. Sospechoso compromiso éste, si se tiene en cuenta que pocos meses antes la condesa de Fuentes, enferma del mismo mal que su hijo, había marchado de París á Madrid por consejo de los médicos parisienses, y poco tiempo después, los más afamados médicos de París enviaban á toda prisa á España, para quitarle de la mala influencia de la capital de Francia, al marqués del Viso, D. Francisco de Sil-

va, enfermo también del pecho, como lo estaba Mora. Es de notar también que Mr. Lorry, aunque amigo íntimo de D'Alembert, no había merecido hasta entonces como médico, por su asistencia especial, ni la confianza del filósofo ni la de Mlle. de Lespinasse. El médico ordinario de ambos era el célebre Bouvard, y el extraordinario, consultado en circunstancias especiales, era el no menos famoso Bordeu, profesor de la Facultad de Medicina de París. La única vez que Mlle. de Lespinasse cita en sus cartas á Lorry hácelo de este modo, bien poco satisfactorio por cierto:

«Mr. de Saint-Chamans, — escribe á Condorcet, — está un poco mejor ; pero tan poco, que no se pueden concebir esperanzas. No quiere ver más que á Lorry, y mi confianza en los médicos es tan escasa que no he trabajado mucho por combatir la repugnancia que tiene á verlos. Temo, sin embargo, que Lorry se equivoque. Es una gran desgracia tener necesidad de socorros de ciegos.»

Dados estos antecedentes, no es concebible la repentina é infundada confianza de D'Alembert y mademoiselle de Lespinasse en la opinión de Lorry al tratarse del viaje de Mora, sin que sea del todo cierto lo que Marmontel asegura terminantemente en sus Memorias. «En fin, — dice, — habiendo caído enfermo en su patria el joven español (Mora), y no esperando su familia sino su convalecencia para casarle convenientemente, imaginó Mlle. de Lespinasse hacer certificar á un médico de París que el clima de Es-

paña le sería mortal, y que si se quería salvarle la vida era necesario enviarle á respirar el aire de Francia. Esta consulta, dictada por Mlle. de Lespinasse, la obtuvo D'Alembert de Lorry, su íntimo amigo y uno de los más célebres médicos de París. La autoridad de Lorry, apoyada por el enfermo, produjo en España todo su afecto. Dejaron marchar al joven, y murió en el camino.»

«El hecho es tan grave, — dice á este propósito Mr. Eugenio Asse, — que no nos decidimos á admitirlo bajo el sólo testimonio de un autor que no siempre acierta al hablar de Mlle. de Lespinasse.» Tan grave es el hecho, en efecto, que este criminal engaño fué causa de la desastrosa muerte del marqués de Mora ; mas las siguientes cartas de D'Alembert al duque de Villahermosa, inéditas aún y desconocidas hasta el presente, prueban de modo irrecusable la veracidad de Marmontel, los vergonzosos oficios de D'Alembert para con su amiga y la complicidad de ambos y del médico Lorry en este verdadero atentado. En la primera de estas cartas, inspiradas todas sin duda y aun dictadas quizá por la misma Lespinasse, limitase D'Alembert á explorar el terreno pidiendo á Villahermosa noticias de Mora, y extrañándose y lamentándose del silencio de éste. Tiene la fecha del lunes 7 de Diciembre, y dice así :

«Aunque Mr. D'Alembert no tenga el honor de ser muy conocido del señor duque de Villahermosa, se atreve á esperar, sin embargo, le perdonará la libertad que se toma dirigiéndose á él para suplicarle

le dé noticias detalladas del señor marqués de Mora, de quien él y sus amigos no han tenido hasta ahora sino noticias generales por el caballero de Magallón. Aunque los amigos del señor marqués de Mora aprueban por completo su silencio, están, sin embargo, alarmados, pues temen haya en este silencio más bien imposibilidad de romperlo que régimen que le obligue á guardarlo. Suplicase, pues, al señor Duque tenga la bondad de hacer saber á los amigos del señor marqués de Mora si le ha quedado lastimado el pecho por la violenta sacudida que sufrió en Bagnères; si no le ha dejado ninguna molestia el peligro corrido en Zaragoza; si tiene todavía desvanecimientos, y cuáles son los alimentos de que hace uso. El señor Duque dispensará todas estas preguntas en gracia al sentimiento de amistad que las dicta: es el señor Duque demasiado digno de tener amigos para no comprender la necesidad que tienen los del señor marqués de Mora de que se les tranquilice, ó se les dé á lo menos noticia exacta de su estado. Por lo cual, Mr. D'Alembert y todos los que se interesan por el señor marqués de Mora se atreven á suplicar al señor Duque les diga la verdad más exacta, aunque deba afligirlos y alarmarlos. Mr. D'Alembert pide al señor duque de Villahermosa mil y mil perdones por su importunidad, y le suplica reciba con benevolencia la seguridad de su profundo respeto.»

El entusiasmo de Villahermosa por los filósofos de moda hízole tragar el anzuelo, y cogido por el flaco de esta vanidad, con que debió contar D'Alem-

bert seguramente, apresúrose á contestar la siguiente carta, cuyo borrador francés, escrito de letra del Duque, se encuentra en una hoja en blanco de la misma carta del filósofo:

«Nadie menos que vos, señor, puede temer ser desconocido, y vuestras cartas honrarán siempre á los que hagáis el honor de dirigirlas. El tierno interés que os tomáis por el estado del marqués de Mora, nuestro amigo común, las hace aún más preciosas, y si mi respuesta puede serlo para vos, será únicamente por las buenas noticias que puedo daros de la salud de mi cuñado. Podéis, pues, asegurar á sus amigos que su pecho no se ha resentido por la violenta sacudida que sufrió en Bagnères, que no le ha quedado el menor rastro del peligro en que estuvo en Zaragoza, y que tampoco ha sufrido desde entonces el más leve desvanecimiento. Está, sin embargo, demasiado débil todavía para alimentarse sólo de legumbres, y come un poco de nuestro *puchero* ú olla española, pollo y ternera. Hasta ayer, que comió en mi casa, ha comido siempre solo, y esta ha sido la primera vez que ha salido de su cuarto á hora semejante, lo cual hace muy poco y con toda clase de precauciones para preservarse del aire frío de este país. En una palabra, puedo tener el honor de deciros, señor, que se restablece, pero muy lentamente, aunque me lisonjeo de que irá cada vez mejor en cuanto pase esta ruda estación. Me ha encargado aseguraros á vos y á sus amigos su amistad y agradecimiento, y deciros que ha escrito la

última semana y tres correos antes á Mlle. de Lespinasse: estas cartas habrán calmado mejor que lamía vuestra inquietud. Por lo demás, no le permiten leer ni escribir mucho. Si, por desgracia, hubiese en adelante algún retroceso, cuidaré de avisároslo yo mismo, y me consolaré con vos. Después de llenar mi deber satisfaciendo vuestros deseos, permitidme me tome la libertad de encargaros ofrecer mis respetos á Mme. Geoffrin: las bondades de que me ha colmado estarán siempre grabadas en mi corazón. No me atrevo á daros el mismo encargo para Mlle. de Lespinasse, porque debo serle muy poco conocido; pero podéis estar seguro de que, así á ella como á sus amigos, les hago la justicia que merecen; admiro sus talentos y me enternece su sensibilidad. En cuanto á vos, señor, no sabré expresaros cuánto me halaga vuestro recuerdo, y me halagará más todavía si me honráis con vuestras órdenes. Esperándolas, tengo el honor de aseguraros, etc., etc. »

Esta carta de Villahermosa debió revelar á la camarilla de la Lespinasse que su correspondencia con Mora se interceptaba en Madrid, y por eso, sin duda, D'Alembert da un paso adelante en su segunda carta del 9 de Enero de 1773, escogiendo á Villahermosa como estafeta segura para hacer llegar á manos de Mora las cartas de la Lespinasse.

« Señor Duque: Tan penetrado de reconocimiento me dejan vuestras bondades, que no sé diferir el aseguraroslo. Las noticias del señor marqués de Mora que habéis tenido la bondad de darme son las más

detalladas y consoladoras que hasta ahora he recibido. Veo con el mayor placer que comienza á poder salir, puesto que ha estado á comer en vuestra casa. Creo firmemente que no cometerá ninguna imprudencia, y que se guardará de todo lo que pueda ocasionarle algún constipado. Mucho me sorprende, sin embargo, lo que me decís del frío riguroso que hace en Madrid, porque hasta ahora el invierno ha sido muy benigno en París, á excepción de dos ó tres días de hielo bastante fuerte. Pero me sorprende mucho más todavía, señor Duque, lo que me decís de que el señor marqués de Mora ha escrito varias cartas á Mlle. de Lespinasse. Ninguna de ellas ha recibido ésta, y seguramente no está la culpa en el correo de aquí, donde de ningún modo se pierden. Mlle. de Lespinasse, lo mismo que otros amigos del señor marqués de Mora, tienen motivos para creer que la misma suerte han sufrido las cartas que ellos le han escrito; por lo tanto, señor Duque, permitidme suplicaros que entreguéis la adjunta carta al señor marqués de Mora. Veis que me aprovecho y aun quiza abuso de la amabilidad con que me honráis; muy feliz seré yo si puedo encontrar ocasión de seros útil en París y me dais vuestras órdenes. Madame Geoffrin ha agradecido mucho vuestro recuerdo, la mismo que Mlle. de Lespinasse, la cual siente muy de veras no haber gozado más á menudo de vuestro trato durante vuestra permanencia en París.

» Si estuvierais aquí, señor Duque, tendríais el placer de oír y juzgar á una nueva actriz trágica, que

ha recibido el público con grandes aplausos. Pero lo que me interesa más todavía es la extinción de los jesuitas, de que espero se ocupe seriamente la corte de España. Han recurrido al rey de Prusia para ponerse bajo su protección, y este Príncipe les ha contestado burlándose de ellos ¹. El señor marqués de Mora habrá podido enseñaros un diálogo entre el Papa, los jesuitas y los Príncipes de Europa, en que todas las palabras están tomadas de la pasión, y las aplicaciones son bastante justas y graciosas. Concluyo, señor Duque, suplicándole de nuevo excuse mi importunidad, etc., etc.»

Otra recaída de Mora, que Villahermosa cuidó sin duda de anunciar á la camarilla filosófica, vino á infundir en ésta nuevas alarmas. D'Alembert, ó mejor dicho, la Lespinasse, puesto que harto claro aparece que el complaciente filósofo no es en todo esto sino pantalla de su amiga, echó entonces por delante á Lorry, poniéndole en comunicación con Mora, é insinuando él mismo á Villahermosa, por primera vez, la idea de sacar de Madrid al desdichado enfermo.

¹ El 7 de Enero de 1773 escribe desde Roma Azara á Roda: «Magallón escribe á Moñino enviándole copia de un artículo-carta del rey de Prusia á Mr. D'Alembert, en que le dice que el emperador de los loyolitas le ha enviado un embajador para interesarle á que tome altamente la protección de su Compañía, y que él le ha respondido que el Papa era dueño de *prendre chez lui tels arrangements*, que creará convenientes; y que cuando Luis XV reformó su regimiento de Fitz-James, no tuvo él por oportuno interceder por aquel cuerpo, etc., etc.»

«Paris, 9 de Febrero de 1773.

«Señor Duque: Por aflictivas que sean las noticias que me dais sobre la salud del señor marqués de Mora, quedo penetrado de reconocimiento por vuestra amabilidad al dármelas. Veo con dolor que no bien comenzábamos á confiar en su convalecencia, han venido á turbarla nuevos accidentes. Monsieur Lorry debe haberle escrito hace ya tiempo, según se lo supliqué yo mismo. Por eso me ha parecido lo más urgente enterarle de estos nuevos accidentes de que me dais cuenta, y espero que el señor marqués de Mora recibirá por este correo los nuevos consejos que desea de Mr. Lorry para su alivio y consuelo. Debo confesaros, señor Duque, que Mr. Lorry es en absoluto de parecer que el señor marqués de Mora se aleje de Madrid, cuyo clima es completamente contrario á su estado. No dudo de que Mr. Lorry insistirá en su carta sobre este punto esencial, y añadido que este es el deseo unánime de todos los amigos que el señor marqués de Mora ha dejado en Francia, y el mío en particular, por el interés que me inspiran su felicidad y su conservación. Sin embargo, como quizá esté demasiado débil en estos momentos para moverlo, sería quizá conveniente que el señor marqués de Mora no precipitase su marcha; pero es indispensable, á mi juicio, que la lleve á cabo en cuanto sus fuerzas se lo permitan. Siento, señor Duque, que pueda seros triste esta separación; pero vos amáis al señor marqués

de Mora por sí mismo, y no os privaréis de él algún tiempo sino para poder conservarlo. Os quedará agradecido, señor Duque, de la manera más viva y sensible, si tenéis á bien seguir instruyéndome del estado de un enfermo que á todos nos es tan querido. Mlle. de Lespinasse se une á mí para suplicároslo, y me encarga expresaros su agradecimiento por lo lisonjero de vuestra carta. ¡Lástima grande que no pueda yo, tan lejos de vos, atestiguaros de otro modo que con estériles gracias lo profundo de mi gratitud y lo feliz que me consideraría si os dignaseis ofrecerme ocasión de mostrárosla!

»El señor marqués de Mora ha debido recibir hace pocos días un discurso de Voltaire, que os habrá gustado seguramente, porque ridiculiza con mucha gracia el fanatismo absurdo de nuestra Universidad de París, que no va en zaga á vuestras Universidades de Salamanca y Alcalá. También ha debido recibir al mismo tiempo otra obra más seria, y tanto más molesta para los que ataca cuanto que los absurdos y atrocidades de éstos quedan al alcance de los talentos más vulgares. Esta obra es la más *populaire* que se ha publicado hasta el presente sobre semejantes materias. Recibid, señor Duque, reiteradas seguridades de mi más vivo reconocimiento, et étera, etc.»

Es de notar que en ninguna de estas cartas, escritas todas durante la larga agonía de la condesa de Fuentes, tenga D'Alembert para esta señora la menor frase de interés, ni aun siquiera de cumpli-

miento, sufriendo ella la misma enfermedad que su hijo, y siéndola, por lo tanto, convenientes los mismos remedios y soluciones que con tanto calor proponía el filósofo para Mora.

En cambio dedica en todas sus cartas, á contar desde la siguiente, expresivas frases á la duquesa de Villahermosa, á quien no conocía, y cuyas enfermedades de entonces eran tan sólo achaques pasajeros que no la impedían dedicarse por completo al cuidado de su madre y de su hermano. La enfermedad concedió á Mora una corta tregua, y la camarilla de la Lespinasse aparece mientras tanto tranquila, esperando sin duda la próxima muerte de la condesa de Fuentes como coyuntura más favorable para arrancar de Madrid al enfermo. Mas las cartas de éste y las que á él escribían tornaron á secuestrarse, y de nuevo aparece D'Alembert en escena convirtiendo á Villahermosa en estafeta de sus manejos.

Paris, 26 de Abril de 1773.

«Señor Duque: Esperaba entrar de nuevo en tiempo profano, después de pasadas estas santas semanas, para responder á la carta que me habéis hecho el honor de escribirme, y reiterarle mis humildes gracias por las noticias que tenéis la bondad de darme sobre el señor marqués de Mora. Por las que he tenido después de vuestra carta veo que la mejoría se sostiene, y deseo vivamente lo mismo que vos, que las causas morales no turben las operaciones físicas que la naturaleza obra para restablecerle.

Sé por él mismo, señor Duque, que recibe con poca exactitud las cartas que se le escriben, perdiéndose muchas de ellas, lo mismo que las dirigidas aquí por él. Lo cual me obliga á incluir en ésta la adjunta carta, que os suplico le entreguéis. Quedo encantado de lo que me hacéis el honor de decirme sobre la mejoría de la señora duquesa de Villahermosa, y espero que la buena estación de que sin duda gozáis ya en ésa acabará de restablecerla. Espero también no acabar mi vida sin tener el honor de presentarla mis respetos, y me lisonjeo de que no tardará este momento, si es cierto lo que se dice por Versalles de que el conde de Fuentes volverá á Francia, según el deseo unánime de toda la corte, y sobre todo del Rey.

» Hemos sabido los temblores de tierra en Madrid, y esperamos detalles, temiendo las consecuencias. En cuanto á Portugal, no conozco el nuevo plan de estudios de que me habláis, ni comprendo por qué me hacen el honor de citarme á este propósito; y dudo mucho, como vos, señor Duque, que un plan de estudios en tres gruesos volúmenes sea obra de una cabeza muy filosófica.

» Mr. de Voltaire está mucho mejor y aun bastante bien para hacer esperar á sus amigos y á los amantes de las letras conservarle algún tiempo. En cuanto á nuestros *Welches*¹, que no valen más que

¹ Nombre primitivo de los celtas que poblaron la Galia. D'Alembert usa aquí la palabra *Welches* en el sentido de *bárbaros*,

vuestros iberos, siguen siempre lo mismo, gravemente ocupados en nada y tratando con frivolidad las cosas importantes. La Semana Santa ha dado tregua á teatros y tribunales, pero ha producido en cambio muchos robos y asesinatos. Después de la apertura de los teatros ha vuelto á ser objeto de las conversaciones la actriz nueva que trastornó todas las cabezas el último invierno, sin hacer mecha en la mía. Se habla unas veces de guerra y otras de paz, sin interés y sin fruto, como se habla de todo en París. Los filósofos esperan impacientes la noticia de la extinción de los jesuitas, á la cual dicen ahora que se opone la piadosa María Teresa. Es de esperar felizmente que esta noticia no tenga fundamento: si fuese cierta, sería necesario confesar que estos culebrones tienen la vida dura.

» Si veis al señor duque de Alba, me atreveré á suplicaros, señor Duque, le digáis que he recibido la caja de libros que tuvo la bondad de enviarme; que tendré el honor de darle en breve mis gracias y las de la Academia Francesa, y que retardo algunos días la respuesta que le debo para incluir en ella la carta que tendré el honor de escribir al infante D. Gabriel por su traducción castellana de *Salustio*, que he leído con el mayor placer. Tengo el honor, señor Duque, con el más profundo respeto, etc., etc.

» *Postdata.* Mlle. de Lespinasse me encarga le

para designar sin duda irónicamente alguna corporación ó partido reaccionario enemigo de sus ideas.

diga cuánto ha agradecido la honra de sus recuerdos y cuánto desea vuestra vuelta, en la esperanza de hacer conocimiento con vos y ser más feliz que lo ha sido durante vuestra anterior permanencia aquí.»

El 23 de Julio sabíase ya en París la muerte de D. Jorge Azlor, y apresúrase D'Alembert á dar á Villahermosa su pésame, sin que tampoco mencione en su carta á la condesa de Fuentes, tan próxima ya á las puertas de la muerte.

« París, 23 de Julio de 1773.

»Señor Duque: Acabo de saber con gran pesar la pérdida que habéis sufrido de vuestro señor hermano, arrebatado casi repentinamente. El dolor que os aflige honra vuestros sentimientos y su memoria, y es tanto más justo cuanto debíais esperar conservar-le largo tiempo, además de que sus cualidades, según testimonio de cuantos le han conocido, justificaban la ternura que le profesabais. Habéis adquirido, señor Duque, tantos derechos á mi agradecimiento y sensibilidad, que siempre partiré de todo corazón cuanto pueda interesaros. Supongo que seguiréis la corte á San Ildefonso ¹: también debe acompañaros el señor marqués de Mora, y espero que su estancia allí le será menos peligrosa que la de Madrid, porque dicen que en San Ildefonso no se hace

¹ Este viaje no llegó á efectuarse por haberse empeorado la condesa de Fuentes á principios de Agosto.

sentir el calor. Mas si, por desgracia, le sobreviniese algún nuevo accidente, espero, señor Duque, que me lo avisaréis con la bondad con que hasta ahora me habéis honrado, y cuyo valor sé apreciar.

» Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin toman parte muy sensible en la pérdida que os aflige, y me encargan asegurároslo.

»Permitidme pedir os noticias de la señora duquesa de Villahermosa. ¿Continúa gozando de buena salud? Permitidme también asegurarla mi profundo respeto. Conocéis, señor Duque, los invariables sentimientos, etc., etc.»

Murió al cabo la condesa de Fuentes el 12 de Octubre de 1773, y no bien llegó la noticia á París, apresuróse la Lespinasse á echar de nuevo por delante á sus aliados D'Alembert y Lorry, y aun al conde de Egmont, engañado sin duda por éste, volviendo siempre sobre el mismo tema y procurando conquistar al conde de Fuentes y á los Villahermosa, únicos que podían ya oponerse en España á sus planes. En la siguiente carta enternécese el sensible corazón de D'Alembert ante la desgracia de la condesa de Fuentes: al considerarla segura bajo tierra es cuando se le ocurre asegurar que el *puro aire* de París la hubiera también salvado, como había de salvar, según Lorry, al marqués de Mora.

París, 12 de Noviembre de 1773.

«Señor Duque: He recibido con tanto gusto como agradecimiento las pruebas de vuestro recuerdo y

vuestra bondad. Pero veo con mucha pena lo dolorosamente que está afectada vuestra alma; jamás se ha expresado el sentimiento de manera más conmovedora y más propia para hacer sentir á los demás todo lo que vos sufrís. Había pedido muchas veces noticias vuestras al señor Caballero de Magallón, y supe por él y por el señor marqués de Mora que os habíais abandonado por completo al dolor y marchado á vuestras tierras ¹. Otro acontecimiento desgraciado y á propósito para aumentar vuestra tristeza os ha hecho volver sin duda ². Permitidme repetir os que tomaré toda mi vida muy sincera parte en cuanto pueda interesar á vuestra felicidad. Sé que la señora duquesa de Villahermosa se halla al presente menos acongojada que en los primeros momentos de la pérdida que ha sufrido. No es extraño que este triste suceso haya hecho renacer sus molestias. Mas no puede menos de ocurrírseme que á veces ayudan las circunstancias á los acontecimientos desgraciados. Si la señora condesa de Fuentes hubiese muerto cuatro meses antes, quizá esta muerte hubiera fijado al señor Conde en París, resultando así el bien de las dos naciones y la ventaja particular de todos vuestros amigos, señor, y de los del señor marqués de Mora, cuya desdichada salud les tiene en continuas alarmas. Supimos su última recaída, y

1 Este viaje no llegó á efectuarse á causa de la gravedad de la condesa de Fuentes.

2 La muerte de la condesa de Fuentes.

los médicos están convencidos de que le repetirán esos accidentes si no cambia de clima. Yo creo que si la misma señora condesa de Fuentes hubiese permanecido en este país se hubiese podido salvarla. Por lo común cuesta trabajo convencerse de que el aire natal sea contrario á la salud, pero hay mil ejemplos, y al menos, conviene evitarlo una temporada. Mucho desearía, señor Duque, que para vuestro consuelo y distracción os decidieseis á pasar por aquí algún tiempo en compañía de tantos amigos que os serán seguramente queridos. Por mi parte, me consideraría muy feliz si encontrara ocasión de cultivar vuestro trato y la benevolencia con que me honráis.

«Tenemos aquí al Nuncio, de que me hacéis el honor de hablarme; es, en efecto, un verdadero niño; pero dicen que él no está encargado sino de la mímica del oficio, y que tiene un Auditor que se encarga del resto. Por aquí andan muy divertidos con las fiestas del casamiento del conde de Artois. Me ocupo tan poco de esto, que nada puedo deciros de ello, y os creo, por otra parte, en disposición bien contraria á este género de pasatiempos. Mme. Geofrin y Mlle. de Lespinasse quedan muy agradecidas al honor de vuestro recuerdo. Esta última se halla en un estado de debilidad y sufrimiento que no puede ser más á propósito para sentir y compartir vuestro dolor: así es que la lectura de vuestra carta la ha impresionado vivamente. En el caso de que por desgracia repitiesen al señor marqués de Mora los accidentes, me atrevo, señor Duque, á reclamar vues-

tras antiguas bondades. Sois tan sensible que no temo mostraros lo que es necesidad de mi corazón y del de los amigos de Mr. de Mora. Acabo, como me lo habéis ordenado, renovándoos la seguridad, etcétera, etc. ¹.

«Postdata. Recibo en este momento, señor Duque, una carta que Mr. Lorry me envía para hacerla llegar al señor marqués de Mora, y que le dirijo por este mismo correo. Veréis por ella cómo Mr. Lorry insiste en la necesidad de dejar el clima de Madrid, como ya tuve el honor de indicaros. Me dice también que ha escrito al señor conde de Fuentes, por medio del señor conde de Egmont, para darle su dictamen sobre el estado de su señor hijo. El de la señora duquesa de Villahermosa inquieta á las personas de quien es apreciada. Aunque no tengo el honor de conocerla personalmente, no ignoro cuánto interés merece. Mlle. de Lespinasse se une á mí para suplicaros, señor Duque, tengáis á bien darnos noticias suyas. Las esperamos.»

Era demasiado absurdo obligar durante el invierno á ponerse en camino para tan largo viaje á un enfermo como Mora, y por eso sin duda cesan las cartas durante los meses de Diciembre, Enero y Febrero; mas no bien apunta la primavera, de nuevo escribe D'Alembert más apremiante que nunca, tocando en las siguientes cartas todos los registros de

¹ Sin duda le encargó el Duque que no firmase las cartas, pues desde ésta en adelante ninguna viene firmada.

su ridícula y repugnante sensiblería, y confirmando él mismo de su puño y letra los vergonzosos textos, que antes citamos, de Grim en su correspondencia y Marmontel en sus Memorias ¹.

«Paris, 4 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Quedo abrumado de reconocimiento por vuestra bondad, y os suplico recibáis mis humildes al mismo tiempo que tristes gracias. Las noticias que me habéis hecho el favor de darme me alarman en extremo, pues además de que creo el último accidente del señor marqués de Mora más considerable y prolongado que los anteriores, hay también esa tos, que parece muy alarmante por el efecto que puede hacer en el pecho, y porque temo sea consecuencia de la quina y el hierro que, contra el parecer de Mr. Lorry, ha tomado. No temo menos, lo mismo que Mr. Lorry, al influjo que el aire seco y ardoroso de Madrid pueda tener en ese pecho, ya tan débil por el último accidente, y verosíblemente irritado y caldeado por el remedio de que el señor marqués de Mora ha hecho uso. No os ocultaré, señor, que Mr. Lorry teme mucho la influencia del próximo verano; teme que el exceso de calor rarifique demasiado la sangre de Mr. de Mora y se hagan los accesos aun más frecuentes. Su estado será entonces verdaderamente espantoso, porque apenas tendrá tiempo de respirar en tan cortos intervalos.

¹ Véase el cap. XIV.

El señor Caballero de Magallón me ha enseñado la carta que le escribió sobre la salud de Mr. de Mora, y esta carta me prueba, señor Duque, que no habéis olvidado nuestra lengua como me asegurabais, porque la traducción que de ella me ha hecho Mr. de Magallón no añade claridad ninguna al texto de la que me hicisteis el honor de escribirme. Decís á Mr. de Magallón que la señora duquesa de Villahermosa ha empeorado, impresionada por el estado de Mr. de Mora. Espero que este mal será pasajero, porque me habían dicho que desde algún tiempo acá su salud era muy buena. Tengo tal confianza en vuestra bondad, señor Duque, que espero con la mayor impaciencia la llegada del correo de mañana sábado: Dios quiera que calme la inquietud en que estoy. Madame Geoffrin y Mlle. de Lespinasse quedan siempre muy agradecidas al honor de vuestro recuerdo: el estado habitual de esta última es el de fiebre continua y continuos sufrimientos. En cuanto á madame Geoffrin, parece rejuvenecer. Ya sabréis el gran negocio que ocupa á la corte de España y á ésta: el proyecto de restablecer los jesuítas bajo otra forma ó bajo otros auspicios. Excusado era matarlos si habían de resucitarlos después. Por lo demás, no nos ocupamos aquí ordinariamente más que de teatros, música y frivolidades que interesan muy poco á trescientas leguas de distancia. Me guardaré, pues, de fastidiaros con estos cuentos en que no tomo ninguna parte, y me limitaré á renovaros, etc., etc.»

«Sin fecha.

»Señor Duque: Las últimas noticias que habéis tenido la bondad de darme son, en efecto, desoladoras, y todas vuestras alarmas han pasado á mi alma. Mr. Lorry escribe una segunda carta al señor marqués de Mora, pero todos sus socorros llegan tarde. Los remedios que ha tomado Mr. de Mora le han envenenado, y temo mucho los efectos de esa quina y ese hierro. Está demostrado que la fuerza y duración de esta hemorragia vienen de esa causa: Mr. Lorry no lo duda. Será preciso mucho tiempo, muchos cuidados y, sobre todo, otras luces distintas de las que guían la curación de Mr. de Mora para reparar el mal que le han hecho. Mr. Lorry desearía vivamente estar en circunstancias de asistir á Mr. de Mora; pero á tanta distancia los consejos no sirven sino para turbar é inquietar. Mucho espero de vuestra bondad, señor Duque, y aguardo el martes próximo en un estado de agitación y dolor, que no podrá calmarse hasta que sepa que vos lo estáis por completo. Jamás ha causado nadie alarmas tan vivas y crueles como las que causa el señor marqués de Mora á sus amigos. Hay entre ellos quien no me extrañará sea víctima de su afecto hacia él. Es verdad, sin embargo, que nadie hay tampoco que merezca como él excitar interés tan vivo. Su familia, su médico, sus amigos, sólo tienen un reproche que hacerle: el de obstinarse en respirar un aire que hace mucho tiempo cree mortal su médico, y dejarse con-

ducir por las luces de hombres que han desconocido seguramente el origen de su mal, siendo esto causa de que no prescriban un remedio que no aumente el peligro de Mr. de Mora. Uníos, señor Duque, á Lorry y al interés de la vida de vuestro amigo para salvarle del peligro en que están sus días. Aún es tiempo: los accidentes anteriores han sido tan fuertes como éste, y, por lo tanto, no serán sus consecuencias más peligrosas. Por mucho que hayáis sufrido al verle en tan lamentable estado, envidio vuestra suerte. Es espantoso estar á trescientas leguas y esperar cuatro días noticias tan interesantes. Nunca sabré expresaros, señor Duque, el sensible reconocimiento de que estoy poseído, ni seré bastante feliz para probaros los sentimientos, etc., etc.»

«*París*, 11 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Aumentáis todos los días la gratitud que os debo. Tenía la más apremiante necesidad de las noticias que me dais: en mi vida he sentido alarmas semejantes, y no tengo expresiones para daros las gracias. He estado aguardando en la casa de Correos la llegada de la mala, y aunque espero mañana noticias todavía mejores que las del 24, iré de la misma manera á esperarlas al correo, á fin de recibirlas una hora antes. Las palabras que venían escritas en vuestra carta por el reverso del sobre, *está bien*, me han vuelto la vida, y he quedado agradecido en particular á este rasgo de bondad inaudito por vuestra parte: es propio de un alma bien sensi-

ble, y que debe haber sufrido cruelmente, para saber ponerse tan bien en el caso de los que sufren. Sin tomar alientos he ido á llevar estas noticias á mademoiselle de Lespinasse, que las esperaba con un terror y un espanto que me tienen muy alarmado. En ninguna parte del mundo puede ser tan amado el señor marqués de Mora como lo es en este rincón que habitamos. Di parte al punto de estas consoladoras noticias á Mr. Lorry, y le he anunciado la consulta que me prometéis. La voz de todos es aquí unánime contra el clima de España, y todos tienen el mayor deseo del mundo de que Mr. de Mora venga junto á Lorry, para que se haga cargo éste de su salud, que se promete restablecer. Ya habéis visto, señor Duque, que el descuido de los médicos de España ha estado á pique de costar la vida al señor marqués de Mora. ¿Quién os responde de que en el porvenir vean más claro y aciertan mejor? Para disminuir, señor Duque, el pesar que causará al señor marqués de Mora dejar la España, sería una acción verdaderamente digna de vuestra amistad que le acompañaseis vos con la señora duquesa de Villahermosa: así os encontraríais, tanto vos como él, en compañía de los seres más queridos que tenéis en el mundo, y podríais decir que le habíais, no sólo asegurado la salud, sino salvado también la vida. Yo no sé si este proyecto os parecerá extraordinario: á mí me parece muy fácil, cuando pienso en vuestros sentimientos por el señor marqués de Mora y en la necesidad de sacarlo prontamente de ese clima funes-

to y de huir de los médicos que le han envenenado. Permitidme, señor Duque, esperar con el más vivo deseo vuestra vuelta á Francia, á no ser que la residencia aquí os sea ya insoportable: mucho me prometo frecuentar vuestro trato, más que el pasado. Os doy un millón de gracias por haberme dado noticias de la señora duquesa de Villahermosa. Había sabido por el señor Caballero de Magallón que el estado de su señor hermano la afectó vivamente, y me habéis vuelto la tranquilidad haciéndome saber que sus dolencias se han calmado. Su sensibilidad aumenta el interés que su persona inspira. Estaba desesperado porque las noticias del señor príncipe de Pignatelli ¹ hubiesen llegado con tan poca oportunidad: cuando estabais inquieto, se hallaba él perfectamente, y nunca ha estado en verdadero peligro ni tenido un solo accidente alarmante. A mi juicio, está mejor que antes de su enfermedad, y ya desearía yo que las sangrías hubiesen debilitado á Mr. de Mora tan poco como á él. Mme. Geoffrin y Mlle. de Lespinasse han compartido todos vuestros sentimientos de dolor y de alegría, y os dan mil gracias por vuestros recuerdos. Recibid, señor Duque, la expresión más sincera, etc., etc.»

Hasta el presente, limitase D'Alembert á indicar tan sólo la necesidad del cambio de clima, pero sin atreverse á soltar aún el absurdo de que era París el

¹ D. Luis Pignatelli y Gonzaga, hermano de la Duquesa y de Mora, enfermo también en París por aquel tiempo.

punto de aires sanos para un tísico que su sabio doctor recomendaba. Algo insinúa ya sobre este punto capital al allanar en la carta anterior todas las dificultades á su gusto, proponiendo acompañen al enfermo los duques de Villahermosa; mas en la siguiente expresa ya del todo su pensamiento, y temiendo sin duda lo absurdo de la propuesta, apresúrase á paliarla con la asistencia inmediata de Lorry, que había de exceder á todas las ventajas. La hoja suelta de que habla esta carta debió ser, sin duda, la que, según Marmontel, dictó la misma Lespinasse.

« *París*, 14 de Marzo de 1774.

» Señor Duque: Mr. Lorry ha respondido á la consulta, y en cuanto á lo conveniente al clima, ha dicho su opinión en hoja aparte. Pero nada añade esto á las dos cartas que ha escrito ya á Mr. de Mora, y que deben decidirle á partir al momento sin esperar esta respuesta, que, como veréis, no es más decisiva ni más absoluta que su primera opinión.

» Y es necesario confesar que desde el momento en que Mr. de Mora salió de Bayona, Mr. Lorry no ha mudado su opinión de que le era necesario volver á respirar el aire de París. Ha escrito cinco ó seis veces á Mr. de Mora, y es inconcebible que no le haya hecho hasta ahora más impresión. Pero sobre lo que Mr. Lorry no insiste todo lo bastante por modestia y desconfianza de sí mismo, es sobre la importancia de su asistencia á Mr. de Mora, porque

aun suponiendo que haya algún clima ó aire que sea igualmente bueno al de París, lo cual no cree monsieur Lorry, es necesario contar con cosa tan importante como tener á un hombre tan ilustrado y amigo por médico. Esto es sin duda lo que el señor marqués de Mora no encontrará sino en París. No os ocultaré, señor Duque, que Mr. Lorry teme verdaderamente por el pecho de Mr. de Mora, si no se decide pronto á huir de ese aire pernicioso. Sería, pues, necesario que Mr. de Mora partiese sin perder un momento, á fin de evitar los calores en su viaje. Vos, señor Duque, que tan bien sabéis amar y conocéis todo el valor de vuestro amigo, animadle, y á menos de imposibilidad, haced el sacrificio de acompañarle. Sabréis seguramente que el señor príncipe Pignatelli piensa partir dentro de un mes, lo más tarde, para reunirse con su señor padre, que por consecuencia será cuidado como merece. Mr. de Magallón se ha encargado de una carta que Mr. Lorry os escribe, de una consulta latina para Mr. Pereira y de una hoja volante sobre el clima. Si la cuestión no envolvese interés tan grande como es el de la salud y la vida del señor marqués de Mora, vuestro amigo tendría un millón de perdonos que pedir os por la extensión, machaconería é importunidad de mis cartas. Recibid, señor Duque, las seguridades, etcétera, etc.

» *Postdata.* Permitidme incluya en mi carta la adjunta esquila para Mr. de Mora.»

En la siguiente carta aparece ya decidido el via-

je de Mora bajo la responsabilidad de Lorry, que asegura está el enfermo en disposición de marchar en aquellos momentos.

« *Paris, 20 de Marzo de 1774.*

» Señor Duque: No tengo expresiones para demostraros mi reconocimiento. Comprendo que debo este exceso de bondad á vuestra amistad por el señor marqués de Mora, y á él le toca, pues, desquitarme con vos. He comunicado á Mr. Lorry las noticias que tenéis la bondad de darme. El exceso de debilidad de Mr. de Mora me inquieta. Sin embargo, lo más terrible que había era el pecho, y me tranquilizáis diciéndome que ya no tose. Mr. Lorry no duda que Mr. de Mora está en disposición de marchar en este momento. Debe haber recibido la respuesta á su consulta y una carta del todo decisiva. Bien quisiera que esta carta no le encontrara en Madrid y le fuese enviada. Hemos sabido con dolor que el señor conde de Fuentes ha estado otra vez enfermo con dos sangrías: en ninguna parte del mundo se sangra tanto como en Madrid. Si el señor marqués de Mora debe partir, obligadle, señor Duque, á no perder un momento, á causa de la estación en primer lugar, y en segundo porque monsieur Lorry desea que esté aquí antes de cumplir los tres meses de su accidente, para hacerle aplicar las sanguijuelas. Por otra parte, debe temer lo que el tiempo traiga consigo, porque hace dos años que

está oprimido por toda clase de desgracias. Comprendo, señor Duque, vuestro sentimiento por la muerte del Infante niño ¹, y tomo en él toda la parte posible. Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin quedan muy agradecidas por vuestros recuerdos, y estarían encantadas si pudieran veros por aquí pronto. Recibid, señor Duque, la seguridad del más vivo y respetuoso, etc., etc.

»*Postdata.* Nada me decís de la salud de la señora duquesa de Villahermosa, y espero sea esto señal de que es buena, como mucho lo deseo. Si viniera á este país os suplicaría solicitaseis de ella me permitiese ofrecerla mis respetos.»

Esta fué la última carta de D'Alembert en aquella funesta y vergonzosa intriga: después de ella ya no se encuentra otro rastro auténtico del desdichado Mora, que la siguiente partida de difunto fechada en Burdeos.

«El 27 de Mayo de 1774 ha muerto en esta parroquia, después de recibir los Sacramentos, el muy alto y poderoso Sr. José de Pignatelli y Gonzaga, marqués de Mora, gentilhombre de Cámara de su Majestad católica, con ejercicio, de edad de unos treinta años, hijo legítimo y primogénito de su excelencia el conde de Fuentes y la señora María Luisa de Gonzaga, viudo de la muy alta y poderosa señora María Ignacia Abarca de Bolea; y al día siguiente fué enterrado su cuerpo solemnemente en la

¹ El infante D. Carlos, nieto primogénito de Carlos III.

iglesia, estando presentes los Sres. Ducastaing y Duriala, sacerdotes coadjutores, en fe de lo cual

Balette, vicario de Puy-Paulin,

Sandré, cura de Puy-Paulin,

aprobando las raspaduras y adiciones hechas en dicha partida, hoy 19 de Julio de 1774.»

Ninguna noticia, ninguna relación de este funesto viaje en busca de la muerte, ni de su desastroso término, ha quedado por ninguna parte, si se exceptúa este lúgubre documento. La familia de Mora parece guardar un estudiado silencio sobre todo cuanto se refiere al desdichado Marqués, como si temiese que sus ideas revolucionarias, que tan oportunamente ahogó la muerte, trascendiesen fuera de la sepultura. Mlle. de Lespinasse, por su parte, trueca y trastorna los escasos hechos que llegaron á su noticia, ora ocultando, ora inventando, para amoldarlo todo á la especie de reclamo que de la pasión de Mora hizo, á fin de ablandar el corazón, harto duro, del sustituto que, aun antes de morir aquél, ya le había puesto. Sábese, sin embargo, positivamente que Mora salió de Madrid el 3 de Mayo de 1774, acompañado por el médico Navarro y dos criados, que llegó á Burdeos el 23 del mismo mes y murió el 27 de resultas de una espantosa hemorragia que la fatiga del viaje y el criminal engaño de Lorry, D'Alembert y la Lespinasse le produjeron. Sábese también que en aquel tremendo desamparo de la muerte, que venía á sorprenderle en el mísero cuarto de una posada, el desdichado Mora volvió los

ojos á Dios, recibió los auxilios de la Religión y murió en el seno de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, en que había nacido, renegando sin duda de las perversas ideas y los falsos amigos que habían extraviado su alma y precipitado su muerte. Quizá aquel misterioso retiro de Veruela logró mantener viva en el fondo de su alma una centellita de fe, que no consiguieron ahogar ni las cenizas de la impiedad ni el cieno de los vicios; quizá también las oraciones de sus dos santas hermanas María Luisa y María Manuela le alcanzaron en su hora postrera la última y decisiva gracia.

En cuanto á Mlle. de Lespinasse, murió dos años después (23 de Mayo de 1776), víctima del ardor de su temperamento y de la nueva pasión, á veces desdeñada y á veces explotada, que un año antes de morir Mora le había inspirado el Conde de Guibert, uno de los *pequeños grandes hombres* que los entusiasmos libidinosos de las mujeres famosas de aquella época fabricaban á cada paso sobre la petulante presunción de cualquier fatuo buen mozo. Y mientras D'Alembert, instigado por su doblemente falsa amiga, arrancaba con criminal engaño al desdichado Mora de casa de sus padres para llevarle á morir en el rincón de una posada, la sensible filósofa escribía á Guibert esa serie de ponderadas cartas que han resucitado su fama en nuestra época, y en las que todo, hasta el entusiasmo de sus admiradores, resulta postizo.

Mlle. de Lespinasse murió impenitente, rodea-

da tan sólo de los impíos que habían formado sus delicias, sin Dios, sin fe y sin esperanza. En el momento de expirar, el *pequeño grande hombre* Guibert dijo solemnemente esta blasfema necedad, que desde tres ó cuatro días antes tendría preparada, sin duda: «El Señor ha herido al pastor, y el rebaño se ha desbandado.» Aquella misma noche el sensible Guibert se consolaba en el teatro.

En su testamento, hace Mlle. de Lespinasse el extraño encargo de que un cirujano de la Caridad ó de cualquier otro hospital le abra el cráneo seis horas después de muerta; y en una carta dirigida á D'Alembert, como complemento de su testamento, encarga á éste las siguientes disposiciones: «Suplico á Mr. D'Alembert tenga la bondad, en el instante de mi muerte, de buscar en mis bolsillos ó en mis cajones dos retratos del difunto Sr. Marqués de Mora: me hará quitar una sortija de cabellos que he llevado siempre en el dedo: quitará también de mi reloj dos corazoncitos que penden de la cadena, uno de cabellos y otro de oro: pondrá todo esto en una cajita y lo remitirá á la Sra. Duquesa de Villahermosa, con una carta en que conste que yo soy quien he dispuesto al morir se le remita cuidadosamente esa caja. Convendría encargar del envío al Sr. Conde de Aranda ¹.»

En el triste inventario de las alhajas, ropas y efectos de Mlle. de Lespinasse, vendidos en pública su-

¹ Era entonces Embajador en París.

basta después de su muerte, consta esta partida : « Dos retratos del difunto Mr. de Mora, una sortija, dos corazoncitos, de oro uno, apreciado el lote en quince libras. »

D'Alembert mismo debió adquirir este lote en la subasta, para cumplir, sin duda, como en efecto hizo, la última voluntad de su amiga, remitiéndolo todo á la Duquesa de Villahermosa. Los retratos y los simbólicos corazones han desaparecido: la sortija encuéntrase al presente sobre nuestra mesa, en compañía de otro anillo dado por la Lespinasse á Mora y arrancado también al cadáver de éste, para la Duquesa de Villahermosa. La primera de estas sortijas consiste en un aro de oro, ceñido por una trenza de pelo rubio oscuro, unida en sus extremos con una chapa de oro, en que se lee: *Memoire de...* Forma la segunda un aro de oro, con un calendario mensual perpetuo esculpido, y una chapa en que hay un lema, que no puede leerse sin cierto temeroso disgusto, á través de un siglo y sobre el recuerdo de un muerto: *Que tout passe hors l'amour*. Sentencia muy propia de Mlle. de Lespinasse, que sustituía en su corazón pasiones á pasiones, y aun las simultaneaba sin escrúpulos, y que proponemos se grave en el pedestal de la estatua que levantarán al cabo á esta *ideal* heroína del amor los admiradores de las pasiones del siglo XVIII. Por si el caso llega, les recomendamos como modelo para la estatua el de aquella gran meretriz de Babilonia, que describe la Escritura, vestida de púrpura, sentada

sobre una bestia roja, elevando sobre su cabeza una copa de oro llena de humanas inmundicias ¹.

XVI

La desastrosa muerte del Marqués de Mora y las tristes circunstancias que la rodearon, en que no pudo menos la Duquesa de Villahermosa de considerar hasta cierto punto como cómplice á su propio marido, sumieron á esta señora en una especie de doloroso estupor, interrumpido tan sólo por fuertes ataques nerviosos y lágrimas amarguísimas. El 25 de Junio escribía el Duque de Villahermosa contestando á la carta de pésame de su cuñada la Princesa Pignatelli: « Como podréis suponer, Madame de Villahermosa está extraordinariamente afligida ², y ha tenido seis ó siete días de vapores y angustias continuas que no la dejaban sosegar; ha rehusado todo alimento y todo remedio, y sólo con gran trabajo he conseguido hacerla tomar algo. Ahora empieza á volver en sí; mas ha tomado tal aversión á las cartas, que no creo quiera leer ni aun la vuestra, y no podrá, por lo tanto, contestarla: por eso os suplico, señora, recibáis las excusas que os presento en su nombre, pues su estado es más digno de compasión que de censura. »

Prolongóse por mucho tiempo este estado de

¹ ... plenum... inmunditia fornicationis eius (Apoc., XVII, 4.)

² El original de esta carta está escrito en francés.

Doña María Manuela, y ni la extraña boda del Conde de Fuentes con la Duquesa viuda de Huéscar, celebrada á los seis meses de muerto su hijo, ni la venida de D. Ramón Pignatelli, que atraído por las nuevas políticas y llamado por Villahermosa llegó apresuradamente á la corte, ni los alborotos continuos que estallaban en las calles de Madrid al llegar las noticias de la derrota de Argel, consiguieron sacar á la Duquesa de su postración y retraimiento. Las iras de grandes y pequeños estallaban unánimes ante tamaño desastre contra O'Reilly y Grimaldi, y mientras los más cultos acribillaban con sátiras y libelos al General y al Ministro, la gente baja llevaba su encono contra O'Reilly hasta insultar á su mujer y á su hija al entrar éstas en la iglesia de la Soledad, y pretendía incendiar la casa de Grimaldi, aplicando materias embreadas á los quicios de las puertas. El partido aragonés creyó llegada para él la hora del triunfo, y el Canónigo Pignatelli y Villahermosa, avanzando quizá demasiado, le salieron al encuentro; mas Carlos III mantuvo por entonces á Grimaldi de Ministro de Estado, «contra los tiros, — dice Ferrer del Río, — que más sañudo que nunca le asestaba el partido aragonés, bastante debilitado desde la ausencia del Conde de Aranda, y rehecho ahora á ímpetus de la agitación que agriaba los ánimos y enardecía las voluntades. Su voz llevaba D. Ramón Pignatelli, Canónigo de Zaragoza y hermano del Conde de Fuentes, y merced al gran valimiento de que gozaba un

sobrino suyo (*Villahermosa*)¹ cerca del Príncipe de Asturias, pretendía suceder á Grimaldi en el Ministerio. Como en las monarquías absolutas suele acontecer que los descontentos se agrupan en torno del inmediato sucesor á la corona, y que los patrocina y defiende de éste con más ó menos disimulo, con mayor ó menor empuje, el Príncipe de Asturias, que vivía ya bajo el predominio de su esposa, incitado por ella habló bastante alto contra los que en el descalabro de Argel fueron parte, y al son de las pretensiones de Pignatelli.»

Hállabase, sin embargo, Carlos III harto envuelto entre las redes que aprisionaban á la mayor parte de los soberanos de Europa en manos de los impíos filósofos, conjura contra la Iglesia católica, para apartarse espontáneamente del camino por donde aquéllos le llevaban. Sostuvo, pues, con el tesón con que mantenía sus yerros, á Grimaldi, hasta publicarse la célebre pragmática sobre matrimonios

1 Este sobrino de que habla Fernán Núñez en su historia manuscrita de Carlos III, y á que alude también Ferrer del Río en este pasaje, no era otro sino el Duque de Villahermosa, *sobrino político*, como decimos en España, del Canónigo, por estar casado con su sobrina carnal Doña María Manuela Pignatelli. La circunstancia de no nombrar ninguno de estos autores al sobrino en cuestión, indujo quizá á Mr. Morel Fatio á suponer en sus eruditos *Estudios sobre España* que fuese D. Juan Pignatelli y Gonzaga, hijo tercero del Conde de Fuentes. Mas D. Juan Pignatelli contaba en esta época dieciocho años, pues nació el 28 de Enero de 1758, y no estaba, por lo tanto, ni en edad ni en posición de mezclarse en intrigas políticas, ni de merecer ni explotar favores de Príncipes.

desiguales, y llamó después al Ministerio á D. José Moñino, otro *golilla*, filósofo también de los conjurados de España, que acababa de cubrirse de gloria en Roma arrancando al anciano é inerme Clemente XIV el Breve de extinción contra los jesuítas. Hazaña era ésta, indicada como primer paso de la conjura, cuyo programa trazó Federico de Prusia, en carta memorable del 24 de Marzo de 1767. He aquí esta pérfida norma, discurrida por el *Salomón del Norte*, gloria de la masonería de su tiempo, de la cual no se ha apartado una sola línea, desde entonces hasta el día, la política de los enemigos de la Iglesia, que no han cesado de repetir contra ella, con más ó menos fortuna, el grito de Voltaire: *¡Ecrassez l'infame!*...

«No son seguramente las armas, — escribe Federico á Voltaire, — las que han de destruir á *la infame*... Morirá á manos de la verdad y de la seducción del interés. Si queréis que desenvuelva esta idea, ved lo que se me ocurre. He notado, y muchos han hecho la misma observación, que en los sitios en que hay más conventos de frailes es donde el pueblo se entrega más ciegamente á la superstición. No es, pues, dudoso que si se llegaran á destruir estos asilos del fanatismo, se tornara el pueblo indiferente y tibio hacia lo mismo que es al presente objeto de su veneración. Se debería, por lo tanto, comenzar á *destruir los claustros* ó á disminuir por lo menos su número. La ocasión ha llegado, porque, así el Gobierno francés como el austriaco, están entrapa-

dos y han agotado en vano todas sus industrias para pagar sus deudas. El cebo de las abadías ricas y de los conventos de mucha renta es tentador. Representando á estos Gobiernos lo que perjudica el celibato de los frailes al aumento de población en sus Estados, el abuso del inmenso número de *cogullas* que invaden sus provincias y, sobre todo, la facilidad de pagar parte de sus deudas apropiándose los tesoros de estas Comunidades que no tienen sucesores, creo que se determinarán dichos Gobiernos á comenzar estas reformas; y es de presumir que después de haber gustado la secularización de algunos beneficios, *la codicia les hará engullir el resto*.

»Todo Gobierno que se determine á esta operación será *amigo de los filósofos*, y protector por ende de cuantos libros ataquen á las supersticiones populares y al *falso celo de los hipócritas* que se opongan á ellas. He aquí un sencillo proyecto que someto á la aprobación del *Patriarca de Ferney*, y á él, como *padre de los fieles*, le toca rectificarlo y ejecutarlo. Quizá me objetará el Patriarca lo que deberá hacerse entonces con los Obispos, y yo le respondo que no es todavía tiempo de tocar á ellos, y que es necesario comenzar por destruir á los que mantienen vivas las llamas del fanatismo en el corazón del pueblo. Cuando éste se halle entibiado, los Obispos vendrán á ser unos *pobres diablos*, de quienes los *Soberanos dispondrán á su arbitrio en lo sucesivo*. El poder de los eclesiásticos *no es más que una aprecia-*

ción que se funda en la credulidad de los pueblos. Ilustrad á éstos, y el encanto cesa.»

El 5 de Abril contesta el Sumo Pontífice de Ferney al rey Kadosch:

«Vuestra Majestad tiene mucha razón al decir que no son las armas las llamadas á destruir *la infame*. Las armas pueden destronar á un Papa ó desposeer á un elector eclesiástico, pero nunca destronar la impostura. No concibo cómo no habéis echado mano de algún buen Obispado para pagar los gastos de la última guerra; pero sé muy bien que no destruiréis la *superstición cristicola* sino con las armas de la razón. Vuestra idea de atacarla *por los frailes* es propia de un gran capitán. Una vez abolidos los frailes, queda expuesto el error al desprecio universal. Mucho se escribe en Francia sobre esta materia; todo el mundo habla de ella; pero no consideran aún lo bastante maduro este gran negocio, y nadie se atreve á empezar, porque los devotos tienen todavía aquí crédito.»

Cuando Voltaire escribía esto, habían comenzado ya, sin embargo, por los jesuítas, que con arreglo á indicaciones anteriores del mismo Federico debían abrir la marcha, por ser, según su frase, *los granaderos de la Iglesia y los guardias de Corps del Papa*. Atrevióse primero Pombal en Portugal, siguiéronle Choiseul en Francia, Aranda en España, Tanucci en Nápoles, Felino en Parma, y cúpoles á Carlos III y Moñino la gloria de alcanzar su destrucción definitiva, dejando ya este último indicada

en Roma, como amenaza, la de otras Ordenes religiosas, según puede verse en su despacho á Grimaldi del 3 de Septiembre de 1772. Véase ahora la perfecta analogía que guarda con todo este diabólico plan la siguiente importante carta del Conde de Aranda al P. Isidro López ¹, que existe inédita hasta hoy en el archivo de Loyola.

¹ El P. Isidro López trató familiarmente con el Conde de Aranda, por la mucha amistad que con la piadosa Condesa tenía, y aun pasó más de una temporada huésped en su casa, siendo Procurador General de la provincia de Castilla. Apreciábase Aranda en todo su valer, y temía por lo mismo que su sagacidad y valimiento en la corte descubriesen y aun desbaratasen la cautelosa trama que urdía contra los jesuítas, sus hermanos. Complicósele por esta razón en el famoso motín de Esquilache, improvisando un testigo falso, que aseguró haberle visto disfrazado entre los grupos de amotinados, y desterrósele con gran premura de Madrid, enviándole al colegio de Monforte. Y fué cosa rara, que mientras caía el rigor de los jueces sobre el Abate Hermoso, D. Miguel de la Gándara y el Marqués de Valdeflores, principales víctimas de aquel inicuo y ridículo proceso, imputándoseles como principal cargo una imaginaria complicidad con el P. López, se dejase libre al mismo Padre López en Monforte, sin tomarle siquiera declaración alguna. Prueba manifiesta de que el buen afecto personal que Aranda le tenía quiso librarle de todo riesgo, limitándose tan sólo á tenerle lejos de la corte, donde no le estorbase sus manejos. El P. Isidro López fué hombre de mucha prudencia y virtud, y dió buena prueba de su amor á la vocación y su tranquilidad de conciencia cuando llegó al siguiente año el decreto de expatriación de los jesuítas al colegio de Monforte. Hallábase el P. López por casualidad ausente, é instándole varios amigos para que se ocultase y huyese, no lo permitió en manera alguna, sino que espontáneamente se presentó en el colegio y reunióse á sus hermanos, para marchar con ellos al destierro. Murió santamente en Bolonia el 7 de Octubre de 1797.

«Paris, 3 de Julio de 1775.

»Muy señor mío: He recibido la de vuestra merced de 1.º de Junio, que sin duda me han dirigido desde León los portadores, respecto á que mudarían de idea sobre venir á París. Y sin ser profeta y años antes del crítico ¹, llamaba yo á vuestra merced *l'abbé Isidore*. Quién hubiera dicho que no sólo se verificaría, sino que yo había de ser el que hiciese la fiesta ². Nuestro proverbio español dice que «en dando en que el perro ha de rabiarse, rabia». Todo el mundo dió en que el cuerpo *Tiralino* ³ no convenía. Yo así lo creo, y cada día más vivo persuadido de ello; como que también fuera muy útil á la cristianidad y al bien de los Estados políticos el hacer otro tanto é igual supresión de muchos otros cuerpos de uno y de dos colores ⁴. El de Granaderos ya cayó; más fácil sería pegar con los demás, y no faltarían justísimas razones para ello. Entiendo que llegará un día, bien que no en los nuestros, y vuestra merced apuesto que concibe lo mismo: consuélase con haber abierto el camino y servir de ejemplar.

»Considero que un sócorrillo podrá aliviar á un Abate, y no se opone á que como prójimo se le facilite, mayormente cuando ya no es *ex illis*. Por eso recibirá vuestra merced cuando ésta cuatrocientas

¹ Esto es, el de la Compañía en 1773.

² La supresión.

³ Jesuítico, teatino.

⁴ De diversas Órdenes religiosas, que vestían de un solo color ó de dos, como los Dominicos.

libras de esta moneda, á fin que se arrope y empuque; y no me retraigo de aliviarlo en sus trabajos, como experimentará vuestra merced siempre que tenga la confianza de avisármelos. He cuidado del *quondam* Fray José ¹, y lo continuaré hasta el fin de sus días con el mayor gusto. Un difunto me le había hecho pasar alguna estrechez; pero se remedió y no volverá á sucederle.

»Si el Santísimo Padre acabase de desengañar al mundo de que los muertos no pueden resucitar ², creo que les haría un gran bien, y sin este medio no puede prometerse que sus huesos se trasladen á ser enterrados en su tiempo bajo el sol que nacieron. Lo demás será un fanatismo que revolverá los Príncipes hijos de la Iglesia; se tendrán firmes sobre lo hecho, y la corte romana no está ya en tiempos que se ande ³ á burlas. Mejor sería que piense en los

¹ Este Fray José de que habla, es el P. José Pignatelli, y el difunto á que alude era su hermano el P. Nicolás, á quien llama *difunto*, por ser también de los jesuitas extinguidos: el cual Padre Nicolás causó en el destierro grandes sinsabores al P. José con sus genialidades, y la loca prodigalidad con que malgastaba los escasos recursos con que contaban ambos hermanos. Aranda sabía todo esto, porque Azara, que era chismoso, se encargó de propagarlo, y debe consignarse en honor de aquél, que socorrió con largueza repetidas veces á muchos de los Padres desterrados que se veían en la miseria; caridad que es argumento en contra suya, porque reconocía tácitamente la inocencia de sus víctimas, y compadecía los trabajos que él mismo les había proporcionado.

² Que la Compañía no puede ser restablecida.

³ Parece decir *que se atreva*.

repetidos viajes que hace á Italia la familia apostólica, y que un día ú otro puede volver á Obispo de Roma, y á la vista del Soberano á quien irá á hacer su corte como cualquiera hijo de vecino, pues le habrá pedido su confirmación cuando lo hubiesen elegido, volviendo á las modas antiguas, que como más inmediatas á San Pedro, tienen grande recomendación.

»Vuestra merced tranquilice su ánimo, confórmese con la voluntad de Dios, y crea que le estima y desea servirle,=ARANDA¹.

»*Monsieur l'Abbé Isidore.*»

He aquí adónde iba á parar el cabito que soltó de la maraña tejida en las logias del siglo XVIII el

¹ Puesto que del Conde de Aranda hablamos, parécenos oportuno consignar un dato muy poco conocido, que, de ser auténtico, arroja nueva luz sobre este personaje. Hace doce años celebraron los masones españoles el centenario de la fundación del *Grande Oriente nacional de España*, acuñando una moneda de bronce con estas inscripciones: por el anverso: *Centenario del Grande Oriente nacional de España, celebrado en 1880, año 5.º del 6.º Gran Maestro*. Por el reverso: *Grande Oriente nacional de España, fundado en 1780 por el Conde de Aranda, primer Gran Maestro*. La medalla es auténtica y existe en poder de un elevado personaje, que nos ha proporcionado exacto facsímile metálico. En cuanto á la verdad del hecho asegurado en ella, toca probarla á los masones, que así demostraran al mismo tiempo la estulticia ó hipocresía (nosotros nos atenemos á la estulticia) de Carlos III, que publicando pragmáticas contra los masones, ponía su confianza en el Gran Maestro de todos ellos, y la deslealtad del Conde de Aranda que tan inicua-mente engañaba al obtuso Monarca.

real masón prusiano; cabito que se encargaron de hilar en su tiempo los principales personajes de la época, y han seguido y siguen hilando con más ó menos fortuna políticos y masones de gran renombre. Mas ni aun en el día de hoy, en que gran parte de las profecías de Aranda se han cumplido y el Padre Santo está ya á la vista del soberano sacrilego que usurpó sus dominios, hay muchos personajes oficiales, como entonces lo era Aranda, que se atrevan á soltar prendas tan atrevidas. Ya Roda, Ministro de Gracia y Justicia, había dicho antes en carta á Choiseul descubriendo hasta el fondo la hipócrita negrura de alma de aquellos hombres, viles ministros de la impiedad francesa: «La operación nada ha dejado que desear: hemos muerto al hijo (la Compañía de Jesús); ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana.»

Y, sin embargo, éstos eran los hombres que se movían, y éstas las intrigas que se fraguaban bajo el amplio manto de necia hombría de bien y piedad mujeril con que rebosaba su insipiencia el gran Rey Carlos III. Tal es la opinión de un crítico eminente, cuya ilustración no conoce rival en España, á nuestro juicio. «De Carlos III,—dice,—convienen todos en que fué simple *testa férrea* de los actos buenos y malos de sus consejeros. Era hombre de cortísimo entendimiento, más dado á la caza que á los negocios, y aunque terco y duro, bueno en el fondo y muy piadoso, pero con devoción poco ilus.

trada, que le hacía solicitar de Roma con necia y pueril insistencia la canonización de un leguito llamado el hermano Sebastián, de quien era fanático devoto, al mismo tiempo que consentía y autorizaba toda clase de atropellos contra cosas y personas eclesiásticas, y de tentativas para descatozizar á su pueblo. Cuando tales beatos *inocentes* llegan á sentarse en un trono, tengo para mí que son cien veces más perniciosos que Juliano el Apóstata ó Federico II de Prusia. Pues qué, ¿basta decir, como Carlos III decía á menudo: «No sé cómo hay quien tenga valor para cometer deliberadamente un pecado, aun venial?» ¿Tan leve pecado es en un Rey tolerar y consentir que el mal se haga? ¿Nada pesaba en la conciencia de Carlos III la inicua violación de todo derecho cometida con los jesuitas? ¿Qué importa que tuviera virtudes de hombre privado y de padre de familia, y que fuera casto y sobrio y sencillo, si como Rey fué más funesto que cuanto hubiera podido serlo por sus vicios particulares? Mejor que él fué Felipe III, y más glorioso su reinado en algunos conceptos, y, sin embargo, no le absuelve la historia, aun confesando que hubiera sido excelente Obispo ó ejemplar Prelado de una Religión, así como de Carlos III lo mejor que puede decirse es que tenía condiciones para ser un especioso modelo, un honrado alcalde de barrio, uno de esos *burgueses* (como ahora bárbaramente dicen) muy conservadores y circunspectos, graves y económicos, religiosos en su casa, mientras dejan que

la impiedad corra desbocada y triunfante por las calles ¹.»

Y como prueba de que no es desahogo de parte agraviada lo que mueve nuestra pluma, ni fueron nunca los jesuitas los más severos al juzgar á Carlos III, he aquí el juicio que de él ha dejado el Padre Manuel Luengo, de la Compañía de Jesús, contemporáneo y víctima inmediata suya, en su diario inédito que se conserva en el archivo de Loyola ²:

« Por una parte era un Príncipe sin vicio alguno personal. Viudo desde la edad de más de cuarenta años, no ha dado motivo de que se diga de él en materia de castidad ni la mas leve ligereza. Su porte en todo regular y cristiano, asistiendo diariamente á Misa, frecuentando los Sacramentos y haciendo todos los días y en ciertos tiempos otras muchas acciones cristianas. La caza le llevaba mucho sus atenciones y mucha parte del día, pero no gastaba ni un cuarto de hora de la noche en los teatros. Era además de esto liberal y generoso, recto, justo, benigno, amante de sus vasallos, muy inclinado á hacer bien á todos, compasivo y misericordioso aun con los reos y culpables de graves delitos, de lo que se pudieran traer varios ejempla-

¹ Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos Españoles*, t. III, páginas 130 y 131.

² Los claros que dejamos en los siguientes párrafos corresponden á palabras indescifrables en el original, por hallarse éste sumamente deteriorado, pero cuyo sentido puede suplir el lector clara y fácilmente.

res. Y no se podrá creer sin temeridad que un monarca de este corazón gravísimos males á cinco mil religiosos verdaderamente inocentes, sino por haber sido sorprendido y engañado de tal modo que los creyó reos de gravísimos delitos. Yo mismo he oído más de una vez en el destierro al P. Isidro López, que conoce el corazón y carácter de Carlos III tan bien como cualquiera de los que han estado cerca de su persona, que

confesor le hubiese dicho un día por la mañana: *Señor, los jesuitas son inocentes y es malo y ofensa de Dios lo que ha hecho con ellos,* de la no ba revocada la pragmática sanción, porque fuimos desterrados de todos los dominios. Por otra parte, era por genio cándido, sencillo é inocente, no estaba dotado de ingenio perspicaz; nada instruido y versado, como regularmente sucede á los hijos de grandes príncipes, en mundo, en ardides y astucias de los políticos, imbuido en máximas venenosísimas á los que le rodeaban, por el cuidado y diligencia del indigno Tanucci, expuesto á persuadirse en que todos sus Ministros eran buenos, fieles, celosos é incapaces de hacer la menor injusticia; distraído del gobierno por la malignidad de los mismos privados suyos en fomentarle tanto la inclinación á la caza, que ésta vino á ser su principal ocupación tiempo, lo mismo con los fríos y nieves y rigores del invierno, que con los ardientes calores del verano. Este ha sido en realidad Carlos III; en su fondo

justo, benigno, buen cristiano, poco aplicado al gobierno, entregado á la caza, y muy satisfecho de estar bien servido de los Ministros. Y así, todas las cosas contrarias á esto, que ciertamente serán muchísimas, se deben mirar sin la menor duda como mentiras, ó por lo menos como hipérboles y exageraciones. »

Una vez entrado en el Ministerio Moñino, apresuróse á sosegar los ánimos de los *aragoneses*, comenzando por el Príncipe y la Princesa de Asturias, que los protegían y envalentonaban. Cruzáronse cortes, aunque no muy sinceras felicitaciones entre Aranda y Moñino, y apresuróse éste á prometer al Canónigo Pignatelli su decidido apoyo para la obra del canal imperial de Aragón, como lo cumplió en efecto, satisfaciendo así los verdaderos deseos y aspiraciones de aquel noble y desinteresado patriota. Más difícil, sin embargo, juzgó Floridablanca contentar á Villahermosa, y como se hubiese éste significado demasiado en aquellas revueltas, y el gran favor de que gozaba con los Príncipes de Asturias le hiciera hartamente temible, pensóse entonces en alejarle honrosamente de la corte confiándole alguna Embajada. Mas disgustado Villahermosa por su parte de los negocios políticos, dedicóse de lleno, dando de mano á éstos, á sus aficiones literarias, emprendiendo el trabajo de reducir á un cuerpo de historia y cronología las fábulas griegas, y ordenando, con ayuda del Abate Casalbón, su magnífica biblioteca, atestada entonces de cuantas obras

perversas habían vomitado los enciclopedistas y filósofos franceses: estos libros, prohibidos en su mayor parte por la Inquisición, habían entrado clandestinamente en España, en paquetes dirigidos por encargo de Villahermosa á D. Domingo Iriarte y á D. Manuel Roda, Ministro de Gracia y Justicia; que tal era la lealtad con que servían á su Rey aquellos hombres de su confianza. El 1.º de Julio de 1777 fué nombrado Villahermosa, por aclamación, miembro de la Academia Española, y el 8 del mismo mes tomó asiento en ella, leyendo el discurso de costumbre con grande agrado de todos, según consta en las actas. Encontró en esto Villahermosa ancho campo para saciar su actividad, sin mezclarse en las intrigas políticas, y en el corto plazo de un año encuéntrase consignada su asistencia á sesenta y ocho juntas de la Academia, siendo en diez de ellas ponente, y tomando parte muy activa en la adjudicación de premios en que fué laureado el poema á las Naves de Cortés, de D. José Vaca de Guzmán, en la edición de poesías de Sánchez, y en la tercera edición del *Diccionario de la Academia*.

Mas á pesar de esta retirada voluntaria de Villahermosa, no le perdía Floridablanca de vista, hacía-se sospechosa su continua asistencia al cuarto del Príncipe de Asturias, y acabó al fin por poner en práctica su intento de alejarle, nombrándole embajador en la corte de Turín, á fines de Junio de 1778. Esta desconfianza de Floridablanca, abultada por los suspicaces y aun malévolos ojos de la diploma-

cia, dió lugar á que el Conde de Montmorin, embajador de Francia en España, enviase la siguiente nota al Conde de Vergennes, Ministro de Negocios Extranjeros:

« Pronto llegará á París el Sr. Duque de Villahermosa, que va destinado á la embajada de Turín, Es yerno del Conde de Fuentes, con quien ha vivido en París mucho tiempo cuando aquél era embajador; pero no por eso nos quiere más bien. Es hombre muy distinto de Mr. de Almodóvar ¹. Monsieur de Floridablanca le considera como el jefe de las intrigas que se traman en el cuarto del Príncipe de Asturias, y esto es lo que ha determinado á alejarle... Villahermosa ha aceptado con disgusto el puesto que va á ocupar, y teme que su ausencia le perjudique. Si no se hubiese temido irritar á la Princesa, se le hubiera alejado de manera menos honrosa. El Rey católico está muy prevenido contra él. Hay, en efecto, en la conducta de Mr. de Villahermosa un hecho que le favorece muy poco, si es cierto, como me han asegurado. A pesar de deber grandes favores al Sr. Marqués de Grimaldi, ha estado á la cabeza de todas las intrigas que forzaron

¹ D. Pedro de Góngora y Luján, Marqués y luego Duque de Almodóvar, era entonces embajador en Londres. Fué de los enemigos que tuvo el catolicismo en España por aquella época: tradujo la *Historia filosófica de los establecimientos de los europeos en Ultramar*, de Raynal, con el seudónimo de D. Eduardo Malo de Luque, anagrama de su título, y fué denunciado al Santo Oficio como impio é incrédulo.

á este Ministro á retirarse. Mr. Grimaldi es naturalmente pusilánime y tenía gran miedo al pueblo de Madrid. En consecuencia de esto, uno de los medios de que se valieron para obligarle á retirarse fué el de enviarle cartas anónimas de todas partes, amenazándole con la muerte; y como estas cartas no produjeron todo el efecto, le prendieron fuego á su casa. Pues bien: si se ha de creer lo que aseguran, este último medio fué invención de Mr. de Villahermosa, y él fué quien lo hizo ejecutar.»

Ningún rastro hemos encontrado de estas pretensiones personales de Villahermosa al Ministerio, ni de las malas artes con Grimaldi de que Montmorin le acusa: constan tan sólo la amistad é influencia que con el Príncipe de Asturias tenía, y el apoyo que prestó á los deseos y causa del Canónigo Pignatelli. Su cualidad de extranjero, y de extranjero en el poder, hizo siempre á Grimaldi odioso al pueblo de Madrid, y cuando el célebre motín de Esquilache, después que los amotinados invadieron y destrozaron la casa de éste, que era la muy conocida de *las siete chimeneas*, corrieron á la de su paisano Grimaldi para hacer lo mismo, sin necesidad de que les guiase Villahermosa. Júzguese si las iras que produjo en las turbas la noticia del desastre de Argel, de que realmente eran responsables Grimaldi y O'Reilly, no pudieron ser causa espontánea de aquellos nuevos excesos contra el anti-pático ministro italiano. Es, pues, más que probable que algún *golilla* chismoso, enemigo de Villa-

hermosa, inspiró su nota al Conde de Montmorin, si no es que se la inspiraron á él mismo los malos ojos con que debió mirar el apoyo prestado por el Duque á un hombre como el Canónigo Pignatelli, de carácter é ideas tan contrarias á la revolución. Porque ha de tenerse en cuenta que Montmorin era sujeto de perversas ideas y malas intenciones, considerado en su patria como traidor, así por los aristócratas, que eran los suyos, como por los revolucionarios á quienes se allegó después, por simpatías ó fatal cálculo, pertenecía, aun siendo Ministro de Negocios Extranjeros, al Club francmasón de la Propaganda, que tenía por objeto, como dijimos antes, *no sólo consolidar la revolución en Francia, sino hacerla estallar en los demás pueblos de Europa y derribar todos los Gobiernos existentes*. Presidía este Club el abate Sièyes, y formaban parte de él Petion y Robespierre¹. Montmorin pagó sus yerros muriendo asesinado en la Abadía, en la horrible matanza del 2 de Septiembre.

Dos sucesos de grande importancia para la Duquesa de Villahermosa vinieron durante este período de tiempo á sacarla al fin del retraimiento en que vivía desde la muerte de Mora, proporcionándole uno nueva y amarga pena, dándole el otro á gustar, por vez primera, las más puras delicias que conoció en la vida. Fué el primero la muerte del Conde de Fuentes, acaecida á las tres de la madru-

¹ Deschamps, *Les Sociétés secrètes y la Société*, t. II, capítulo VI, pág. 139.

gada del 14 de Mayo de 1776. Este triste suceso hizo á la Duquesa intimar algo con su madrastra Doña Mariana de Silva, la cual, tan poco fiel á la memoria de su segundo marido como lo había sido éste á la de su primera esposa, volvió á casarse por tercera vez, en 1778, con el espléndido Duque de Arcos, D. Antonio Ponce de León, logrando también enterarlo el 13 de Diciembre de 1780. Debe consignarse, sin embargo, en honor de la ilustre académica, viuda de tres maridos, que así durante sus terceras nupcias como durante su tercera viudez, miró y favoreció como á hijos propios á los dos menores, Don Juan y D. Carlos, que en edad bien temprana dejó huérfanos el Conde de Fuentes. A poco de muerto éste, y cuando ya tenía Villahermosa, después de siete años de matrimonio, perdida casi la esperanza de dejar un heredero á su ilustre casa, dió á luz la Duquesa una niña, que se llamó Javiera por exigencias de su madre y conmutación del hábito ofrecido por ésta á San Francisco Javier años antes, y cuyo cumplimiento la prohibió Carlos III, por serle sospechosa esta devoción á un santo jesuíta. Pombal fué más precavido, mandando borrar á tiempo del calendario á San Francisco Javier y á San Ignacio de Loyola.

Salió la Duquesa á Misa de parida con grande pompa y acompañamiento, según era entonces costumbre, y fué después aquel mismo día al Monasterio de las Salesas Reales para presentar la recién nacida á su hermana Sor María Luisa Pignatelli:

acompañábanla en la misma carroza la Duquesa de Béjar y Doña Francisca de Sales Portocarrero, Condesa del Montijo, educandas las dos de las Salesas Reales. Desde su más tierna infancia era la Villahermosa grande amiga de esta extraña Condesa del Montijo, que no fué otra sino la procesada por la Inquisición en 1798, madre del célebre *Tío Pedro* del 17 de Marzo en Aranjuez, jefe más tarde de la francmasonería española. En la época á que nos referimos contaba la Condesa del Montijo veinticuatro años, y era señora piadosa y de tan ejemplares costumbres como su íntima amistad con la Villahermosa y la de Béjar prueba con evidencia. Cómo esta señora de tan cristianos principios y piadosa educación pudo extraviarse hasta el punto de ser en su edad madura la fautora en Madrid del jansenismo, que nunca fué otra cosa en España sino descarado volterianismo, es cosa que asombra y estremece y hace considerar los derrumbaderos por donde la adulación y las malas compañías precipitan la vanidad de la mujer. Algunos datos curiosos que sobre la infancia de esta señora hemos encontrado en el archivo de las Salesas Reales podrán quizá explicar en parte el enconado odio de que dió muestras la Condesa del Montijo en sus últimos años contra todos los Institutos religiosos, y muy especialmente contra los frailes Capuchinos.

Fué esta señora hija de D. Cristóbal Portocarrero Guzmán y Luna, Marqués de Valderrábano, primogénito de la casa de Montijo, y de Doña María Josefa

Chaves Chacón, hija de los Condes de Miranda. Murió el Marqués de Valderrábano en vida de su padre, á los veintinueve años de edad, en 2 de Noviembre de 1757. La pena de su viudez abrumó á Doña María Josefa, y encerróse dos años en su casa, con gran retiro del mundo y austeridad de vida, hasta que mal aconsejada por un fraile Capuchino que espiritualmente la dirigía, entró en el convento de Religiosas Carmelitas, llamado de las Baronessas, abandonando á su hija, de seis años entonces, á los cuidados del viejo Conde del Montijo, su abuelo, enfermo ya y postrado por el mal de perlesia que le causó la muerte. Puso el abuelo á la tierna huérfanita de educanda en las Salesas Reales, sin que volviese á tener ella otras noticias de su madre que las que de vez en cuando le traía su tío-abuelo el Cardenal Arzobispo de Toledo D. Luis Portocarrero, Conde de Teba, que con largos intervalos la visitaba. Por él supo la niña al cabo que su madre, novicia aún en las Carmelitas, había de profesar en la fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora, 14 de Noviembre de 1762. Al día siguiente á éste, una religiosa, maestra de las educandas en las Salesas, escribía á cierta persona de toda su confianza: «Hemos sabido hoy que el Conde del Montijo continúa su mejoría, y que mañana se vestirá su Excelencia. Ayer profesó con gran solemnidad la señora Marquesa (viuda de Valderrábano), pero sin participárnoslo siquiera por un recado; la niña lloró toda la mañana, acordándose que Su Eminencia la dijo un

mes ha que su madre profesaba el día del Patrocinio de Nuestra Señora, explicando su sentimiento en términos no correspondientes á su edad; lo que á mí, que soy un poco *agorera* me hace temer que fué presentimiento de la falta que la hará, pues desde que su abuelo está enfermo, ni Su Eminencia ni su abuelo Miranda, ni ninguna de sus gentes, han hecho memoria de ella, mas que si no fuese en el mundo.»

A la muerte del Conde del Montijo en el siguiente año de 1763, recayó en Doña Francisca de Sales toda su ilustre casa, quedando al mismo tiempo ella en el abandono más absoluto por parte de su familia, pues ya no tuvo desde entonces ni más apoyo ni más cariño, que el de las buenas Religiosas Salesas. Conserváronla éstas á su lado hasta los dieciséis años, en que contrajo matrimonio con D. Felipe Palafox Centurión, hijo del Marqués de Ariza, hombre honrado y cariñoso, que supo hacerla olvidar, durante todo el tiempo de su matrimonio, las amarguras de su infancia. Era la Montijo de ingenio muy despierto, y educada cuidadosamente por las Salesas alcanzó cierta ilustración no común entonces, llegando á poseer bien varios idiomas. Vino á sus manos, años después de su casamiento, un libro francés de Nicolás de Torneux, titulado *Ilustraciones cristianas sobre el sacramento del Matrimonio*, y ocurriósele ocupar en la traducción de esta obra sus ocios de gran señora. Sometió, sin embargo, su trabajo, como hija sumisa de la Iglesia, á la aproba-

ción de un Prelado, y fué éste el Obispo de Barcelona, D. José Climent, hombre docto y austero, con ciertos ribetes jansenistas, en el verdadero sentido de la palabra; el cual, tan prendado quedó ó aparentó quedar del libro, que lo encabezó con un prólogo de su pluma y lo hizo imprimir en su diócesis en 1774. Y de este hecho tan sencillo y tan laudable vino á arrancar la ruina de la Condesa, porque los entusiastas elogios de parásitos y aduladores, que convierten en prodigio cualquiera simpleza de un grande, adjudicaron unánimes á la Condesa el bonete de doctora en Teología, y quiso ella en su vanidad mantener con aplauso la honra de esta borla. No llegaron las cosas á mayores mientras el cariño inteligente del Conde pudo moderar la vanidad y corregir los errores de su esposa; mas una vez viuda ésta, en 24 de Octubre de 1790, rodeóse al punto de cuantos la adulaban y aplaudían, y poco á poco convirtióse su tertulia, si no en *bureau d'esprits* á la moda de Francia, en madriguera clandestina de lo más perdido y disoluto que existía por aquel tiempo entre el llamado clero jansenista de España. ¿Reverdeció entonces en el corazón pervertido de la mujer ya madura, y al calor de la ponzoña volteriana, la antigua antipatía al estado religioso, que inspiró á la cándida niña aquella falsa vocación que la privó de madre y aquel imprudente director que la aprobaba?... Es lo cierto que la Condesa del Montijo se hizo entonces célebre por su odio á los Institutos religiosos y por los epigra-

mas burlescos contra los frailes, de que se la supone autora, y que corrieron en boca de todos los que se educaron en los cinco primeros lustros de este siglo. «Estos obscenos é impíos epigramas, —dice D. Vicente Lafuente,—eran recitados de sobremesa en los convites y francachelas, á que convidaba Godoy también á la autora, aunque se dice eran más bien de otro poeta afrancesado. En aquellos epigramas *bace siempre el gasto* un Capuchino, algún confesor de monjas, ó por lo menos alguna beata. Lo malo que se publica ahora, apenas alcanza el cinismo de aquello.»

Hubo al fin públicas denuncias del conventículo jansenista; tomó el Nuncio cartas en el asunto, y vióse obligada la Inquisición, tan abatida ya y aun corrompida, á entablar una sombra de proceso que hizo huir á la Condesa del Montijo de la corte. Retiróse á Logroño, donde siguió en correspondencia con el renegado Obispo de Blois, Gregoire, y otros clérigos revolucionarios franceses; muriendo al cabo en 1808, con la triste gloria de ser el primero y último ejemplar de señora, encausada por materias de fe, entre las damas de la grandeza española¹.

¹ En la galería de cuadros del Excmo. Sr. Duque de Alba existe un magnífico retrato, original de Goya, de la condesa del Montijo Doña Francisca de Sales Portocarero. Hállase representada ésta en actitud de bordar en un bastidor, y rodéanla sus cuatro hijas Doña Ramona, Doña María Tomasa, Doña María Gabriela y Doña María Benita de los Dolores, que fueron respectivamente Condesa de la Containa, Duquesa de Medinasidonia, Marquesa de Lazán y Mar-

XVII

Por Agosto de 1778 recibió la Duquesa de Villahermosa la siguiente expresiva carta de la célebre Duquesa de Alba, Doña María Teresa de Silva, hija de su madrastra, casada en 1773 con D. José Álvarez de Toledo, Marqués de Villafranca.

« María Manuela mía: Nadie te compadece tanto como yo, pues sé por experiencia el dolor que causan semejantes pérdidas. La única consolación que te debe mitigar la pena, es que ella goza de una felicidad eterna, y que cuanta hubieras querido procurarla no puede tener proporción con la que disfruta, y tienes una abogada para que Dios te conceda otros hijos que reparen su pérdida. No puedes dudar te acompañe muy de corazón en tu pena, y que desearía poderte procurar la fuerza y resignación que se necesita en estas ocasiones; pero no hay otro remedio que pensar en la voluntad de Dios y pedirle te asista para que tu salud no se resienta de este trabajo; lo que deseo, como que creas es tu fina amiga de corazón, — *María Teresa.* »

Esta carta es la única noticia que hemos encontrado sobre la muerte de la niña Javiera, primogénita de los Villahermosa, que debió acaecer á los

quesa de Belgida. Estas señoras, educadas por su misma madre en sus tiempos de virtud y recato, lamentaron mucho los extravíos de aquella y fueron siempre modelos de señoras de su clase.

dos años próximos de nacida y sumir á sus padres en el mayor desconsuelo. El diario del Duque, interrumpido en este tiempo, no vuelve á reanudarse hasta el 1.º de Enero de 1779, y en esta época aparecen ya ambos esposos en París, haciendo allí escala, como era costumbre de los embajadores, para continuar luego el viaje á Turín y tomar posesión de su Embajada. La amarga melancolía que traen siempre consigo los recuerdos felices evocados en tiempos de desgracia, posesionóse del corazón de la Duquesa al encontrarse en París, donde todo le recordaba á cada paso la memoria de su madre, de su padre, de Mora, su desdichado hermano; y sin que la menor queja saliese de sus labios, ni denunciara tampoco su pena ninguna de esas confidencias, á veces imprudentes, que suben del corazón á los labios en momentos de angustia, unióse á la tristeza de sus recuerdos la amargura que el abandono é indiferencia del Duque la causaban; porque las gentes y la vida de París reverdecieron de repente en éste sus gustos de otros tiempos, y prescindiendo por completo de su esposa, entregóse de lleno durante aquellos meses á los placeres de sociedad, las relaciones diplomáticas y las aficiones científicas de que por aquel entonces hacía pública gala.

« Así como en el otro libro, — dice el Duque en su diario, — puse la relación circunstanciada de la vida de un mes que llevé en Madrid, voy á poner en éste la que llevo en París, para que se haga la comparación. Salí á las once de la mañana en coche, y fui

con Ramos ¹ á San Sulpicio, donde oímos Misa en la capilla de Nuestra Señora de la Concepción, que se acababa de hacer. De allí fuimos á Val-de-Grace, donde no vimos sino la fachada, porque estaba ya cerrada la iglesia. Comí en casa de Egmont, estuve después en la de Mr. Necker, contador general, donde vi á la señora en casa de Saint-Severin, y en la puerta del Duque de Choiseul y del de Praslin. Jugué en casa del Duque de la Vallière, de allí fui á cenar á casa de la Duquesa del mismo nombre, donde había banca, tiribis y otras partidas, y una en dos mesas: no me senté á ninguna, y cerca de las doce me fui á casa de Mme. de Villemorien, donde me mantuve hasta cerca de las dos.»

Coincidió con esta vida cotidiana del Duque la ausencia de D. Luis Pignatelli, Conde ya de Fuentes desde la muerte de su padre, y el aislamiento de la Duquesa hubiera sido completo si toda la colonia española, y muy en particular las Duquesas del Infantado y de Berwick, y el mismo Conde de Aranda, embajador entonces en París, no hubieran cuidado de acompañarla y agasajarla. No prescindía, sin embargo, el Duque de su esposa en aquellas ocasiones en que hubiera sido desdoro para ella

¹ D. Enrique Ramos, Brigadier de los ejércitos reales y capitán de las Reales Guardias de S. M., de infantería española. Fué también académico de la lengua y escribió varias obras, más bien militares que literarias, alcanzando grande boga la titulada *Elementos ó primeros conocimientos de la enseñanza y disciplina de la infantería*.

no acompañarle, y á poco de su llegada á París fueron ambos á Versalles para hacer su corte á los Reyes y visitar á los Polignac, en el colmo entonces de su privanza con la Reina, y con los cuales mantenía el Duque de tiempos atrás, relaciones muy estrechas. Contaba entonces Luis XVI veinticuatro años, y era en aquella época, como lo había sido antes y lo fué siempre, más estimable por sus virtudes y dotes morales que por las prendas exteriores de relumbrón que adornaban á los elegantes aturdidos que poblaban su corte. María Antonieta, por el contrario, hallábase en todo el apogeo de su belleza y de su gloria, y se diferenciaba ya mucho de aquella angelical Delfina que había conocido la Duquesa en 1770. Hay en Versalles, dice un autor, tres retratos de María Antonieta, cuyo estudio es curioso, no sólo desde el punto de vista artístico, sino también fisiológicamente considerados. El primero corresponde á la época de su advenimiento al trono: la Reina viste un traje de raso blanco y sus facciones son dulces y encantadoras, con un ligero tinte de coquetería; es la época en que se ve amada. El segundo, algo posterior á la aventura del collar, representa á la Reina con un traje de terciopelo encarnado forrado de armiño; sus hijos la rodean, apoyándose en ella Mme. Royale; la expresión de su cara es altiva, desdeñosa y casi amenazadora; es la época en que se la critica. El tercero es de 1785: en él viste un traje azul, está sola, tiene un libro en la mano, pero no lee, medita; su mira-

da es sombría, fija, llena de terror; es la época en que se la odia.

En el tiempo á que nos referimos comenzaba ya á entrar Maria Antonieta en aquel segundo período en que la crítica, envidiosa y malévola, aumentando sus ligerezas hasta convertirlas en faltas, había de dar lugar á que la calumnia, á su vez, transformase más tarde estas mismas ligerezas en crímenes y monstruosidades, que trocaran en inmerecido odio el antiguo entusiasmo del pueblo. Gustaba entonces á María Antonieta divertirse con el candor, la sencillez y también la imprudencia de una Reina de veinte años, á quien ciegan los ojos las nubes de incienso y tapan los oídos las palabras de adulación, y tiene al lado quien la diga que, aun prescindiendo de la perversidad y los odios calculados, está un trono demasiado alto para que se distingán desde abajo los móviles inocentes y las candidas ignorancias que pueden y deben en justicia disculpar ciertos actos inconsiderados. El Rey, por su parte, tan severo en sus costumbres y tan sobrio en sus gustos, hallábase, con razón, seguro de la virtud y el cariño de su esposa, y no encontrando nada que oponer á los caprichos de la Reina, vivía en medio de la elegante y alegre juventud de su corte como un padre indulgente que tolera como naturales y lógicos los estrepitosos placeres de los hijos en la infancia. De aquí aquellas continuas y calumniadas fiestas en Versalles, en Marly, en Trianon, en Saint-Cloud y en todas partes, que organizaba á cada

paso a Reina, impulsada por su doble afán de divertirse ella misma y de divertir á la aturdida y elegante camarilla de que se hallaba rodeada. Este fué en aquella época el gran error de María Antonieta, porque la maldad y la calumnia arrojaron también sobre ella las justas censuras que muchos de sus amigos y protegidos merecían personalmente, y la vergüenza de éstos manchó ante el público y ante la historia misma su limpia fama de Reina. La verdad abrióse paso al cabo entre inmundos libelos y odiosas preocupaciones, mantenidas pérfidamente por cálculos políticos, y pruébase hoy con documentos auténticos que nada grave hay que reprochar á María Antonieta. Mas pruébase también de igual manera que fué en aquel tiempo hartamente indulgente para ciertas mujeres de su camarilla, hartamente amiga de escuchar las historias galantes, las frívolas hablillas y las anécdotas escandalosas, que son y han sido siempre alimento eterno de la chismografía de salones; que se interesaba demasiado en las calaveradas de los elegantes de la época, los triunfos de las bellezas en boga, los escándalos de las actrices célebres y las veleidades de ciertas grandes señoras que, como dice La Bruyère, eran tan conocidas por los nombres de sus amantes como por los de sus maridos. Cierzo que á la depravación cínica y desvergonzada de los Richelieu habían sucedido entonces pretendidas pasiones cortadas por el patrón de la *Nueva Eloisa*, que no eran otra cosa sino la misma depravación disfrazada con cierto tinte

sentimental, cierto matiz poético de mala ley; y María Antonieta, que daba personalmente buenos ejemplos y no olvidó nunca ni los preceptos de la Religión ni los deberes conyugales, no fué, quizá, lo necesariamente severa con aquellos seductores y aquellas seducidas, porque, tierna y soñadora, como buena alemana, excusaba como irresistibles pasiones del corazón lo que no eran sino meros actos de libertinaje. Aun hoy mismo encuéntrase á cada paso, en los altos círculos sobre todo, mujeres honradas, y aun severas, que contribuyen sin saberlo á la desmoralización general, porque imbuídas en aquellas falsas ideas, mantienen esa perniciosa indulgencia con el vicio, que es, sin duda alguna, la más peligrosa y general de las conspiraciones contra la virtud.

El Abate Vermond, que con el título de lector de la Reina fué muchos años su consejero, llamó seriamente la atención de María Antonieta sobre punto tan delicado, según refiere él mismo en una nota dirigida al Conde de Mercy-Aegenteau, embajador en París de María Teresa. He aquí cómo refiere el Abate su conversación con la Reina: « Señora, la dije, sois demasiado indulgente con ciertas costumbres y reputaciones. Podía probaros que esta indulgencia, con las mujeres sobre todo, hace muy mal efecto á vuestra edad; pero, en fin, concedo, aunque no es lo más propio de la moral de un sacerdote, que no hagáis caso de las costumbres y reputación de una mujer, á quien os place admitir á

vuestro trato tan sólo porque es entretenida ó agradable; pero que el descrédito de cualquier género, las malas costumbres y las reputaciones perdidas sean un título para que dispenséis vuestra gracia, cosa que os perjudica de modo extraordinario, y desde hace algún tiempo no habéis tenido ni aun la prudencia de conservar relaciones con algunas mujeres que tengan bien sentada su fama de juiciosas y de buena conducta. La Reina escuchó todo este sermón sonriendo á manera de aprobación, y como si ella pensase del mismo modo; yo le hablaba con dulzura y mostrándome compadecido y apenado. La Reina no ha protestado sino contra el último de mis cargos, citándome como buena reputación entre sus amigas la de Mme. de Lamballe. »

Los consejos del Abate Vermond no podían ser, en efecto, más oportunos ni más prudentes; pero si es cierto que los dió con tan enérgica franqueza, lo cual dudamos mucho, necesario es convenir en que la moral de los sermones del Abate no era la que practicaba él mismo, porque era Vermond, según atestigua Barruel, un *zorro peligroso*, hechura de los impíos filósofos conjurados contra la Iglesia. Por recomendación del infame apóstata y suicida Brienne, habíale enviado Choiseul á Viena en 1769 para enseñar el francés á la Archiduquesa María Antonieta, prometida ya de Luis XVI, y allí captóse el Abate con sus hipócritas artes la confianza de María Teresa. Mas cuando volvió á Versalles con la Delfina y quisieron los que con pérfidas intenciones

le sostenían al lado de esta Princesa hacerle su confesor, encontráronse con la inquebrantable resistencia del santo y enérgico Arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, que negó rotundamente al Abate las licencias para confesar en su diócesis. Llevóse á Roma el litigio, y allí, como era natural y justo, dióse la razón al Arzobispo. «El Arzobispo de París, — escribe Azara á Roda desde Roma en 19 de Julio de 1770, — ha ganado el pleito contra el Abate Vermond, confesor de la Delfina. No ha querido darle de ningún modo las licencias de confesar, y ha obligado al Rey á que nombre otro confesor á su nuera, que es el Abate Mendoux. Esto se llama triunfo; y con él nos podemos figurar qué vuelo tomará el amigo Beaumont, cuando ya sin ello se comparaba á San Atanasio.»

Vióse, pues, obligado el Abate Vermond á contentarse con la plaza de lector de la Reina, y parapedado tras ella y engañando inicuaente á la Princesa, esperó pacientemente al acecho la ocasión de hacerle dar á ella y al mismo Rey un paso fatal en favor de la impía conjura de los filósofos, que por providencia divina pudo remediarse á tiempo.

«Después de lo que he dicho del Ministro Brienne, confidente íntimo de D'Alembert, — escribe Barruel en sus Memorias, — y después de lo que todo el mundo sabe hoy de la perversidad de aquel hombre, nada añadiría yo si no tuviese que descubrir una intriga, de que sólo en los anales de los sofistas modernos puede encontrarse ejemplo. Con el nom-

bre de *economistas* formaban los filósofos conjurados una sociedad secreta ¹, que esperaba con impaciencia la muerte de Mons. de Beaumont, Arzobispo de París, para darle un sucesor capaz de favorecer sus planes. Según éstos, debía el nuevo Arzobispo mostrarse, bajo la capa de humanidad, bondad y tolerancia, tan paciente y sufrido con el filosofismo, jansenismo y las demás sectas, como enérgico y valiente se había mostrado Mons. de Beaumont en defensa de la Iglesia católica. El nuevo Arzobispo debía, sobre todo, mostrarse en extremo indulgente con los párrocos y coadjutores, á fin de que relajándose la disciplina poco á poco, acabase de desaparecer en cortos años. No debía ser más severo en las cuestiones de dogma, y había, por lo tanto, de reprimir el celo de todos aquellos que levantasen la voz, poniéndoles en entredicho y privándoles de sus destinos como hombres demasiado calientes y verdaderos perturbadores, para lo cual debía prestar oídos á toda acusación de esta especie, y dar las plazas vacantes, y sobre todo las primeras dignida-

¹ El presidente honorario de esta sociedad secreta era Voltaire. Reuníanse los asociados en el hotel del Barón de Holbach, y contábase en su número D'Alembert, Turgot, Condorcet, Diderot, La Harpe, Helvetius, Damilaville, el Conde de Argental, el guardasellos Lamoignon, Grim, Thirict y un tal Le-Roy, de la Academia de Ciencias, que era el secretario de la Asociación. Entre la correspondencia del Duque de Villahermosa hemos encontrado varias cartas de este Le-Roy, que no tienen otra importancia que las de provenir de tan funesto personaje.

des, á hombres á propósito que se le recomendarían. De este modo, las parroquias de París, servidas hasta entonces por los sacerdotes más edificantes, quedarían bien pronto en manos de curas escandalosos; los catecismos, las homilías y los sermones escasearían ó recaerían tan sólo sobre moral filosófica, multiplicaríanse sin oposición los libros impíos, y el pueblo, no viendo más que sacerdotes despreciables por sus costumbres y sospechosos en su doctrina, se alejaría poco á poco hasta abandonar por completo la Iglesia y la Religión. La apostasía de la capital traería detrás la de toda la diócesis, y extenderíase en breve tiempo más lejos, y sin violencia ni ruido quedaría aplastada la Religión (*écrasé l'infâme*) á lo menos en París, por la sola connivencia del nuevo Arzobispo.»

Necesaria era toda la ambición de Brienne, toda la perversidad y todo el judaísmo de su alma para aceptar el arzobispado de París á este precio. Aceptólo, sin embargo, como hubiera aceptado la tiara, con tal de hacer traición á Jesucristo y á su Iglesia. Los filósofos pusieron entonces en juego todas sus influencias en la corte, y Vermond, el Abate Vermond, que tan excelentes consejos daba á María Antonieta, fué quien propuso y recomendó á la confiada Reina el nombramiento: aceptólo ésta con la mejor buena fe y la intención más pura, y el Rey mismo creyó obrar muy acertadamente nombrando Arzobispo de París á un hombre cuya prudencia, moderación y talento hacían llegar á sus oídos los

pérfidos conjurados. Brienne fué, pues, nombrado Arzobispo de París; mas fuélo un solo día, porque consternados los buenos católicos, acudieron al Rey, y cediendo éste á las súplicas de Mesdames de Francia y de la Princesa de Marcán, retractó el nombramiento.

Mas todavía pudo conseguir Vermond, á la sombra de la Reina, que nombrasen á Brienne Ministro; y tan conocido era del pueblo el compadrazgo de estos dos malos sacerdotes, que cuando Brienne cayó en 1788, y el pueblo le arrastro en efígie por las calles, sucedió este caso chistoso. Un oficial joyero, llamado Carle, hizo un maniquí, vestido con el traje episcopal, mitad de raso y mitad de papel, que representaba al Arzobispo Brienne. Llévaronle á la plaza del Delfín, al son de cazos y calderas, y allí le juzgaron, condenándole á ser quemado. Cuando acababan de leer la sentencia, pasó un clérigo.

— Es preciso que un Arzobispo no muera inconfesado, — gritaron muchas voces.

Detuvieron al clérigo, y para que nada faltase á la propiedad de la fiesta, bautizaronle con el nombre de *Abate Vermond*, y quisieronle hacer confesar al maniquí. El clérigo debía ser hombre listo.

— Si le confieso, — dijo, — tendrá tantos pecados de que acusarse, que no podréis quemarlo esta tarde.

La razón pareció oportuna; todos gritaron. ¡Viva el señor Cura!, y poco faltó para que le nombraran Arzobispo, en reemplazo del que iban á que-

mar. Libróse con gran trabajo del triunfo, y quemaron á Brienne sin confesarle.

Este era el Abate Vermond, centinela enmascarado del filosofismo, puesto al lado de María Antonieta; mas á pesar de su funesta influencia, siempre conservó la Reina su fe intacta y mantuvo constantemente hasta en esta época, la más frívola y disipada de su vida, las santas prácticas religiosas que había aprendido de su piadosa madre María Teresa. Y tan alta estima tenía de ellas, que sabía muy bien, cuando se trataba de observarlas, alejar de sí todo lo que pudiera turbar la tranquilidad y el recogimiento de su espíritu. El Conde de Mercy Argentaui, encargado por la Emperatriz de darle razón de todos los actos de su hija, la escribe el 15 de Junio de 1776: «Sacra Majestad: Desde el 16 del mes pasado hasta el presente ha reinado tal tranquilidad en Versalles, en cuanto se refiere á la Reina, que no tengo hoy que referir á V. M. ningún suceso de los que entran ordinariamente en mis humildes reseñas. La causa de esta falta de noticias es que S. M. tomó la resolución desde el mes pasado de cumplir todas las prácticas piadosas prescritas para ganar el jubileo. S. M. ha visitado diariamente las cinco estaciones de regla en las principales iglesias de Versalles, y en todo este intervalo de tiempo ha dejado de asistir á los teatros y paseos de París, y aun á toda diversión pública, como las carreras de caballos y las cacerías en el bosque de Boulogne.»

De igual modo brillaba la bondad natural de Ma-

ría Antonieta, y su respeto á la moral cristiana en los cuidados que la merecían cuantos jóvenes de ambos sexos formaban parte de su servidumbre. El Conde de Tilly, que entró á su servicio á los catorce años en calidad de paje, dice en sus *Recuerdos*: «María Antonieta trataba con particular bondad á toda su servidumbre, y por eso era adorada de ésta. Cuando yo entré en la corte tratóme como á todos sus pajes, con una benevolencia llena de dignidad, que podía muy bien llamarse maternal, y unía á ella unas formas tan afectuosamente corteses, que inspiraban amor y respeto al mismo tiempo.» Y más adelante añade estas palabras que le dirigió la Reina el primer día que estuvo de servicio: «Si queréis seguir mi consejo, no hagáis muchas excursiones á París, que yo cuidaré que aquí encontréis cuanto pueda haceros falta. Portaos como debéis y encontraréis mi apoyo. Pero vestíos más sencillamente: en pocos días os he visto ya dos vestidos bordados; vuestra fortuna, aunque decente, no os bastará si la exceden vuestros gastos. ¿Á qué vienen ese peinado y esos broches? ¿Vais á representar alguna comedia? La sencillez no hará que se fijen en vos, pero hará que os estimen.» Esta solicitud maternal iba con respecto á las jóvenes mucho más adelante. «Tenía la Reina entre sus camaristas,—dice Mme. de Campan en sus Memorias,—varias jóvenes del Colegio de Saint-Cyr, todas de buenas casas. La Reina las prohibía ir al teatro cuando las comedias no le parecían de moralidad

conveniente. Algunas veces, cuando representaban obras antiguas de que la Reina no guardaba memoria, tomábase ella misma el trabajo de leerlas por la mañana para decidir antes de la noche si las camaristas habían de ir ó no al teatro, porque se creía, con razón, obligada á velar por la inocencia y el bien moral de aquellas jóvenes.»

Y tanto estimaba sus virtudes, que la misma María Antonieta refirió con gran edificación á la Duquesa de Villahermosa esta última vez que la vió en Versalles, y así lo consigna la Duquesa en una de sus cartas, el piadoso rasgo de una de estas señoritas, que acompañando á la Reina, por estar de servicio, muchas noches á la Ópera, jamás levantaba la vista de un librito que llevaba. Creyó la Reina que sería este el *libreto* de la ópera, y tomándose una noche de las manos quedó sorprendida y edificada al ver que era un libro de devoción, del cual no alzaba los ojos una sola vez para fijarlos en el escenario.

No vió ni oyó la Duquesa ejemplos semejantes de edificación en casa de los Polignac, donde tan sólo una noche, y por pura ceremonia, acompañó al Duque. Reuníase allí toda la intrigante y aturdida camarilla que explotaba el crédito de la favorita más que ella misma, y cuando, nombrado Polignac primer caballero, fué á instalarse con su esposa en el mismo palacio de Versalles, María Antonieta, el Conde de Artois y el mismo Luis XVI subían con gran frecuencia á sus habitaciones á pasar la velada

en aquella heterogénea compañía. La Reina entraba allí como una señora particular cualquiera, prohibiendo toda clase de ceremonias á su llegada, y esta derogación de la pomposa etiqueta de entonces fué grande parte para que la calumnia la acusase de familiaridades indecorosas que no pueden concebirse en una Princesa cuya dignidad nativa jamás tuvo rival en ninguna otra Reina. «Tenía siempre,—dice el Conde de Tilly,—la presencia de una Reina de Francia, aun en los momentos en que procuraba parecer tan sólo una mujer amable; y así como á otras mujeres se les ofrece una silla, á ella parecía necesario ofrecerla siempre su trono.» Luis XVI, por el contrario, no prescindía de cierto ceremonial en aquellas veladas, y su presencia ponía, por lo tanto, trabas á la locuacidad y desenvoltura de aquellos aturdidos. «Por eso,—dice el Conde de Tilly,—sucedió varias veces que algún atrevido adelantara las agujas del reloj hasta hacerlas marcar antes de tiempo las diez, hora en que el puntual y morigerado Monarca se retiraba siempre.» Entonces aquella imprudente juventud, en que se introducían también no pocos viejos gastados y cortesanos curtidados, entregábase alegremente á conversaciones, bromas y burlas que, sin ofender ni lastimar el decoro de la Reina, fueron, sin embargo, para ella material terrible de calumnias y rencores. Una noche, el Conde de Artois y el Duque de Chartres, tan loco entonces como después malvado, idearon clasificar á todas las damas de la corte, según los gra-

dos de su hermosura. Hizose una lista dividida en siete columnas con esta clasificación: *Bellas, bonitas, pasables, feas, borrorosas, infames, abominables*. Tan sólo la Reina alcanzó los votos necesarios para ser inscrita en la lista de las bellas: la Princesa Lamballe y la Polignac lograron los suficientes para contarse en la de las bonitas, y resultaron las listas más numerosas la de las infames y abominables. Corrió la clasificación por toda la corte, y esta broma frívola y ridícula de aquellas dos altezas sin fundamento despertó contra la Reina y su camarilla aristocráticos odios femeniles, que con malévolas insinuaciones y diestras calumnias echaron la primera simiente de aquel rencor con que las sanguinarias furias de la Revolución pedían en las jornadas del 20 de Junio y el 10 de Agosto la cabeza de la desventurada *austriaca*.

La Condesa de Polignac, pues hasta 1780 no fué creada Duquesa, tenía en esta época veintinueve años, y pasaba, con razón, por una de las mujeres más bellas de Francia: era bondadosa sin ambición personal ni carácter intrigante; mas la ambiciosa y desacreditada camarilla que la rodeaba, manejándola á su gusto, impulsábala á mezclarse en todo y convertíala en una mujer política á la fuerza, cuya influencia en las cosas del gobierno no resulta, á pesar de todo, probada en ninguna parte. Mas sean cuales fueran sus culpas y sus errores, es cierto que amó tan tiernamente á la Reina que no pudo sobrevivir á la espantosa catástrofe de ésta, y murió de

pena y de tristeza á los cincuenta y cuatro días de muerta su real amiga y bienhechora.

Polignac, por su parte, era de esos hombres que no dejan otro rastro á la posteridad sino el de haber sido marido de sus mujeres, y resulta probado que jamás tuvo la importancia que algunos libelistas, calumniadores de su esposa y de María Antonieta, le concedieron más tarde. Á la vista tenemos una carta suya escrita al Duque de Villahermosa, que no da otra luz sobre su persona sino la de que le gustaban los buenos vinos: en ella insta al Duque para que vaya á comer en casa de la Condesa de Bussy, *apreciable amiga que tiene siempre buena mesa y excelente Champagne*, y para que le acompañe quince días á Sillery, donde el Conde de Genlis *les dará, sin duda, los mejores vinos de su bodega*. Este Conde de Genlis, con quien aparece Villahermosa muy ligado en aquella época, no era otro sino el famoso Marqués de Sillery, confidente ya entonces del futuro Felipe Igualdad, á quien siguió hasta el regicidio en su odiosa carrera política, muriendo al fin guillotinado en Octubre de 1793. El Marqués de Sillery representaba gran papel en París por esta época á que nos referimos, y habíase casado con Mlle. de Saint-Aubin, que fué aya de Luis Felipe, y alcanzó gran celebridad con el nombre de Condesa de Genlis. Sillery poseía entonces en la calle de los Almendros una de aquellas *petites maisons* que tan justamente llamaron más tarde *Folies* (locura), así por su insensato lujo como por las escenas que en ellas se repre-

sentaban. La *Folie Genlis* fué una de las que han pasado á la historia, con las no menos célebres *Folie Méricourt*, *Folie Saint-James*, *Folie Chartres*, *Folie Richelieu*, *Folie Beaujon* y *Folie Artois*, que se llamó también *Bagatelle*. Rodeaba á la *Folie Genlis* un pintoresco jardín inglés, y había en éste una famosa gruta adornada con estatuas coloreadas, que semejaban personas vivientes. Celebrábanse allí cenas y francachelas continuas, á que asistía el futuro Felipe Igualdad, Duque de Chartres todavía, y en las cuales tomaba también parte Villahermosa con harta frecuencia, según consta en su diario.

Es muy de notar que en todo este tiempo de su estancia en París tan sólo una vez fuese Villahermosa á visitar á D'Alembert, y no conste en el diario del Duque que fuera á verle ninguna el sensible filósofo que le juraba en sus cartas amistad y gratitud eterna, y se prometía, como risueña esperanza, no terminar su vida sin probarle en París á él y á la Duquesa lo sensible de su amistad y lo profundo de su agradecimiento. En esta época parece Villahermosa haber roto sus antiguas relaciones con los filósofos, y sólo frecuenta la sociedad de los diplomáticos y grandes señores, siendo sus círculos más íntimos los de Choiseul, Guines, Polignac, La Vallière, Egmont y Castries: el único nombre plebeyo que aparece consignado en el diario del Duque, junto á estos títulos ilustres, es el de Necker, Ministro entonces de Hacienda, en cuya casa comía ó cenaba con bastante frecuencia. En cuanto á su antigua

amiga la vieja Geoffrin, había muerto más de un año antes, con extrañas circunstancias que merecen consignarse. Por el verano de 1776 acometió de repente á Mme. Geoffrin una parálisis en casa de su hija única, la Marquesa de la Ferté Imbault, señora excelente y piadosa de quien decía su propia madre: «Cuando considero que es hija mía, me admiro y asombro como la gallina que empolla un huevo de pato.»

Aprovechó la Marquesa la enfermedad de su madre para aislar á ésta de los filósofos que la perdían y explotaban, y cerró la puerta á la impía camarilla sin el menor miramiento. Los filósofos pusieron el grito en el cielo, con la suavidad y medida que les caracterizaba en sus quejas. Turgot escribía á Condorcet: «Compadezco á la pobre Mme. Geoffrin por esa esclavitud en que la tiene la bribona de su hija, que quiere envenenar sus últimos momentos.»

Y la pobre vieja, satisfecha en el fondo de la conducta de su hija, decía sonriendo: «Mi hija es como Godofredo de Bouillón, que quiere defender mi sepulcro contra los infieles.»

Y así fué, en efecto, porque gracias á las precauciones de esta buena hija murió la famosa *madre de los filósofos* tranquila y cristianamente en brazos de aquélla, y lejos de éstos, el 6 de Octubre de 1777.

Mme. D'Epínay escribió al Abate Galiani, que Mme. Geoffrin había muerto de un empacho de

devoción: y el Abate napolitano contestó á su célebre amiga estas grandes verdades, que tanto dicen salidas de la pluma de un escéptico: «He meditado sobre esta extraña metamorfosis, y la encuentro la cosa más natural del mundo. La incredulidad es el mayor esfuerzo que puede hacer el espíritu humano contra su propio instinto é inclinación. Se trata de renunciar para siempre á todos los placeres de la imaginación y á todo el gusto de lo maravilloso; se trata de vaciar todo el saco del saber (y el hombre quisiera saberlo todo); de negar ó dudar siempre de todo, y quedar desprovisto de todas las ideas, los conocimientos y las ciencias sublimes. ¡Qué espantoso vacío! ¡Qué nada! ¡Qué esfuerzo! Está, pues, demostrado que la mayor parte de los hombres (y sobre todo de las mujeres, cuya imaginación es doble) no sabrían ser incrédulos; y en cuanto á los que pudieran serlo, no sabrían sostener este esfuerzo sino en la época de la fuerza y juventud del alma. Si ésta envejece, renace al punto alguna creencia.»

Á los tres meses de su estancia en París comenzó la Duquesa á sentir síntomas de nuevo embarazo, y como vinieran acompañados de grandes congojas y sufrimientos, formó el Duque el egoísta proyecto de marchar solo á Turín á establecer la embajada, dejando mientras tanto en París á la Duquesa: «Recibo carta del Conde de Floridablanca, — escribe el Duque en su diario el 3 de Enero, — diciéndome que el Rey había aprobado mi pensamien-

to de ir luego á establecer la embajada de Turín y volver aquí á asistir al parto de la Duquesa, y que por el primer extraordinario me enviaría las cartas é instrucciones.»

Mas la Duquesa, que había sufrido hasta entonces en silencio todos los abandonos y alejamientos del Duque, rebelóse enérgicamente contra esta determinación, y declaró á su esposo que por nada del mundo dejaría de seguirle á Italia, como no fuese que los médicos vieran en este viaje peligro cierto de muerte para el hijo que llevaba en su seno. Vióse, pues, el Duque forzado á someter su proyecto al arbitraje de dos doctores, que fueron el famoso Tronchin, médico del Duque de Orleans, y el no menos célebre Petit, que había ya curado á la Duquesa en 1770 una peligrosa quemadura en el brazo. Opinaron ambos que el viaje era posible, sin riesgo de ninguna especie, y quedó éste fijado para el 15 de Febrero; mas el delicado estado de la Duquesa no moderó en nada el alejamiento del Duque, y el mismo día en que la sangraban por prescripción facultativa, escribía aquel en su diario: «21 de Enero. Se sangró la Duquesa; á las once me fuí al curso de Historia natural; á las seis á casa de la Duquesa de Saint-Severin á ver á los Egmont; después á la Opera; de allí á casa del Conde de Genlis, calle *des Amendiers*, que es la que aquí llaman *petite maison*, adornada con el mayor gusto y delicadeza, y allí me mantuve hasta la una de la noche. En ésta hizo tal niebla que los cocheros no veían las calles,

ni se veían las linternas ni las hachas á diez pasos, de suerte que fué menester apearse del coche para buscar el camino, y no llegué á mi casa hasta las dos y cuarto.»

Mientras tanto acercábase el 15 de Febrero, sentíase la Duquesa débil y postrada, y el Duque tornaba á insistir otra vez en su primitivo proyecto. Mas la Duquesa, por un esfuerzo de su enérgica voluntad y para ocultar al Duque su flaqueza, levantóse el día 5 y acompañó á su marido el 8 á Nuestra Señora y á Santa Genoveva para asistir con la corte á la visita de gracias por el feliz alumbramiento de la Reina, que había dado á luz á Mme. Royale el 20 de Diciembre. El pueblo de París amaba aún á sus Reyes, y las calles todas rebosaban animación, lujo y regocijo: los gremios habían ido á Versalles en procesión á dar la enhorabuena á la Reina, llevando al frente los símbolos de sus respectivos oficios. Los deshollinadores llevaban una chimenea dorada, de la cual salía el más pequeñito del gremio; los portadores de literas una silla de manos toda dorada, en que iba una nodriza con su Princesita en brazos; los carniceros un buey gordo; los zapateros un par de botitas para la recién nacida, y hasta los enterradores fueron con sus insignias. Á las doce en punto entró la comitiva de los Reyes en París en veintinueve carrozas, tiradas por ocho caballos con magníficos jaeces. Cien matrimonios, dotados todos por la Reina, habíanse celebrado aquel día en Nuestra Señora, y cuando María Anto-

nieta pisó el umbral de la antigua basilica, entre los entusiastas vítores del pueblo, los recién casados todos se formaron á uno y otro lado, aclamándola y bendiciéndola.

Á los pocos días sucedió á la Reina un extraño caso: entregáronla una cajita en que venía su anillo nupcial, perdido hacía mucho tiempo, con una carta del cura de la Magdalena escrita en estos términos: «He recibido bajo sigilo de confesión el anillo que remito á V. M., advirtiéndola que le fué robado en 1771, con intención de servirse de él para maleficios que impidieran á V. M. tener hijos.»

El día 14 de Febrero, víspera del viaje, dió el Conde de Aranda una gran comida de despedida á los Duques en su suntuoso palacio de la calle de Petit-Champs. Asistieron varios embajadores extranjeros, los Duques de Choiseul y Guines, el Ministro de Negocios Extranjeros, Conde de Vergennes, y gran parte de la colonia española, menos la Duquesa de Berwick, que estaba de luto por su hermano el Duque de Medinasidonia, y la Duquesa del Infantado, que lo estaba también por su yerno el Marqués del Viso.

Al día siguiente salieron de París los nuevos embajadores á las once de la mañana. El Duque no debía volver nunca: la Duquesa volvió otra vez en las azarasas y terribles circunstancias que veremos más adelante.

XVIII

En 1779 formaban los Estados de Cerdeña los Ducados de Saboya, del Piamonte y de Monferrato, algunas porciones del de Milán, las provincias de Sicco, Mario y Bobbio y la isla de Cerdeña, y reinaba pacíficamente en todos ellos la casa de Saboya, sin sospechar siquiera que andando el tiempo vendría uno de su estirpe á conquistar sacrílegos laureles pirateando por toda la Italia. Desde 1773 ocupaba el trono de Cerdeña Víctor Amadeo III, y en la corte de este Monarca era donde venía el Duque de Villahermosa á representar la persona del Rey Católico de España.

Pasaron los Duques los Alpes, en litera, por el Mont-Cenis, llevando consigo más de setenta hombres y cincuenta acémilas que conducían los equipajes, la servidumbre y los coches desmontados. Mas antes de comenzar este trayecto, el más pintoresco y más peligroso de todo el camino, detúvose la Duquesa en Annecy, y pasó un día entero en el convento de la Visitación, donde se veneran en magníficas urnas de plata los cuerpos de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal, el *Santo Padre* y la *Santa Madre*, como solía llamarles la Duquesa desde sus tiempos de educanda en las Salesas. Recibióronla las monjas con grandes agasajos y acudieron también á cumplimentarla el Marqués de Sales, Claudio de Sales de Bun, representante enton-

ces de la casa del santo Obispo de Ginebra, y su esposa Filiberta de Fesigny, acompañados de todos sus hijos: entre ellos venía un niño pequeñito de tres años, que había de ser más tarde el valiente Paúl de Sales, ayudante de Wellington en Waterlloo, que ganó sobre el campo de batalla la medalla inglesa de Waterlloo y el cordón de San Luis que le dió el Rey de Francia. Pasó la Duquesa un día entero en el convento de las Salesas, dentro de la clausura; y con la señorial y delicada munificencia de gran señora, que tan en alto grado poseyó siempre, correspondió á estos obsequios de las monjas pagando con gran sigilo todas las deudas que á la sazón tenía el convento, que ascendían á 5.000 libras.

Prosiguieron los Duques al día siguiente su viaje y subieron el Mont-Cenis con excelente tiempo y sin ninguna desgracia, entrando al cabo en el Piamonte por el desfiladero de Suza, que llamaban entonces y era en efecto la llave de Italia, defendida por la Bruneta, ciudadela rodeada de ocho bastiones, y una de las más fuertes de aquella época por su situación y el gran número de minas y obras labradas en peña viva que la defendían. En Rivoli esperaba á los Duques el Secretario de la Embajada, D. José Ocariz, y el 16 de Marzo de 1779 llegaron á Turín á las cinco de la tarde, después de veintinueve días de viaje.

La insaciable actividad del Duque no le permitió descansar mucho tiempo, y aquel mismo día de su llegada avisó de ésta al Conde de Perrón, Secre-

tario de Estado, y al caballero de Villenouete, introductor de Embajadores, y dos días después, que fué el 19 de Marzo, obtuvo audiencia en Palacio y presentó al Rey sus credenciales. Era Víctor Amadeo hombre ya de cincuenta y cuatro años, serio, prudente, bondadoso con el pueblo, etiquetero en la corte, y aunque protector de las letras, artes y ciencias, enemigo acérrimo de filósofos y enciclopedistas. La Reina María Antonieta de Borbón, de fealdad muy notable y semejante á la de su hermano Carlos III, contaba entonces cincuenta años, y sin poseer ninguna cualidad brillante, era, sin embargo, respetada entre la nobleza, amada del pueblo y venerada por toda la familia real, que miraba en ella con razón un modelo de esposas y de madres. Componíase aquélla en 1779 del Príncipe del Piamonte, Carlos Manuel, heredero de la corona, casado desde 1775 con la santa Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI. El Duque de Aosta, enfermo entonces y desahuciado por tísico, pero que reinó, sin embargo, con el nombre de Víctor Manuel I, y seguían á éste tres Príncipes, niños entonces, que eran el Duque de Montferrat, el de Génova y el Conde de Moriana,

Tenían también los Reyes cuatro hijas, de las cuales hallábase casada la mayor con su tío carnal el Duque de Chablais, Benito María de Saboya, hermano del Rey; seguían á ésta las dos Princesas María Josefa y María Teresa, casadas ambas en Francia, la primera con el Conde de Provenza, que fué

uego Luis XVIII, y la segunda con el entonces guapo y aturdido Conde de Artois, que fué Carlos X más tarde. La más joven de las Princesas de Saboya era María Carolina, que casó dos años después con el Príncipe Antonio de Sajonia, y se educaba entonces al lado de su madre con tan excesivo recato, que cuando los Embajadores extranjeros iban á participar á la familia real el nacimiento de algún hijo de sus Príncipes, ó suyo propio, según era costumbre, no se les permitía dar la noticia á la Princesa Carolina. Cuando el Duque de Villahermosa participó á la familia real Sarda el nacimiento de su segundo hijo, detúvole á la puerta de la cámara de la Princesa Carolina la camarera mayor de ésta, diciéndole que tenía orden del Rey para que las Princesas que *estaban en educación* no recibiesen participaciones de nacimientos. Completaban esta familia modelo las dos viejas Princesas Leonor y Felicitas, hermanas mayores del Rey y del Príncipe de Carignan, Víctor de Saboya, primo carnal del Rey y hermano primogénito de la famosa Princesa de Lamballe, que tanto ruido hacía entonces en la corte de Francia. Los Reyes y sus hijos ocupaban el Palacio real, edificio suntuoso en su interior, pero sin ningún mérito artístico externo, que formaba la fachada septentrional de la gran *Piazza Castello*. En medio de esta plaza hallábase el antiguo palacio de los Duques de Saboya, llamado *Castello reale*, en que vivían entonces los Duques de Chablais y las dos Princesas Leonor y Felicitas, comu-

nicándose con el Palacio real por una gran galería que cortaba la hermosa plaza en dos partes, afeándola extraordinariamente. El Príncipe de Carignan era sólo miembro de la familia real, que vivía aislado, ocupando con su mujer el palacio Carignan, suntuoso edificio pero de mal gusto, situado en la plaza que lleva su nombre.

Aquella severa y poco ostentosa corte, que tantos puntos de contacto tenía con la de Carlos III, desencantó por completo al Duque y prometiéndose desde luego una vida de grande aburrimiento. Los Reyes recibían tan sólo los domingos á los Embajadores extranjeros, si algún asunto imprevisto no les obligaba en otros días á verlos, y dos veces por semana había en el cuarto de la Reina lo que llamaban *círculos*, á que acudían toda la familia real, las damas de Palacio y los grandes de la corte; especie de tertulia presidida por la Reina, donde se hablaba poco, se murmuraba menos y no se jugaba nunca. El juego de la banca había alcanzado años antes tanta y tan alta boga en las tertulias de Turín, que en una sola noche perdió Lord Marlborough más de cuarenta mil pesos, en 1760; decidiendo por esto el Rey extirpar en su corte tan viciosos entretenimientos con el ejemplo propio y de toda su familia. Las grandes fiestas y recepciones eran en la corte rarísimas; pero abundaban, por el contrario, lo que llamaban *pequeños bailes*, en las habitaciones de la Reina ó los Príncipes del Piamonte, donde desde las seis de la tarde á las diez de la noche bailaba lo

más granado de la nobleza serios y acompasados *minuetos*. Á principios de Mayo marchaba invariablemente la corte á la *Veneria*, bellissimo palacio situado á tres millas de Turín; trasladábase el 1.º de Julio á Moncalieri, sitio real no menos delicioso, situado en una colina á orillas del Pó, y allí permanecía hasta fines de Noviembre. Esta costumbre de la corte había puesto de moda entre la nobleza, y aun entre la clase media, las *casinas*, preciosas quintas en las llanuras de Turín, y las *viñas*, casas de recreo deliciosas en la montaña, y todo el mundo tenía sus *casinas* en la llanura y sus *viñas* en la montaña, para pasar respectivamente en ellas la primavera y el otoño. Durante el invierno asistía la corte á la Ópera, en el gran teatro de Turín, que era entonces de los mejores de Europa: el palco regio, que llamaban *la Corona*, ocupaba el espacio de seis palcos ordinarios, y hallábase cerrado en el fondo por magníficos espejos, con tal arte dispuestos, que aun estando de espaldas al escenario podíase perfectamente seguir la representación, reflejada en los espejos.

Era costumbre de los Embajadores en Turín pasar aviso de su llegada, además de al Cuerpo diplomático, á toda la nobleza de la capital, y señalar tres días consecutivos para recibir á todos en su casa, debiendo la Embajadora hacer otro tanto por su parte, en días diferentes, con las damas de la nobleza. Preparó el Duque para esta ceremonia su casa, que era el palacio del Marqués Breset, con grande

lujo y aparato, montando también la servidumbre, que se componía de cuarenta y nueve criados, diecinueve de los cuales eran de librea y otros diez de honor, de los que llamaban entonces con tecnicismo verdaderamente palaciego gentiles-hombres, caballerizos y volantes; gastos todos que, con ser tan considerables, podía suplir muy bien la casa de Villahermosa, cuya renta anual ascendía entonces á muy cerca de dos millones de reales. Señaló al fin el Duque para sus recepciones los días 8, 9, y 10 de Abril, avisando antes, según la categoría de cada persona, con gentiles-hombres, caballerizos ó simples volantes; complicadísima etiqueta de entonces, que producía á cada paso conflictos de vanidades heridas y choques de amores propios humillados.

Mientras tanto la Duquesa, más disgustada del mundo mientras más le conocía, aislábase por completo en medio de aquel fausto, y dedicada exclusivamente á las cosas divinas, resistíase á recibir visitas, y más todavía á hacerlas, alegando por pretexto las penalidades de su estado y aplazando todo cumplimiento y toda ceremonia, incluso su presentación en la corte, hasta después de su parto. No pudo, sin embargo, excusarse de recibir las visitas de algunas ilustres damas, parientas de los Pignatelli, entre ellas la Marquesa de Voghera y su hija la Princesa de la Cisterna, que ponían el tono en Turín, y la Condesa Prisca, señora de mucha virtud y entendimiento, que la tomó afecto de madre, pues por la edad podía muy bien serlo, y lo fué, en efec-

to, por sus obras, en las circunstancias que se ofrecieron más adelante. El mismo Príncipe de Carignan solicitó del Duque el honor de ser presentado á la Duquesa, y estuvo, en efecto, dos veces á visitarla, sin esperar á que ella lo fuese en la corte. Angustiaban á la Duquesa estas pruebas de benevolencia y de respeto, á que no podía dejar de corresponder sin disgustar y aun perjudicar gravemente á su marido, y haciéndose la ilusión de que éste cedería á sus deseos, trazaba allá en su imaginación, para cuando viniese al mundo el hijo que esperaba, un plan de vida retirada y devota en alguna de las próximas *casinas* de la llanura, lejos de la corte, y sin otras tareas que sus prácticas religiosas y el cuidado de su hijo.

Un hombre de Dios vino entonces á atravesarse de modo inesperado en su camino y á indicarle la senda contraria á estos designios por donde la divina Providencia quería llevarla. Un día recibió la Duquesa una carta de Bolonia, que vino á sumirla en perplejidades embarazosas; la carta, sin embargo, no podía ser más sencilla; limitábase tan sólo á notificar á la Duquesa una próxima visita. Mas era esta visita la de su tío carnal D. José Pignatelli, ex jesuíta secularizado por el Breve de Clemente XIV, *Dominus ac Redemptor*. El primer movimiento de la Duquesa fué de gozo vivísimo, por la ocasión que se la presentaba de tratar las cosas de su espíritu con maestro tan experimentado como, según sus noticias, era el P. Pignatelli. ¿Mas cómo

recibiría el Duque la visita del famoso jesuita que denunciaba Azara desde Roma á la corte de España como uno de aquellos más fanáticos y peligrosos, de quienes era necesario desconfiar aun después de muertos y enterrados? ¿Osaría el Embajador de Carlos III, que debía aparentar, á lo menos políticamente, todos los enconos y prevenciones de su amo, hospedar en su casa al peligroso expatriado? La Duquesa no era irresoluta ni cobarde; anunció, pues, al Duque sin pérdida de tiempo la próxima llegada á Turín del P. Pignatelli, y dispuesta á luchar, si preciso fuese, manifestóle con suave firmeza que deseaba hospedarle en su propia casa, con la cordialidad y veneración que persona tan autorizada y pariente tan cercano merecía de derecho. Y fué cosa maravillosa que el Duque, que en aquellos mismos días anotaba en su diario los temores y recelos de la diplomacia de que la Compañía de Jesús se conservase en Rusia y se propagara de nuevo por todo el mundo, acogiese la demanda de su esposa sin extrañeza ni repugnancia, y escribiese él mismo al P. Pignatelli agradeciéndole la visita, instándole á ella y ofreciéndole su casa, así á él como á su otro hermano el P. Nicolás Pignatelli, que por aquel entonces se hallaba también en Bolognia. Quizá el astuto diplomático aprovechó la ocasión para estar á la mira de ambos hermanos y sonsacar de alguno de ellos lo que hubiese de cierto en aquella temida resurrección de los jesuitas, que traía en continuas alarmas á la corte de España;

quizá la independencia natural de su carácter le impulsó á obrar sin respetos humanos en aquel asunto verdaderamente de familia, aun á trueque de incurrir en el desagrado de su despótico y obcecado Monarca. Ignórase también la verdadera causa de este primer viaje á Turín del P. Pignatelli, si fué meramente el deseo de visitar á sus sobrinos, ó si, como más probable aparece, llevaba también alguna idea relacionada con el bien de sus hermanos dispersos, que era entonces la única y verdadera preocupación de su vida. De todos modos, resulta cierto que Dios movió las voluntades del tío y los sobrinos para poner en comunicación dos almas santas, de cuya amistad y trato habían de resultar muchas obras de su mayor gloria.

Villahermosa no veía al P. Pignatelli desde los ya lejanos días de su infancia, y la Duquesa no había tenido nunca ocasión de conocerle. Siete meses antes del nacimiento de ésta, el 8 de Mayo de 1753, había entrado José Pignatelli en el noviciado de la Compañía de Jesús en Tarragona; pasó de allí á Manresa, luego á Calatayud, después á Zaragoza, y allí le sorprendió el 3 de Abril la pragmática de Carlos III de 1767, desterrando á los jesuitas de todos sus dominios. Por influjo de su hermano y amistad del Conde de Aranda, habíanse dispuesto las cosas de manera que el P. Pignatelli pudiera quedarse en España; mas el santo religioso rechazó indignado aquella propuesta, y enfermo, arrojando sangre por la boca, y tan débil que fué necesario

llevarle en hombros al navío, embarcóse en Salou, á tres leguas de Tarragona, para seguir á sus hermanos por todo aquel doloroso calvario que la necesidad de un Rey y la maldad de sus Ministros tenían preparado en Italia á los infelices desterrados. En Bastia encontróse el P. Pignatelli con dos cartas, una que, con permiso del Rey y por medio del Embajador en Roma, le escribía el Conde de Fuentes, y otra que, clandestinamente y desafiando toda clase de riesgos, le enviaba su hermano don Ramón, dejándose llevar de los impulsos de su noble carácter. El Conde de Fuentes, dirigiéndose á los dos hermanos, José y Nicolás, les decía: «Mis queridos hermanos: por seguir vuestra vocación entrasteis en una Orden religiosa que no es del agrado de nuestro Soberano, y resulta perjudicial á las leyes del reino y al Gobierno del Estado. Soy vuestro hermano mayor, y tengo por lo tanto el deber de aconsejaros que dejéis esa vocación, comprometiéndome por mi parte á obtener del Padre Santo permiso para que paséis á cualquiera otra Orden religiosa, y á obtener también del Rey vuestra vuelta á España, de donde estáis desterrados, por muy inocentes que seáis. Espero, en virtud de esto, que accediendo á mis razones volveréis á nuestra amada patria, haciendo cesar así la aflicción de toda la familia. El Rey nuestro señor ha juzgado conveniente, por justos motivos, expulsar de sus Estados á los Padres de la Compañía, y á la idea de que en virtud de esta orden tendréis que sufrir todas las

penalidades de un destierro, me desconsuela. Os suplico, pues, con toda mi alma que accedáis á mis deseos. No estoy autorizado para mantener correspondencia con vosotros, por más que seáis mis hermanos, y por eso envío esta carta al Marqués de Grimaldi, Ministro de S. M., para que después de enseñarla al Rey la envíe á D. Tomás Azpuru, nuestro Ministro en Roma, el cual encontrará medio de remitírosla á Bastia. Esperando vuestra resolución, os abraza vuestro hermano,=*Joaquín.*»

La carta de D. Ramón Pignatelli era digna por todos conceptos de un altivo caballero aragonés y de un ejemplar sacerdote cristiano. Limitábase á decir lacónicamente á los dos hermanos jesuitas, que no se acordasen jamás de que tenían un hermano Ramón en el mundo, si cometían la vileza de abandonar en sus tiempos de desgracia á la Orden religiosa que en tiempos de prosperidad le había abierto sus brazos. El P. José contestó al Conde de Fuentes:

«Mi querido hermano: Hace catorce años que entré en la Compañía de Jesús autorizado por el Rey Fernando VI, que era entonces nuestro Soberano. Pedí ir á las Misiones de Indias, y sin duda por consideración á nuestra familia, no me lo concedieron los Superiores. Desde entonces acá, no he encontrado jamás razón alguna para faltar á mi vocación, y estoy más resuelto que nunca á vivir y morir en ella. En el momento en que recibo tu carta, llega una orden del Rey para que nos lleven al hospital

de Calvi: espero que allí se abrevie nuestra carrera, y yo por mi parte iré más pronto á gozar en el seno de Dios el fruto de tantos trabajos sufridos con religiosa paciencia: no tenemos ningún consuelo en la tierra, pero los sufrimientos se quedan en la sepultura. Si muero pronto, te prometo acordarme de ti delante de Dios, y pedirle que te lleve también á la gloria al fin de tu carrera. Te suplico que si me vuelves á escribir no me hables jamás de abandonar mi vocación, ni des tampoco ningún paso para obtener en Roma la autorización de pasar á otra Orden, porque nunca lo haré, aunque fuese necesario perder mil veces la vida. Pide á Dios te conserve en su santa guarda tu hermano, = JOSÉ PIGNATELLI, de la *Compañía de Jesús*.—*Bastia 8 de Julio de 1767.* »

El Breve de Clemente XIV suprimiendo la Compañía de Jesús sorprendió al P. Pignatelli en Ferrara, y retiróse entonces á Bolonia, donde vivió varios años como sacerdote secular, estimado de grandes y pequeños por su santidad y su prudencia, y siendo el amparo de los desgraciados, y muy en particular de sus antiguos hermanos en religión, que siempre encontraban en él apoyo y dirección y consuelo.

Este era el huésped que esperaba la Duquesa, y que llegó, en efecto, el 11 de Julio acompañado de su hermano Nicolás, que aceptaba también la invitación hecha por el Duque. Este da cuenta de la llegada, en su diario, de la siguiente lacónica manera: «A cosa de las ocho de la noche llegaron los seño-

res D. José y D. Nicolas Pignatelli, hermanos del difunto Conde de Fuentes. »

El P. Pignatelli contaba entonces tan sólo cuarenta y dos años; pero las enfermedades, la austeridad de su vida y los grandes trabajos físicos y morales que había sufrido, dábanle ya el aspecto de un anciano. Era un hombre alto, muy flaco, de rostro largo y facciones regulares, afeado por una gran nariz que le colgaba sobre la boca, sumida por falta de dientes. Su porte era distinguidísimo, y reconocíase en él, bajo el humilde traje eclesiástico, al caballero de raza, naturalmente cortés y afable, informado, por decirlo así, hasta en sus menores acciones, por la austera gravedad del santo mortificado. Vestía como los clérigos italianos de entonces, calzón corto, chupa y casacón largo que le mediaba la pantorrilla, y peluca sin polvos, que dejaba ver la tonsura en la parte superior de la cabeza.

Recibió el Duque á los dos hermanos Pignatelli con grandes muestras de consideración y de respeto, y á los pocos días de su llegada llevóles él mismo á visitar al Arzobispo de Turín, á quien pidieron licencias para decir Misa, que el Prelado les otorgó en el acto. Era el P. Pignatelli, además de santo y prudente, hombre muy sabio y versado no sólo en ciencias eclesiásticas, sino también en ciencias naturales, letras humanas y bellas artes, siendo reputado en pintura como uno de los mejores críticos de su tiempo. Dominaba con tan rara perfección el griego, que lo hablaba como cualquiera otra de las varias

lenguas vivas que poseía, y este ramo de su saber, unido á su afición é inteligencia en materia de antigüedades, sirviéronle entonces para conquistarse por completo la benevolencia y afecto del Duque. Ayudóle en aquellos días con grande constancia y mayor paciencia en los trabajos sobre las fábulas griegas que el Duque tenía entre manos, y suministrándole preciosos datos, refundióle casi por completo una disertación que para enviarla á España escribía el Duque sobre la famosa tabla Isiaca, existente en la Universidad de Turín, considerada entonces como uno de los más antiguos monumentos egipcios, y mirada hoy por los sabios modernos como un monumento pseudo-egipcio de la época de Adriano.

De esta manera fué el humilde religioso imponiendo poco á poco la superioridad de su talento al gran señor escéptico y despreocupado, y cuando la Duquesa, que con interés vivísimo seguía todavía la maniobra, creyó que el tío Pignatelli pasaría á imponer igualmente á su sobrino la superioridad de su virtud y de su fe religiosa para traerle á la vida práctica cristiana, que de tantos años atrás había abandonado, vió con sorpresa y aun disgusto que el P. Pignatelli se detenía allí, y no daba ningún nuevo paso adelante. Instóle entonces en su devota impaciencia para que prosiguiese la obra de convertir á su marido; mas el santo religioso, que tenía luces harto claras del cielo, contestó tan sólo á sus instancias con aquellas palabras de Isaías: *Vendrá*

*un niño pequeño y lo pastoreará*¹. Frase alusiva al hijo que esperaba la Duquesa, y que ésta tuvo siempre como verdadera profecía de su santo pariente, pues la vió á poco cumplirse en todas sus partes.

No necesitó el P. Pignatelli de diplomáticos rodeos para captarse el afecto y confianza de su sobrina, porque desde el primer momento establecióse entre ellos esa corriente de verdadera simpatía que une siempre á las almas santas, cuyo único objetivo es Cristo. El tío Pignatelli, maestro versadísimo en la dirección de las almas, hombre de contemplación altísima y de exquisita prudencia, iluminada por todas las luces y dones de la gracia, reconoció al punto en su sobrina una alma privilegiada que había conservado Dios pura y sin mancilla en medio de los lodazales del mundo y héchole dar grandes pasos en el camino de la perfección, sin otro guía ni otro apoyo que la moción interna del Espíritu Santo; parecióle desde luego un hermoso trozo de inmaculado alabastro, que le ponía Dios delante para que modelase en él el magnífico busto de una santa. Ella, por su parte, abrióle de par en par su corazón, hasta el último repliegue, sin exagerar nada bueno, sin paliar nada malo, poniéndole á la vista con sencillez humildísima sus virtudes y sus defectos, sus simpatías y sus repugnancias, lo que esperaba y lo que temía,

¹ El texto completo de Isaías á que se refería el P. Pignatelli dice así: *Habitabit lupus cum agno, et pardus cum haedo accubabit; vitulus et leo et ovis simul morabuntur, et puer parvulus minabit eos.* (Cap. XI, vers. 6.)

lo que había hecho en los veintiséis años que llevaba de vida y lo que deseaba hacer en la soledad y en el retiro en que se proponía pasar los restantes que Dios le concediera de existencia.

Conoció claramente el experimentado maestro que esta soledad y este retiro eran la inclinación y gusto natural de la Duquesa, y apresuróse á desecharle el plan terminantemente, sentando por principio de toda virtud el vencimiento propio, y por fundamento de la perfección cristiana el mismo que ya le había asentado en París aquel desconocido *Alberto Magno*, que dirigió sus primeros revuelos, el perfecto cumplimiento de los deberes de su estado. Ella era esposa, iba á ser madre, era Grande de España, y si quería ser santa, preciso era que lo fuese siendo perfecta esposa, perfecta madre y perfecta Grande de España, y no era ciertamente en la soledad ni en el retiro donde podía cumplir con santa y escrupulosa perfección los deberes de cada uno de estos estados. Porque lo que es bueno y santo y heroico en la mujer libre é independiente, suele ser defectuoso y aun punible en la casada, que no es dueña de sí misma, y como esposa se debía ella á su marido, como madre á su hijo y como Grande de España debíase á Dios, que la había colocado en aquella altura para que brillase en lo alto á la vista de todo el mundo y esparciese por todas partes los santos y benéficos resplandores del buen ejemplo. No estaba ya la Duquesa en el caso de la tímida doncella que no tiene en la sociedad iniciativa pro-

pia ni puede combatir mejor las seducciones del mundo que huyéndolas por completo, sino en el de la mujer ya formada, conocedora del mundo, colocada por Dios en esas alturas donde gana la virtud autoridad y prestigio y puede guiar la opinión é imponer las leyes y costumbres del bien con el celo, la habilidad y la independiente firmeza con que las frívolas reinas de la moda autorizan é imponen la frivolidad, el vicio y aun el escándalo mismo. La brecha era peligrosa, pero no era ella quien allí se había puesto, sino Dios quien la había colocado; y so pena de desertar de aquel puesto de honor que la confiaba, preciso era pelear allí y levantar siempre y en todas ocasiones la bandera del bien con la *audacia de la virtud*, de la misma manera que levantan otros la del mal con el cinismo del vicio.

Estaba entonces en Italia muy en boga una moda indecentísima, la de las cotillas, especie de armazón de hierro que, ciñendo la cintura, hacía subir el pecho de modo tan escandaloso, que llegaba hasta el extremo lo obsceno del escote: algunas damas apretábanse la espalda de tal modo con la cotilla á fin de ensanchar el pecho, que no les era posible abrocharse los guantes por delante, y hacíanlo á la espalda, llegando á tener llagas en la cintura y debajo de los brazos. Y el P. Pignatelli, tomando mano de esta moda indecorosa, preguntó á la Duquesa si creía que servía mejor á Dios la mujer pusilánime que por no transigir con las cotillas ni atreverse tampoco á afrontar las burlas de los des preocupados

elegantes se ocultaba en el fondo de su casa, ó la mujer animosa que prescindía del ignominioso y ridículo armatoste y se presentaba sin él donde era su obligación presentarse, dando ocasión á las timidas é irresolutas de imitar el sano ejemplo de su pudor y su independencia.

Era la Duquesa muy rezadora, y ocupaba gran parte del día en oraciones vocales; mas también fué en esto á la mano el inexorable maestro, reduciéndola sus rezos á términos razonables, y abriendo, en cambio, ante ella el campo vastísimo de la meditación, en que el alma conoce á Dios y se conoce á sí misma, y enseñándola para ello el modo de meditar, según el método de San Ignacio. Instruyóla también en el examen particular, ingenioso invento del mismo gran Santo para adquirir en breve tiempo una virtud determinada ó extirpar un vicio. Ordenóla al mismo tiempo sus lecturas espirituales, señalándola como libros que debía leer y releer, hasta convertirlos en substancia propia, la *Vida devota*, de San Francisco de Sales; el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, del P. Alonso Rodríguez, y la *Cuaresmilla (Petite carême)*, de Massillon, predicada é impresa más tarde expresamente para los grandes. En lo único que no introdujo el buen Padre reforma alguna, fué en las copiosas limosnas que hacía la Duquesa y la habían granjeado ya más de una vez por parte de su marido el calificador de pródiga. «Déjalo,—dijo el P. Pignatelli al oírla;—prodigalidades de ese género son vicios que

sientan muy bien á los grandes.» Porque dar es el atributo con que más se asemeja el rico á la Providencia divina, y si es propio del prudente dar con acierto y mesura, es condición del generoso dar por hacer el bien, sin mirar á quién lo hace, á la manera de Dios, que dispone salga el sol para los buenos y los malos, y deja caer la lluvia para los justos lo mismo que para los pecadores. La caridad nunca yerra para sí, y si alguna vez yerra para los otros, no faltará quien la corrija el yerro; que cuando toca al pobre ser víctima, siempre hay algún incorruptible fariseo que reclame y haga cumplir los fueros de la justicia. Respondió un día el Obispo de Segovia, D. Pedro de Castro, á cierto Corregidor que le suplicaba minorase las limosnas, porque andaba la ciudad con su mucha largueza llena de gente holgazana: «Señor Corregidor, á vuestra merced toca la parte de la justicia, y á mí la de la misericordia.» Y Antonio Pérez cuenta que solía decir el Duque de Sessa: «Cuando tengo que dar, doy; cuando no, doy á los que deseo dar, el dolor de no poderles dar, y los tengo por tan míos á éstos como á los otros, y ellos á mí no por menos que entonces.» Premio y fruto de la liberalidad, que, acabadas sus fuerzas, aún obra.

Llegó, por fin, la hora del alumbramiento de la Duquesa, y vió ésta entonces cumplida en su primera parte la profecía del P. Pignatelli, dando á luz un niño. Asistióla en tan críticos momentos con solitud de madre la Condesa Prisca, y no se separó

de su lado hasta dejarla por completo restablecida. Apresuróse el Duque á enviar correos extraordinarios con la nueva del alumbramiento, y fué él á Moncalieri, donde á la sazón se hallaba la corte, para participar al Rey la noticia, el cual ofrecióse espontáneamente á ser padrino del recién nacido, fijando la ceremonia para cuando pudiese la Duquesa presentarse en la corte. Mas no consintió ésta que estuviese su hijo tanto tiempo sin recibir el sacramento del Bautismo, y pidiendo licencia al Arzobispo, echóle el agua en el oratorio de la Embajada el Cura de la parroquia con la fórmula *Creatura Dei, ego te baptizo*, etc.

Arreció el calor en Turín, y temeroso el Duque de que fuese nocivo al niño, apresuróse á buscar en la llanura alguna *casina* á que poder trasladarlo: ofrecióle entonces el Marqués de Meana Taglioni la suya propia, con grandes comodidades en su interior, y situación deliciosa, sombreada por una colina y regada por el Pó, entre Turín y Moncalieri, y allí llevaron á la criatura de Dios, que ni aun nombre siquiera tenía, con todos los cuidados y el aparato de que le rodeó su padre desde el instante de su nacimiento. Tenía el niño á su servicio dos amas, una que le amamantaba de ordinario, y otra de repuesto, que le daba el pecho cuando la primera se indisponía ó simplemente se alteraba; un aya venida de España, llamada Doña Luisa Montoya, encargada del gobierno inmediato de cuanto al niño se refería; una criada y un comadrón que dirigía las

frecuentes mudanzas de fajitas y pañales, y enseñaba á las nodrizas los modos y posturas de tomar y llevar el niño en los brazos. Siguió la Duquesa á su hijo á la *casina* Meana en cuanto le fué posible trasladarse á ella, y allí se mantuvo con los Padres Pignatelli hasta el día 1.º de Septiembre, que fué sola á Moncalieri, para presentarse oficialmente en la corte como embajadora de España. Recibióla al pie de la escalera el introductor de embajadores, y condujola á las habitaciones de la Reina, donde la recibió esta de pie, y donde acudió luego el Rey sin permitir se molestase la Duquesa en pasar á sus habitaciones para saludarle: fué después al cuarto de la Princesa del Piamonte, y allí acudió también el Príncipe con la misma cortesía, y después al de la Duquesa de Chablais, viniendo de igual modo á saludarla allí el Príncipe su esposo, y recorrió por último los cuartos de las Princesas Carolina, Leonor y Felicitas, empleando en todas aquellas visitas y ceremonias dos horas bien cumplidas. Fijó el Rey aquel día para el solemne bautizo el próximo 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen, y verificóse en efecto la ceremonia en la forma siguiente, que relata por menudo el Duque en su diario: Salió la comitiva de la *casina* Meana á las cuatro de la tarde en dos carrozas con tiros de á seis caballos, tres postillones, otros tantos volantes y un batidor cada una. Iban en la primera carroza la Duquesa, el ama con el niño y el aya de éste, y ocupaba la segunda el Duque, un caballero, pues hacían estos

en la corte de Turín oficio de gentiles hombres, y el secretario de la Embajada, D. José Ocáriz. Llegó la comitiva á Moncalieri á las cuatro y tres cuartos, y recibieronla, al apearse de las carrozas, el introductor de Embajadores y un caballero; este dió el brazo á la Duquesa, aquel dió la derecha al Duque, y acompañáronles á un salón de la planta baja preparado al efecto, donde había dispuesta también una camita para el niño. Avisaron á muy poco que los Reyes y toda la Real familia llegaban ya á la capilla, y allí se encaminaron todos en este orden: el aya con el niño, y á su lado el ama, la Duquesa con el caballero y el Duque con el introductor de embajadores. Entraron en la capilla por la sacristía, que estaba detrás del altar mayor, y la Duquesa se colocó á la derecha del Rey, y el Duque á la izquierda de la Reina. También apareció por allí el comadrón, y cogiendo mal al niño sin duda, á pesar de su saber y de su oficio, hizole llorar durante toda la ceremonia, lo cual anota el Duque en su diario con cierta especie de despecho. Hizo la ceremonia el Arzobispo de Turín, y pusieron al niño por nombres Victorio Amadeo, María, Antonio, Fernando, Sales, Enrique, Camilo, Buenaventura, José, Joaquín, Juan, Pedro, Pablo, Luis, Ignacio, Javier, Luis, Miguel y Agustín, á cuya enumeración, añade el Duque en su diario, *como más largamente constará por los registros parroquiales*. Concluída la ceremonia en la capilla, retiróse la corte al cuarto de la Reina, y allí subieron los Duques á dar las gracias

á los Reyes, volviéndose después en el orden en que habían venido á la *casina* Meana, donde llegaron á las seis y cuarenta y ocho minutos de la tarde.

Media hora después vino á la *casina* el introductor de Embajadores para entregar á la Duquesa, de parte de los Reyes, dos magníficas pulseras de brillantes que tenían en el centro los retratos del Rey Víctor Amadeo y la Reina María Antonia. Dióla la Duquesa las gracias, y añadióle el Duque que en casa de los banqueros Donandi, tesoreros del Rey, encontraría una señal de su reconocimiento, que no era otra cosa sino mil y quinientas libras piamontesas; extraña costumbre ésta, la de dar una propina á un alto funcionario de la corte, lo mismo que si fuese un lacayo. Llegó detrás el introductor, su secretario, y entregó al de la Embajada, de parte también de los Reyes, mil doscientas libras para el aya, ama y demás servidumbre del niño, y también hubo para éste propina, enviándole el Duque á casa de Donandi en busca de otra señal de su agradecimiento, que consistía esta vez en treinta zequíes.

Hízose el reparto del dinero de los Reyes,—dice el Duque en su diario,—en esta forma: «Cuatrocientas libras al ama^a primera; doscientas al aya, y doscientas al ama segunda; á la criada del niño, ciento; y á los criados de librea, que ahora son diecinueve, quince cada uno.» De donde se deduce que el comadrón quedóse sin nada en el reparto; castigo sin duda de haber provocado con su torpeza los llan-

tos del tierno Victorio Amadeo en los solemnes momentos de la ceremonia.

Celebróse al otro día el bautizo de Victorio Amadeo con un gran convite en la *casina* Meana, á que asistieron el introductor de Embajadores y los dos Padres Pignatelli, y á la mañana siguiente, que fué la del 11 de Septiembre, salieron éstos para Bolonia, prometiendo antes el P. José á la Duquesa volver el verano próximo para darla los ejercicios de San Ignacio. El Duque escribe con aquella fecha en su diario: «Se fueron los tíos D. José y D. Nicolás Pignatelli á Bolonia, con ánimo de volver el año que viene.»

XIX

Ningún tirano doméstico ha ejercido nunca influencia tan absoluta y decisiva como ejerció el diminuto Victorio Amadeo en su casa desde el instante mismo de su nacimiento. Parecía á su padre que una arteria invisible le ligaba con aquel montoncito de carnes sonrosadas y tiernos huesecillos, y sentía en su corazón, con todos los aumentos y exageraciones del eco, cuantos estremecimientos pasaban por aquel futuro Duque de Villahermosa, en estado todavía de canuto. Un estornudo de Victorio Amadeo le hacía variar sus planes; un golpe de tos le obligaba á pasar las noches en vela, y un empacho sencillísimo producía preocupaciones tan graves y temores tan alarmantes, como causaba

en aquel momento al mundo diplomático la guerra entre españoles é ingleses, y encuéntranse anotadas en su diario, junto á las notas de Floridablanca y del Conde Perrón, Ministro de Estado en Cerdeña, las medicinas que tomaba Victorio Amadeo, las ayudas que le pusieron y hasta los efectos causados por éstas. «Debía y estaba dispuesto para ir al baile de la corte,—escribe en su diario el 15 de Enero;—pero habiendo tenido el chico novedad, me quedé en casa; se le dieron dos lavativas y dos tomas de polvos de Florencia, y pasó bien la noche con dos evacuaciones.»—28 de Octubre. «Estaba destinado para ir á Bastán, feudo del Conde de Verrue, y ver á Mme. Château-Dauphin; pero habiendo tenido el chico dolores que me dieron algún cuidado, diferí esta partida.»—Día 29. «La noche de ayer á hoy la pasé en vela por el motivo de haber continuado los dolores al chico hasta cerca de las seis de la mañana, y aun cuando debía ir con los Ministros de Génova, Portugal y Roma á la caza del Rey, por ser hoy el día famoso con el motivo de la feria de Moncalieri, no me fué posible en estas circunstancias.»—Día 30. «Me despertaron á la una de la noche porque habían vuelto al chico los dolores; le hice dar de mamar, con lo que parece se aquietó; avisé á mi mujer, me estuve un rato en el cuarto de aquél, me levanté dos ó tres veces de la cama, dormí desde las cinco á las siete, y después, habiendo visto al médico, hasta las diez y media.» «Como era día de fiesta no fui á Turín, donde nada tenía que hacer; no fui

al Sitio, porque solamente los domingos se puede hacer la corte, y así no diré otra cosa sino que con el motivo de haber ido mi mujer á la capital, yo me estuve en casa para cuidar del niño; que luego que vino me fui á pasear y ver estos deliciosos alrededores, pero la fuerza del sol me hizo volver luego. Por la tarde hice un paseo largo con la Duquesa, con quien había comido mano á mano, y no vino en todo el día nadie á visitarnos. Sencillez de vida digna del siglo de oro.» El 24 de Enero dice: «He cumplido hoy cincuenta años con bastante buena salud, que me podría hacer vivir otros tantos, si no me matase mi excesiva sensibilidad paterna.»»

Para la Duquesa era su hijo mucho más que todo eso: los ojos de su fe veían en aquella débil criatura un santuario vivo de la inocencia, un templo immaculado del Espíritu Santo, y comprendía perfectamente lo que refieren las historias eclesiásticas del padre de Orígenes, que se arrodillaba ante la cuna de su hijo, y descubría suavemente su pechito para besarlo con amoroso respeto, como templo vivo del Espíritu Santo. Para ella era aquel niño una imagen de Dios, colocada especialmente bajo su guarda de ella, pobre mujer que hasta entonces apenas había podido dirigirse á sí misma; una alma inmortal que la confiaba Dios para que la guiase á lo eterno, donde está su fin y había de estar también su premio. A veces tomaba al niño en sus brazos y encerrábase en el oratorio, donde meditaba ante la imagen de Cristo estas augustas verdades, estos so-

lemnes misterios, estas esperanzas inefables, estas responsabilidades eternas; y pensando que también cabían ellas en parte á su esposo extraviado y descreído, levantaba por toda oración el niño hacia la imagen de Cristo, como si pidiese misericordia y luz para el padre por medio de la inocencia del hijo. Una mañana entró el Duque en el cuarto de éste, para verle, como tenía de costumbre, repetidas veces en el día, y no hallándole, encaminóse al oratorio, donde le dijeron que estaba con la Duquesa; encontró á ésta sentada ante el altar, con el niño dormido en su regazo, y espectáculo tan tierno y sencillo pareció conmovérle. Besó al niño en la frente, besó también á la Duquesa, y arrodillóse á espaldas de ésta, permaneciendo así largo rato. Acordóse al punto la Duquesa de la profecía del P. Pignatelli: *vendrá un niño pequeño y lo pastoreará*, y su esperanza creció de punto cuando vió que de allí en adelante levantábase el Duque más temprano que de ordinario, haciendo gran esfuerzo, pues era perezoso, y asistía diariamente á la Misa que hacía ella decir en el oratorio; cuando volvieron á Turín, la Duquesa, sin decir palabra, comenzó á usar del privilegio que tenía de hacer celebrar dos Misas en casa; decíase una á las ocho, según la antigua costumbre, y otra á las once, á que asistía también la Duquesa; el Duque no pareció parar mientes en la innovación, pero ni un solo día dejó de asistir á la última Misa.

La vuelta á Turín á fines de Octubre obligó al

cabo á la Duquesa á comenzar su papel de embajadora, y entró en él con grandes bríos, dispuesta á luchar á brazo partido con el mundo, según las indicaciones del P. Pignatelli, después de preparar su alma con largas horas de oración y meditación en el retiro del campo, á la manera que los antiguos gladiadores ejercitaban su cuerpo y lo frotaban con aceite antes de entrar en la arena. Su plan de vida era el siguiente: levantábase en todo tiempo á las seis de la mañana, entraba al punto en el oratorio, donde hacía una hora de meditación antes de la Misa; terminada ésta, iba al cuarto de su hijo á darle los buenos días, y solía llevarle ella misma á besar la mano á su padre, que aún no se había levantado; salía después ordinariamente en litera á visitar al Santísimo Sacramento en alguna iglesia vecina, estando siempre de vuelta en casa para la Misa de las once, á que el Duque no faltaba nunca. Cuando tenía gentes á comer, que era lo más ordinario, ó le tocaba presentarse en la corte, ó había de asistir ó recibir en su casa las tertulias nocturnas que llamaban en Turín *Asambleas*, retirábase una hora antes al oratorio y permanecía allí este espacio de tiempo por lo menos, pidiendo á Dios su auxilio y sus luces y ordenando en su presencia lo que había de decir y hacer, para que sus palabras y acciones fuesen todas medidas por la prudencia, pesadas por la caridad y encaminadas al bien del prójimo y al propio provecho. Y así como otras damas pasan siempre del tocador al salón, ella pasaba á éste del ora-

torio, y terminada la fiesta ó visita volvía allí de nuevo, y en largo y prolijo examen pedíase estrecha cuenta de las palabras que había dicho, las conversaciones que había oído y las veces que había faltado al examen particular, que, según el método de San Ignacio, llevaba entonces y llevó por muchos años, de la presencia de Dios. Y llegó á ser ésta con el transcurso del tiempo tan íntima y continua en ella, que, á ejemplo de Santa Catalina de Sena, parecía haberse fabricado en su corazón una celda donde, en medio del bullicio del mundo, se encerraba sin esfuerzo ni violencia, para gustar allí las dulzuras de Dios, sin que por eso resultase su gesto adusto ni endiosado, sino natural y sencillo, ni su conversación desmañada ó distraída, sino animada, afable y en extremo atenta y obsequiosa cuando era ella á quien tocaba entablarla y animarla, como de ordinario sucede á toda señora que recibe en su casa. Y era tanta su prudencia y tal su imperio sobre sí misma, que nunca la impidió esta concentrada vida espiritual estar pronta á la menor indicación de su marido, ni vigilante á las necesidades de su hijo, ni atenta á los mil deberes de cortesía que la complicada etiqueta de entonces y su alta posición oficial la imponían á cada paso; y aun en medio de tantas y tan opuestas atenciones, todavía hallaba tiempo para examinar por sí misma y recibir, socorrer y visitar á veces á los muchos pobres que la recomendaban, y para rezar el Rosario y tener alguna lectura espiritual, según su antigua

costumbre, con todos aquellos de sus criados á quien no se lo impedía el servicio doméstico.

La primera visita de la Duquesa al volver á Turín fué, como era natural, á la Reina, y recibió-la ésta en su cuarto con toda la familia real, teniendo la atención inusitada, que como tal hace constar el Duque en su diario, de darla asiento á su lado, mientras el Rey y los demás Príncipes permanecían en pie en torno. Mayores atenciones debió aún á la Princesa del Piamonte, María Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI, á quien Pío VII declaró solemnemente *Venerable* por bula del 10 de Abril de 1808, seis años tan sólo después de su muerte. Había conocido la Duquesa á María Clotilde en la corte de Versalles, cuando tenía la Princesa once años, y se educaba con su hermana Mme. Isabel, bajo la dirección de la excelente Princesa de Marsán, que supo hacer de la primera una Reina santa, y de la segunda una Princesa mártir. Llamaban entonces en Versalles á Mme. Clotilde *gros madame*, por ser para su edad demasiado metida en carnes, y era tanta su virtud y tal su recogimiento en medio de la disipada corte de su abuelo Luis XV, que quiso con gran empeño imitar el ejemplo de su tía madame Luisa, entrando con ella en el convento de Carmelitas Descalzas de San Dionisio. Opúsose su hermano Luis XVI á estos santos propósitos por razón de Estado, y tratóse su casamiento en 1775 con el Príncipe del Piamonte, heredero de la Corona de Cerdeña, que había de ser más adelante Carlos Ma-

nuel IV. Cuando María Clotilde hizo en Turín su entrada solemne, llamó la atención del pueblo su gordura, y oyó más de una vez entre las aclamaciones los gritos de: *¡Com' è grossal ¡Com' è grossal!*¹. Afligió esta acogida á la buena y humilde Princesa, y quejóse á la Reina su suegra, no de lo que en esto pudiera haber para ella de mortificante, sino del temor de no alcanzar el amor de aquel pueblo, que tan mal había impresionado. Mas la Reina María Antonia contestóle con su viveza española:

—Eso no es nada, hija mía. Cuando yo entré en Turín, oía gritar por todas partes: *¡O com' è brutta! ¡O com' è brutta!*²; lo cual, con ser mucha verdad, no ha impedido que el pueblo me ame y me respete.

Caló bien pronto la Princesa del Piamonte las virtudes de la embajadora de España, y fueron tantas las muestras de afecto y aun respeto que comenzó á darla, que la prudente Duquesa procuraba evadirlas con frecuencia, comprendiendo cuán peligroso es para una extranjera suscitar celos palaciegos en torno de los Príncipes. Retenía la á su lado horas enteras cuando la tocaba hacerla la corte, según la etiqueta, y mantenía con ella largas y provechosas pláticas espirituales, de que salían ambas llenas de fervor y mutuo aprecio, creyendo ver cada cual en cada una, por la analogía de sus posiciones, el mo-

¹ ¡Qué gorda es! ¡Qué gorda es!

² ¡Qué fea es! ¡Qué fea es!

delo acabado de todas las virtudes que Dios les ponía delante. Hizo entrar la Princesa del Piamonte á la embajadora de España en varias Asociaciones de señoras, fundadas por aquélla en Turín para alivio de pobres y enfermos, y recomendóla muy especialmente una de éstas, que tenía por objeto fomentar entre las damas la modestia y decencia en los trajes, de que daba María Clotilde en la corte particularísimo ejemplo. Llamábase esta Cofradía de *Las humilladas*, pertenecían á ella muchas señoras de la alta nobleza, y observaban la singular práctica de asistir todas á la procesión del Corpus vestidas con trajes groseros y llevando devotamente cirios encendidos en las manos.

Fijó la Duquesa para las tres recepciones consecutivas que marcaba la etiqueta á las embajadoras, los días 14, 15 y 16 de Noviembre, y recibió en ellos á la mayor parte de la alta nobleza de Turín, de tres á cinco de la tarde, acompañada por las Condesas de Ossa y Sancei. Desde entonces quedó la Embajada española convertida en centro de la sociedad más escogida de Turín, con gran contentamiento del Duque, que sentía con esto halagada su vanidad y satisfecha al mismo tiempo la necesidad de relaciones extensas y escogidas, indispensable á todo diplomático que sabe y quiere desempeñar bien su cargo. El espléndido boato que desplegaba el Duque en sus comidas y recepciones, el tono delicadamente culto que sabía imprimirles la Duquesa, y hasta la misma afable y aristocrática severidad de

tan encumbrada dama, fueron grande parte para que, unido todo ello á la escasez de centros de este género que había en la corte de Cerdeña, se considerase honra insigne el tener entrada en la Embajada española, y cuantos extranjeros de calidad pasaban por Turín solicitasen ser presentados en ella. Los domingos había siempre comida, á que asistía por turno el Cuerpo diplomático; los miércoles *Asamblea*, que duraba de seis á diez de la noche, y en determinadas fiestas ó solemnidades, ó en obsequio de altos personajes, grandes convites que no bajaban de sesenta cubiertos; *Asambleas* extraordinarias á que asistían á veces los Príncipes reales, y en dos ocasiones, estando en Turín la Duquesa, hubo también dos bailes de gala, de los cuales duró uno hasta la una de la madrugada como cosa muy extraordinaria. En cambio, durante el invierno que pasó en Madrid la Duquesa, dió el Duque otros dos grandes bailes, uno para celebrar la paz entre españoles é ingleses, que duró desde las ocho de la noche hasta las ocho y media de la mañana siguiente, y otro en obsequio del Duque de Chartres, Felipe Igualdad más tarde, que volvía de recorrer la Italia, y duró desde aquella misma hora hasta las siete de la mañana: hartura inconcebible de baile, que difícilmente encontrará igual en los fastos de los salones. Fuera de estos *deberes mundanos* que cumplía la Duquesa en su casa, asistía también dos ó tres veces al mes al círculo de la Reina, á los *petits bals*, como los llamaban, de la Princesa del Piamonte, cuando ésta la avisaba par-

ticularmente; á las *Asambleas* extraordinarias del Príncipe de Carignan, que no faltaba nunca á las de la Embajada de España, y alguna que otra rara vez, á las que de ordinario tenía en su magnífico palacio la Marquesa de Voghera, su próxima parienta. En cambio de estas fiestas, que sólo eran para ella penosos deberes, negábase en absoluto cualquiera otra diversión que sólo tuviera por objeto su propio placer y entretenimiento, y así fué que durante los años de su estancia en Turín jamás entró en un teatro, á pesar de que la corte asistía siempre al de la Opera y tenían en él los embajadores palco ó aposento, como se decía entonces, pagado por el mismo Monarca. Y en tiempo de Carnaval, jamás quiso asistir al magnífico paseo de la calle del Po, donde se reunían más de 400 carrozas, y era uno de los espectáculos más animados, entretenidos y pintorescos de que podía disfrutarse, no ya en la corte de Cerdeña, sino en la Europa de entonces. Rasgos éstos que establecen por sí solos la diferencia inmensa que existe entre la señora verdaderamente piadosa que cumple en el mundo los peligrosos deberes que una alta posición impone, y las devotas aristócratas al uso del día, que mezclan el agua de Colonia con el agua bendita, y los libretos de la opera con las novenas de los santos, é improvisan deberes y exigencias sociales para saciar su inmoderado afán de diversiones y placeres, sin perder por eso su harto transparente fama, no ya de medianejas cristianas, que eso podrán á veces serlo, sino de almas piadosísimas.

Cuando llegó la Cuaresma cerró la Duquesa su puerta, sin que encontrase por parte del Duque oposición alguna; suspendiéronse las comidas, cesaron las *Asambleas*, y prescindiendo de etiquetas y consideraciones durante aquel santo tiempo, encerróse la Embajadora en su casa, sin salir más que á la iglesia, dando así un grande ejemplo que hacía en Turín por aquella época harta falta; y como algunas damas de sus más íntimas persistieran en venir á acompañarla por las noches, hizo la Duquesa, con muy buena gracia, que durante estas veladas se leyesen en su estrado los sermones de Massillón, que el P. Pignatelli le había recomendado, diciendo ella como San Francisco de Borja cuando hablaba á las visitas pesadas é importunas de la muerte, el juicio y el infierno. «Si se aburren, no volverán; y si vuelven, sacarán provecho.» Durante esta Cuaresma vió también la Duquesa cumplirse la segunda parte de la profecía del P. Pignatelli, trocándose el corazón del Duque para volverse á Dios por influjo de su hijo; mas hizose este maravilloso trueque sin esfuerzo ni violencia, ni ninguna de esas crisis ó sacudimientos que preceden por lo común á las conversiones de grandes pecadores; hizose, por el contrario, suavemente; por su propio peso, con la naturalidad con que la fruta madura cae del árbol á impulsos de una savia oculta que le ha prestado favor y fragancia, con el descanso con que el navegante dormido llega á la playa y allí se encuentra, sin notar que debe su arribo al trabajo y la fatiga de los

brazos que remaban. El proceso de este portento, que como tantos otros de la gracia divina tan sólo llegaron á comprender los que con sus oraciones le habían alcanzado, la Duquesa y el P. Pignatelli, está consignado por el mismo Duque en su diario, sin ponderaciones ni adornos retóricos, con frase lacónica y sencilla, escrito á veces en cifra, cuya clave no poseemos, y deja, por lo tanto, secretos, algunos de estos movimientos de la divina gracia.

A principios de aquella Cuaresma comenzó el Duque á asistir á los sermones de la corte en la capilla real, llamada de la *Santísima Sindone*, por venerarse en ella entonces el sudario en que fué envuelto nuestro sacratísimo Redentor Jesús, colocado en magnífica urna de plata cincelada, guarnecida de oro y brillantes. No debió, sin embargo, ser muy devoto el espíritu que llevaba al Duque á estos primeros sermones, pues de todos éstos hace en su diario críticas bien poco benévolas; mas llególe el turno á un Padre Barnabita, teólogo del Duque de Parma, que llamaban Felipe Grana, y tanto debió agradar al Duque su elocuencia, que no perdió desde entonces ninguno de los sermones que predicaba. Coincidió con esto la llegada á la corte de Cerdeña del célebre doctor Petit, que había sido en París médico de la Duquesa, y suplicóle el Duque reconociese á Victorio Amadeo, cuya débil constitución le traía siempre en continuas alarmas. Opinó Petit, con gran espanto del Duque, que el niño estaba raquítrico; mas comprometióse á trazarle un plan que le curaría en

seis meses, comenzando á contar desde aquel mismo momento. Aceptó lleno de esperanza el afligido padre, y aquel mismo día escribió en su diario, aludiendo, no á la curación del niño, sino al examen de su conciencia: «*Empezóse la mejor obra; quiera Dios que la acabe en su santo temor y gracia.*» Siguiéronse luego cuatro días de gran retiro y recogimiento, en que sin duda continuó el Duque esta *mejor obra*, anotando en su diario varias observaciones en cifra que no pueden adivinarse. Al quinto día, que fué el 17 de Marzo, tuvo á comer al Conde Condronchi y al P. Felipe Grana, á quien sin duda quiso conocer de cerca, y dos días después, el 20 de Marzo, escribe en su diario: «*Concluyóse la mejor obra con el Padre Grana, Barnabita.*» Al día siguiente vióle la Duquesa, con tanta sorpresa como gozo de su alma, comulgar en la iglesia, y sin que la prudente señora osase pedirle explicación alguna de tan edificante hecho, díjole el Duque, sin añadir más razones, que había hecho voto aquel día á la Virgen Santísima de reedificar y agrandar su iglesia de Pedrola si le concedía la gracia de que su hijo Victorio Amadeo viviese siquiera hasta los cinco años. Y desde esta fecha hasta quince días antes de la muerte del Duque, que es cuando termina su diario, hállase consignada en éste, primero cada mes, después cada quince días, y últimamente cada ocho, esta lacónica frase, que garantiza lo sincero de su conversión y lo fiel de su perseverancia: «*Comulgé en la iglesia.*» El 1.º de Octubre de 1788, hallándose el Duque en

Pedrola, añade á la sencilla frase de costumbre esta hermosísima página: «Como en otro tiempo y cuando seguía una vida solamente mundana, he puesto lo que hacía todos los días durante un mes; ahora que por la misericordia del Señor pienso de otro modo, y por si acaso hay alguno que tenga la paciencia de leer este tan voluminoso diario, que ya con este tiene tres tomos en folio, me ha parecido conveniente quitar el mal ejemplo que aquella vida disipada haya podido dar, y es mi ánimo escribir aquí todo lo que haga en cada uno de los días de este mes, para que se vean en parte las misericordias que el Señor ha obrado en mí, sin embargo de la imperfección de las buenas obras que haya podido ejecutar, que es grande y mucho mayor mi ingratitud hacia el Padre celestial, á cuya mayor honra y gloria debía emplear todos los momentos de mi vida. Esto es lo que hice el día primero:

»Me levanté á las seis poco más; hasta cosa de las siete, lo empleé en ejercicios de devoción; tomé chocolate y me vestí; antes de las ocho fuí á la tribuna ¹, donde me estuve hasta poco más de las nueve; volví á mi cuarto, donde escribí adelantando cartas para el correo, y después de alguna lectura espiritual fuí á ver el granero, y con D. Miguel Gayubar á ver una muralla que se hace en la cerca del palacio, para impedir que el ganado que he comprado se coma los plantales de los árboles, y estuve con

¹ La que daba á la iglesia y se menciona en el cap. VI.

el mismo hasta más de las doce. Recé después un poco y continué en escribir hasta poco más de la una; comí, y con un poco de descanso después, salí á las tres á cazar; un accidente sucedido en el coche retardó un poco mi salida y llegué á la huerta de Luceni, donde matamos diez codornices, y me volví á Pedrola á las seis y media poco más ó menos. Hice un poco de lectura espiritual; rezamos el Rosario en comunidad con la familia; se bebió; un rato después me puse á jugar con la Duquesa al revesino; á las nueve y media cenamos, y poco después, es decir, á las once, me acosté, hecho el ejercicio de la noche.»

Cayó, pues, con la conversión del Duque, la barrera que antes separaba á éste de la Duquesa, y unidos desde entonces por la misma fe y las mismas prácticas religiosas, fué su vida la de aquellos esposos cuyo amor inquebrantable está basado en Dios, todo entre ellos es mutuo, parten entre sí penas y alegrías, y no les separa ni lo que es del tiempo ni lo que es eterno, porque para la eternidad es para lo que se aman y hacia donde caminan. Esta fué la época verdaderamente feliz de la Duquesa; y para que nada faltase á su dicha, envióle Dios al santo P. Pignatelli, que llegó á Turín el 7 de Abril, y seis meses más tarde concedióle por segunda vez la dicha de ser madre, dándole una hija que nació el 10 de Septiembre y fué bautizada con el nombre de María, siendo su padrino el venerable P. José Pignatelli.

Esta larga estancia del P. Pignatelli en Turín, pues fué esta vez huésped de sus sobrinos desde el 7 de Abril hasta el 26 de Septiembre, proporcionó al santo ex jesuíta la ocasión de apreciar despacio y por menudo los grandes progresos que en el camino de la perfección había hecho la Duquesa en un solo año, sin que hallase en él otra quiebra que la de haberse acentuado bastante en su ánimo la tendencia á los escrúpulos, á que tuvo siempre propensión muy marcada, cruz, más bien que defecto, que acongoja con frecuencia á muy santas almas. Deseaba la Duquesa retirarse á principios de Mayo á la *casina* Meana, que con sus bellísimos jardines tenía arrendada el Duque, para hacer allí los ejercicios de San Ignacio bajo la dirección del Padre Pignatelli, según se lo tenía prometido éste desde el año antes. Mas bastó que el Duque insinuara tan sólo el deseo de que demorase su piadoso propósito, para que la humilde y obediente Duquesa accediese en el acto: debía llegar de un momento á otro á Turín, como llegó en efecto el 3 de Mayo, el Marqués de Santa Cruz, que, acompañado de numerosa comitiva, proyectaba recorrer la Italia y la Alemania, y pensó con razón el Duque que á él y su esposa, por su cargo oficial y relaciones íntimas de familia, correspondía acompañarle y agasajarle. Era el Marqués de Santa Cruz, D. José Joaquín de Silva, hermano mayor de la ilustre académica Doña Mariana, entonces Duquesa de Arcos, madrastra de la Villahermosa, y había perdido el año anterior á su hijo

único D. Francisco, Marqués del Viso, como ya dijimos anteriormente. Quedaba, pues, por esta muerte prematura sin sucesión masculina y directa la casa de Santa Cruz, y resolvió por eso el Marqués pasar á segundas nupcias, emprendiendo para ello un verdadero viaje en busca de novia, que encontró al cabo en Viena, muy de su gusto, en la Condesa María Ana de Waldstein, señora de mucha virtud y prendas muy notables. Acompañaba á Santa Cruz en este viaje su hermano menor D. Pedro de Silva, que después de pelear como bueno en el desastre de Argel al frente del regimiento de África, acababa de dar en la corte de España el magnífico ejemplo de trocar su brillante uniforme de Brigadier de los Ejércitos reales por la humilde sotana de sacerdote, ordenándose de presbitero en 1778. Acompañó, pues, el Duque á los ilustres hermanos á visitar cuantas curiosidades eran en Turín dignas de verse, presentóles en la corte á los Reyes y Príncipes, dió en honra del Marqués una muy lucida *Asamblea* que terminó con baile, y como fuese Santa Cruz muy aficionado á la física, hizole presenciar varios experimentos muy notables de electricidad, hechos por el famoso abate Becaria, de las Escuelas Pías, uno de los sabios más eminentes que existían por aquel tiempo en Europa.

Prosiguió al fin su viaje el Marqués de Santa Cruz, saliendo de Turín el 22 de Mayo, y al día siguiente trasladóse la Duquesa á la *casina* Meana, donde hizo por primera vez los ejercicios de San

Ignacio bajo la dirección de su tío, con tal piedad, recogimiento y luces tan altas del cielo, que entonces puede creerse echó los cimientos y afianzó para siempre aquel vencimiento propio por amor de Dios y aquella conformidad absoluta con su voluntad divina, que al estancar en el alma las tres fuentes de inquietud que la envenenan, deseo de adquirir, temor de perder y sentimiento de haber perdido, engendran en ella la paz inmutable, el gozo eterno, la justicia santa que hace á los justos en cierta manera, acá en la tierra, semejantes á los bienaventurados del cielo; porque, como ha dicho el Apóstol, *no es el reino de Dios comida ni bebida, sino iusticia, paz y gozo en el Espíritu Santo.*

A los cuatro días de terminar la Duquesa sus ejercicios, dispuso el Duque un gran banquete en la *casina* Meana, para celebrar el fausto suceso de vestirse Victorio Amadeo de corto. Púsose la mesa en el jardín, á la sombra de los árboles, y el beneficiado, vistiendo por primera vez lo que pudiera llamarse su *toga pretexta*, presidió la mesa en brazos de su aya, á la derecha de su padre. Mas fuese que no se aviniera bien Victorio Amadeo con sus nuevos atavíos, ó que por pertenecer á una generación más moderna encontrase hartamente enojosa la etiqueta de aquellos señores, es lo cierto que rompió por ella á las primeras entradas, gritando tan alto y con tal furia, que fué preciso retirarle de su honorífico puesto, con gran sentimiento de su padre.

Durante aquel verano y el siguiente otoño, fue-

ron varias las visitas de importancia que turbaron el devoto retiro de que gozaba la Duquesa, con más facilidad que en Turín, en la *casina* Meana. Llegó el primero D. Fernando Magallón, *el más complaciente y corrompido de los mentores* del desdichado Mora, como le llamaba el abate Galiani, que iba de ministro del Rey católico á la corte del gran Duque de Parma. Hospedóle Villahermosa varios días en su propia *casina*, y de allí marchó á su destino, donde murió á poco repentinamente de un gran vómito de sangre; esta muerte desastrosa de su antiguo compañero de desórdenes causó gran espanto en el Duque, afianzó poderosamente sus nuevos propósitos y túvole por muchos días cabizbajo y poseído de una especie de *terror retrospectivo*, semejante al que causa en el criminal libre y absuelto el castigo del cómplice que no logró la misma suerte. Llegaron poco después á Turín los Duques de Valentinois, herederos del principado de Mónaco, y trasladáronse los Villahermosa á la ciudad para acompañarles y agasajarles varios días por expresa recomendación del Conde de Aranda, como Embajador en la corte de Francia. Igual encargo vino al Duque de la corte de España para atender y obsequiar á otra persona que fué para la Duquesa en extremo repugnante. Era ésta la famosa Princesa Dashkoff, Catalina Romanowua, que tan principal parte tuvo en la conjura militar y palaciega que derribó del trono de Rusia á Pedro III, para colocar en él á Catalina II. Aquella mujer enérgica y astuta, que sólo

contaba entonces dieciocho años, hizo ella sola en favor de Catalina, entre la aristocracia y los dignatarios del Estado, lo que los dos hermanos Orloffs hicieron en el ejército: vióselo el día del alzamiento, á caballo, vestida de hombre, capitaneando un cuerpo de ejército, y designábala entonces la opinión como cómplice de los Orloffs en el horrible asesinato del Czar depuesto, envenenado y estrangulado en la prisión de Rapscha, á los pocos días de su destronamiento. Pretendíase entonces explotar el grande valimiento que semejante mujer tenía con la Emperatriz Catalina, para que retirase ésta su protección á los jesuitas existentes en Rusia, y de aquí que la corte de España pretendiera la agasajara y atendiera en Turín su Embajador, como ya lo había hecho en París el Conde de Aranda. Dióse, pues, en la Embajada un gran banquete en obsequio de la temible conspiradora, y aunque la Duquesa, ignorante de estas intrigas, pensó desde luego excusar su asistencia, entróla luego el escrúpulo de si sería más bien falta de caridad que justa repugnancia lo que la movía á obrar de este modo, en contra del deseo de su marido y de sus deberes de Embajadora. Decidióse al fin por lo que más trabajo le costaba, que era siempre su regla práctica, y acudió á hacer á la Princesa los honores de la Embajada, mandando decir antes, aquella misma mañana, siete Misas en honra de los dolores de María Santísima, á fin de alcanzar la conversión de aquella desdichada hereje que, inspirándola mucha com-

pasión, no dejaba también de causarla cierta especie de miedo. Lo cual, sabido por el Duque, dijo entre grave y risueño: «Si lo sé yo á tiempo, hago decir otras siete para echar los siete demonios de los siete pecados capitales, que la tal Princesa debe tener dentro.»

La Princesa parecía tener, en efecto, en el cuerpo, no ya siete demonios, sino una legión entera dispuesta á resistir, con ayuda de la dama misma, á todas las Misas de la Duquesa. Era ya mujer de más de cuarenta años, y su alta estatura, sus modales hombrunos y su traje masculino, en todo menos en las faldas, revelaban á primera vista á la extravagante amazona que pidió á la Emperatriz, como recompensa de sus servicios, el mando de uno de los regimientos de su guardia. Cuando á poco de su visita á Turín volvió la Princesa Dashkoff á San Petersburgo, hizola la Emperatriz, deseosa, sin duda, de hacerla trocar la espada por la pluma, Presidenta de la Academia de Ciencias, y dióla también la presidencia de la nueva Academia Rusa, que sobre los moldes de la francesa fundó por aquel tiempo. Ignoramos si correspondió la Princesa á los obsequios de la corte de España hablando á Catalina II contra los jesuitas; si así lo hizo, estrellóse por esta vez su influencia contra la enérgica actitud de su digna amiga la Semíramis del Norte. Á fines de Diciembre, estando ya la Duquesa de vuelta en Turín, llegó á esta capital el Duque de Crillon, y vióse obligado Villahermosa,

bien á pesar suyo, á recibirle y festejarle. Sabía éste, por razón de su cargo, que el Conde de Floridablanca andaba en tratos secretos con el Duque de Crillon para colocarle al frente del ejército que había de arrancar la isla de Menorca de manos de los ingleses, y repugnábale, á fuer de *aragonés*, esta política de los golillas, que fomentaba la impopular tendencia del Rey á confiar altos puestos á extranjeros advenedizos. Pocos meses antes había mandado recoger el mismo Carlos III la llave de gentilhomme al Príncipe de Salm-Salm, por no querer éste llevarla en París, y con motivo de un fuerte altercado (desafío dijeron otros) habido entre Salm-Salm y el Conde de Fuentes, D. Luis Pignatelli, por ciertas palabras de aquél injuriosas para España, escribe Villahermosa en su diario: «Despaché mi correo y escribí al Duque de Arcos (que me contaba ligeramente el caso de mi cuñado Luis y de Salm) que este suceso y el decreto de Priego daban á entender que era preciso abrir los ojos sobre los servicios de los extranjeros, y que de esportillero arriba no permitiría yo que ninguno se estableciese en España. Quisiera que este aborrecimiento que tengo á los extranjeros en España (pues fuera de ella hago mucho caso de los de mérito, que nunca son los que se expatrian) pasase á mi posteridad.»

Recrudeciéronse estos sentimientos del Duque con la venida de Crillon, y tocó el turno á la Duquesa de aplacarle y abogar por las fiestas y com-

placencias diplomáticas, á fin de no despertar la suspicacia de Floridablanca con algún desaire hecho á Crillon, buen General por su parte, á quien venía de casta el valor y la pericia en cosas de guerra, como descendiente que era de aquel bravo Crillon á que escribió Enrique IV: «¡Ahórcate, Crillon!, que hemos vencido en Arques, y tú no estabas allí.»

Cumplióse mientras tanto el plazo señalado por el doctor Petit para la curación de Victorio Amedeo, y aunque el niño mejoraba visiblemente y robusteciase en gran manera, todavía pareció débil á su impaciente padre, y resolvió pedir tres meses de licencia á Carlos III para llevarle á España y dejarle allí con su madre, si aquel clima le sentaba mejor que el de Italia. Vino concedida la licencia á fines de Julio de 1781, y fijóse la partida para el otoño, retirándose mientras tanto la familia á la viña Reviglasco, distante tres millas de Turín. Llegó á ella el P. Pignatelli el 7 de Agosto con intento de pasar con sus sobrinos el verano, como había pasado ya los dos antecedentes; mas una desgracia imprevista trastornó estos sencillos planes, sumiendo á los Duques en el mayor desconuelo. El 9 de Agosto atacó á la niña María una fuerte calentura, y temiendo el médico se declarasen las viruelas, determinaron separarla de su hermanito. Lleváronla á Turín la Duquesa y el P. Pignatelli, y quedóse el Duque en Reviglasco al cuidado de Victorio. Al amanecer del otro día murió la niña en

brazos de su santo padrino el P. Pignatelli, y el Duque, incrédulo y orgulloso, que un año antes hubiera desafiado á Dios mismo, al sólo pensamiento de perder uno de sus hijos bajaba humildemente la cabeza, y escribía sumiso y resignado en su diario esta hermosa frase: «¡Gracias sean dadas al Todopoderoso, que me ha dado conformidad para llevar este golpe! Poco después de las siete de la mañana recibí la fatal noticia. La Duquesa vino á las doce y media con sospechas de nuevo embarazo. ¿Querrá Dios que le ofrezca otro sacrificio?»

Aquella desgracia precipitó la marcha de los Duques, y salieron de Turín el 9 de Septiembre de 1781. El P. Pignatelli les acompañó hasta Lannebourg, al pie mismo del Mont-Cenis, y allí se separaron. Los Duques prosiguieron tristemente su viaje, sintiendo no poder llevar consigo á España al santo desterrado. Éste volvióse de allí á Bolonia, sabiendo muy bien que la tierra entera es el destierro, y que la patria sólo está en el cielo.

XX

Entraron los Duques en España por Perpiñán, y llegaron á Pedrola el 17 de Octubre, deteniéndose antes en Barcelona ocho días, en una casa de campo del Conde del Asalto, que era entonces Capitán general del Principado. Confesaron y comulgaron ambos esposos el día siguiente á su llegada en Sa-

rría, y allí encontraron á la Condesa de Peralada, Doña Teresa Palafox, cuyo marido se hallaba entonces preso en el castillo de Pamplona por los cargos que resultaron contra él en el extraño proceso de *La Bella Unión*, Sociedad secreta denunciada en 1777, y compuesta de mujeres perdidas y hombres sospechosos que tenían mucho de libertinos y no poco de impíos sectarios.

En Pedrola recibió la Duquesa con singular contento la visita de su excelente amiga la de Béjar, que llegó allí el 30 de Octubre, de paso para Zaragoza. Durante la ausencia de la Villahermosa había enviudado Doña Escolástica, y negándose también á contraer segundas nupcias con el joven y apuesto Príncipe Manuel de Salm-Salm¹, cuya irreligión y escepticismo repugnaban á la noble viuda, modelo de virtudes cristianas en este estado, como lo había sido en el del matrimonio. Tres días pasaron juntas en Pedrola las dos buenas Duquesas, y al cuarto, que fué el 2 de Noviembre, salieron los Villahermosa para Madrid, y siguió la de Béjar para Zaragoza, donde tan breves debieron ser los negocios que la llevaban, que cuatro días después reuniase de nuevo con sus amigos en Agreda, donde se detuvo Villahermosa para saludar á su tío carnal D. Manuel Azlor, Virrey y Capitán general que era

¹ Era hermano de la Duquesa del Infantado, y el mismo que tuvo meses antes la cuestión ó desafío, que ya mencionamos, con el Conde de Fuentes, D. Luis Pignatelli.

del reino de Navarra. Esperábale éste en la posada del lugar, que había adornado con alfombras y tapices, y acompañábale su esposa Doña Petronila de Villavicencio, y dos de sus hijos, un niño y una niña: esta última, que contaba entonces seis años, llamábase Doña María de Consolación, y había de ser más tarde, con el nombre de Condesa de Bureta, una de las figuras más nobles y simpáticas que registra en sus anales la historia contemporánea de España.

Esperaban á los viajeros en la Puerta de Alcalá, la Condesa del Montijo y D. Carlitos Pignatelli, que tenía entonces dieciséis años, y sin quitarse aquéllos el polvo del camino, fueron todos juntos al Monasterio de las Salesas para saludar á Sor María Pignatelli y presentarle al nuevo sobrino Victorio Amadeo, que pasaron á las monjas por el torno, y anduvo de mano en mano por toda la Comunidad, sin dar muestras de susto ó extrañeza. Esta nueva estancia de la Duquesa en Madrid, lejos de hacer su vida más disipada, hízola, por el contrario, más recogida y devota, no sólo porque á ello la impulsaban sus deseos de perfección y natural tendencia, sino por la falta de ocasiones que para vida contraria había entonces en la corte; pues sin desaparecer del todo el espíritu afrancesado en modas, ideas y costumbres, que inspiró años antes al P. Isla su célebre aleluya

Yo conocí en Madrid una Marquesa,
Que aprendió á estornudar á la francesa,

habíanse alejado ya de la escena varios de los personajes que mantenían y propagaban en centros aristocráticos estas innovaciones, por malvados cálculos de propaganda volteriana: los petimetres y lechuguinos acentuaban por su parte la nota manolesca que había de alcanzar su mayor boga en el reinado de Carlos IV, frecuentaban más los garitos que los salones, lucían con más garbo la redecilla que la peluca, y oían con más gusto que en años anteriores á la Marcuci y á la Lancaster, al *tío Paquete*, el popular ciego de las gradas de San Felipe el Real que retrató Goya ¹, verdadera celebridad de entonces, que arrancaba aplausos de las más aristocráticas manos, cantando, no ya en calles y plazas, sino en muy dorados estrados:

«Vale más un cachete
De cualquier maja,
Que todos los halagos
De las madamas;
Porque se arguye
Que todo esto es cariño
Y el otro embuste.»

De donde resultaba que las damas más cultas y severas que nunca quisieron seguir los harto calumniados derroteros de la Duquesa de Alba, más ligera que corrompida, ni los de la misma María

¹ Posee en la actualidad el original de este retrato nuestro respetable amigo el Excmo. Sr. Marqués de Heredia.

Luisa, verdaderamente liviana, limitasen su sociedad á reducidas tertulias de familia, y sólo se dejaran ver en las grandes solemnidades de la corte y en las fiestas de las Embajadas. No se creyó, sin embargo, la Duquesa obligada en Madrid como en Turín á presentarse con frecuencia ni en unas ni en otras, y en todo aquel año que pasó en Madrid con el Duque, sólo tres veces estuvo en Palacio para hacer su corte á la Princesa de Asturias y á la vieja Infanta Doña María Josefa, y tan sólo se creyó obligada á asistir en todo este tiempo á una comida dada por el Nuncio, Mons. Colonna, su próximo pariente, y á la fiesta celebrada por el Embajador de Francia con motivo del nacimiento de aquel desgraciado niño que había de designar más tarde la historia de las grandes desventuras con el nombre de Luis XVII. La Duquesa cumplía, sin embargo, ceremoniosamente con todas sus relaciones de amigos y parientes, de modo que nadie pudiera creerse desatendido ó desairado; mas de ordinario empleaba el día entero en sus ocupaciones domésticas, sus prácticas de devoción ó caridad, y sólo frecuentaba el trato íntimo de la Duquesa de Béjar, las Condesas del Montijo y de Aranda y de su tía la Marquesa viuda de Villafranca, Doña María Antonia de Gonzaga, hermana menor de la difunta Condesa de Fuentes. Por las noches venía diariamente la Duquesa de Béjar á hacerla compañía mientras cenaba, aunque se hubiesen visto ya aquel mismo día, y retirábase á la campanada de las diez, en silla de

manos, á su casa de la calle de Alcalá, esquina del Prado. En una ocasión, sin embargo, mostró la Duquesa decidido empeño en ir al Real Sitio de Aranjuez, donde se hallaba la corte, y fué, en efecto, y allí estuvo tres días consecutivos con su tía la Marquesa de Villafranca y dos hijas de ésta. Mas no tenía por objeto aquel viaje de la Duquesa hacer la corte á ningun Príncipe, ni visitar á ningún Grande, ni disfrutar tampoco de alguna de las fiestas reales que en obsequio de altos personajes solían celebrarse todavía en Aranjuez de vez en cuando: el personaje á quien iba la Duquesa á ver y á oír, era más que todo eso: era Fray Diego de Cádiz, el capuchino extraordinario, verdadero apóstol de Dios, que recorrió por aquel tiempo la España entera, haciendo prodigios que no se veían y prodigios que saltaban á la vista, ora atrayendo la lluvia sobre los campos con su palabra, como en diversos pueblos de Andalucía, ora deteniéndola sobre su auditorio, como en Córdoba en 1778, siempre trocando las almas más empedernidas al eco sobrenatural de su avasalladora palabra, como dejó consignado en hermosos versos un testigo de mayor cuantía, por ser de los volterianos más endurecidos é impenitentes de aquel tiempo que alcanzaron todavía los nuestros.

«Yo vi aquel fervoroso capuchino,
Timbre de Cádiz, que con voz sonora,
Al blasfemo, al ladrón, al asesino,
Fulminaba sentencia aterradora.
Vi en sus miradas resplandor divino

Con que angustiaba el alma pecadora,
Y diez mil compungidos penitentes
Estallaron en lágrimas ardientes.

»Le vi clamar perdón al trono augusto,
Gritando humilde: «No lo merecemos.»
Y temblaban cual leve flor de arbusto,
Ladrones, asesinos y blasfemos:
Y no reinaba más que horror y susto
De la anchurosa plaza en los extremos,
Y en la escena que fué de impuro gozo,
Sólo se oía un trémulo sollozo¹.»

Cuéntase, que predicando un día Fray Diego de Cádiz en Sevilla á más de treinta mil almas, fué tan maravillosa su elocuencia, fueron sus resultados tan grandes, que el humilde capuchino sintió deslizarse en su corazón un pensamiento de vanagloria. Mas aquella noche, cuando, retirado en su celda, hacía á los pies del Crucifijo, que no abandonaba nunca, examen de conciencia, vió que la sagrada imagen entreabría los labios y dejaba escapar en tono de dulce reproche estas palabras, que hicieron prorumpir al santo capuchino en amarguísimo llanto:

—Diego... ¡Qué bien *he predicado* hoy!...

Este era el verdadero secreto de su elocuencia; y cuando se leen hoy sus sermones escritos ó impresos, no puede comprenderse su efecto, sin figurarse la voz de trueno, el sobrenatural resplandor de ojos, la barba blanca, el hábito tosco, el cuerpo

¹ Poesías de D. José Joaquín de Mora.

amojado y seco, y, sobre todo, el fuego de amor de Dios y del prójimo que animaban esas letras muertas en boca de aquel verdadero apóstol, y hacían de su lengua la aguda espada de dos filos de que habla San Pablo.

La popularidad de Fray Diego de Cádiz era entonces tan grande, que las ciudades enteras se despoblaban para oírle, recibíanle en muchas bajo palio y con la tropa tendida por donde pasaba, y aun dentro del templo rodeábanle soldados para impedir que la indiscreta devoción de muchos cortase pedazos á su hábito¹. Por aquel año de 1781 vino el santo Misionero á predicar en Aranjuez la novena de San Antonio, en la capilla de este Santo, que tenían entonces en el Real Sitio los Religiosos franciscanos de la Esperanza, y entonces fué cuando la Duquesa de Villahermosa hizo este viaje para oírle, con su tía la Marquesa de Villafranca. Era ésta muy devota y amiga del santo capuchino, y proporcionó á la Duquesa una entrevista con él, y también otras varias al Duque, que se confesó con Fray Diego muy

¹ Este venerable varón llamábase José Caamaño y Garcí-Pérez Redondo de Burgos, si bien tomó al profesar, según costumbre de su Orden, el nombre de Fray Diego de Cádiz. Nació en esta ciudad el 30 de Marzo de 1747. Su padre era de Tuy, su madre de Ubrique, aunque de familia oriunda de Jerez de la Frontera. Tuvo una hermana que se llamó Doña Leonarda, y á dos hijas de ésta, Doña Francisca y Doña Ramona, dió su santo tío el hábito en el convento de Dominicas del Espíritu Santo, de Jerez de la Frontera, donde vivieron y murieron como ejemplares religiosas.

detenidamente, con gran provecho de su alma, si ha de juzgarse por los resultados. Poco después de esta confesión y estas pláticas con Fray Diego de Cádiz, escribía Villahermosa en su diario estas palabras, que revelan no haberse descuidado el capuchino en apretar los tornillos al noble Duque: «Estuve á comer en casa del Ministro de Rusia. ¡Qué profusión! ¡Qué banquetes, donde jamás se piensa ni se habla de Dios! ¡Cuánto lo que allí pasa dista de las leyes del Evangelio! No digo que sea malo: nuestro Redentor asistió al convite de las bodas de Canaán.»

Alcanzó el Duque prórroga de su licencia para esperar el parto de la Duquesa, que tuvo lugar el 7 de Abril, dando á luz una niña, que bautizó D. Pedro de Silva en la parroquia de San Martín, con los nombres de María, Magdalena, Cleofé, Salomé, Casilda, Juana, Francisca, Josefa, Bibiana, Antonia, Sinforosa. Por aquel tiempo hizo el Duque en Madrid una compra de importancia que tuvo más tarde no poca trascendencia. Había entonces en la Carrera de San Jerónimo, en el solar que ocupa hoy el palacio de Villahermosa, un gran caserón antiguo con vasto jardín que se extendía por el sitio en que está hoy la calle del Sordo, hasta la iglesia de San Fermín de los Navarros. Era propietario y único inquilino de esta especie de palacio encantado un viejo extravagante, muy protegido de Grimaldi, que vivía allí escondido y olvidado, después de haber dado mucho juego, años antes, en todos los tratos y manejos de *golillas* é italianos: era este

personaje último vástago de la ilustre familia de los Pico de la Mirandola, y conóciase todo el mundo en Madrid con el nombre de *el Abate Pico*. Ocurriósele, pues, á este Abate Pico vender su casa á Villahermosa, y aceptó éste la propuesta con intento de levantar sobre aquélla un palacio suntuoso para sí y su descendencia. Cerróse el trato, pagóse el precio, y el Abate, que sobre ser avaro y astuto era también tramposo, excusóse de evacuar la casa en el momento, por razón de grave enfermedad que le postraba en el lecho. Comenzó entonces á urgir Floridablanca la vuelta á Turín de Villahermosa, y como conociese éste que el niño Victorio se fortalecía más en Madrid que en la corte de Cerdeña, determinó hacer el penoso sacrificio de marchar solo á Italia, dejando al niño en Madrid con la Duquesa, que también había de quedar mientras tanto por administradora y gobernadora de todos los estados de Villahermosa. Aceptó la Duquesa muy á pesar suyo, y por puro espíritu de obediencia á su marido, tan pesada carga; mas no tuvo valor el Duque para desprenderse antes de tiempo de aquellas prendas de su alma, y parecióle menos doloroso marchar con toda la familia á Pedrola y continuar él solo desde allí su viaje á Italia, lo cual efectuaron á mediados de Junio con intento de detenerse en Pedrola hasta principios del otoño; mas á los pocos días de su llegada enfermó gravemente la niña María, y murió al cabo á los cuatro meses de nacida, el día 30 de Julio. La pérdida de este tercer ángel que la

muerte les arrancaba de los brazos, puso á prueba la resignación cristiana de ambos esposos, cuyos sentimientos, con ser tan amargos, fueron al mismo tiempo tan sumisos y enfrenados por la santa fe católica, que pudieron compendiarse en aquellas hermosas palabras que brotaron en caso semejante del corazón de cierto padre: «Lo que me diste para la eternidad, lo poseo todavía, aunque ya no lo veo. La muerte entró de tu parte en mi casa, llena de cunas, y sacó de ellas á mis tres hijos. Mas en presencia de la muerte, yo he negado á la muerte. Porque delante de ella, Señor, tu Iglesia, madre inmortal, enciende antorchas, símbolo de la vida, y canta con voz segura tus victorias sobre la muerte. Los que no están ya conmigo, Señor, están contigo. Sé que viven, y sé que yo también viviré. Han salido de la vida, pero no de mi vida. ¿Cómo he de creer yo muerto á lo que está vivo en mi corazón?...»

Apenas repuesta de este golpe la afligida madre, llegó á Pedrola la noticia de que la Duquesa de Béjar se hallaba en Madrid gravemente enferma. Estaba Doña Escolástica sola en la corte, pues el Conde de Fernán Núñez, su único hermano, hallábase á la sazón en Lisboa de Embajador del Rey católico. Esta triste nueva afectó tan hondamente á la Duquesa, que trastornando todos sus planes y los del Duque mismo, voló al punto al lado de aquella amiga querida, verdadera hermana de corazón, que ocupaba en el suyo el primer lugar después de su marido y de sus hijos. Acompañóla el Duque muy

gustoso, quizá por encontrar ocasión de retardar algo su viaje, y llegaron á Madrid el 21 de Septiembre, encontrando á la Duquesa de Béjar desahuciada de los médicos. Catorce días seguidos pasó la Villahermosa sin separarse un momento de la cabecera de su fiel amiga, y recibió al cabo de éstos su último suspiro, el día 5 de Octubre, á las diez menos cuarto de la noche. Contaba Doña Escolástica tan sólo treinta y cinco años, y con ella perdió la Duquesa la prudente consejera y la cristiana amiga que desde su niñez le había aconsejado y animado á la virtud con la práctica de sus santos ejemplos. Enterraron su cuerpo, por privilegio especialísimo con que quiso Carlos III honrar las virtudes de aquella ilustre dama, modelo de grandes señoras, en el Real Monasterio de las Salesas, donde se había educado. En su testamento nombraba por albacea al Duque de Villahermosa, y este piadoso cargo dió motivo al agraciado para detenerse en Madrid más tiempo del que pensaba. Mas no tardó en disponer sigilosamente su partida, y sin revelar el día ni la hora de ésta más que á su grande amigo D. Pedro de Silva, salió de Madrid el 12 de Octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, sin atreverse á dar el último adiós ni á su esposa ni á su hijo. En la siguiente carta, primera que le escribió ésta después de su partida, están pintados con ingenua sencillez los sentimientos de la Duquesa al separarse por primera vez de su esposo después de doce años de matrimonio.

«Madrid 14 de Octubre de 1782.

»Duque mío de mi alma y de mi vida: ¡Puedes considerar con qué corazón te escribo esta primera carta! Sólo Dios lo sabe, y espero de su bondad que por lo que me ha costado este doloroso sacrificio de nuestra separación, me concederá lo que le pido y deseo con toda mi alma, y es que nos volvamos á ver y yo tenga el consuelo de verte bueno y de presentarte al niño fuerte y robusto. Gracias á Dios, va ahora muy bien; come y duerme grandemente y está de hermoso color: ayer y hoy ha ido á pasear; y ayer, que fué al Prado, le pasaron por la plaza y estuvo loco de ver la fruta, pero el angelito me quebraba el corazón el día que te fuiste, porque te estaba llamando á voces, y muchas veces como que se acuerda y á mí nõ me quiere en su cuarto: hoy también te ha nombrado *papá*, luego que le he hablado de ti, y enseñándole tu retrato te ha reconocido y hecho algunas fiestas; pero es muy malo, porque quería jugar con la papelera y no ha querido besarte. Le he hecho venir á la mesa anteayer y ayer, y hoy vino cuando ya nos levantábamos, y le he dado su fineza, un bizcocho y uvas: en fin, desde que te has ido, me parece se me ha doblado el cariño y cuidado, y como que le tengo lástima, porque no tiene un padre tan tierno como tú que le cuide, y así procuro hacerlo yo por los dos.

» Ahora que te he dicho cuanto ocurre del niño, voy á hablarte de mí. El día de la Virgen estaba

ya recelando que me la habías de pegar, y en consecuencia hice mis devociones y súplicas en la Comunión, temiendo que al volver á casa tal vez me dirían que te habías ido. Vine, pregun té si oías Misa en casa, dijéronme que habías salido á oirla fuera; yo me fuí con mucha prisa á la fiesta del Pilar, y encargué que Cayetano barriese mi cuarto. Por mil historias largas de contar, tuve que ir á Misa de una al Buen Suceso. Cuando volví, dije te avisasen en viniendo, que comeríamos: de allí á poco vino Perico¹: hablamos de varias cosas, y al cabo de un rato dije: «No sé cuando vendrá el Duque para que comamos.» Y él respondió riendo: «Puede ser que no venga.» Con esto caí de mi asno, le hice que se explicase, y como es regular, lloré un poco; comimos con Serrano², que se quejó mucho que tú no se lo hubieras dicho. Fuimos después á oír la plática del P. Comenge³, y le hice decir, al acabarla, que te habías ido; también se quejó al criado, diciendo: «Pues se ha ido *sin despedirse de mí*.» Aún aguardo su visita, que sabes me ofreció; pero, gracias á Dios, puedo decirte que no lo necesito por lo que toca á consolarme, pues patentemente he visto la protección de Dios en esta ocasión, porque, como sabes, estaba ya muy perdida y rematada el viernes, y eso que no sabía estaba tan cerca mi trabajo.

¹ D. Pedro de Silva.

² D. Francisco Serrano, capellán de las Descalzas Reales.

³ El P. Juan Andrés Comenge, del Oratorio de San Felipe, confesor entonces de la Duquesa.

¿Pues qué hubiera sido en la hora y día que llegó, si Dios no me hubiera asistido? Creo que me hubiera desesperado; pero así en este como en el pesar anterior ¹, me ha dado Dios una serenidad y constancia de ánimo, que he estado tan regular con todos como si no hubiera tal pesar, é interiormente un dolor muy grande y mucha amargura, pero con serenidad y paz y aun consuelo de ver lo que Dios hace y cómo me ayuda. En esto he visto evidentemente cómo en estas dos ocasiones me ha mostrado el Señor lo que soy de mí, y mi flaqueza, que no le podría hacer el menor sacrificio, y después, en llegando la hora de consumarle, me ha quitado el trabajo y me ha sostenido. Deseo y espero que habrá hecho lo mismo contigo, y así se lo he pedido, y aunque fuera á costa mía; pero creo te ha tratado como á fuerte, por las expresiones de tu carta de Galapagar, que, aunque breves, explican un penetrante dolor. Dios quiera endulzarle, y para que así lo haga, te he puesto particularísimamente bajo la protección de María Santísima, y he mandado decir una Misa todos los días en su altar del Pilar, hasta que sepa tu llegada, para que sea con toda felicidad, salud y consuelo, y he entrado en la Congregación de Nuestra Señora, y te he hecho inscribir á ti y al niño, para que nos cuide á todos y te dé salud á ti, y cuides de tu casa y familia, y también he hecho decir Misa á San Francisco de Borja para

¹ La muerte de la Duquesa de Béjar.

lo mismo, y le haré una novena de Misas: esto es cuanto puedo hacer. Pero para que veas las cosas de Dios, la lectura que hice el sábado, al volver á casa después de la plática, fueron dos cartas de Fnelón, tan al caso como la del viaje que sabes; en la imitación lo mismo, y al día siguiente, la Misa parecía que el introito era hecho para nosotros, y así todo esto me pareció particular providencia. En fin, Duque mío, al acostarme fué lo peor y cuando más siento mi soledad, como á la cena, pues justamente me han faltado las dos personas de mi mayor amor, que me acompañaban á aquella hora ¹; pero ayer puse el cuadro nuevo de la Sacra Familia al lado de mi cama, donde estaba el otro, y anoche me parecía que María Santísima me hacía compañía, y con este pensamiento me procuro consolar. Y cierto que, pues todo esto sufrimos por hacer la voluntad de su Santísimo Hijo, no nos abandonará esta Señora, sino que desde el cielo nos mira con amor y nos ampara: en esto has de pensar, Duque mío, y confiar en Dios y en su Madre, que nos volverá como tú dices á juntar en su amor para siempre, y no puedo dejar de añadirte cuánto consuelo me da el ver que vas con Dios; con tal compañía nada te falta; si hubiera sido en otras circunstancias ², no me quedaría consuelo, sino la voluntad de Dios; ésta se

¹ El Duque su marido y la Duquesa de Béjar, que, como dijimos antes, venía todas las noches á darle conversación mientras cenaba.

² Alude á los años anteriores de vida escéptica y disipada del Duque.

cumpla en todo y por todo para su mayor gloria.»

Prosigue después narrando detalladamente al Duque cómo tomó posesión del gobierno de la casa, reuniendo solemnemente á toda *la familia* de criados mayores y menores, y presentándoles al nuevo contador que había nombrado, D. José Jiménez, al archivero y al tesorero D. Manuel García Aldeanueva. En este punto queda interrumpida esta interesante carta, por hallarse mutilada y en extremo deteriorada por la acción del tiempo.

XXI

La vida de la Duquesa durante estos meses que pasó separada de su marido, ha quedado consignada por ella misma, día por día y pensamiento por pensamiento, en las cartas semanales que escribía al Duque. Conservólas éste, sin duda, como libro precioso en que podía encontrar sana y espiritual doctrina y consejos atinados y prudentes, y así ha llegado á nosotros esta curiosa correspondencia, incompleta y deteriorada, pero capaz aún de dar idea exacta de la sencilla virtud, el claro entendimiento y la elevada vida espiritual de la Duquesa de Villahermosa. Extractaremos, pues, estas curiosas cartas, procurando conservar la ingenua sencillez de su desaliñado estilo, falto en absoluto de pretensiones; la exacta y curiosa pintura de la vida íntima de una gran dama de su época; la santa diplomacia de esposa y madre cristiana con que

pone siempre por delante la salud y las monadas del hijo, para asestar al padre amorosos golpes que le afirmen en la práctica de la virtud, sabiendo muy bien que el amor á su hijo era el que había despertado el amor á Dios en aquel corazón antes seco y descreído, y, finalmente, la graciosa falta de ilación y de estudio con que mezcla á veces detalles caseros y pormenores vulgares, con profundas observaciones que revelan su entendimiento y su mundo, y claras luces del cielo que prueban su grande experiencia en la vida espiritual, que constituye la ciencia y el estudio de los santos.

«*Madrid*, 17 de Octubre de 1788.

»Querido mío de mi vida: He tenido hoy el consuelo de tener noticias tuyas por los de Alcolea ¹, que luego que han llegado me mandaron recado; pero yo he pasado á ver á la prima esta tarde para que me informase mejor, y ahora acabo de venir; me alegro de las buenas noticias que me han dado, y de que comieses con ellos, y todo lo que sea animarte me consolará mucho. Ahora no sé cuándo tendré carta tuya; deseo sea de Burgos, pero temo que hasta Bayona no pueda ser. Antes de anoche tuve grandísimo gozo con la que recibí de Labajos, que ya hace días la esperaba, pero estuve compen-

¹ Al día segundo de su viaje había encontrado el Duque en Olmedo al Conde y á la Condesa de Alcolea, que volvían para Madrid, y comido con ellos en la posada. La Condesa era prima del Duque.

sada con las expresiones de tu tierno cariño, y he dado muchas gracias á Dios y á su Santísima Madre, que tan completamente me concedieron lo que les pedí de consolarte, y tú me has dado particular consolación con las misericordias que me cuentas ha hecho Dios contigo, y con decirme que te escriba siempre algo sobre Su Divina Majestad. Cree que no podías decirme cosa que más me consolase, pues aunque yo te hubiera escrito algo algunas veces, no sería con la satisfacción con que ahora lo haré, sabiendo que gustas de ello y que no te será molesto. Leí tu párrafo á Perico ¹, que alabó á Dios y admiró el poder de su gracia; pero la especie de ir yo embebida en Dios, y la de la vanidad, le cayó muy en gracia, y lo rió mucho, y ayer, para completarle el gusto, le leí lo de *crezca en el seno de su madre*, que es cosa que he celebrado mucho y me parece muy tierna y expresiva: para estos golpes enérgicos te da el naipe, con tuen vidiable laconismo, que yo no puedo imitar, y harto lo siento, pues, como sabes, no sé escribir corto.

»Ayer avisé á D. Francisco Gutierrez ², y le leí el párrafo santo de tu carta, y me dijo se debía guardar, porque escribías como un Apóstol, y que le había dado el mayor gusto, pues veía que estabas con el ánimo dilatado en Dios, que era lo que

¹ D. Pedro de Silva.

² Era este el confesor del Duque, varón muy docto y espiritual.

deseaba, y te había procurado persuadir y tranquilizar estos últimos días. Conocí verdaderamente que le causaba gran satisfacción, y también se ha alegrado como yo te haya encantado la *Vida Devota*. Yo siempre creí que era el libro que te convenía, y desde Turín procuré engancharte á leerle (no sé si te acordarás), y me alegro haya salido así, pues cuanto más leas á mi Santo Padre ¹, más te gustará y le cobrarás amor y devoción.

»Es grande su dulzura y espíritu, y propiamente ha escrito para los señores y cortesanos. El amigo que sabes de Turín ² fomentará este principio suyo, porque es muy apasionado del Santo, y la disposición en que vas de disgustarte otros libros es cuanto hay que buscar para que te aprovechen y gusten los que él te dará y aconsejará. No puedo menos de decirte que deseo leas la vida de Santa Teresa, que te aficionará mucho á la oración: á lo menos, yo á esta bendita Santa se lo debo, con infinitas gracias que sería no acabar si empezase á decirlas; y á más te divertirá, porque tiene mucha gracia. Pero en cuanto al método para la oración, el mejor, más sencillo y seguro es el de Filotea, y el que todos

¹ Como ya dijimos, la Duquesa llamaba siempre á San Francisco de Sales su *Santo Padre*, y á Santa Juana de Chantal su *Santa Madre*, por costumbre tomada sin duda en sus tiempos de educanda en las Salesas.

² El Abate Tomassi, varón muy espiritual, grande amigo de la Duquesa y hermano del Caballero Tomassi, siciliano y gentil-hombre de cámara del Rey de Cerdeña.

aconsejan que es el mismo de San Ignacio. También deseo leas las *Confesiones* de San Agustín, que son admirables, y estoy cierta te gustarán; y te recomiendo, cuando estés con quietud, te acuerdes del libro de nuestro Fenelón, que nos ha dado juntos tan grande idea de Dios; porque con este fundamento del conocimiento de Dios; según lo que alcanza nuestra miseria y cortedad, viene todo lo demás grandemente, y hace otra fuerza é impresión, y al cabo todo viene á parar al amor, y éste se engendra, crece y se perfecciona mediante la gracia de Dios, con la consideración de su infinita bondad y perfecciones, de la que dimanen todas sus obras en beneficio nuestro. Yo, considerando este punto, me he propuesto pedir siempre á Su Majestad, por medio de su Madre Santísima y de los Santos, este uno necesario que encierra en sí todas las virtudes; y así amor y más amor es y será mi petición para ti y para mí, hasta que seamos consumados en este amor por la unión con el mismo amor, que es Dios. No quiero decir por eso que no pediré otra cosa, según la necesidad; pero mi fin y objeto en todas mis oraciones y peticiones será alcanzar éste para ti y para mí y para cuantas personas me interesan. Me ocurre cuántas cosas tendrías que decirme sobre esto, pero no tengas reparo y escíbeme lo que quieras, y suplamos por cartas las conversaciones que tú dices; pues aunque nunca será lo mismo, equivaldrá lo que pueda. Yo he leído y releído tu carta, y siempre con nuevo gusto. No me parece que esto es

sólo por Dios, sino por ti, y como va todo mezclado con mi amor propio (por lo mucho que me alabas), todo esto junto hace una fuerza que creo está en esto el darme tan singular gusto. En esto de alabarme y formar concepto de mí, por Dios que te modes; pues te ciega el cariño, y cree me hace mucho daño, porque me ensoberbezco, y son muchos los pensamientos de vanidad y presunción que tengo. Ya sabes que con uno se pierde todo, con que mira por mí. Y para que te persuadas, sabe que el nuevo Padre ¹ de espíritu dice que en esta novena es menester pida y trate de convertirme de veras. Mira qué tal me habrá hallado, pues juzga esto aún por empezar; y no creas es por decir, sino que él lo piensa así, y todo cuanto me dice se encamina á esto.»

Prosigue dando cuenta al Duque del correo de los administradores de provincia, de sus arreglos con el contador, el mayordomo y el tesorero, y le expone el plan de reformas que quiere introducir en la casa, para cercenar gastos en todo lo que se refiere á su persona, y muy especialmente en la mesa, para lo cual ha advertido ya las futuras reformas á sus comensales ordinarios, que eran los dos Iriartes, D. Bernardo y D. Tomás, grandes amigos y protegidos del Duque, D. Pedro de Silva y D. Francisco Serrano.

¹ Este era el P. Juan Andrés Comenge, del Oratorio de San Felipe, con quien había comenzado la Duquesa á tratar las cosas de su espíritu al irse el Duque.

«Ayer, — escribe la Duquesa, — se lo dije á Don Bernardo, que vino á comer, manifestándole que por esto no me atrevía á pedirle viniese á favorecerme, si él tenía reparo: con que me respondió muy bien, que él no reparaba en eso, que hiciese lo que me acomodara y reformase lo que quisiese, y que al fin siempre comería aquí mejor que en su casa. Perico y Serrano entran desde luego en ello, y dicen que vendrán á comer el pucherito con mucho gusto. A D. Tomás no le he vuelto á ver, pero con ése no tengo tanto reparo como con su hermano, y así, como ves, ya está hecho lo más difícil en el asunto.

»Vaya de noticias, y la de ayer, que me dió D. Bernardo, es que entró la escuadra inglesa en el Mediterráneo, con un tiempo deshecho: dos fragatas y cuatro embarcaciones de transporte en Gibraltar. Ahora dicen que nuestra escuadra ha entrado también por el temporal en el Mediterráneo, y que habrá combate; lo seguro ya es que un navío nuestro se estrelló contra las peñas de Gibraltar, y Eliot envió barcos y recogió mucha gente. Ahora dice Perico que la noticia del día es que están las escuadras á cuatro leguas, y á la hora ésta ya habrá habido combate.

»Vamos al chico, que está bueno y alegre, y ha hecho migas con la chica de D. Narciso, y á mí me echa de su cuarto. Siento lo que dices de él, pues se ve el gran cuidado con que estás: deseo te tranquilices en este particular, pues si viene algún mal, sobrado tiempo tendrás de afligirte. Muchas veces

te llama á gritos, y siempre viene á la mesa por la fineza. He cumplido por ti con los que me has encargado, y otro día diré lo demás, porque me canso de escribir, y con la conversacion de Perico y Serrano (que te saludan) no puedo entenderme ni atenderlos. Adiós, Duque mío: quédate con Dios; en Él estamos unidos, y así búscame en el Corazón de nuestro dulcísimo Jesús y allí me hallarás contigo. Todo esto último es de Perico, que me ha preguntado si había párrafo espiritual y he dicho éste. Como no puedo volver á leer este proceso, sabe Dios los gazapatones que irán. Adiós, hasta el lunes: quíereme como te quiere tu apasionada, = J. Mariquita. »

« Madrid, 28 de Octubre de 1782.

»Comienza por asuntos de administradores, disposiciones de gobierno, temores de que el Abate Pico asome la oreja, porque después de cobrar y hallarse bueno, demora la entrega de las llaves de la casa con solapados pretextos, y después escribe este hermoso párrafo:

»Dime lo que te parece que debo hacer ¹, y de lo demás si lo apruebas ó no; pues la mayor satisfacción que puedo tener es acertar con tus ideas, y así me ha lisonjeado mucho lo que me dices que he hecho bien, aunque conozco que en eso de la *mujer fuerte* aún no he empezado ni sé en qué consiste. Ahora estoy leyendo un librito sobre esto, que me

¹ En el asunto del Abate Pico.

hace ver que hasta ahora no he empezado á cumplir con mis obligaciones, sin lo cual toda devoción es ilusión; pide á Dios no sea así de aquí adelante. Me alegro de tus adelantamientos espirituales; bien se ve que Dios te ama especialmente, y este conocimiento que te da te dilatará mucho el corazón y aumentará tu amor: así lo espero y deseo y le suplico á Dios que crezca cada día más en el conocimiento y amor de nuestro buen Jesús, que esta es la verdadera ciencia y felicidad para esta vida y la otra. El Corazón de Jesús es el símbolo del amor, y en esto está fundada esta devoción: adorar este divino Corazón como centro y símbolo del amor infinito de Jesucristo para con los hombres; y como éste se manifiesta más especialmente en el Santísimo Sacramento, y que allí está Jesucristo mismo, y por consecuencia su Corazón, por eso esta devoción aumenta la del Santísimo Sacramento. Todos los días, cuando voy á las Cuarenta Horas, voy también en tu nombre y le pido á Nuestro Señor reciba la visita por tí, y espero que lo tomará en cuenta. Con mucho gusto y consuelo te considero en el divino pecho de Jesucristo, y deseo estar contigo y que seamos consumidos en el fuego en que arde su Corazón, para ser transformados en él. Esta es la unión que su divina Majestad pedía al Padre la noche de su Pasión, después de instituir este divino Sacramento; que seamos una misma cosa con Él, para que no vivamos ya en nosotros sino en Él, y que su Majestad viva en nosotros. Dirás que hablo muy

sublime, y dirás bien, porque este es el último grado de perfección; pero como no está en hablar, sino en obrar, de poco sirve, y así, aunque hable maravillas, siempre me condenan mis obras; y como dice Cristo, el que me ama guardará mi palabra. Siempre que pienso en esto, me aflijo de ver claramente que no me puedo lisonjear de ser amante; pero ¡cómo ha de ser!, pedir y clamar y confiar en Dios, que algún día hará que los deseos lleguen á ser obras por la eficacia de su gracia. Te participo que de resultas de tus alabanzas he vuelto á leer la *Vida Devota*, pero es mi condenación más formal; pues después de tantos años que la he leído, aún no la he empezado á practicar en lo substancial. En fin, veo que toda mi vida es oropel.

»El niño, gracias á Dios, va muy bien: anda mucho, está muy alegre, come horror, y sobre todo las hierbas de su puchero le gustan mucho y se las come todas: otras monadas te contaría, pero como tengo mucho que decir de otros puntos, no me quiero enfrascar en éste. Sólo te diré que me parece bien hagas el sacrificio al Señor ¹, y lo renueves siempre que te ocurra, pues es el modo de que su divina Majestad se dé por satisfecho si conviene, ó te dé fuerzas para hacerlo de veras si fuere necesario. En el día el chico está de bellissimo color, y le han en-

¹ El Duque había ofrecido resignadamente á Dios la vida de su hijo, que aunque no fuerte entonces, no corría de ninguna manera los riesgos que su extrema solicitud paterna se figuraba.

gordado las piernas, que es lo que me da más esperanza de que vencerá el mal. Hay muchas buenas almas que le encomiendan á Dios: conque confiar en su bondad, y ya que da el trabajo de estar separado de nosotros, no te dará el de quitártelo; por ahora, á lo menos, así lo fio.»

Prosigue lamentándose de las calaveradas de su hermano D. Juan Pignatelli, y pregunta si aprueba la resolución que ha tomado de hacerse cargo del hermano menor, D. Carlitos, que contaba entonces diecisiete años, y abandonar el otro á la curaduría de D. Antonio Cabañero, puesto que ni consejos ni amenazas conseguían traerle á buenas. Luego añade:

«El martes pasado tuve muy mal día: por la mañana tuve carta de Fernán Núñez, con lo que me resolví á ir á las Salesas, supuesto que había ya de ser día triste ¹. Fuí con la Montijo y con Perico; lloré bastante, pero no con mucho exceso; pasé por la casa ², volví á la mía y respondí al Conde. Al otro día por la mañana vinieron la Catalina y la viuda, y después al otro, Manuel, y me trajo un cuadro (harto malo) del Nacimiento, por manda; y después vino Clavijo con el reloj y un relicario de

¹ Era la primera vez que volvía á las Salesas después de la muerte de la Duquesa de Béjar, que allí estaba enterrada. La manda de que habla luego era la que le dejó la Duquesa, y la Catalina, la viuda y Manuel, gentes de su servidumbre.

² La de la Duquesa de Béjar, en la calle de Alcalá, esquina al Prado, donde estuvo la antigua de Alcañices.

Santa Ana para ti, que te enviaré con la quina, según te previno Morales.»

Concluye enviando mil recuerdos individuales para sus amigos de Turín, y muy especialmente para cierta santa amiga misteriosa, que no era otra sino la Princesa del Piamonte, María Clotilde de Francia.

«Madrid, 4 de Noviembre de 1782.

»Duque mío de mi vida: Tu carta de Pau me llegó puntualísima, y celebro continuase tan bien tu viaje, aunque siento mucho fuese tan lentamente, porque considero lo que te habrá disgustado. Se me figura que consistirá esa escasez de caballos en haberlos aprontado para el Conde de Artois ¹, cuya llegada, como las demás noticias de corte, te las escribiré Escarano, á quien se lo he encargado. Aquí, gracias á Dios, continuamos sin novedad; el chico sale todos los días y está de muy buen color; deseo saber que en este particular estás más tranquilo, pues me da mucha pena el considerar cómo estarás. Ayer y hoy he tenido aquí á Carlitos, y hoy han venido los dos Iriarte y Serrano á comer.»

Prosigue quejándose de que á pesar de haber reducido tan considerablemente su mesa, resulten partidas tan crecidas como en los meses anteriores, y envía la siguiente cuenta de Octubre:

Cocina de Octubre.....	4.157 reales.
Repostería de id.....	431 id.

¹ Vino al sitio de Gibraltar.

Compara esta cuenta con la que la ha proporcionado la Duquesa viuda de Benavente, la cual gasta al mes en cocina y repostería tan sólo cuatro mil reales, ó á lo más cuatro mil doscientos, y tiene mesa diaria de diecinueve platos. Comienza á sospechar de la fidelidad del mayordomo, y propónese procurarse las cuentas de la Villena y las de la Condesa de Aranda, antes de tomar resolución ninguna, *porque esto de notar la honra de un hombre, es cosa muy grave*. No quiere rebajar nada á las raciones de la familia, á pesar de subir su importe á siete mil trescientos noventa y seis reales, porque como trabajan con buena voluntad, *es cosa de honra mantenerlos con mayor largueza*, y prefiere hacer economías á costa suya que de ellos.

Termina lamentándose de la sequedad de espíritu y aflicción interior de dudas y escrúpulos que le atormentan, por no entenderse bien con su nuevo director el P. Comenge, como con harta frecuencia acontece á las almas más escogidas y perfectas. «No hallo aún — dice — la paz que necesito con este santo hombre; pero la espero todavía en arreglándome, pues aún no me ha puesto en un pie fijo ni de horas ni de devociones. Con todo, temo que por ahora Dios no me la quiera dar, para que vea que todas las criaturas, por santas que sean, no la pueden dar, porque es don del cielo. A lo menos procuro esperarla sin congoja ni afán, y conformarme á vivir sin ella, si Dios lo permite así. Su divina Majestad me sostenga, que es lo que necesito.»

«*Madrid*, 11 de Noviembre de 1782.

»Duque mío de mi vida y de mi alma: Porque no me suceda lo del otro día, te escribo tempranito (son las nueve y media de la mañana), porque si no es exponerme por la noche á no poderlo hacer con despacio, y no habiendo más que un correo por semana, es chasco te halles con carta corta. Tengo millones de cosas que decirte, y no sé por dónde empezar; será por las de salud, que es lo primero. El chico está bueno, y si no fuera por sus dientes, que de tanto en tanto le dan algunos malos ratos, estaría bonísimo, pues nunca desde los tres meses le he visto con las carnes tan duras, tan gordo y de buen color: se anima muy bien á andar estos días, y sería más, si no fuera por las esteras y alfombras, que no le ayudan, y como el tiempo es tan cruel, no puede andar en el campo, y hace unos cinco días que no sale, porque es horrible el frío y aire, y se vió le dolían las muelas. Este mal es de ningún cuidado, pero de mucha paciencia, pues da gran lástima esta pobre criatura que padezca tanto; pero como no se le puede llegar á la boca, ni él habla, ni habría capacidad de que algún dentista le sacara alguna muela ó diente, si la tiene agujereada, todo va de especulación, y no se puede hacer nada más que el enjuago y el agua de limón, y demás remedios de caldos y régimen. El médico le vió la boca, y dijo que no tenía nada, ni tampoco calentura. Esto es cuanto ha ocurrido, y te lo cuento

ingenuamente para que me creas; y hago lo que yo quisiera, si estuviera en tu lugar, que hiciesen conmigo. No sé si acierto; me parece que esto no debe inquietarte. El trabajo es para mí de verle padecer, y del miedo que tengo á la menor friolera; pero veo que Dios quiere que tenga esta cruz, y me dió el otro día el buen pensamiento de unirla con la de María Santísima. ¡Cuánto mal padecería con ver sufrir tan cruelmente á su Hijo inocente! ¿Y los treinta y tres años que vivió sabiendo lo que le esperaba? Esta idea me ha sostenido, pues hasta el ser mi hijo inocente, por la gracia de Jesucristo, hace que se asemeje algo mi cruz á la de Nuestra Señora. Y el temor de lo que le sucederá, si vivirá ó no, si curará ó padecerá mucho, todo esto, aunque con infinita distancia, pero de lejos, se asemeja á la cruz de Nuestra Señora, y así le pido me alcance conformidad y fuerzas para llevarla cada día, en espíritu de penitencia y de agradecimiento y amor. Te digo estas cosas por animarte; y en verdad que si pensáramos bien lo que esta Señora padeció sin culpa, no nos atreveríamos á quejar, y todo nos parecería poco. Bueno es que tengas hecho el sacrificio del chico á Dios; pero que esto sea sin perder confianza de que si le conviene á él y á nosotros, su divina Majestad le dará salud; y también procuraremos ofrecérsele por amor y abandono á su voluntad. En cuanto á mí, estoy buena; anteanoche me cascó una fuerte jaqueca y me tuve que acostar; pero á las veinticuatro horas ya estaba

bien, y tan aliviada por la mañana, que pude salir á hacer mis devociones, como era día del Patrocinio de Nuestra Señora.

»Ahora voy á contestar á tus apreciabilísimas cartas, que bendito sea mi Dios, no me ha faltado ninguna. Sólo un correo no la tuve, y fué el viernes. Después de comulgar, como estaba con el sentimiento de que no la tendría, por lo que me dijiste en la última de Tolosa, hice el sacrificio á Dios lo mejor que pude, y cuando vine me hallé, no sólo con una, sino con dos. ¡Considera qué gusto tan grande tuve! Dios permita que te acompañen otros tantos ángeles á la hora de la muerte, como letras tienen las dichas cartas, por el consuelo que me has dado con ellas. Celebro en el alma que estés tan bueno de cuerpo y espíritu, y que camines aún más á prisa por los caminos del Señor que por los de Francia; pues, según tus cartas, esto he inferido, y me confundo en ver lo mucho que aprovechas; porque el llevar con paciencia las incomodidades de un viaje tan lento, no es poco para un genio vivo, y á mí me parece mucho, pues tú en menos años lo has conseguido, y yo en algunos que ha me dediqué á la vida devota, aún no me he vencido en nada, como lo prueba la memoria de las pasadas, que son mi confusión.

»Si tú lees y relees mis cartas, yo he llegado á formar escrúpulo de mi complacencia en esto. (Ahora viene el chico á enredar y á estorbarme.) Veo que Dios me trata como á lo que soy, es de-

cir, como á mujer flaca, pues á ti te priva largo tiempo de las noticias de los que más amas, y á mí me las da con frecuencia. El chico no me deja escribir con su algarabía, y me viene á buscar y á tomar de la basquiña, y á llevarme para que le ayude á enredar en la papelera. Te lo digo para que te figures que nos ves, y te convenzas está bueno y de buen humor. Al cabo me ha hecho levantar para sacarle un cajón. He hecho la cuenta de que llegarías á Turín el 3 á lo más tardar. Deseo saber si he acertado, y sobre todo que sea con felicidad. Para mayor abundamiento, se continuarán las Misas hasta el día 13, y de esto no me des las gracias, porque es muy debido por todas razones. Dime en qué ha parado Cayetano ¹, que sentiré no haya podido seguir, porque es bueno, bueno, y cree que me debes estimar te lo haya dado. Yo estoy bastante contenta con uno nuevo que he tomado, y con los otros tres, y también con un portero de estrados, muchacho quieto, según parece. Se ha vuelto á establecer el Rosario *en familia* desde el día de Todos Santos; lo guía D. Tomás, y después lee un poco del P. Parra; esto es, á las seis y media, cerca de las siete, después que he tenido mi despacho al anochecer, al cual asiste siempre D. Manuel, y á aquella hora se tratan nuestros asuntos.»

Prosigue dando cuenta al Duque de varios de

¹ Criado de la Duquesa, que había cedido al Duque para que le acompañase á Turín.

éstos, y de las economías hechas en su mesa, que piensa añadir al *apartado de limosnas*, y ascienden ya á treinta reales diarios, gracias á las reclamaciones hechas al mayordomo, que se disculpa con lo que desperdicia el cocinero, y éste con lo que tira el repostero, *viniendo á parar todo en la historia del último mono, que aunque parezca raro, le toca en estos casos ser al señor.* Se harán, sin embargo, más economías, porque la Villena no gasta más que tres mil doscientos ó trescientos reales al mes, y la de Aranda menos, y tienen más platos y además cenan, y ella no cena; y aunque el puchero del niño cuesta cuatrocientos reales al mes, este puchero puede muy bien equivaler á la cena. El abate Pico avisa que deja libre la casa, pero ella no se fía, porque claro se ve que hay allí maraña, y como no cree poder mudarse, procura arreglar la casa que vive.

«Esta semana pasada—continúa—se ha entapizado y colgado todo esto, y he hecho la economía de la pieza de damasco carmesí, porque he colgado mi alcoba con el amarillo de la tuya, y ha habido trabajos para acomodar tu cama, porque pusieron muchos remiendos, y aún han quedado algunos; pero está bastante pasable. Mi hermana ha estado en ejercicios y no la he visto esta semana. La de Aranda me dió hace mil años un recado muy cumplido para ti; que con ella siempre estás bien y no necesitabas despedirte, porque esas son malas visitas, y lo que quiere es que volvamos á verte bueno y pronto por acá. Lo mismo deseo yo, y me parece un invierno

eterno. Después de tantas veces que hago y he hecho á Dios este sacrificio de nuestra separación, siempre me cuesta de nuevo y cada día estoy más persuadida de que ha de sacar su Majestad mucho bien para nuestras almas. D. Tomás Iriarte vino ayer, y hoy hace ocho días que no había venido ninguno de ellos. Te aseguro que aún deseo vengan menos, pues no quisiera ver sino á gentes que me ayuden para servir á Dios: lo demás, ni me acompaña ni me sirve de gusto. Á casa de Montijo fuí la otra noche con Perico (que me acompaña mucho): no te he contado que el día que desesteré fuí á comer con los Montijos, porque me envió ella recado de que sabía que desesteraba, y si quería ir allá, y después me dijo que no era menester decírmelo; se lo estimé mucho, y la pobre si no me acompaña más, es porque está tomando las aguas de Guadalupe: está fatalilla. Á la Villena fuí á ver la otra noche, porque está siempre mala, y como el Padre Comenge no me quiere dejar ir al hospital, es preciso suplir visitando á los enfermos. Á la de Arcos aún no he visto; después que te has ido me envió recado, pero con este frío no tengo valor de salir de noche. Me has dado mucho gusto con la noticia de tus adelantamientos, y confío que nuestro amigo de Turín ¹ sacará partido de estas disposiciones en que vas. Yo hace días que te deseaba esta gracia de que te disgustases de libros profanos. Ayer se leyó en

¹ El abate Tomassi.

el P. Parra el caso de San Jerónimo, porque leía á Cicerón, ¹ y mete miedo; pero yo más deseo y me complazco en que vayamos por amor, pues es más suave, fuerte y generoso. Quiera su Majestad consumarnos en él cuanto antes. He tenido carta de Casalbón, tan espiritual como pudiera ser la de un anacoreta de la Tebaida ². Es cierto que Dios es admirable en sus obras, pero en especialidad en las de su gracia. Corre por Madrid que los desterrados ³ vuelven para que no vaya tanto dinero fuera, y que esto es golpe del Conde de Floridablanca. Me parece muy acertado, sea de quien fuere, y extraño que hayan aguardado quince años para caer en la cuenta. Dicen que Roda lo estorbaba ⁴. Si se verificase, tendré particular complacencia en vivir con mi tío y con su amigo ⁵, y les ofrezco cuarto en casa, desde luego, si tú lo apruebas.»

¹ Le azotaron los ángeles.

² ¿Se convertiría realmente el famoso Abate parásito, ó sería que á la vista de los vientos de piedad que reinaban en casa del Duque, procuraba él también navegar con ellos, para no perder lo que de allí sacaba?

³ Los jesuítas expulsados.

⁴ D. Manuel de Roda, el más impío quizá de los Ministros de Carlos III, había muerto el 30 de Agosto de 1782, á los setenta y cinco años.

⁵ Probablemente sería este amigo el P. José Doz, amigo de la infancia y compañero de toda la vida del P. Pignatelli, que se hallaba también entonces en Bolonia.

« *Madrid*, 18 de Noviembre de 1782.

»Duque mío de mi vida: Respondo á tus cartas de 28, 29 y 31, con las que he tenido particular gusto, pues cada correo he estado temiendo hallarme sin ellas. Acaba de salir de aquí Borunda ¹ y no ha visto al niño, porque está aún durmiendo. Está bueno, bueno: dice el médico que así te lo puedo decir, y no hay duda que va ganando carne y fuerzas; con que tú apenas te atreves á nombrarle, y él está muy alegre y enredador. Esto te lo digo para que no hagas caso de tu imaginación, que te atormenta miserablemente. *Bástale al día su trabajo*, dice la Escritura (y creo que por la boca de Cristo); basta y sobra el trabajo que tienes por ahora el vivir tan distante, sin aumentar otros que tal vez no vendrán, y que si vienen Dios nos dará para aquel entonces otros auxilios que ahora no nos da, porque no nos pide esos sacrificios. Esta consideración me hace mucha fuerza para procurar desechar los temores y aprensiones vehementes que á veces me vienen, de los trabajos y pesares que me pueden suceder, pues es exponerme á una gran tentación de no ofrecerlos á Dios con resignación, y parecerme que exceden á mis fuerzas, y así es; pues como por entonces no tengo aquella gracia que me dará Dios cuando me lo envíe, me hallo sumamente flaca para llevarlos y abrazarlos con conformidad.

¹ D. José Borunda, médico de los Duques.

» Te considero ya en Turín establecido. Llegarías el jueves, el martes irías á Moncalieri, el jueves tendrías á comer al Cuerpo diplomático y el domingo irías en casa del Embajador. Me figuro que la casa te embestirá y todo se te irá en memorias de cuanto ha sucedido en cada cuarto, sobre todo el nacimiento del chico y sus males. Todo esto es muy natural, y yo desde aquí te veo por toda la casa, y cuanto sucede y las gentes que van y todo. Ayer, cuando íbamos á las Cuarenta Horas, hablaba con D. Tomás de todo esto, y él hace también sus calendarios. Dice que saldrás poco de noche y que tendrás gentes. Esto salió porque me acordé que eran los años de la Reina y que comerías en casa del Conde Perrón. Con esto te encomendé particularmente á Dios y á Nuestra Señora, para que te llenasen de santos pensamientos y afectos en un día tan propio á la disipación, y más si hubo baile. Procuero ir pidiendo á Dios según tus necesidades, y en suma, lo mismo que pido para mí, pido para ti, y se lo he dicho á Nuestra Señora para siempre, y lo concederá como nos convenga á cada uno. Esto de pedir unidos me da devoción, con el fin que deseo de que nos una en su amor, como tú dices, para siempre. Ofreceré una comunión para dar gracias á Dios de las que me dices te ha concedido en el viaje, y espero te las continuará y aumentará incesantemente. Voy á hablar de los asuntos de la casa, y después podré explayarme en lo demás espiritual.»

El abate Pico enreda de tal modo el asunto de la

casa, que la Duquesa pierde la paciencia y se niega á recibir las llaves que al fin envía aquél, y á pagar el resto del precio. «Pero después—escribe,—habiéndolo pensado mejor cuando hice mi examen, me hizo conocer Nuestro Señor que esto era en el fondo injusto y poco cristiano, y que después me arrepentiría y tendría que volverme atrás ú obrar mal, y que, en suma, todo era poca gana de pagar. Con esta consideración resolví perdonar al Abate el mal procedimiento y perjuicio que me había hecho y procurar acabar este negocio, como yo quisiera que hiciesen conmigo, que esta es la regla. He decidido la venta de los trigos por miedo de echarlo á perder con mis sutilezas. Con bastante miedo lo he hecho de si te gustará ó no; pero como era preciso tomar partido, he ido á lo más seguro, y si no he hecho un golpe de Necker, no hay que admirar. En cuanto á mi *petit menage*, se adelanta poco; las cuentas no resultan, y después de pensarlo mucho delante de Dios he decidido despedir al cocinero y al mayordomo, pero esperaré á fin de no hacerles mal tercio. El aya nueva tampoco me gusta, porque es muy zalamera y la he cogido ya en desobediencias, y esto me hace desconfiar, porque luego sale que no lo había entendido y antes había dicho que estaba muy bien. Esto de decir la verdad lisa y llana es muy raro en el mundo, y yo me aturdo de ver qué oposición tenemos á la verdad.

»Si vieras qué vida hago yo tan á mi gusto en parte, y tan triste porque tú no estás (que si no

sería muy alegre). Me estoy sola, sola, y muchos días sin ver más que á mis criados y á los que pasan por las calles cuando salgo á la iglesia (me acuerdo que lo mismo me contaba la pobre Escolástica la sucedía antes que viniésemos nosotros), pero no viéndote á ti, las demás gentes no me importan; al contrario, me alegro no verlas. Y á más de esta razón, hay la de que Dios me lleva de tal modo y con tantísimo gusto, que si no fuera por las cosas precisas de obligación y necesidad, me parece que estaría con gusto todo el día en oración y en lectura espiritual, y tengo lástima á los demás que no se ocupan de esto. Como Dios me ha libertado quitándome todas las precisiones y cumplidos, y que ni el peinado y compostura (pues voy de cofia) me ocupa mucho, procuro aprovecharme esta temporada, y como tiene Dios esto, que cuanto más se está con Él más se quiere estar, y menos con las criaturas, no me harto. Te aseguro que creo es esta la verdadera felicidad que puede haber en este miserable mundo, tanto más sólida cuanto no depende de otros, y que se puede uno pasar de todo el mundo sin que nadie le haga falta, y se les estime mucho que no se acuerden de una, ni la busquen y acompañen. Uniendo á esto el beneficio de haberme dado Dios de comer sin necesidad de buscarlo y sin solicitud para con esto, y el de tener salud, son dos medios admirables para servir á Dios, porque no hay la obligación precisa de trabajar para subsistir, y de cuidarse y ocuparse de su salud, que ambas

cosas por nuestra miseria nos distraen y apartan de Dios, lo que no debía ser. ¿Sabes que me da devoción lo que me dijiste que *estaba embebida en Dios*, y me excita á procurar estarlo cuanto pueda? ¡Oh, cómo se experimenta que Dios es Dios de consola- ción, y cómo se ve que es nuestro centro y nuestro todo! Mucho me alegro te comunique este Señor su paz para luchar con inmutabilidad, en cuanto lo permita nuestra variable y flaca naturaleza, los sucesos de esta vida y sus mudanzas. Sin duda que yo no hubiera sufrido como tú los trabajos y penalidades de tan largo viaje. Yo toda soy palabras, y cuando más, deseos; pero esto de obrar, nada. El P. Comenge carga la dirección sobre el cumplimiento de las obligaciones, y veo tiene razón: pide á Dios me aproveche tanto, que cuando nos veamos sea yo toda otra, y no la que he sido hasta aquí. Con la oración, frecuencia de Sacramentos (que es de tres veces por semana desde que estoy sola) y los buenos libros, voy pasando tu ausencia, que aunque me es siempre muy sensible, á ratos me causa más pena, y entonces con volverme á Dios me alivio.»

«Á las ocho y media.»

«He comido sola, y á los postres ha venido el chico como siempre, y me divierto en preguntarle por ti y ver los gestos que hace. ¡Si le vieras qué loco está por las castañas! Algunas veces le doy una, pero hoy no, y lo excuso cuanto puedo, porque son muy indigestas. Come muchas uvas (como tú), una ciruela ó dos y algún amargo ó bizcocho ó anises.

Está muy mono, se va á pasear á eso de las doce por el frío, y no necesita eso para tener buenas ganas de comer. Esta tarde he estado en las Cuarenta Horas, pero sin devoción, porque antes tuve un enfado con la Catalina ¹, porque noté que desde esta mañana acá habían atrasado una hora el despertador, y de resultas parado el reloj. Cuando fui á ver qué hora era me vi con eso, y como no he salido de mi cuarto en toda la mañana y nadie ha entrado en mi alcoba, juzgo que ella ha hecho esta fahenda, de aburrida de lo que madrugo, y esto no le acomoda, porque como tengo el despertador no hay escape. Me han sostenido que no han sido ellas, y como no es posible que el despertador se haya mudado solo, ha habido grande altercación. Con esta especie de enfado me he ido, y así no he hecho cosa de provecho en la iglesia. Después he estado en casa de Montijo, que estaba malo, pero ya levantado, y me han encargado muchas cosas para ti, y también Antonio ², que estaba allí: le he encargado te encomiende á Dios, porque sí en sus oraciones. Me han dado la noticia de la boda de la del Viso ³ con el Marqués de Spontin, en Bruselas:

1 Doncella de la Duquesa.

2 D. Antonio Alvarez de Toledo, Marqués de Villafranca, primo hermano de Villahermosa y marido de la célebre Duquesa de Alba, Doña María Teresa.

3 Doña María Leopoldina de Silva, hija primogénita de los Duques del Infantado y viuda del Marqués del Viso; casó en segundas nupcias con el Duque de Beaufort Spontin.

etine cien mil libras de renta: con esto se ha murmurado un poco de la del Infantado y de su estado en París, y yo me he venido entonces á casa, donde he hallado á mis ministros de estado, que me esperaban con el chismecillo de que el escribiente de la contaduría ha faltado hoy por irse á los toros, y Jiménez ha dicho que cuando venga mañana le diga que se quede en casa. Esta gran resolución la ha tomado porque parece (y esta es la historia que me ha hecho reír) dicen entre ellos que en *casa hay muchas cabezas*, porque cada uno se mira como jefe de su departamento, y como al contador no le queda más súbdito que el escribiente, les llaman á los dos *el nuevo gobierno*, y cuando entran juntos en la contaduría, dicen: — *Ya viene el nuevo gobierno*. — No te des por entendido de esto, que te lo cuento por divertirte.

«El Conde de Artois¹ ha regalado á Floridablanca una vajilla de porcelana blanca con unos pájaros en medio y la descripción ó historia del pájaro por detrás. Á Losada y al Marqués de Villena dos cajas magníficas con diamantes y con su retrato: por Madrid las han hecho valer mil doblones, pero Santiago me ha dicho son de doce mil francos; la otra noche que estuve en casa de la Villena, no la pude ver porque ya se la había vuelto á enviar á su marido; no te hago más descripción, porque quien ha estado en París sabe lo que puede ser. Se me olvidaba y siempre se me ha olvidado decirte que por

1 Al volver del sitio de Gribaltar.

poco no te encuentras con una visita mía en Bayona, lo que te hubiera sorprendido mucho: el caso fué que me trajeron el retrato mío que tenía la pobre Duquesa¹, y yo estuve por meterlo en mi carta y enviártelo; pero como no se me parecía nada, nada (que vi tenía Escolástica razón), y que no estaba tan cubierta como yo quisiera, en lugar de enviártelo, lo borré; y el que tú tienes mío está muy descubierto, y harás bien de cubrirlo ó borrarlo. Me han traído el de la chica², que está horrorosa, tanto que he estado por quemarlo, pero no he querido sin decírtelo, y así lo he hecho poner abajo, pero te aseguro te enfadará el verlo.»

«Madrid, 25 de Noviembre de 1782.

»Duque mío de mi vida: Bendito sea Dios, que te ha llevado con tanta felicidad á tu destino, y que aun por las desgracias postreras³ ha manifestado el cuidado especial que ha tenido de ti en todo tu viaje, pues parece que ese ha sido el fin de su Majestad en lo de los últimos días. Deseo que hayas descansado del todo, y no extraño el efecto que te hacen ahora esas cosas⁴, pues como habrás visto

- 1 La Duquesa de Béjar.
- 2 El retrato de la niña María, muerta meses antes.
- 3 Varias catástrofes acaecidas entonces á viajeros al atravesar los Alpes, por donde había pasado el Duque poco antes.
- 4 Alude á la impresión que haría al Duque la vista de los lugares en que había muerto la primera niña María, y á la intercesión en el cielo de las tres niñas que ya había perdido.

por mi carta, ya lo pensaba yo, aunque no te nombré á la chiea, por no recordártela más. Cree que es una grande abogada nuestra con María Santísima, y así lo experimentamos de todas ellas, pues desde la primera se ha visto claro en las muchas gracias espirituales de que Dios nos ha llenado desde entonces acá. Yo lo he pensado muchas veces, y siento no haberte hablado de este punto, porque podría decirte algunas cosas. Deseo que te vayas esparciendo, y que no de genere el fervor en melancolía, pues el enemigo se vale de todo; y así es menester que te fuerces á tratar con gentes, que lo que Dios quiera ya lo dará á entender. *Spiritus ubi vult spirat*, y así, aunque estés en sociedad, no dejará Dios de hablarte al corazón, siendo uno fiel á sus obligaciones. El chico ha salido á pasear hoy, y no había podido hacerlo ha días por el mucho frío. Duerme ahora mucho, y está gordo y de tan hermoso color, que no es creíble.

»Son más de las diez de la noche cuando me he puesto á escribir ésta: mira qué mal cumplo mis proyectos. Es el caso que quise acabar todas las cartas empezadas que te envió antes de entrar con la tuya. Vino luego la de Llanos ¹, y aunque vió que estaba escribiendo, y la dije tenía el correo de Italia, y me contestó que no quería incomodarme, se sentó tan despacio como si nada le hubiera dicho. Des-

¹ La mujer de D. Sebastián de Llanos, Ministro de España en Suecia.

pués tuve el Rosario, aunque sin lectura; entretanto vino Perico, con tantas ganas de charlar, que al cabo le di á entender claro que me hacía mala obra; pero entre unas y otras se ha pasado la noche, y en acabar las cuentas y cartas que te incluyo. Te remito también la adjunta de D. Francisco Gutiérrez, á quien llamé el otro día para contarle mis cuitas, que son muy largas de contar. Pero se reducen á que no estoy contenta con el nuevo director, ni me hallo con fuerzas para seguir con él, pues se mete en lo que no debe meterse, y como sé que esto no te gustaría, no lo puedo consentir, y así él no está contento de mi poca docilidad, y estamos á cual más desconfiados el uno del otro, y á esto se junta que todavía no ha llegado el caso de hablarme despacio, y aun para lo que hemos hablado, es menester ir casi todos los días y llevar unos plantones furiosos, y después á prisa y corriendo dice cuatro cosas y no le deja á una hablar, ni oye razones. Le he aguantado tanto porque deseaba sondearle, y esperaba siempre llegase el día en que me dijera aquellas grandes cosas que me prometieron de su dirección. Es un santo varon que tiene celo grande, pero no hay allí dirección, ni mundo ni nada de lo que yo necesito. Don Francisco me ha dicho que no hay duda de que no me conviene, y que aunque siga siete años no sacaré más, porque él sabe de otras muchas almas, y está harto de ver esto. Me consoló mucho D. Francisco y le debo infinito. Considera qué cosas, y lo que habré pasado en estos momen-

tos con mil dudas y escrúpulos, en que más necesitaba la ayuda de un hombre espiritual. Pero Dios no me ha faltado, y he tenido una serenidad de ánimo como nunca (hasta el otro día que llamé á D. Francisco, y aun después un ratillo). Se ve claramente la ayuda de Dios. Ahora creo volver con el de antes, pero aún no esta decidida la cosa; y con esto, buenas noches, que son las once, y mañana es día de comunión y no he hecho nada. Son los Desposorios de la Virgen, con que no se puede dejar para otro día. Bien puedes creer te tendré muy presente, para que Nuestra Señora nos alcance la gracia de imitarle en este estado en lo que me queda de vida, ya que no lo he hecho hasta ahora.»

XXII

«Madrid, 2 de Diciembre de 1782.

» Duque mio de mi vida: Este correo ha sido más diligente que el pasado, y así el jueves, entre ocho y nueve de la mañana, recibí tu carta por parte, y no me la envió Escarano con postillón, porque se hizo cargo de que éste hubiera llegado á las dos de la mañana y alborotado la casa. Te aseguro que casi tan malo es recibir la carta temprano como tarde, porque al cabo, los ocho días se hacen más largos. Todo es trabajo en la ausencia, y así el conformarse con la voluntad de Dios es el único recurso. Deseo que tu resfriado no haya pasado

adelante, y no lo extraño después de un viaje tan molesto; pero creo habrá sido ocasionado por tus misterios de haberte ido á confesar á pie; yo soy de parecer que no vayas así, pues con los fríos y humedades de ese país te puede costar caro: acuérdate de tu reumatismo, y eso que entonces te levantabas muy tarde, y cree que estaré con cuidado mientras no sepa que vas en silla ó en coche, como yo hacía. Tú me aconsejas bien que no haga nada con demasía, con que toma también el consejo para ti, que lo necesitas. El chico está bueno y alegre: este mediodía salió á pasear, y esta tarde la ha pasado enredando en mi gabinete con unos juguetes que le he comprado, y observo que cada día se divierte más de corazón, sin duda porque tiene más conocimiento, y esta es buena señal. Te hubiera dado gusto ver á D. Francisco Gutiérrez jugando con él, tomándole y trayéndole los juguetes; ya le he dicho que te lo escribiría, y te remito su carta. Me dejaste colgada en la tuya con lo que me tienes que decir de él, pues no me atrevo á preguntarle por si no es cosa buena. Pero hoy me ha dicho lo que le previenes de las limosnas, y supongo que aludirás á eso ¹. Yo le daré lo que me pida, y me lo cobraré al fin de mes del arca de tres llaves. Me parece todo muy bien, y espero te acordarás estas navi-

¹ El Duque encargaba á su confesor, D. Francisco Gutiérrez, hiciese varias limosnas por su cuenta, pidiendo á la Duquesa el dinero.

dades de Jesús, María y José; yo espero, con el favor de Dios, tener una pobre la víspera de la Concepción, y vestirla en honor de Nuestra Señora, y estoy muy afanada para acabar mi calceta y hacer una camisa que aún no ésta empezada. Pero continuando lo del chico, los días pasados estuvo ahito, y creo que fué de las castañas, y se le ha quitado el agua de limón y el chocolate de la tarde; toma una sopa y á postre uvas y dos barquillos; pero no viene á la mesa porque no se contentaría con eso, más viendo las castañas. La milanese ¹, que está presente, se pone á tus pies; dice que cuántas veces mirará el retrato del chico, y que le tendrás tantos juguetes para cuando vaya á Turín, y hace sus calendarios; con estas cosas nos reímos un rato: ahora me hace reir, porque dice *tanto scrivere*, y yo digo que *guadagno il mio pane*, y es así, que te aseguro que cuando me voy á dormir, estoy bien cansada. No sé de dónde has sacado que Campomanes hará cualquiera cosa por mí; puede ser que la haga, pero no será en breve, pues la recomendación que le hice de Laguna no ha tenido aún respuesta; no sé en qué parará, pero siempre habré dado esta prueba á Laguna de mi buena voluntad.

» Estuve el otro día á ver el cuadro de Bayeu ²,

¹ Criada italiana del niño.

² El célebre pintor D. Francisco Bayeu, cuñado de Goya. El cuadro á que alude la Duquesa era el de la *Porciúncula*, que pintaba entonces Bayeu para la nueva iglesia de San Francisco el Grande,

de San Francisco, porque me avisó estaba acabado. Te aseguro que es cosa soberbia; yo no me harté de mirarlo, y aun creo no será la última vez que iré. Vinieron conmigo D. Jorge del Río ¹ y Beratón ², y he quedado en que el miércoles iré á su casa á ver varias cosas. Le previne á D. Jorge mi proyecto ³ para que se lo dijese y le empeñase en hacerme el cuadro, y le dije el deseo que tengo de que se haga conocer fuera de España. Don Jorge lo hizo muy bien: mientras yo estaba admirando el cuadro, él estuvo detrás embocándole todo, hasta que yo me metí en la conversación, y respondió Bayeu que hará cualquiera cosa por servirme, pero que sentía no tener en el momento ninguna obra suya que poderme dar para que me la llevara cuando fuera á Turín, que si la tuviera me la daría; y que el cuadro me ofrece pintarlo con tal que no le dé prisa, porque tiene mucho que hacer, le faltan aún cuatro cuadros al fresco de Toledo, que son grandísimos, y una Virgen para el Infante D. Luis, que hace doce años se la pidió, y siempre se la está recordando. Ya ves que

¹ Canónigo y chantre de la iglesia Catedral de Zaragoza.

² D. José Beratón, pintor muy conocido en aquella época.

³ El proyecto de la Duquesa era que Bayeu le pintase un gran cuadro del Sagrado Corazón, para colocarlo en la iglesia de Pedro-la cuando ésta se reedificase y ensanchase, según el voto hecho por el Duque. Deseosa ella de tener parte en esta obra, quería adornar á sus propias expensas las dos capillas ó altares colaterales del crucero de la nueva fábrica, dedicando uno al Sagrado Corazón y el otro á San José.

la cosa va en buen estado, pues yo estaba temiendo se excusaría; así me he propuesto cortejarle lo más que pueda, y le conté lo de Batoni¹; y él nada sabía ni de la iglesia ni de la pintura del Sagrado Corazón para Portugal. (Esto creo que le hizo gran fuerza, porque es por el honor.) Me figuro que te reirás con esto de ver mi entusiasmo; pero lo peor es que desde el día que me dió la palabra, no he pensado casi en otra cosa, y estoy como una niña; y como me dijo además que la idea era buena, el pensamiento, digo, ya ves que mi vanidad está muy hueca. Estoy tan entusiasmada, que casi pienso en convidarle á comer el miércoles (que es cuando iré á su casa por la mañana con D. Jorge), con pretexto de arreglar los santos que se han de poner en el cuadro. D. Jorge ha quedado en que vendrá después á comer, con que ya ves que no va tan descaminado. Mañana tengo mi función de San Francisco Javier. ¡Cuánto me acuerdo del año pasado! Tengo que preparar doubles pañuelos que otros años. Voy á enviar recado de

1. Pompello Girolamo Batni fué uno de los más célebres pintores italianos del siglo pasado; se ha dicho de él que fué el pintor de la naturaleza, así como Rafael Meng fué el de la filosofía. La Duquesa había conocido y tratado á Batoni en Turín, y en aquella época encargó á éste varios cuadros la piadosa Reina de Portugal Doña María Teresa, para la basílica del Sagrado Corazón que levantó en Lisboa. Este hecho de la Reina de Portugal de acudir á pintores de Italia, teniéndolos en España más cerca, fué el que contó la Duquesa á Bayeu, á fin de excitar su deseo de hacerse conocer en el Extranjero.

convite á la tía Villafranca y á las primas, porque se me ha hecho tarde y no puedo ir allá.

» Ya me tienes con mi conciencia *en liberté*, que es lo que dice Fenelón en una carta sobre la dirección que se debe hacer en semejantes lances. Me resolví por fin, aunque con mucho trabajo, después de una larga consulta, con el director del año pasado, que me aconsejó consultarlo con Perico; éste me había dado ya su dictamen, aunque no le conté todo; y cuando vió que él lo había de decidir, le costó mucho; pero al cabo me dijo que no me convenía, y que volviese á mi antiguo Ananías. Esto he hecho, y estoy muy contenta, porque me parece que me conoce bastante bien, pues el otro día me dijo que soy mujer que me gobierno sólo por impresiones primeras, y después de hechas las cosas, las pienso; que esta ligereza es efecto de la edad y del genio ó carácter sensible; todo esto lo dijo de un modo tan natural, que se ve que no era estudiado, y me hizo fuerza, pues conozco es verdad. También Perico me dijo en nuestra sesión una claridad muy buena y verdadera. Me he propuesto no alabarte nunca más, y espero que tú me envíes las cartas de esa señora impresas por el Bodoni¹, y bien encuadradas en tafilete *doré sur tranche*, con notas tuyas².

1. Juan Bautista Bodoni, célebre impresor italiano de aquella época, famoso por la hermosura de sus obras tipográficas.

2. Broma con que responde la Duquesa á lo que el Duque le escribía de que guardaba sus cartas para leerlas y releerlas con tanto estudio como agradecimiento.

» Aunque no viene al caso, no puedo menos de contarte el pasaje del otro día. Estaba comiendo la sopa, tan distraída, que mascaba y remascaba una cosa, sin advertirlo, hasta que caí en cuenta que estaba comiendo sopa, que no tiene que mascar tanto; entonces me saqué lo que mascaba de la boca, y era una mosca. Figúrate qué fiesta. Después me reí con la Casimira como una tonta, y siempre que me acuerdo me río. Esto sí que merece imprenta. ¿Quién adivinará el cajón de sastre que son nuestras cartas? Mucha mística, con tales fruslerías y bobearías. Me hace acordar de mi querida Escolástica, pues así era nuestra correspondencia; cualquiera cosa que nos ocurría, todo lo que nos sucediera, y esta es la verdadera amistad, en que se descubre uno al amigo tal cual es. Pero en punto á mística, ya ves que hoy no ando muy fervorosa; hace días que no leo nada sino la meditación. Lo que me ocupa ahora mucho es la Virgen, pues procuro obsequiarla cuanto me es posible para que alcance el remedio de todas mis miserias. No te puedo ponderar cuánto me ayuda esta Señora, y tengo mucha confianza que al cabo se apiadará de mí, que cada día voy peor; tú á lo menos no te enfadas ya tanto, pero yo siempre lo mismo, cuando se ofrece la ocasión. Es increíble. Ahora me da devoción considerar á Nuestra Señora tan adelantada en su preñado, y me ocurren unas consideraciones muy simples, pero muy tiernas, y este mismo bien se lo atribuyo á la misma Virgen. Ayer me dió mucha devoción lo que

me escribistes un día del Corazón de Jesús. Sí, yo creo y veo que nos ama particularmente, y así razón será que le correspondamos, y á su Santísima Madre, con todas nuestras fuerzas, pues tanto le debemos. Ojalá que ahora empezase la carta; algún día llegará que nos desahogemos.»

«Madrid, 15 de Diciembre de 1782.»

» Duque mío de mi vida y de mi corazón: Me alegro mucho que estés tan bueno, pero quiero que siempre me lo digas expresamente, pues si no queda con cuidado. El chico continúa sin novedad, pero no noto que adelante ni en el hablar ni en el andar. No me admiro, porque es muy riguroso el invierno y no haremos poco en que no atrase; me alegro te divirtiesen las monadas que te conté; muchos se pierden en ocho días, y hoy tengo tantos puntos de qué hablar, que no habrá gracias del chico; sólo te diré que ya me da muchos besos cuando está de humor; esta tarde me los ha dado, pero por la mañana me tiró con mucho enfado por dos veces su cestito y me quiso dar golpes; si Dios no lo remedia, será muy colérico, bien que cuando se acabe de curar se mudará mucho, y cuando hable, pues el angelito es digno de compasión por no poderse explicar.»

Prosigue un pliego entero de cuentas de administración, enredos de gobierno y quejas de su hermano D. Juan Pignatelli, que tiene el atrevimiento de librar contra ella cuentas de sus deudas y son-

sacar á su hermano D. Carlitos para que se sustrai-ga á la vigilancia de su hermana y se vaya en su compañía. Nuevos enredos del abate Pico, que después de entregar la casa se niega á entregar el jardín mientras no le compren todos los enseres de éste, que valúa en precio exorbitante. Luego dice:

«El otro día envié recado á Múzquiz ¹, diciéndole que esperaba verle estos días que está más desocupado. Vino aquella misma mañana y le hablé sobre el permiso de Bayeu ², porque era preciso contar con él. Me respondió bien, y me dijo que creyó le llamaba para recomendarle á mis hermanos por las promociones que ahora hay. Con este motivo se los recomendé, pero como estaba tan disgustada con Juan, tengo escrúpulo de que lo hice friamente. Múzquiz me encargó mil cosas para ti. Cierto que le debemos mucho por lo que hace y por el modo y afecto con que lo hace.

»No dirás que estoy muy fervorosa, dirás bien, pues aún no he nombrado á Dios. Yo celebro que tú le ames tanto y te apliques á lo principal, que es la conformidad con su voluntad. No temas decir disparates, pues no los dices, y aunque los dijeses, no siendo voluntarios, Dios perdona nuestra ignorancia. Por más que digas, se te conoce el prove-

¹ D. Miguel de Múzquiz, Conde de Gauza, era entonces Ministro de Hacienda.

² Como Bayeu era pintor del Rey, necesitaba permiso de éste para comprometerse á emprender cualquier trabajo.

cho que te ha hecho mi librico de Fenelón y las ideas grandes que te ha dado de Dios; y así lo que me dices *que con sólo hacerse ver hace felices*, es una bella imagen. Y en cuanto á lo que te refieres á mí, te digo que todo se me va en hablar y desear, pero no en obrar: hoy mismo me lo han dicho. *No el que habla y explica bien la ley se salvará, sino el que la practica*. A mí me da pena siempre aquello que dice Cristo: *El que me ama guardará mi palabra*, porque á este examen se desaparece mi amor. Pide siempre á Dios lo que dices, que estemos en su gracia, porque este es el punto. Has hecho bien en poner la imagen de la Virgen en tu cuarto, y te lo previne yo y la dejé por eso. Yo estoy contentísima con mis cuadros de la Virgen y de Cristo, y me es de mucho consuelo el mirarlos y me sirven de compañía; es bueno para avivar el amor. Bayeu los alabó, y la copia del de Velázquez le gustó mucho. Me interesa verdaderamente este hombre, porque á más de su habilidad es muy buen cristiano y muy devoto de María Santísima, y tiene gracia para pintarla. Perico está en ejercicios; en saliendo le daré tu recado. A las Salesas hablé el viernes por la sacristía: recibe recados suyos y de los Montijo, y de la de Arcos, á quien hice la otra noche una larga visita, sola.

»Celebro que halles mis cartas tan expresivas: cree que todo nace del corazón, y si me dejara llevar, más te diría; pero no se saca nada. Espero en la bondad de Dios que nos hemos de amar eterna-

mente, y esto es un gran consuelo, pues vemos que la muerte no nos separará amándonos en Dios.

Madrid, 23 de Diciembre de 1782.

» Duque mío de mi vida: Deseo que no te haya resultado incomodidad mayor de tu última jaqueca y que te mantengas bueno, para que estas Pascuas las logres con muchos aumentos espirituales, ejercitando tu fervor en obsequios á nuestro dulce Jesús y á su Santísima Madre. El chico está bueno y muy ocupado con el nacimiento. Yo muy contenta con tu carta y con lo que me dices de que son muy buenas las uvas para el chico; le gustan mucho y ahora le han venido muy ricas de Chelva. Pero lo que me da mayor satisfacción es lo que me dices que estás contento con las providencias de casa, pues se me ha quitado un gran peso del corazón, porque temía si te gustaría ó no nuestro gobierno.»

Prosigue dando atinados consejos sobre la inversión de las rentas de aquel año y las mejoras que deben hacerse en diversos pueblos y haciendas. Ha decidido poner pleito al abate Pico, lo cual tiene á éste atemorizado y prestó á ceder por el misterioso miedo que tiene á que suene su nombre en los tribunales.

Ha tratado con el arquitecto Villanueva y con Cuber sobre el presupuesto de la obra que quiere hacer el Duque en la casa del Abate, y sube aquél, por lo menos, á millón y medio de reales, lo cual le parece á ella gran disparate, si por esta vanidad

de magnífico palacio se han de desatender las obras de riego en la Zaida, provecho de tantos infelices, y la de la iglesia de Pedrola, cuyos planos están ya en poder del canónigo Pignatelli. Accede gustosa á marchar á Turín con el niño por la primavera, puesto que el Duque no se determina á dejar aquella Embajada; y para tantear el terreno ha mandado un recado al Conde de Floridablanca pidiéndole venga á verla, pues desea hablarle dos palabras. Luego prosigue: «Celebro que hagas tantos progresos en no enfadarte. Ojalá hiciera yo lo mismo, porque no se ve el fruto de la oración, y así no tienes que envidiármela, porque más vale poca y bien tenida y que éntre en provecho. Este será uno de los mil cargos que tendré delante de Dios, por no haberme aprovechado en tantos años de un medio tan eficaz que á otros en poco tiempo les ha hecho santos. Y dice la Escritura que al que más se le dé, se le pedirá más, y con las luces que Dios me da, habría ya muchos en el cielo. Esto es cosa de temblar, y así pide mucho por mi necesidad, que es grande, y más de lo que puedo discurrir. Tú dices que cuando estás media hora, etc. Yo no entiendo esto; pues según el método que por lo que me escribes veo llevas, tienes dos horas de encerrona por la noche y muchas toda la noche. Conque ¿qué enemigos haces cerrado y sólo, si no es oración y lección? Escribir no es, pues tu carta es del mismo día del correo y no tienes tanta correspondencia. Conque ¿qué haces? Cuidado que no te entregues á la melancolía,

que este es mi miedo, y me alegrara tuvieses gentes en casa. Aunque parezca vanidad, veo que conviene que yo vaya, pues si no la pegas. Si es oración y lección en lo que empleas el tiempo, no me admiro te cansen las gentes y cumplidos precisos, porque eso es lo que sucede con el trato con Dios y lo que su Majestad pretende para desprendernos de todas las cosas terrenas, y esto, cuando va aumentando con la gracia de Dios, lleva el alma al desprecio y desamor de todo lo que no es Dios. Yo pido á su divina Majestad llene más y más todo tu corazón y crezcamos cada día y cada momento en su amor y en el conocimiento y amor de Jesucristo crucificado, y lo mismo pido á María Santísima que nos alcance; pero esto ata muy mal con la poca caridad que tú me dices ¹, y tienes razón, y ésta viene de mucha soberbia y presunción, que me prefiere á otras, y por eso hallo mal lo que otros hacen. Mucha falta me hacen todas las virtudes, pero la humildad más que todas, y si en estas fiestas no me da Dios por intercesión de su Madre un poquito, estoy muy mal. Lo que tú me dices del baile, me figura serían ocurrencias; pero es bueno sepas para otra

¹ El Duque no habla en su carta de falta de caridad de la Duquesa, sino de la suya propia; pero la prudente señora se hace reo de esta culpa para reprendérsela á él suavemente. Todo este párrafo responde á una frase del Duque, en que dice haber estado en un baile de Palacio, y que se le figuraba que todos allí estarían en pecado mortal. A esto responde la Duquesa tan hábil y prudentemente como el lector puede juzgar por sí mismo.

ocasión deshacerte de ellas, teniendo en cuenta que hay muy buenas almas aún en los palacios.» Cuenta aquí el hecho edificante que dijimos antes le había referido en Versalles la Reina María Antonieta, de aquella camarista que la acompañaba á la Opera sin levantar jamás los ojos al escenario, y luego prosigue como quien habla por propia experiencia: «Esto te lo cuento para que veas cómo Dios tiene almas escogidas en todas partes, y si no ¿qué sería del mundo? ¹. Va Dios obrando la salvación de sus escogidos en medio de la corrupción, poco á poco y con suavidad y bondad infinita. Esto te puede ayudar para descartar otra vez esos pensamientos de preferencia al prójimo. Yo creí me dirías habías pensado en el baile lo que dice San Francisco de Sales de ellos, y no dudo te acordarías. Me gusta mucho esto de que nos comuniquemos nuestras cosas, pues es útil y nos enseña la simplicidad que tanto recomienda el Santo Padre, y también que el marido y la mujer han de ser verdaderos amigos y se han de ayudar y excitar al ejercicio de la santa devoción y aumento de las virtudes. Ayudémonos, pues, mutuamente con simplicidad, según Dios nos lo diere á entender, y con verdadero deseo de aprovecharnos recíprocamente.

»El Santo Padre dice que los amigos se deben re-

¹ Recuérdense los sentimientos por que pasó la misma Duquesa á su entrada en el mundo, que dejamos consignados en el capítulo IV.

prender los defectos con espíritu de caridad, y creo que esto entre los casados sea muy útil, y pide á Dios que te lo inspire, pues nadie me puede decir la verdad con más claridad ni conocer tan bien mis defectos como tú. Los confesores lo saben por mi relación, y en ésta ¡cuánto amor propio se envuelve! Acuérdate de pedir el *buen genio*, como hiciste mucho tiempo. Tengo gran consuelo en todo esto, pues son gracias muy singulares de Dios de que nos pedirá cuentas, y se ve el amor y bondad con que nos ama, y espero que lleve á entera perfección su obra. También leí una vez que Nuestra Señora iba perfeccionando á San José, y con su ejemplo y consejo llegó el Santo á un grado de perfección que sólo Dios lo sabe, y la Virgen, aunque era tan Santísima, con el ejemplo de su Hijo como que subía más y más de punto la perfección de sus acciones (todo esto de la Virgen no es de mi cabeza), y así los dos aprovechaban más y más el ejemplo de Cristo. Esto debemos imitar, pues para eso nos lo dió Dios como ejemplar de santos casados, y aunque ni tú ni yo somos santos, y yo mucho menos, con todo, debemos procurar ayudarnos uno á otro para adelantar en la virtud, ó mejor diré, alcanzarla.

»Día 24, á las cinco y media. Esta mañana no he podido acabar, porque al volver á casa se me ha cruzado algo que hacer, y luego vino el Embajador de Cerdeña á convidarme á comer en su casa el sábado, con mil protestas de que no quería molestar-

me. Le he dicho que procuraré ir, y así pienso hacerlo, pues no me atrevo á excusarme, porque no fui el año pasado. El chico se ha ido á pasear y me ha dado un beso para ti, de vuelta de paseo; es verdad que como le tenía juguetes, estaba muy afable; ahora está muy ocupado con la iluminación de su nacimiento, y en esto le acabo de dejar. Ayer volvieron las mujeres muy alborotadas del paseo, y también D. Jacinto, porque había dicho el niño dos ó tres palabras seguidas. Creo que fueron *está en casa*, refiriéndose á no sé qué juguete. Yo lo he dudado un poco; pero sea como fuere, te lo cuento. Las Salesas me han hecho un bonito regalo de Pascuas. Anoche, como era lunes, vino la Valdecarzana, y me encargó te dijese muchísimas cosas. Á la de Aranda no la he visto, pero nos hemos regalado: también he regalado á los Montijo, y á la de Arcos, media ternera, roscones, tortas, uvas, etc., porque esto equivale á unas cuantas visitas que yo la hago menos que tú, y así estoy corriente.»

Para comprender bien algunos párrafos de las siguientes cartas, es necesario tener en cuenta que el Duque había decidido al fin abandonar para siempre la carrera diplomática y dedicarse exclusivamente á la vida devota, que era todo el anhelo de la Duquesa. Escribió, pues, en este sentido al Conde de Floridablanca; mas incapaz éste de comprender tan elevados fines, y desconfiando siempre de Villahermosa y deseando mantenerle aún alejado de la corte, contestóle que permaneciese todavía un año

en Turín, lo cual contrarió grandemente á la Duquesa, pues la forzaba á marchar á Turín con su hijo por la primavera, en vez de reunirse con ellos el Duque en Madrid.

“*Madrid*, 5 de Enero de 1783.

»Querido mío de mi vida: Hoy he ofrecido la sagrada Comunión en acción de gracias á Nuestro Señor y á su Santísima Madre por la grandísima gracia que te han hecho abriéndote los ojos y dándote resolución para abandonar de una vez las esperanzas y honras mundanas con tan generosa determinación. Es esta una gracia tan grande, que no sabré bendecirla y agradecerse la como debiera. Pero espero en su infinita bondad que Él mismo será tu premio y acabará la obra que con tanta misericordia ha empezado. Él llenará tu corazón y te hará sumo honor por los que dejas para servirle únicamente, y me acuerdo ahora de aquello que dice la Iglesia, después de David, de los Santos: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus*, etc. ¡Qué diferencia tan grande de lo que Dios da á sus amigos y siervos á lo que da el mundo, cuyos premios son tan vanos como él! Me pierdo en la consideración de la bondad de Dios hacia nosotros, y del poder y suavidad de su gracia; pues el año pasado, y aun esta primavera, estabas tan metido en tu carrera, que no parecía posible que cosa alguna fuera capaz de hacerle mudar de modo de pensar en este punto. Las

Salesas, y sobre todo nuestra Madre ¹, me habló de esto, y la dije que sólo Dios lo podía remediar mudando tu corazón y tus ideas en este particular; me ofreció encomendarlo mucho á S. M. y pedirselo, y ahora veo que sus oraciones y las de mi hermana han sido eficaces. Yo, todo este negocio lo tenía puesto (y tengo para lo por venir) en manos de Nuestra Señora y en el Corazón de Jesús, y procuraba abandonarme sin reserva á su voluntad, pues no puedo dejar de confesarte que estas voces de paz ² me han inquietado algo, temiendo si pensarían en ti. Tu carta me saca de todos estos cuidados, y doy mil gracias á Dios, pues veo que es cosa suya únicamente, y que no he influido yo, pues de otro modo siempre me quedaría el recelo de si te arrepentirías después. Estoy deseando ver al Conde de Floridablanca á ver cómo le ha sentado tu carta; espero que lo tomará bien, haciéndose cargo que es una consecuencia de tu modo de pensar, y si yo le veo y me habla de ello, así me explicaré, juntamente con las razones de la salud del chico, que cada día está más mono, y sería nunca acabar contarte las cosas que hace. Todos los días se me viene detrás á mi cuarto, luego que voy al suyo, y le decimos que te dé un beso, y hace mil fiestas al retrato, y luego le digo:—Tres besitos, uno en la boca, y otros

¹ La Madre Priora.

² Las que corrian entonces de firmarse la paz con los ingleses, y el temor de que diesen al Duque la Embajada de Londres.

dos en los ojos: y así lo hace, y tan fuertes que sueñan; y hoy le he dicho:—¿Y en la oreja? ¿Acaso papá no tiene orejas? Y te ha besado la oreja. De suerte, que todo lo entiende. Después te hace mil besamanos y cortesías, y hoy te ha tirado muchos besos al aire: bien que todo esto va muy mezclado del interés de ciertas rosquillas que tengo sobre una mesa, y luego que ha hecho su obligación de darte los días y los besos, viene á la mesa en busca de las rosquillas, y si no voy, me toma de la mano y hace mil esfuerzos para arrastrarme, ó me tira con todas sus fuerzas del guardapiés, hasta que lo consigue. Te aseguro que me parece va ganando mucho, y duerme las noches de un tirón hasta por la mañana, y está gordísimo cual nunca le he visto, y un color bellísimo y muy alegre. Con que demos gracias á Dios.

»He estado con el cuidado de si nos daría hora para B. L. M. al Rey; pero me ha dicho Losada ¹ que como se van, ha dicho S. M. que la dará á la vuelta, lo cual me ha acomodado mucho. A propósito: estoy muy corriente con Losada, vino á darme los días el de año nuevo, y antes le había visto en casa de Cerdeña, y nos hablamos mucho, y me quejé de que no me hacía caso y me había quitado la visita; dijo que ya vendría. Después comió á mi lado en casa del Nuncio, y me parece sería del caso que tú mantengas esta amistad escribiéndole algunas ve-

¹ El Duque de Losada.

ces. La comida del Nuncio estuvo también muy buena; en casa de Cerdeña vi á Cenovief ¹, que es nuestro buen amigo; comió á mi lado, y entre otras cosas me dijo que hacía muy bien en llevar una vida tan retirada, y que es de más libertad y satisfacción que no el vivir para los otros, tanto que es verdad que en medio del bullicio de las cortes, cualquier hombre que sabe pensar encuentra que aquello no satisface el corazón humano. En casa del Nuncio vi á Requesens, que le han hecho coronel de Nápoles y ha marchado ya para ir á América. En ambas casas vi á Mr. de Seran ²; pero como ni él ni su Embajador se acercaron á hablarme, ni me les han presentado ni venido aquí, no les hablé. Al Príncipe de Nassau ³ le pregunté por Bourgainville ⁴. También se va dicho Príncipe á la expedición de América, y á más del grado le han dado un registro para Indias. En cuanto á paces, no sé qué decirte: corre que los ingleses no quieren ceder á Gibraltar, y que por esto se han descompuesto; pero esto no lo he oído

¹ Así está escrito. Probablemente sería el Embajador ó algún personaje perteneciente á la Embajada rusa.

² El Secretario de la Embajada francesa.

³ Vino al sitio de Gibraltar, y mandó en él una de las famosas baterías flotantes que llamaban la *Talla Piedra*.

⁴ Luis de Bourgainville, el célebre marino que había dado la vuelta al mundo en 1766. Era entonces jefe de escuadra, y proyectaba otra expedición científica al Polo Norte. La Duquesa le había conocido en París: era amigo del Duque y mantenía con él correspondencia.

á persona que puede hacer fuerza, y bien sí al contrario, que la paz no tiene ya duda.

»Después de escrito hasta aquí, he ido á rezar el Rosario, y acabado éste he entrado en el cuarto del chico, que luego me agarró, y aunque tenía iluminado el nacimiento, se ha querido venir y traerme á mi cuarto, y me gritaba porque no le hacía caso; no he querido por no darle más rosquillas ni anises, y así ha sido menester estratagema para escapar sin que me viese; pero se ha sospechado algo, y se volvía para mirar, apartando los briales de la milanesa para ver. Es muy astuto, y esto hace ver que no son muy verdaderos los sistemas de los filósofos modernos sobre las ideas y el modo como se forman en nosotros. Me hace lástima el no darle todos sus gustos; pero no hay remedio, porque es para su bien. Pero basta de chiquillo, que toda la carta va de él, y creo que por esto te divertirá no poco.

»El día de mis años, como no hubo gran comida, sino sólo cuatro entradas y un buen pavo para el asado, me pareció hacer algo por *la familia*, y así les tuve refresco de dos bebidas y chocolate para los criados mayores; creo que á los de librea no se les dió chocolate. Convidé á la mujer de D. Manuel, y vino con sus chicas, y de agregada la cuñada y el marido (que es tu agente ó no me acuerdo qué), á la de D. Narciso, Doña Luisa, su hermano é hijos y los demás criados mayores. El día de Año Nuevo también ha habido lo mismo, y vino la mujer del archivero; la de D. Jacinto no pudo porque estaba

mala; con que hubo un visitón furioso, y el chico estuvo muy contento con tanta gente y tantos chicos. El día de Navidad me dió un poco de escrúpulo, temiendo si era vanidad y gasto superfluo. Lo he preguntado á Ananías ¹, y me dijo que haciéndolo en otras casas, siendo juiciosas, era bien lo hiciese, pues lo contrario sería miseria más bien que economía, porque estas cosas también conducen á que los criados cumplan mejor con su obligación. Yo también lo creo así, y unas frioleras les hacen mucho, y como yo los tengo bastante sujetos, en lo que puedo, algún desahogo han de tener.»

Madrid, 11 de Febrero de 1782.

Comienza esta carta por cuentas de gobierno y asuntos pendientes. El negocio del Abate Pico está ya terminado, puede ya darse principio á la obra de la casa, y ella cree que la venta de ésta ha sido, en resumen, una verdadera engañifa. A este propósito dice:

«Temo que cuando hayas visto la historia del jardín no te parecerá la compra tan ventajosa; pero me alegraré engañarme, pues prefiero á todo que estés contento; y así no creas que si he tirado á disgustarte de la casa, ha sido con otro fin que el de mirar por tus intereses; pero más vale que estés contento, pues las cosas tanto valen cuanto se estiman; y si tú, porque te guste aquella casa más que

¹ El confesor.

otra, la estimas en cuatro millones, aún te sale barata. Todas estas cosas están en la aprensión de las gentes; cuántos por un cuadro viejo, por una cabeza rotá pagan millares, y otros no darían cuatro pesos. En cuanto á mí, cualquiera casa es buena, pues teniendo un gabinete donde poner mis cuadros, estoy mejor que el Rey, y así en este cuarto paso mi vida, y lo demás de la casa es caro: con que harto mala casa será que no pueda componer esto. El plan de Villanueva se llevó mi atención, porque gusto demasiado de magnificencias; pero después me dió escrúpulo y creo no te conviene, y en conciencia no puedo hacer nada que te perjudique. El asunto de la obra es muy serio, y yo digo que si no se ha de hacer la que has pensado, y menos la de Villanueva, sería mejor vender la casa y emplear el dinero en el riego de la Zaida ó en lo que quieras. Lo que me mueve á decirte esto, es que eso de hacer casa me parece muy opuesto al Evangelio, y más en particular al portal de Belén, y tengo muy presente siempre aquello que dice San Pablo de Abraham, hablando y alabando su fe: *Fide moratus es in terra reprobmissionis, tanquam in aliena in casulis habitando cum Isaac, et Iacob coheredibus repromissionis eiusdem. Expectabat enim fundamenta habentem civitatem: cuius artifex et conditor Deus.* Verdaderamente este es un destierro, y estamos muy de paso para ocuparnos en eso; si deseáramos nuestra libertad y llegar á la patria como verdaderos hijos de Dios, no tendríamos tales pensamientos, porque nuestro corazón no

estaría aquí. Esto me he creído obligada á decirte, porque hace mucho tiempo que Nuestro Señor me ha dado este pensamiento, y más en estas fiestas con la pobreza de Belén; y justo ha sido el tiempo en que se han hecho estos grandes proyectos de casa nueva, de lo que yo tengo la culpa por mi vanidad; pero conozco, sin embargo, la verdad, y que dice también San Pablo, que *todo lo que está escrito, escrito está* para nuestra enseñanza. Conque de la Escritura hemos de sacar la regla de nuestra conducta.

» Vengo de las Cuarenta Horas, y como he perdido el hilo, no sé volver. Vuelvo á lo que decía de Abraham, que si á algunos siervos de Dios se les pudiera permitir que buscasen su comodidad en esta vida, hubiera sido á los antiguos Patriarcas, pues la larguísima vida que tenían respecto á la nuestra lo hubiera hecho más disimulable, á más de que en muriendo, sabían que no habían de ir al cielo hasta que viniese Cristo; y nosotros, si no vamos luego, es por nuestra culpa, y cuantas menos comodidades y delicias y vanidades tengamos acá, más presto llegaremos á Él, si Dios nos hace esta gracia. Dirás que te predico un sermón sin Ave María, y así lo dejo.»

Termina dándole cuenta de otros varios asuntos del Gobierno.

«Madrid, Martes Santo.

» Duque mío de mi vida: Muy atropelladamente irá esta carta, y no lo debes extrañar, atendidas

las circunstancias del día y del viaje. Celebro que estés bueno y tan bien ocupado que te falte tiempo pero siento que no lo tengas para leer á Massillón, pues es lo que más te conviene, y aun más que Fenelón: me alegro, sin embargo, de ver que te aproveches de éste, según colijo por tus expresiones. S es muy metafísico, también nuestro amor propio lo es, y así se necesita delicadeza para descubrir su marañas, y más en gente de corte.»

Prosigue señalando para su salida de Madrid el próximo día 28, y dando cuenta de las disposiciones tomadas para tan largo viaje, en que la acompañará su hermano D. Carlitos Pignatelli. Tiene ya ajustadas las colleras en 39.000 reales, y seis pesos por mula en las detenciones, lo cual le parece carísimo. Ha decidido detenerse en Annecey, para visitar á las Salesas en su Monasterio de la Visitación, y la acompañan definitivamente seis criadas, don Francisco Gutiérrez como capellán, un médico cuyo nombre no dice, D. Carlitos Pignatelli y sus dos criados; D. Tomás, mayordomo; Carlin, cocinero, y tres lacayos, que con ella y el niño forman un total de dieciocho personas. Queda decidido al fin dejar por administradores y gobernadores de los Estados de Villahermosa al Marqués de Santiago, al Conde del Montijo y D. Luis Alvarez de Mendieta, para lo cual urge envíe el Duque sus poderes á los tres, por separado, y concluye diciendo: «Si me pagarás con hacer decir una Misa á la Virgen todos los días, como hice yo por ti, espero que nos saca-

ría en bien de todo; pero esto ha de ser por tu voluntad, y no porque yo te lo digo.»

« Madrid, 23 de Abril de 1783.

«Duque mío de mi vida: Celebro la continuación de tu salud: aquí, á Dios gracias, vamos bien, pero yo muy afanada, como puedes discurrir. Esta mañana he estado en la corte á B. L. M. al Rey, y aunque no ha dado hora á las señoras, como esperábamos, á mí me la ha dado sola para que dé noticias á su hermana ¹, y me ha honrado mucho, y dicho que le escribirá esto mismo de que yo la daré noticias. Los Príncipes me han honrado sobremanera; ya sabes que no soy ponderativa, pero en verdad me he admirado. Esta carta se interrumpió con la visita del Conde de Floridablanca, que por fin me ha favorecido; no ha sido larga, pero misteriosa sí. Ha venido con un sobrino suyo que acaba de llegar del campo, y con un D. Juan Manuel que llaman, que es su secretario de confianza y le acompaña á paseo siempre. Al cabo ha salido la carta dichosa, y le he dicho entre otras cosas que tiene la fortuna de que yo tengo un genio pronto, que me enfado mucho, pero se me pasa; que por entonces me enfadé y le hubiera dicho miles de cosas ². A esto ha respondido

¹ La Reina de Cerdeña.

² Suponemos que la *carta dichosa* á que alude aquí la Duquesa sería la de Floridablanca al Duque, deteniéndole en Turín por un año.

que hubiera aguantado la descarga, porque es hombre que sufre las flaquezas de sus prójimos. Ya ves que todo ha sido en tono de chanza. De mis tíos ha dicho que no ha podido sacar nada¹. En suma, lo demás en particular lo sabrás á la vista, aunque no es substancial. Esta mañana he ido á buscar á Múzquiz á la Secretaría, pues no había podido lograr verle, para pedirle los pasaportes y para que dé orden de que vengan á sellar el equipaje. Le he hablado por Garín y por Carlitos, y me ha dicho que hará lo que pueda. La otra noche estuve con Campomanes largamente, una hora larga en su casa. Me hizo mil ofertas, y que si quieres, él será tu agente aquí y lo hará con el mayor gusto. Le hablé de la iglesia de Pedrola y de los demás empeños que tenía; hablamos de gobierno, y se tocaron mil especies, de suerte que hubiera durado la visita hasta las once si yo no me hubiese resuelto á cortar la conversación é irme. Quedó en venir, y al salir hoy de Palacio le encontré y me dijo vendría mañana. Hizo mil elogios de ti el otro día. Estas han sido mis andanzas, y por no tener lugar, no te lo cuento más por menor. Me quedan aún casi todas las visitas por hacer, pero las más serán de billete por un criado, pues si no, es imposible. Amigo, vuelta á interrumpir esta carta con la visita de la de Arcos, que te da recados, y se va á su casina para estar hasta que

¹ Ignoramos lo que pretendería sacar Floridablanca para estos tíos, que son indudablemente los Padres Pignatelli.

venga el gran calor. Yo no hago nada de provecho, y espero el viaje para descansar.»

«Madrid, 28, á las 7 1/2.

» Duque mío: Vamos á marchar, y yo gritando para que me obedezcan; pero en teniendo criados de lana es fuerte trabajo; y no me han querido tener los coches cargados desde anoche. Lo que me duele mucho es despertarse al chico. Tengo mil cosas que decirte, pero en este momento no me acuerdo. He estado algo desazonada estos días, por lo que no he salido el sábado, pero creo ha sido indigestión con el afán de preparativos y viaje. Y con esto adiós, que no hay tiempo para más. Quiéreme mucho y agradéceme lo que paso por ir á verte y abrazarte, que es lo que desea tu—*J. Mariquita.*»

«Bayona, 12 de Mayo de 1873.

» Duque mío de mi vida: Ya nos tienes en esta ciudad, donde llegamos anteayer tarde, buenos gracias á Dios, y el niño lo ha estado, menos una mañana que vomitó y me asusté; pero Dios quiso que ni siquiera perdiésemos la jornada. La falta de sueño, porque está hecho á dormir hasta las mil y quinientas, es lo que sin duda le desazonó. Con estos dos días de descanso le ha ido muy bien y está bueno, alegre y muy divertido, pues cuando se enfada nos quiere dar azotes, y hace con las manos señal y da palmadas, aunque sea conmigo, y si

te nombran hace también lo mismo. Está deseando verte, y te prevengo que tengas bien provistos los bolsillos para la primera vista, de rosquillas, anises y naranjas, pues si no se llevará gran chasco, porque se lo hemos dicho muchas veces y lo tiene ya muy consentido. Por fin me he decidido á ir con colleras hasta Lannebourg, y espero que antes nos veremos, pues para hacerlo bien nos podías salir á recibir á Chambéry; pero no me atrevo á lisonjearme de tener este gusto: en fin, sea lo que Dios quiera. Las colleras nos costarán un dineral, pero no hay remedio: en el viaje de Madrid aquí no hemos gastado más que siete mil reales, sin contar los tiros, que te escribí eran cuarenta y cinco doblones cada uno, y la calesa dieciocho; el cocinero se va, pues no le hemos menester. He cambiado aquí cuarenta mil reales que he traído en pesos duros de plata, con lo que he ganado seis sueldos en cada uno; los quince mil reales que me han quedado en oro de España, no los cambio, porque se pierden quince sueldos, y como dice Dubrocq ¹, que tendré bastante con las diez mil y seiscientas libras para el viaje, me parece mejor no perder ese dinero. Dubrocq queda encargado de pagar los gastos de aquí, tanto de la posada como de composturas de coches y otras frioleras. Lo único que me tiene embrollada es que no sé si has acostumbrado á regalar á Dubrocq, y yo no sé qué darle, y así he resuelto no darle

¹ Banquero de Bayona.

nada, pues más vale cumplir después y hacerlo *gauchement* ahora.

» Admito la oferta del Marqués de Sales ¹, pero dile antes que temo le he de incomodar por la mucha gente, pues somos dieciocho personas: dile también que temo no poder pasar el día con ellos, pues si puedo entrar en el convento como la otra vez, así lo haré. Si de este modo se avienen, me alegraré; pero si no les acomoda, no hay nada de lo dicho, y estimo la atención. Hemos tenido siete días de aguas terribles desde Burgos, y en Vizcaya nos ha nevado mucho. Por poco no he perdido todos mis vestidos, porque ha calado el agua las bacas, y algunos se me han echado á perder. Mañana por la mañana nos iremos en ocho días á Narbona, y tal vez se pueda ir de Carcasonne á Montpellier sin pasar por Narbona, lo que nos ahorrará algunos días; pero ésta no lo he podido apurar aquí, y en Tolosa lo sabré. Allí está la de Siruela ², y espero verla. Envíame al catalán á Grenoble ó á Chambéry, pues ya estarán estos pobres criados reventados cuando lleguemos allí. Digo esto en caso que no halles gran inconveniente, porque como no van en posta, no trabajarán tanto como cuando vinimos á España; pero como son muchos días, pues será casi un mes desde aquí hasta el Mont Cenit, comprendiendo Annecy y los días de descanso, temo no puedan aguan-

¹ Laqde hospedarla en su palacio de Annecy.

² Doña María Ana Espinola, Condesa de Siruela.

tar; las aguas les han reventado estos días, y después será el calor. Adiós, que te había ofrecido cuatro renglones y es una carta en forma.»

XXIII

El día 3 de Junio de 1783 tuvo el Duque de Villahermosa ese despertar sin pereza por que comienzan siempre los días con ansia esperados. Hizo, sin embargo, sus devociones, y oyó Misa en casa con la pausa y devoción de costumbre, y sin perder punto de su gravedad de Embajador del señor Rey católico D. Carlos III, entretúvose después en arreglar por su propia mano cucuruchos de anises, cajas de rosquillas y juguetes de varias especies, capaces en número y calidad de realizar los sueños de media docena de Vitorios antojadizos. Á las nueve en punto paró á la puerta de la Embajada una silla de postas, y bajo la inspección del Duque procedióse á colocar en ella todo aquel cargamento de infantiles vituallas. Llegaron á poco el caballero Carroggio, Ministro de Génova en la corte de Cerdeña, y el Conde Condronchi, que lo era de Roma, y subiendo los tres en la silla, tomaron á muy buen paso el camino de Novelase, donde llegaron á las ocho, y allí pasaron la noche. Prosiguieron al día siguiente el viaje muy de mañana, y pasaron el Mont Cenit con malísimo tiempo, haciendo alto en Lannebourg, y despachando de allí un correo que

trajese noticias de lo que buscaban. Alargáronse todavía por el camino de Chambery, y media hora después encontraron al cabo los coches de la Duquesa, que venían atrasados por haber salido de San Miguel demasiado tarde. Celebró mucho la Duquesa la fidelidad del Duque en observar sus instrucciones sobre anises y rosquillas, y aguló el contento de éste una fluxión al carrillo que traía Vitorio Amadeo, y le impidió por ende gozar á su antojo de los regalos paternos. Tomaron todos el camino de Turín, con el regocijo natural que trae la primera vista después de larga ausencia, y hallaron en Susa al Embajador de Francia, que había salido también á recibirles.

Al día siguiente á su llegada fueron los Duques á hacer su corte á los Reyes, después de Misa mayor, y la Reina hizo á la Duquesa la distinción grandísima de invitarla á pasar un día en su viña, atención que sólo usaba con las Princesas de la sangre. Llovieron por mucho tiempo sobre la Duquesa visitas y cumplidos, convites y recepciones; mas no se descuidaba ella en sus buenas obras, y sobre las que de ordinario hacía, comenzó por aquel tiempo á frecuentar los hospitales y casas de pobres, con caridad tan asidua y tan ferviente, que rayaba ya en temeraria; pues ni la miseria la detenía, ni las lejanas distancias la cansaban, ni las enfermedades contagiosas eran parte para infundirla temor ó repugnancia. Llegó en esto á la corte la noticia de que los Archidukes Fernando y Beatriz de Este,

grandes Duques de Toscana, llegarían presto á visitarla, y esto detuvo el proyecto que abrigaba la Duquesa de retirarse á la casina que en Rívoli había tomado el Duque, para hacer de nuevo, durante una semana, los ejercicios de San Ignacio. Llegaron al cabo los Archiduques á Turín, con el nombre de Condes de Nettembourg, y preciso fué á la Villahermosa participar de fiestas y regocijos, pues ella y la Condesa de Breüner, Embajadora de Viená, eran las encargadas por el Cuerpo diplomático de acompañar á la Archiduquesa Beatriz de Este. Al día quinto de su estancia en Turín fueron los Archiduques á comer á la Embajada de España, y con esta fecha escribe el Duque en su diario: «Estuvieron los Archiduques á ver las pinturas del Palacio real, donde fué á verlos el Duque de Chablais, con cuyo motivo no vinieron á comer á mi casa hasta las tres de la tarde. Cerca de las seis se fueron á la suya, y después partieron para Montcalieri, donde los Príncipes del Piamonte les dieron un baile á que asistimos todos, y después cenaron las personas reales con las damas de Palacio, mi mujer y la Condesa de Breüner.»

Al día siguiente acompañó también la Duquesa á los Archiduques á comer con los Príncipes del Piamonte en el Sitio real de Stupinitz, y pasaron después por el bosque. Socorría entonces la Duquesa en Turín á dos pobres mujeres, madre é hija, enfermas de calenturas pútridas, y como su asistencia en aquellos días á la corte la había impedido

visitarlas, fuese aquella misma tarde, no bien dejó á los Archiduques, á la lejana casucha infecta y miserable en que vivían, y allí permaneció más de dos horas, acompañándolas y asistiéndolas. Levantóse á la mañana desazonada, mas nada dijo al Duque, porque debía éste partir aquel mismo día con el chico á la casina de Rívoli, y quedarse ella sola en Turín para comenzar los ejercicios de San Ignacio bajo la dirección de un abate muy piadoso, cuyo nombre no hemos encontrado por ninguna parte. El fervor con que se entregó la Duquesa durante esta semana á la vida de espíritu, fué verdaderamente indiscreto; pues sin hacer caso del vago malestar que la mortificaba, levantábase para hacer una hora de meditación á la media noche, y pasó las dos últimas de claro en claro, preparándose la primera para hacer su confesión general, y ocupada la segunda en consideraciones y lecturas espirituales. Había vuelto el Duque aquella misma noche de Rívoli, molestado por un dolor reumático, y á la mañana, hallándose todavía en cama, vióse entrar á la Duquesa en su cuarto, muy pálida y desencajada, frotándose fuertemente el brazo izquierdo, y expresando en mal coordinadas razones su temor de perder el juicio como su hermano D. Luis Pignatelli¹, ó de sufrir un ataque de perlesía en aquel brazo izquierdo. En vano procuró el Duque almar su agitación distrayéndola de aquellos pensamien-

¹ D. Luis Pignatelli habíase vuelto loco en París un año antes

tos. Empeñóse la Duquesa en ir á la iglesia en aquella hora y fuése á ella, en efecto, en silla de manos, escribiendo antes en su gabinete un breve testamento por temor de quedarse muerta en la iglesia. Volvió de ésta al cabo de una hora perfectamente tranquila; mas de repente, estando desayunándose, rompió á reir con descompuestas carcajadas y gestos, grotescos, llenando de espanto á su marido y de consternación á toda la casa. Atacóle aquella noche una recia calentura con violentas convulsiones y congojas tan fuertes, que llegaron á darle la Extremaunción, dejándola ya por muerta. Mas desde aquel punto comenzó á manifestársele un tumor erisipelatoso, que reventó tras varios días, arrojando materias putrefactas, y brotóle después por todo el cuerpo una especie de erupción semejante á la escarlatina. Desde entonces comenzó á ceder la enfermedad, desapareciendo el peligro de muerte; mas la razón no volvía ni había vuelto aún al cabo de mes y medio, y causaba pesar profundo ver á aquella señora tan superior por su talento y sus virtudes, hilvanando noche y día disparatados discursos, sin conocer á su esposo, ni á su propio hijo, ni al santo P. Pignatelli, que, avisado por el Duque á Bolonia, había venido desde los primeros momentos. Pensóse entonces en llevarla á Montpellier, donde florecía á la sazón la célebre Facultad de Medicina, y así se llevó á cabo con grandes precauciones, pidiendo antes el Duque su retiro definitivo de la carrera diplomática, lo cual no se atrevió

á negarle Floridablanca en aquellas circunstancias. Salieron, pues, todos de Turín: primero la Duquesa, en posta, con el P. Pignatelli, un mayordomo y las mujeres de su servicio, llevando por delante quince caballos de refresco para suplir los de posta, muy escasos en Saboya. Siguióla el Duque al otro día con el niño Vitorio y el resto de la servidumbre, y llegaron todos á Montpellier á los diez días de su salida, hospedándose en la posada del *Sombrero rojo*.

En Avignon, salió al encuentro del P. Pignatelli un sacerdote, anciano muy venerable, y se le abrazó llorando. Era el Padre de Nolhac, de la extinguida Compañía de Jesús, rector que había sido del colegio de Tolosa y párroco que era entonces de Saint-Symphorien. Aquel abrazo que juntaba á dos hermanos en el destierro, reunía también á un confesor y á un mártir. La Iglesia dió poco después á Pignatelli el dictado de venerable, y la historia unió antes al de Padre de los pobres que ya había dado el pueblo á de Nolhac, el de mártir de la nevera. Porque aquel anciano fué siete años después el heroico sacerdote que con la cabeza rota á garrotazos por los verdugos revolucionarios, tuvo aún tiempo para absolver á sus diecisiete compañeros de suplicio, antes de caer con ellos en la horrible nevera de Ayignon.

Cuatro doctores de la Facultad examinaron á la Duquesa, y todos opinaron de acuerdo que la enfermedad era curable, pidiendo tres meses por lo menos de plazo para llevarla á efecto. Mas aquella

extraña enfermedad, que nunca llegaron á definir los médicos, desapareció como había venido, de repente casi, y á los cuarenta días de su llegada á Montpellier encontrósela Duquesa perfectamente restablecida, harto débil aún por las dietas y sufrimientos pasados, pero con su cabeza firme, su voluntad entera, su corazón sencillo, amante y piadoso como siempre, y su juicio tan recto y seguro, que, según testifica su hijo, no sólo no experimentó después la más leve recaída, sino que en varias enfermedades que sufrió más tarde, jamás tuvo un solo momento de delirio. No se dió la Duquesa cuenta del grave peligro que había corrido, y sólo conservó una vaga reminiscencia de aquella enfermedad, que consideró siempre como medio providencial de que se había valido Dios para arrancar al Duque de la corte de Turín contra los deseos de Floridablanca, que le quería aún allí confinado. Guardó el Duque tal reserva sobre este pasajero trastorno intelectual de la Duquesa, que ni en su propio diario asienta una sola vez esta palabra, y sólo en las detalladas consultas y diarios de los médicos italianos y franceses que la asistieron es donde hemos encontrado los pormenores que damos. Este deseo del Duque de ocultar á todos aquel accidente, unido al temor de los médicos de que volviera á repetirse, fueron grande parte para hacer desistir al Duque de su proyecto de marchar á Madrid directamente. Dirigióse, pues, á sus estados de Valencia, donde acababa de heredar un nuevo ma-

yorazgo por muerte de su tía la Marquesa de Mina, allecida meses antes. Acompañóles el P. Pignatelli hasta la frontera de España, y allí se despidió de sus sobrinos para no volverlos á ver nunca. Emplearon los viajeros veintitrés días en el trayecto de Montpellier á Valencia, deteniéndose dos en Barcelona, y apeáronse en aquella ciudad en casa de la Condesa de Cirat, Doña Felicia Zapata de Calatayud, hermana de la Marquesa de la Mina y tía carnal, por lo tanto, del Duque. Trasladáronse de allí á la villa de Catarroja, á una legua de la capital, lugar sano y alegre donde el Duque tenía un palacio, y tan bien probaron aquellos aires á la Duquesa, que al poco tiempo hallóse en estado de marchar á Madrid, si bien por exceso de precaución del Duque hicieron antes escala en Pedrola. Hallábase la corte en Aranjuez cuando llegaron á Madrid los Villahermosa, y al punto pasó el Duque al Real Sitio para hacer su corte y besar la mano al Monarca. Recibióle éste como no lo había hecho nunca, solo, en el maravilloso despacho de porcelana de la China, construído, por orden del mismo Carlos III, en la fábrica del Buen Retiro. Duró la plática más de una hora, tratándose en ella especialmente de la Duquesa, cuyas virtudes ponderó el Rey, manifestando al fin su deseo de verla en las próximas fiestas que habían de celebrarse en el Real Sitio con motivo de los exámenes de la Sra. Infanta Doña Carlota Joaquina, hija de los Príncipes de Asturias. Comprendió el Duque, como sagaz cortesano, en esta actitud

del Rey, que ya no pesaban contra él las suspicacias y prevenciones de Floridablanca, y apresuróse á aceptar el convite, como ocasión oportunísima de presentar á la Duquesa en público por primera vez, luego de su restablecimiento.

Habíase convidado para esta solemnidad tan característica de aquella corte á lo más granado de la grandeza y á todo el Cuerpo diplomático, pues tras las preguntitas del Catecismo y Gramática castellana, ocultábase y habíase de desarrollar el proyecto de matrimonio de la Infanta examinada con el Infante D. Juan de Braganza, que fué luego jurado Príncipe del Brasil y heredero de la corona de Portugal, que ciñó al cabo con el nombre de D. Juan VI. Celebráronse estos curiosos exámenes en cuatro días consecutivos, en un salón del palacio preparado al efecto; ocupaba el testero un alto estrado en que presidían el Rey, los Príncipes de Asturias y los Infantes, y había otro á la derecha mucho más bajo, en que estaba la Infanta acompañada por la camarera mayor de su madre, que era entonces Doña Cayetana de Silva y Alagón, Duquesa viuda de Miranda Caracciolo, y otra dama, distinta cada día, escogida por el Rey como honorífico obsequio entre las convidadas al acto, que era la encargada de presentar los libros á S. A., tomándolos de manos de los maestros.

Hallábanse éstos frente al estrado de la Infanta, y ocupaban el resto del salón, por riguroso orden de categorías, todos los invitados al acto. Acompa-

ñó á la Infanta en el estrado el primer día la Marquesa de Santa Cruz, Doña María Ana de Waldstein Lichteustein, y versó el examen sobre el Catecismo, respondiendo la Princesa á cuantas preguntas le hicieron y explicando varios pasajes del Antiguo Testamento, y su correspondencia con el Nuevo y con las palabras del mismo Cristo. Fué designada el segundo día para acompañar á la Infanta la Duquesa de Villahermosa, y tratóse de la historia de España, desde los tiempos fabulosos hasta el siglo VII. Pronunció luego S. A. un breve discurso sobre el origen, aumento, perfección, decadencia y uso del idioma castellano, y tomando luego el libro que le presentó la Villahermosa, leyó algunas cláusulas é hizo escrupuloso análisis gramatical de todas ellas palabra por palabra. Tratóse únicamente en el tercer examen de geografía y astronomía, y lució la Infanta todo su saber en los mapas y en la esfera, acompañándola y entregándola el puntero la Condesa de Corres, Doña Mariana de Palafox. Acompañó á la Infanta el cuarto y último día la nueva Condesa de Aranda, Doña María del Pilar de Silva y Palafox ¹, y acreditóse Su Al-

¹ El 24 de Diciembre de 1783 había muerto en Madrid la vieja Condesa de Aranda, que fué suegra del Marqués de Mora, y desempeñó con la Duquesa de Villahermosa, en la primera juventud de ésta, verdaderos oficios de madre. Tres meses después, el Conde de Aranda, que contaba ya sesenta y cinco años, contrajo segundo matrimonio en 14 de Abril de 1784 con Doña María del Pilar de Silva y Palafox, que apenas tenía dieciséis años y era sobrina-

teza de latina leyendo en los *Comentarios de César* y en los libros de *Oficiis* y de *Senectute* de Cicerón algunos pasajes, traduciéndolos al castellano, haciendo análisis gramatical de ellos, y traduciendo igualmente al latín varias oraciones en castellano

nieta de su antecesora la primera Condesa de Aranda. Celebróse la boda en el oratorio del Duque de Híjar, padre de la novia, y fueron padrinos los Condes del Montijo, y testigos los Condes de Miranda y de Corres, D. Fernando y D. Joaquín Palafox y D. Tomás Bernard, Consejero del Real y Supremo de Castilla. Riéronse mucho los burlones de aquel tiempo de esta desproporcionada boda, y no faltó un poeta, D. Miguel García Asensio, abogado del Colegio de Madrid, que acabara de ponerla en ridículo, componiendo una égloga epitalámica titulada *Manzanares*, en que el machucho novio apareció transformado en pastor Damon y la gentil novia en pastora Silvia. Escurriase también por allí el río Manzanares, con todas sus Ninfas, y decíale á otro pastor Melizo, que

Del sabio Alfebiseo
 Labre la docta mano
 En mi orilla un eterno
 Monumento de mármoles bruñidos,
 Con la estatua del Cándido Himeneo,
 Una inscripción dorada haga notorio
 Este caso á las gentes pasajeras.
 Diciendo claramente: AL. DESPOSORIO,
 DE. DAMON. Y. DE. SILVIA, EN. SUS. RIBERAS,
 MANZANARES. LE. PUSO. AGRADECIDO.

El Manual literario, correspondiente al mes de Abril de 1784, publica esta égloga entera, que es de lo más malo y grotesco que ha dado de sí el pasado siglo. La segunda Condesa de Aranda fué, como lo había sido la primera, señora de mucho juicio y cristianidad. Casó en segundas nupcias en 1807 con D. Francisco Fernández de Córdoba, Conde de Castelflorido.

que le dictaron algunos de los asistentes. Hizo también los mismos ejercicios en varios libros franceses, respondiendo además en este idioma á cuantos en él quisieron hablarle, y dióse con esto por doctorada la Infanta y por conquistado al novio, pues de ahí á poco se firmaron las capitulaciones matrimoniales en Aranjuez, y llegó á Madrid el Embajador extraordinario de Portugal, D. Enrique de Meneses, Marqués de Lacinial, para pedir solemnemente la mano de la Sra. Infanta.

Durante estos cuatro días, reuniase al terminar los exámenes un animado corro en torno de la Princesa de Asturias, é hizo el gasto en todos ellos un andaluz, el Marqués de Méritos, de ilustre casa y agudo ingenio, famoso entonces por sus extravagantes disputas literarias sobre si los hombres comían ó no carne antes del diluvio, y por algunas de sus bromas andaluzas que se habían extendido por toda la España. Fué la más sonada de estas la fundación del imaginario *Regimiento de la Posma*, de que se declaró coronel el mismo Méritos, para satirizar la apatía y cachaza, tan española, de esas personas que con la cantilena perpetua de mañana veremos pasan los meses y los años en proscatinaciones continuas, sin llegar nunca al término que apetecían. Engancháronse de todas partes de España multitud de voluntarios en el *Regimiento de la Posma*, y duró la chanza más de medio siglo, llegando al palacio de los Reyes, y tomando parte en ella personajes muy graves del Estado. Fué uno de éstos

el Capitán general D. Antonio Ricardos, que, hallándose en el Rosellón al frente del ejército, cuando la guerra con la República francesa, recibió una carta del Marqués de Méritos, ofreciéndole un refuerzo de sus pesadas tropas de la Posma, y cayó tan en gracia esta humorada á Ricardos, que contestó á Méritos enviándole chistosas instrucciones para el servicio de los soldados auxiliares, parodiando las reales Ordenanzas, al adaptarlas á la índole peculiar de la Posma. Es también curioso el siguiente soneto en cuatro versos de un veterano de la Posma, D. Nicolás Puccini, cadete que era de Guardias de Corps:

Santa poltronería, nume gradito,
Degl'uomini piacer, gioja e diletto,
Yo ti consagro questo mio sonetto,
Che per poltronería non ho finito...

Fué el Marqués de Méritos hombre muy ilustrado y digno, buen hablista y medianísimo poeta, si bien era su ingenio vivo y animado, como lo probó en la corte en aquellas mismas fiestas de los exámenes de la Infanta. Ideó la Princesa de Asturias uno de aquellos días, después del acto, varios juegos de prendas, y condenado el Marqués por las que había perdido á la peliaguda sentencia de decir un favor y un disfavor á la misma Princesa de Asturias, dijo de repente:

Cuando habla Vuestra Alteza,
Tiene una falta,
Que aunque sensible á todos,
No la reparan.

¿Qué falta es ésa?
Es que acaba más presto
Que ellos quisieran.

Muy satisfecha María Luisa, y queriendo sin duda poner en aprieto al pobre Marqués, mandóle cumplir por tres veces la sentencia. Mas sin arrojarse Méritos, ni detenerse tampoco, prosiguió diciendo:

Tienes, yo lo confieso,
Mucho agasajo;
Mas con él esclavizas
A los vasallos;
¡Cosa es de hechizo
Hacer de tantos libres
Tantos cautivos!

Que se guarde justicia
Quieres, señora,
Y luego con gran gracia
Tú á todos robas:
Robas afectos,
Atenciones... y arrobas
A todos ellos.

De disponer de haciendas
Y aun de las vidas,
Con arreglo á las leyes,
Eres muy digna:
Mas ¡de albedríos!...
Señora, eso ya pasa
De despotismo¹.

¹ Marqués de Valmar, *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*.

Terminaron estas fiestas con una vistosísima iluminación en el Jardín del Príncipe, dispuesta y dirigida por el futuro Carlos IV. Quemáronse también muchos juegos de pólvora con grandes invenciones y artificios, y sirvióse después á los Príncipes una magnífica cena, en mesa ricamente adornada, puesta en la primera calle del jardín, que va al embarcadero, y fueron invitadas á la mesa real la Marquesa de Santa Cruz, la Duquesa de Villahermosa y las Condesas de Corres y Aranda, que, designadas por el Rey, habían acompañado á la Infanta en sus ejercicios.

Esta fué la última fiesta de corte á que asistió la Duquesa de Villahermosa, dando en ella por terminado su papel oficial de Embajadora.

XXIV

Con la Embajada de Turín terminó Villahermosa su carrera política y mundana, y su vida comenzó á deslizarse desde entonces sosegada y tranquila, al tenor de la de la Duquesa, en el ejercicio de la piedad y la práctica de cristianas obras. He aquí como muestra de esta vida ordinaria, que se prolongó por más de seis años, lo que escribe el Duque en cualquiera página de su diario de esta época, que es sobre poco más ó menos lo que hacía todos los días.

«14 de Octubre.—Me levanté á las siete, y hechos mis ejercicios de la mañana, y habiendo hablado de

las cosas de la casa con mi mayordomo, me vestí y leí las cartas del correo, que no contenían nada de importancia. Me fuí al Espíritu Santo á Misa, y allí hice mis devociones; volví á casa, donde hablé con el contador de varios asuntos, y volviendo á salir á las doce, fuí á los Afligidos á las Cuarenta Horas; después á casa de Alcolea y á casa de Villafranca; á las dos comí con Ramos y Heredia. A las cuatro me fuí á la Academia Española hasta las seis; á esta hora á casa de Campomanes para hablarle sobre la tutela del Conde de Fuentes¹, y sobre la facultad real para vender bienes vinculados; pasé de allí á casa de la Marquesa viuda de Fontanar, donde estuve hasta cerca de las nueve, que volví á casa, y con la Duquesa y D. Juan Pacheco pasé lo restante de la noche, hasta las diez, hora en que subí á mi cuarto, hice mis devociones y me acosté.»

Las aficiones literarias del Duque eran, pues, lo único que venía á distraerle de sus prácticas devotas, y siguiendo la corriente de la época, malgastaba la fuerza y el calor de su entendimiento en inútiles estudios é insustanciales investigaciones eruditas, semejantes á la de si los hombres comieron carne ó no carne antes del diluvio, de que no quedan ya rastro ni memoria. Es curiosa la siguiente carta del erudito

¹ El Conde de Fuentes, D. Luis Pignatelli, hallábase loco en París, bajo la tutela de su suegro el Conde d'Egmont. Mas habiéndose éste casado por tercera vez, nombró Carlos III á Villahermosa curador del demente, y como éste se excusase con justas razones, nombró entonces el Rey al Canónigo Pignatelli.

D. Gregorio Mayans y Siscar, respondiéndole con cierto tono zumbón á las indagaciones del Duque sobre la personalidad de Asuero y la longevidad de Heráclito y Demócrito ¹.

«Amigo y señor: Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Vuestra merced, que trata con el Excmo. Sr. Duque de Villahermosa, no dejará de sacar fruto de su erudita conversación. Pero tenga vuestra merced entendido que sus preguntas no son para saber, sino para examinar. Y así es menester responder á S. E. con arte, para no enredarse en las respuestas y entretener su idea. Dígame, pues, vuestra merced que más ha de doscientos años que escribió el doctor Vergara, Canónigo de Toledo, que Eusebio quiere que Asuero sea Artaxerxes, llamado Mnemon, hijo de Darío el bastardo. Josefo afirma que fué Artaxerxes Longimano; otros le hacen Darío Histaspis; otros Cambises, hijo de Ciro, según que cada uno por las conjeturas de los tiempos; y cuenta de años y de edades de hombres, y por otros indicios, colige lo que más verosímil le parece. Y así su excelencia que elija opinión, y diga lo que quiera, que más fácilmente podrá errar que acertar entre tantas opiniones. De Mardoqueo, Aman y Esther, no sé sino lo que dice la Escritura.

»Diógenes Laercio escribió la vida de Heráclito y Demócrito, y con mayor extensión Thomas

¹ Esta carta va dirigida á D. Antonio Aragonés, que sin duda había hecho las preguntas en nombre del Duque.

Stanleys. Heráclito floreció, según Laercio, cerca de la Olimpiada 69, en tiempo de Darío Histaspis, según Suidas. El año en que murió, le señalaré á S. E. cuando me dirá en que archivo se conservan los mortuorios de aquel tiempo. Demócrito, según Apolodoro, alegado por Diógenes Laercio, nació en la Olimpiada 80, y llegó á ser muy viejo, según Cicerón en el libro *De Senectute*. Diógenes dice que su vida pasó de cien años. Flegonte refiere que llegó á los ciento y cuatro; Luciano, Censorino y Hiparco, citado por Diógenes, que llegó á ciento y nueve. Diga vuestra merced á S. E. que elija. Yo me atengo á la opinión de Hiparco como más antiguo, y me sujeto á la censura de S. E., á quien repetiré vuestra merced mi veneración y entregará esta carta; porque á vuestra merced y al Sr. D. Mathias, no importa sino obsequiar á S. E.

»Dios guarde á vuestra merced muchos años como deseo.—Oliva á 27 de Julio. B. L. M. de vuestra merced su amigo y servidor, —D. Gregorio Mayans y Siscar.»

Por este tiempo bendijo Dios de nuevo el matrimonio de los Duques concediéndoles otro hijo varón, que nació el 22 de Octubre de 1785, y bautizó D. Pedro de Silva con los nombres de José, Antonio, Juan, Pablo, Miguel, Gabriel, Rafael, etc. Habíase mientras tanto desarrollado y robustecido Victorio Amadeo, y al entrar en los siete años, preciso fué á sus padres pensar en la persona que había de dirigir su educación y cultivar su entendimiento,

que prometía ser agudo y despierto. En vano habían intentado los Duques, por cuantos medios son imaginables, dirigiéndose ora al Rey, ora á los Príncipes de Asturias, arrancar al primero licencia de traer á España un ex jesuíta, de cualquiera nacionalidad que fuese, para confiarle la educación del niño Victorio. Negóse siempre el obcecado Monarca á semejante súplica, y viéronse obligados los Duques á contentarse con un sacerdote secular que les recomendó y envió de Bolonia el P. Pignatelli: llamábase D. José Miguel Wilki, era natural de Friburgo, y había hecho sus estudios y aprendizaje en materias de educación en el colegio de San Nicolás, de Paris.

Por Junio de 1788 terminóse al cabo la obra de la iglesia de Pedrola, ofrecida por el Duque á la Virgen para alcanzar la salud de Victorio Amadeo. Habíase agrandado el templo con un espacioso crucero, cuyo centro ocupaba el altar mayor, dedicado á la Asunción de la Virgen Nuestra Señora, y dos capillas colaterales, dedicada una al Sagrado Corazón de Jesús y otra al Patriarca San José. Los dos grandes y hermosos cuadros de la Asunción y del Sagrado Corazón, que ocupaban y ocupan todavía los altares del centro y la derecha, habíalos pintado D. Francisco Bayeu, y el del Tránsito de San José, que ocupa el altar de la izquierda, D. José Beratón. Estos tres cuadros, con sus tres altares, y la custodia, copón, cáliz y ornamentos que se estrenaron en la inauguración, fueron costeados de su bolsillo particular por la Duquesa de Villahermosa.

Hubo grandes fiestas en la iglesia y regocijos en el lugar con motivo de la dedicación del nuevo templo, y presidiéronlo todo los Duques y sus hijos, que con este intento se habían trasladado de Madrid á su villa de Pedrola. Celebráronse las fiestas religiosas en el orden siguiente, que consigna el Duque en su diario:

«*Día 31 de Julio.* — Bendijo la nueva parte de la iglesia el cura párroco de esta villa, D. Salvador Gayubar, con comisión y licencia del Arzobispo de Zaragoza, á las ocho y media de la mañana. Hízose después la traslación del Santísimo Sacramento, con procesión por dentro de la iglesia; cantáronse luego Prima y Tercia; siguió la Misa, que cantó don Antonio Cabañero, Prior de la colegial de Mora, y predicó en ella de la dedicación del templo el P. Jacobo Hernández, dominico, Prior del convento de Jaca. Concluída la Misa, se cantarón Sexta y Nona, todo con el Santísimo Sacramento patente, que se reservó á las doce. Volvióse á exponer por la tarde, á las tres, cantáronse Vísperas y Completas, y después de algún intervalo, Maitines y Laudes, y dada la bendición, se reservó á las siete y media.

»*Día 1.º de Agosto.* — Se trasladó el cuerpo de la Venerable Doña Luisa de Borja, Duquesa de Villahermosa, esposa que fué del Duque D. Martín y hermana de San Francisco de Borja, que murió en opinión de santa y que está incorrupta, al paraje que se había destinado para este fin, junto al púlpito, en el presbiterio. Hubo la misma función que el

día antecedente en el altar del Sagrado Corazón de Jesús, desde Prima. Cantó la Misa el Rdo. P. Maestro D. Fray Bernardo Ateza, monje cisterciense, y predicó el P. Espinosa, franciscano, predicador del Rey. El coro estaba compuesto de ocho Religiosos agustinos de Alagón, cinco capuchinos de Epila, el Capítulo de esta villa y otros individuos eclesiásticos que atrajo su devoción.

»*Día 2 de Agosto.*—La misma función en el altar de San José: cantó la Misa el cura párroco de esta villa, D. Salvador Gayubar, y predicó sobre el santo Patriarca el mismo P. Hernández.

»*Día 3 de Agosto.*—Hubo en el altar mayor el Santísimo patente durante la Misa, y se cantó antes de ella Tercia; celebró el Sr. Abate D. Miguel Wilki, ayo de mi chico, y predicó de San Luis Gonzaga, á quién la Duquesa tenía ofrecida una fiesta, el reverendo P. Sánchez, carmelita. Con esto terminaron las de la dedicación de esta renovada iglesia.»

Antes de celebrarse esta fiesta habían hecho los Duques un devoto viaje al castillo de Javier, en Navarra, para cumplir la Duquesa el voto de esta peregrinación, hecho á San Francisco Javier, de quien era y había sido siempre ferviente devota. Los piadosos peregrinos de hoy hacen sus viajes en rápidos y bien acondicionados trenes, se alojan en cómodas y abastadas fondas, no se avendrían bien con este modo de peregrinar de los Duques, que como pintura de la época y prueba del espíritu que animaba á los peregrinos, copiamos del diario del Duque.

»*Día 4 de Julio.*—Habiendo dejado á los chicos en Pedrola, salí con la Duquesa á las cinco y tres minutos de la mañana con un tiro mío, y pasada la barca de Alcalá de Ebro, me puse en el coche con tiro de colleras que habían adelantado á la otra parte del río. Llegué á Ecorón á las diez y media, de donde salí á las dos dadas, y aunque con mucho calor, llegué á las siete á Cambrón, casa de labor que ahora pertenece al Monasterio de la Oliva de Bernardos, y antes fué el sitio donde estuvo el Monasterio de monjas de la misma Orden, que ahora está en Zaragoza con el nombre de Santa Lucía. En esta casa de labor hicimos noche.

»*Día 5.*—Salimos de Cambrón á las cinco y media y llegamos á las nueve á Castilliscar, de donde no podíamos pasar con el coche grande, ni hallamos las caballerías que esperábamos para pasar á caballo á Sos y á Xavier; en el lugar tampoco las había, pues estaban en el campo; pedimos al alcalde que viese si podía buscar algunas, y estándolo ejecutando, llegaron á las diez y media ocho caballerías que enviaban de Sos los Padres de la Escuela Pía, á quienes anteriormente habíamos dado parte de nuestro viaje; comimos á las doce y media, nos pusimos en el birlocho la Duquesa, D. Miguel Gayubar (cura de Pedrola), una criada y yo, y los demás á caballo y el equipaje en cargas, y así llegamos á las tres y media á Sos, donde pasamos un rato en casa de D. Miguel Español de Niño, y habiendo buscado las caballerías que nos faltaban, nos pusimos á caballo á las

cuatro y tres cuartos, y llegamos á las siete y tres cuartos á Xavier, donde fuimos á la capilla del Santo que está en el castillo ó palacio, y es el mismo cuarto en que nació. No habiendo hallado acomodo en el palacio, nos fuimos á lojar á la posada, que es bastante buena.

»*Día 6.*—Nos detuvimos en Xavier, donde vimos despacio la capilla, que es un cuadrilongo irregular con un altar de madera dorado: así en él como en la capilla y sacristía, hay cuadros de diferentes asuntos de la vida del Santo, y algunos de otras invocaciones. Hay dos capellanes, que nombra el Duque de Granada, señor del lugar, como Conde de Xavier. Vimos el crucifijo que, según una piadosa tradición, sudaba sangre cuando el Santo pasaba algún trabajo, que está en un oratorio de la casa, obscuro y es muy devoto. El lugar tiene quince casas con su vicario ó cura. Todo es allí del señor.

»*Día 7.*—Después de oír Misa en la capilla del Santo (donde no está la reserva) y habiéndola oído también toda la familia, pues era día festivo, por ser San Fermín, patrón de Navarra, me puse á caballo un poco antes que la Duquesa, con ánimo de ir al castillo y pardina de Buscalapueyo, que me pertenece y vale de arriendo veinte cargas de trigo, con más de la mitad de la décima y primicia y sesenta libras jaquesas. Me reuní con la Duquesa en una eminencia vecina, y llegamos juntos á caballo á Sos, donde estuvimos tres cuartos de hora. Nos pusimos en el birlocho á las once y llegamos á Cas-

tilliscar á la una y media, comimos y salimos después para Cambrón, adonde pasamos la noche en la misma casa de labor.

»*Día 8.*—Salimos á las seis y media de Cambrón y llegamos á Tauste á las doce y media, donde nos hospedamos en casa de D. Juan Andrés, por ser muy malo el mesón. Seguimos nuestro camino después de comer, y llegamos á la barca de Alcalá á las seis, desde donde, del mismo modo que á la venida, llegamos á Pedrola á las seis y media.»

Prolongaron los Duques su estancia en Pedro-la hasta el 7 de Octubre, cogiéndoles en el camino de vuelta á Madrid el día de San Francisco de Borja, fecha desde entonces memorable para ellos, por haberles acaecido en la noche de aquel día un caso bien extraño, en que vieron patente la protección del Santo que había escogido como patrono y protector de los Estados de Villahermosa. Componíase la comitiva de cinco coches, que marchaban en esta forma: iba delante, en el primero, la cocina con el cocinero, ayudante, mozo y un criado; en el segundo iba el niño José Antonio, con su aya, sus dos criadas y el médico; ocupaban el tercero los Duques, Victorio Amadeo y el Abate Wilki, ayo de éste; en el cuarto iban tres criadas de la Duquesa y la hija del médico; en el quinto, que era lo que llamaban entonces una berlina de cuatro asientos, venían el mayordomo, el repostero, el mozo de repostería y otro ayuda de cámara. Cogióles la noche del 10 de Octubre entre Revolloza y Jadraque, y aunque los

postillones picaron largo, cerró aquélla tan negra y tan obscura y acompañada de nieve y ventisca, que ni los cocheros y postillones acertaban á guiar, ni obedecían los tiros á otra cosa que á su instinto; con lo cual y la violencia de la carrera, volcó el coche de los Duques en lo alto de un repecho, con gran estrépito y confusión por amontonarse encima los que detrás venían, y arrastrar las asombradas colleras el coche tumbado no poco trecho. Y fué cosa maravillosa que en tanto aturdimiento y tan grave peligro, no sufriesen el más mínimo daño los que dentro del coche venían, ni se rompiese tampoco rueda, muelle ni eje alguno, y aun los vidrios que venían echados por el frío, quedaron intactos, sin que fuese necesario otra cosa para remediar tan grave accidente, que levantar el coche tumbado, enganchar otra vez los tiros y seguir el camino adelante.

XXIV

Graves sucesos ocurrieron por aquel entonces en la corte, que distrajeron en parte la atención del Duque, y le hubiesen puesto quizá en grandes aprietos si su desengaño de los honores del mundo no hubiera sido tan sincero y tan profundo. El 2 de Noviembre de 1788 murió en El Escorial la Infanta portuguesa Doña María Ana, mujer del Infante Don Gabriel, de viruelas que la atacaron de sobrepardo. Sobrevivióle tan sólo siete días el recién nacido,

Carlos José, y once su esposo el Infante D. Gabriel, que murió el día 13 contagiado también por las viruelas. Trasadóse el Duque de Villahermosa el día 3 á El Escorial para asistir como Grande de España al entierro de la Infanta, y permaneció allí el 4, que era San Carlos Borromeo, fiesta del Rey. Mas aunque la corte vistió aquel día de color y no de luto, no hubo gala ni besamanos, y sólo se dejó ver el Rey un momento, tan abatido y agobiado, que todos comprendieron no quedaba mucho tiempo de vida al afligido anciano, que había cumplido ya sesenta y tres años.

Confirmó en esta idea á Villahermosa el proceder de Floridablanca, que le salió al encuentro aquel mismo día, atento y obsequioso como nunca, convidándole á comer á su mesa y ofreciéndole, como lo cumplió en efecto á la otra mañana, conseguir del Rey que le dispensase de la tutela de su cuñado el Conde de Fuentes, transfiriéndola á D. Ramón Pignatelli; señales todas de que el precavido Ministro se apresuraba á preparar el terreno en el ánimo de los antiguos parciales y favoritos del Príncipe de Asturias, tan próximo ya á ser Carlos IV.

El día 1.º de Diciembre volvió la corte de El Escorial á Madrid, según la antigua costumbre, y para nadie fué desde entonces misterio el decaimiento del Rey, que cual los condenados á muerte, estaba ya en capilla en el ánimo de todos los madrileños. Agravóse en la tarde del 6, y ya no pudo abandonar el lecho al día siguiente; trajéronle por confe-

sor á un tal Fray Luis de Consuegra, pues el famoso Fray Eleta, que llamaba el pueblo *Albargatilla*, había muerto el 4 de aquel mismo mes de Diciembre, dando cuenta á Dios nueve días antes de que fuese á darla su real penitente. El 13 administró á éste el santo Viático el Patriarca de las Indias Don Antonio Sentmenat, llevando el Santísimo Sacramento de la Capilla real, acompañado por el Príncipe de Asturias, los Infantes, jefes de Palacio, gentileshombres y otros personajes, todos de gran gala. Aquella misma tarde llevaron á Palacio los cuerpos de San Isidro y de San Diego y las reliquias de Santa María de la Cabeza, y pusieronlos en la alcoba del Rey, fuera de las arcas, estando presente el Corregidor de Madrid y el Marqués de Villadarias, de rodillas ambos al pie del lecho del Monarca. A las doce y cuarenta minutos de la madrugada del 14 expiró al fin Carlos III, llevándose á la eternidad aquellos *grandes secretos que encerró en su real pecho*, y de los cuales daría entonces cuenta ante el Juez que juzga á los Reyes, sin admitir responsabilidades de Ministros que se imponen, ni subterfugios de confesores que transigen con regias flaquezas.

El Duque de Villahermosa consigna en su diario tan trascendental suceso con estas solas palabras: *Día 14. — Murió el Rey Carlos III, á las doce y cuarenta minutos de la noche.* Extraño laconismo en un cortesano de entonces, que cuadra muy bien con el hecho notable de no encontrarse en todo el diario de Villahermosa, así en sus tiempos de extravío como

en los de su arrepentimiento, una sola palabra en elogio de Carlos III.

No fué Carlos IV ingrato ni olvidadizo con Villahermosa, como tan á menudo acontece á los Príncipes y grandes personajes políticos, y al mes escaso de subir al trono dióle la prueba de afecto que más podía halagar el amor propio del Duque, herido años antes por Carlos III y Floridablanca. Fué el caso que en 1780, poco antes de su conversión, había solicitado Villahermosa el Toisón de Oro, dirigiendo una instancia al Conde de Floridablanca, para que la hiciese llegar al Rey; y ora fuese malquerencia del Ministro, ora prevención del Monarca, es lo cierto que la instancia de Villahermosa quedó sin respuesta, y su pretensión desairada. Mas no bien empuñó Carlos IV las riendas del Gobierno, apresuróse á conceder á su antiguo amigo la señalada merced que había solicitado, y para que la satisfacción fuese completa, dió orden á Floridablanca de notificar él mismo al Duque, de su puño y letra, la gracia concedida. Así escribe Villahermosa en su diario el 15 de Enero de 1787: «Recibí un papel de aviso, con fecha de este día, firmado por el Conde de Floridablanca, en el que me participaba que el Rey me había conferido el collar de la insigne Orden del Toisón. Fuí á besar la mano á los Reyes, Príncipes y demás personas reales aquella tarde, en su cámara, cuando todos estaban juntos, y de allí pasé á dar las gracias al Conde de Floridablanca.»

Mas ya era tarde, por fortuna, y la antigua va

nidad del Duque, enfrenada por su santo desprecio del mundo y su amor propio domado por la caridad cristiana, sólo vieron en aquella delicada maniobra del Monarca un motivo de agradecimiento á la buena voluntad de que procedía, y no un fácil camino para entrar otra vez con éxito seguro en las luchas cortesanas y políticas. Quiso, sin embargo, la Duquesa aprovechar estas buenas disposiciones del Rey para sus santos y cristianos fines, y pasando ella misma á hacer su corte á la Reina María Luisa, hizola de nuevo la petición negada ya por Carlos III, de que permitiese á un ex jesuíta, de cualquiera nacionalidad que fuese, entrar en España para hacerse cargo de la educación de sus hijos. Prometióle la Reina apoyar sus deseos; mas aunque en términos muy corteses y cariñosos, fuéle negada la petición *por entonces*.

El buen afecto de Carlos IV á Villahermosa obligó á éste en aquellos primeros tiempos á frecuentar la corte más de lo que antes acostumbraba, pues dióse más de una vez el caso de escribirle el mismo Rey de su puño y letra, invitándole. El día 30 de Mayo de 1789 asistió en Aranjuez con la Duquesa al primer besamanos que tuvo lugar en honor del primogénito Fernando, que contaba entonces cinco años y aún no había sido jurado Príncipe de Asturias. Verificóse la jura el 23 de Septiembre, dos días después de la entrada pública del Rey en la corte, y de todo ello da cuenta Villahermosa en su diario en esta forma:

«*Día 5 de Septiembre.* — Recibí un papel de aviso del Marqués de Valdecarzana, como Sumiller, dándome cuenta de que el Rey había determinado hacer su entrada pública el 21 de este mes, y que me lo avisaba para que en calidad de gentilhombre de Cámara con ejercicio asistiese á ella vestido de uniforme, para ocupar mi puesto, según antigüedad, en los coches de la Real caballeriza.»

»*Día 10.* — Tuve una carta del Rey, firmada de la Estampilla, en que me decía que habiendo convocado Cortes para que jurasen al Príncipe D. Fernando, y debiendo yo hacer el mismo juramento, me hallase el día 23 en la iglesia del convento de San Jerónimo.»

»*Día 19.* — Recibí un papel del Conde de Castelblanco, como *Greffier* del Toisón, avisándome que los balcones números 8, 9, 10 y 11 del primer suelo de la Plaza Mayor estaban destinados para los caballeros del dicho insigne Orden, y me enviaba nueve boletas de los correspondientes tendidos, para que las distribuyese á mi arbitrio. La fiesta sería el 22.

»*Día 20.* — Recibí una lista del Marqués de Valdecarzana, como Sumiller de Corps de S. M., describiendo el orden de los coches y asientos que deben ocupar en ellos, según su antigüedad, los gentileshombres de cámara con ejercicio: á mí me ponen el séptimo, pero me han hecho perjuicio en la antigüedad. Se previene también el orden en que hemos de acompañar al Rey, tanto el día de su sa-

lida pública, que será el 21 á las cinco y media de la tarde, como en los dos siguientes de toros reales y jura.

»*Día 21.*—Hizo el Rey su salida pública á las seis de la tarde de su real Palacio, y habiendo hecho oración en Santa Maria, paseó la carrera con toda su corte y las personas reales por la calle Mayor, la de Alcalá, Prado, calle de Atocha y plaza Mayor; desde donde continuó por la misma calle Mayor á Palacio. Todo estaba iluminado: yo asistí como gentilhombre de cámara con ejercicio, habiendo remediado el yerro de mi antigüedad é ido en el lugar que me correspondía. Hubo después fiesta en casa del Marqués de Cogolludo, Duque de Santi-Esteban, á la que asistieron un poco SS. MM., el Infante D. Antonio y la Infanta Doña María Josefa.

»*Día 22.*—Salió el Rey con el mismo acompañamiento que el día antecedente, á las tres de la tarde, y fué al palacio de la Panadería, donde asistió á la fiesta de toros que le daba la Villa, y se restituyó después á Palacio con la misma comitiva y todas las personas reales.

»*Día 23.*—Con motivo de la jura del Príncipe, se transfirieron el Rey, Reina y demás personas reales al palacio del Buen Retiro, temprano: á las nueve dadas bajó con todo el acompañamiento de Cortes, Consejo, Títulos, Grandes y su real casa, etcétera, á la iglesia de San Jerónimo, donde después de la Misa, que dijo el Cardenal-Arzbispo de Tole-

do, é invocación del Espíritu Santo, se hizo la jura del Príncipe con las ceremonias acostumbradas: acabóse la función algunos minutos antes de las doce. Comieron SS. MM. en secreto: hubo mesas de Estado para toda la casa y cámara del Rey. A las cuatro y media vieron diversas habilidades y manejos de caballos que hicieron unos extranjeros en la plazuela cerrada del Retiro, y á las siete de la tarde salieron con toda ceremonia para transferirse al real Palacio por la Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle de las Carretas y de Atocha, plaza y calle Mayor, que estaba todo iluminado como la otra vez que pasó la real familia. Dieron una fiesta muy lucida los Duques de Osuna en su casa de junto á la Puerta de la Vega. En los dos días siguientes dieron fiesta el Embajador de Portugal y el de Nápoles.»

Excusóse la Duquesa de asistir á estas fiestas á causa de su nuevo embarazo, tan adelantado, en efecto, que dió á luz un niño el 11 de Octubre, que se llamó como su padre, Juan Pablo Francisco de Borja, etc. Bautizóle D. Jorge del Río, canónigo Chantre de Zaragoza, y fué padrino su hermano primogénito, Vitorio Amadeo, que contaba ya diez años, y era el orgullo y embeleso de sus padres.

Por aquel tiempo hubo grande empeño en hacer entrar á la Duquesa en cierta Sociedad de señoras fundada en Madrid el año antes, especie de sucursal femenina de aquellas filantrópicas *Sociedades económicas de Amigos del País*, cuyo molde trazó en

Guipúzcoa el Conde de Peñaflores, D. Javier de Munnive é Idáiquez, *el caballero de Azcoitia*, como le llamaba el P. Isla, y se propagaron después por toda España, bajo la protección de Floridablanca, Campomanes y Cabarrús. El origen de esta Sociedad de *Amigas del País*, que tuvo desde su nacimiento el mismo tinte sospechoso que tuvieron la mayor parte de sus correspondientes masculinas, fué el siguiente: «Había entonces en Madrid una tal Doña María Isidra Quintina de Guzmán y La Cerda, señora muy ilustre y muy letrada, hija de D. Diego de Guzmán, Conde de Oñate, y de Doña María de La Cerda, Condessa de Paredes. Era realmente Doña Quintina un portento de erudición y de ingenio, y guiada por D. Antonio Almerza, había hecho estudios que en aquella época hubieran acreditado á cualquier hombre de sabio. Nombróla la Real Academia Española su socia en 2 de Noviembre de 1784, contando Doña Quintina sólo dieciséis años, y no satisfechos sus padres con esta honra tan impropia como extraña, solicitaron de Carlos III una Real orden para que revalidase Doña Quintina sus estudios en la Universidad de Alcalá y recibiese allí el grado de doctora. Concedió el Rey demanda tan nueva y extravagante, y examinóse Doña Quintina en los días 4, 5 y 6 de Junio de 1785, disertando el primer día sobre el cap. III del libro II *De Anima*, de Aristóteles; respondió el segundo á los argumentos de tres catedráticos de prima de Teología y siete doctores de aquel claustro, contra las tesis latinas de-

fendidas por la graduanda, y recibió el tercero los grados de maestra y doctora en la facultad de Artes y Letras humanas, y los títulos de catedrática honoraria de Filosofía moderna y examinadora de cursantes filósofos, cargo este último que ejerció inmediatamente, examinando á varios filosofitos que la aventajaban en años. Tenía entonces Doña Quintina diecisiete no cumplidos.

Volvió la nueva doctora á la corte con capirote y bonete, insignias de su ciencia, y la Sociedad Económica de Madrid resolvió, á propuesta de su Presidente, que lo era el Duque de Osuna, D. Pedro Alcántara Téllez Girón, enviarla el diploma de socia, como lo había hecho ya la Real Vascongada. Mas antojósele también igual honor á la Duquesa de Osuna, que era la famosa Condessa Duquesa de Benavente, Doña María Josefa Pimentel, y la Sociedad Madrileña, galante á fuer de cortesana, dióla igualmente su diploma, poniendo luego á discusión si convendría crear una sección de *Amigas del País*, ilustres por su rango y sus talentos: dividiéronse las opiniones, como en semejantes casos acontece, y puso fin á la contienda una orden de Carlos III transmitida á la Sociedad Económica en estos términos:

«Cree el Rey que la admisión de damas distinguidas por su nacimiento y sus talentos que puedan concertar en reuniones separadas los medios más á propósito para animar á la virtud, el amor al trabajo y á las industrias compatibles con su sexo, se-

ría muy útil á la capital. Cree S. M. que escogiendo las señoras más dignas de este honor por sus cualidades, podrían discutir juntas y determinar la manera de establecer las bases de una buena educación, mejorar las costumbres con sus ejemplos y sus escritos, generalizar el amor al trabajo, poner límites al lujo que devora las fortunas y es el enemigo capital del matrimonio, y acreditar, finalmente, las manufacturas nacionales, prefiriéndolas en los adornos propios de su sexo á las extranjeras. Su Majestad se lisonjea de que las damas de hoy, dotadas de tan singulares talentos, seguirán las huellas de tantas otras, que fueron gloria de la Monarquía española en pasados tiempos, y cree que la fundación de Sociedades de Señoras traerá á la prosperidad nacional consecuencias tan satisfactorias, como ha traído ya la de las Sociedades Económicas.

»San Ildefonso 27 de Agosto de 1787.—*El Conde de Floridablanca.*»

Nombraron, pues, al punto las *Amigas del País* catorce socias económicas de la primera nobleza, y ellas; con el ardor del celo neófito y la actividad de la famosa ardilla de la fábula, comenzaron á organizar muchas cosas y á desorganizar no pocas, comprometiéndose todas desde luego á lo que no cumplió ninguna: no usar ni en vestidos ni en adornos cosa que no fuese de fábrica española. Mas el tufillo filosófico á que trascendieron siempre las *Amigas del País*, comunicóse también en la opinión á estas nuevas Amigas, y algunas, con más ó menos razón

alarmadas, desertaron en silencio. Pensóse entonces en atraer á la Sociedad aquellas señoras que por su virtud reconocida y acendrada piedad pudieran contrarrestar la mala fama que injustamente, al parecer, iban tomando las *Económicas*, como algún zumbón de la época las llamó con gracejo, y fué una de estas damas escogidas la Duquesa de Villahermosa, que tan en alto grado poseía las cualidades necesarias para servir de pantalla. Era ésta, sin embargo, hartó discreta para no comprender el manejo, y dió la más resuelta negativa á su amiga la Montijo, que dominada ya por las malas gentes que la perdieron más tarde, fué quien la hizo la propuesta. Tomó entonces á su cargo el empeño la Duquesa de Osuna, y con femenil diplomacia convidó á los Villahermosa á comer en la célebre Quinta de la Alameda, donde hacía entonces ensayos de los cándidos idilios de economía rural que propagaban las *Amigas del País* por toda España. Excusóse la Villahermosa del convite, y acudió sólo el Duque, encargado de contestar á toda propuesta con una negativa tan cortésana como firme. Fué esto el 16 de Agosto de 1790, y por ese extraño enlace con que une á veces la Providencia divina personas con personas que no tienen punto de contacto, y hechos con hechos que al parecer no se relacionan, á la misma hora en que los tres poderosos magnates paseaban por los deliciosos jardines de la Alameda, después de la comida, un pobre hortera de la calle de Toledo preparaba con su estupidez la catástrofe horrenda que ha-

bía de causar indirectamente la muerte del Duque de Villahermosa.

Ocupaba entonces un mercader de paños la primera tienda de la Plaza Mayor, á la izquierda del arco de Toledo. Púsose á cenar este buen hombre aquel día 16 de Agosto á las nueve de la noche, como era su costumbre, y mandó al hortera que bajase á la cueva, donde tenía puesto á enfriar el botijo del agua dentro de un cubo del pozo. Bajó el muchacho con una vela de sebo en la mano, sin candelero ni palmatoria alguna, y ocurriósele estúpidamente ponerla, mientras sacaba el cubo, en el agujero central de un rollo de esteras. Escurrióse la vela poco á poco hacia dentro, y ardía ya todo el esparto cuando el hortera sacó el botijo. Echó entonces aturdido el agua del cubo sobre el prendido rollo, y subióse trémulo y turbado, sin atreverse á decir nada del contratiempo por temor al castigo y por creerlo ya remediado. Mas á las once de la noche despertó á todos una espesa humareda, y vieron salir las llamas por la rejilla de la cueva y prender con tal rapidez en las puertas y maderaje, que en pocos momentos alcanzó el incendio proporciones gigantescas. El desastre fué espantoso, pues ardió todo el lienzo de la Plaza Mayor que comprende los portales de Guadalajara, y gran parte del arco de Toledo, formando volcán tan vivo y tan siniestro, que á su luz vinieron las hueveras de Fuenarral aquella madrugada. Acudieron las tropas al toque de generala, al mando del teniente de ingenie-

ros D. Francisco Sabatini, y el arquitecto mayor de Madrid D. Juan Villanueva, y las Comunidades y vecinos aterrados bajaron á la Plaza las imágenes de más veneración en Madrid, exponiéndose también en el balcón de la Panadería el Santísimo Sacramento. Rivalizaron todos, grandes y pequeños, en albergar y socorrer á los millares de infelices que quedaban sin pan y sin abrigo, y la Grandeza de España y los curas párrocos formaron juntas que recorrían las calles y casas pidiendo limosnas y organizando la distribución de socorros y alojamientos. Presidía una de estas juntas el Duque de Villahermosa, y de tal modo trabajó y se agitó en aquellos días impulsado por su caridad y su natural activo y vehemente, que encontró una muerte gloriosa en el ejercicio de tan santas obras. Atacóle una reacia pulmonía que le tuvo dos semanas entre la vida y la muerte, expirando al cabo con grande paz el 18 de Septiembre de 1790 á las once y cuarto de la noche, rodeado de su esposa y de sus hijos, que, no obstante su corta edad, quiso la Duquesa que le vieran recibir los Sacramentos y presenciaran su agonía, para que aprendiesen así de su mismo padre la santa y provechosa lección de una muerte cristiana.

Amortajáronle por disposición propia sin ninguna insignia de Grande, con un hábito franciscano, como era costumbre de la gente humilde del pueblo. El zaguanete de alabarderos hizole la guardia de honor propia de los Grandes de España, sobre

una bayeta negra tendida en el suelo, único túmulo sobre que descansó su cadáver. Enterráronle el día 20, á las ocho y media de la noche, en la bóveda de San Sebastián, en el cuarto nicho de la segunda fila, á la izquierda. Presidieron el duelo el Duque de Granada y los Obispos de Astorga y Barbastro.



ÍNDICE

Págs.

- I. — Casamiento por poderes del Duque de Villahermosa D. Juan Pablo de Aragón y Azlor y de Doña María Manuela Pignatelli. — El Conde de Aranda y su *esposa en sobrecrito*. — *La monjita* Pignatelli y la Duquesa de Medinaceli. — Capitulaciones matrimoniales. — Viaje de la desposada á Francia, en compañía del Marqués de Mora y de D. Jorge Azlor Aragón. — Encuentra á su esposo en Orleans. 1
- II. — La corte de Luis XV. — La Condesa Du Barry. — Su presentación en la corte. — Caída del Ministro Choiseul. — Los filósofos y los salones de París. — El salón de madame Geoffrín. — Muerte de Luis XV. 13
- III. — Retrato moral del Duque de Villahermosa. — El Conde de Guara en Madrid. — Va de agregado á la Embajada de París y he-

- reda el título de Villahermosa.—Carta de Azara al Duque.—Visita del Duque y del Marqués de Mora á Voltaire en Ferney.—El Conde de Fuentes y su estimación en la corte de Versalles.—La Condesa de Fuentes y sus amigos.—Los hermanos de la Duquesa de Villahermosa..... 30
- IV.—La *Duquesita* ante el escándalo de la corte de Luis XV.—Retirada de Mad, Luisa de Francia al convento de Carmelitas descalzas.—*Grand convert* en Versalles.—Enseñanza moral que sacó de todo esto la *Duquesita*..... 49
- V.—El amor conyugal en la época de Luis XV.—Vida que hacía el Duque y desengaños que recibía la Duquesa.—El abate Galliani.—Candidatos á confesor de la Duquesa.—El abate Terray y el librero Léger.—El Cardenal de Bernis y el Cónclave para elegir sucesor á Clemente XIII.—La Duquesa encuentra su *Alberto Magno*.—Aparición de la Duquesa en el mundo elegante. 62
- VI.—La sociedad francesa en la segunda mitad del siglo XVIII.—Tontillos, lunares y peinados.—Táctica de la Duquesa contra las costumbres y las ideas.—Vano intento de que lea libros prohibidos.—*Las flores no destruyen el fruto*.—La Archiduquesa María Antonieta, Delfina de Francia.—Su entrada en Francia.—Transportes de júbilo

- con que la reciben.—Baile que dió en su honor el Embajador de España, Conde de Fuentes.—Presentación de la Duquesa en la corte.—Profesión de Mad. Luisa de Francia en las Carmelitas descalzas..... 79
- VII.—Causas de la licencia que pidió al Rey católico el Conde de Fuentes para trasladarse á España.—El Conde dimite la Embajada y se niega á aceptar la Presidencia del Consejo de Castilla.—Solicita Villahermosa licencia para hacer un viaje de recreo á Inglaterra.—Se piensa en España utilizar sus notables aptitudes en servicio del Rey.—Verdadero fin que llevaba el Duque á Londres.—Resistencia de la Duquesa á este viaje.—Preparativos que para éste hacía el Duque y buenos oficios que le prestó Don Francisco Escarano, Secretario de la Embajada española en Londres.—Contratiempo que retardó el viaje..... 98
- VIII.—Llegada de los Duques á Londres.—Contraste entre el Rey hereje de Inglaterra y el Rey *Cristianísimo* de Francia.—El Duque de Villahermosa es presentado á Jorge III por el Embajador de España.—Amistad de la Duquesa con la Condesa de Guines y la Princesa de Masserano.—Resistencia de la Duquesa á presentarse en público sin el Duque.—Motivos que la impulsaban á obrar de esta suerte.—Aventu-

- ra del Conde de Guines con Lady Craveu.
— Lord Chesterfield.— Horacio Walpole,
Conde de Oxford, y la Marquesa Du Deffand.— Representación del célebre actor
Garrick en honor de los Duques..... 111
- IX.— Regreso de los Condes de Fuentes á Es-
paña.— Los Duques de Villahermosa aban-
donan á Londres.— Vida tranquila de la
Duquesa en Pedrola después de su estancia
de cuatro años en París y Londres.— El
Colegio de doncellas nobles, fundado por
D. Alonso de Aragón.— Visita de la Du-
quesa á la iglesia de Pedrola.— Caridad
ejemplar de la Duquesa..... 132
- X.— El buen ejemplo de la Duquesa contri-
buye á que su esposo vuelva á las prácticas
cristianas.— Visitas del Duque de Albur-
querque y el Marqués de Ayerbe.— Rego-
cijos en Pedrola por la llegada del Obispo
de Zamora, el canónigo D. Ramón Pigna-
telli y D. Antonio Azlor.— El Canónigo
Pignatelli expone sus ideas y proyectos al
Duque de Villahermosa.— Temblor de tie-
rra en Cádiz é invasión del mar en No-
viembre de 1775.— Portentoso milagro de
la Virgen de la Palma.— La grave enfer-
medad de la Condesa de Fuentes obliga á
los Duques á volver á la corte..... 151
- XI.— Estancia de los Duques en Madrid.—
Mejoría de la Condesa de Fuentes.— La

- Duquesa de Huéscar.— La Condesa de
Fuentes desea casar á su hijo el Marqués de
Mora con la Duquesa de Huéscar.— Los
propagandistas volterianos encuentran eco
en la aristocracia.— Expulsión de los jesui-
tas.— Propaganda impía de Aranda, Cam-
pomanes y Moñino.— Los jardines del Re-
tiro.— Los bailes de máscaras descritos por
Salcedo.— El Cardenal Portocarrero, Ar-
zobispo de Toledo, insta para la prohibición
de las máscaras..... 176
- XII.— Retrato de Carlos III.— Jornada de
Aranjuez.— Carácter ligero y petulante de
la Princesa de Asturias, María Luisa.—
Fiesta de la corte.— Muerte repentina de
D. Jorge Azlor.— Fallecimiento de la Con-
desa de Fuentes..... 200
- XIII.— El Marqués de Mora.— Capitulaciones
matrimoniales y casamiento del Marqués y
la Duquesa de Almazán.— Muerte de la
Marquesa de Mora.— La casa de D. Pablo
Olavide, centro de la propaganda volteriana.—
Relaciones entre el Marqués de Mora
y los filósofos..... 22
- XIV.— Clave del pedestal elevado por los filó-
sofos al Marqués de Mora.— Fisonomía mo-
ral de Mlle. de Lespinasse.— Su nacimiento
y educación.— Sus servicios á la Marquesa
Du Deffand.— El salón de contrabando de
la Lespinasse.— Sus relaciones con d'Alem-

- bert.— D'Alembert presenta al Marqués de Mora á Voltaire.— Relaciones de la Lespinasse con el Marqués de Mora.— Curiosa carta de Galiani al Duque de Villahermosa.— Visita del Marqués de Mora al Monasterio de Veruela.— *El Maestro sin maestro*.— Enfermedad del Marqués.— Su estancia en Valencia.— Regreso á París..... 252
- XV.— Cenas en casa de la Du Deffand.— El Marqués de Mora y Condorcet.— Viaje del Marqués á Bagnères.— Esfuerzo de su madre y de su hermana la Duquesa de Villahermosa para apartarle del mal camino.— Sigue los consejos del médico parisién Lorry.— Emprende el Marqués la vuelta á París.— Muere en el camino.— Pénsame de d'Alembert al Duque.— Contestación de éste.— Muerte de Mlle. de Lespinasse.— Su testamento... 287
- XVI.— Honda pena de la Duquesa de Villahermosa por la muerte de su hermano.— Casamiento del Conde de Fuentes con la Duquesa de Huéscar.— Consecuencias de la derrota de Argel.— Destitución de Grimaldi.— Ministerio de Moñino.— Campaña contra los jesuítas y demás Ordenes religiosas.— Carta del Conde de Aranda al Padre López.— Juicio del P. Luengo sobre Carlos III.— Aranda apoya la obra del Canal Imperial de Aragón.— El Duque de Villahermosa en la Academia Española.— Es

- nombrado en 1778 Embajador en Turín.— Muerte del Conde de Fuentes.— Nacimiento de una hija de los Duques de Villahermosa.— La Condesa del Montijo..... 325
- XVII.— Carta de la Duquesa de Alba á la de Villahermosa.— Viaje de los Duques á París.— Su visita á Versalles.— La corte de Luis XVI.— *Los Economistas*.— El Arzobispo Brienne.— María Antonieta.— La Condesa de Polinac.— Muerte de Mad. Geoffrin.— La Duquesa decide acompañar al Duque á Turín..... 350
- XVIII.— Viaje de los Duques á Turín.— Víctor Amadeo de Saboya y su corte.— El P. Pignatelli.— Visita en Turín á la Duquesa su sobrina.— Nacimiento y bautizo del segundo hijo de los Duques..... 374
- XIX.— Solicitud de los Duques para con su hijo.— Plan de vida de la Duquesa, Su amistad con la Princesa del Piamonte María Clotilde.— Recepciones en la Embajada de España.— Observancia de la Cuaresma.— Conversión del Duque.— Nueva estancia del P. Pignatelli en Turín.— El Marqués de Santa Cruz.— La Princesa Dahskoff.— El Duque de Crillou.— Muerte de la hija de los Duques..... 398
- XX.— Regreso de los Duques á Madrid.— Vida de la Duquesa en la corte.— Fray Diego de Cádiz.— Nacimiento y muerte de la niña

- María.—Vuelta del Duque á Turín.—Primera carta de la Duquesa á su marido después de la marcha á Italia..... 422
- XXI.—Correspondencia de la Duquesa con el Duque.—Recomienda á su marido la *Vida devota* de San Francisco de Sales y las *Confesiones de San Agustín*.—Entrada de la escuadra inglesa en el Mediterráneo.—Pia-dosas consideraciones sobre la devoción al Corazón de Jesús.—Mejoría del niño Víctorio.—Régimen interior de la casa de la Duquesa.—Noticias de la corte de España. 438
- XXII.—El cuadro de la *Porciúncula* de Bayeu.—Tratos con el arquitecto Villanueva y con Cuber sobre el presupuesto de la obra proyectada en la casa de la Carrera de San Jerónimo, comprada al Abate Pico.—Consideraciones de la Duquesa sobre la cordialidad y la paz en el matrimonio.—Noticias de la corte.—Aconseja al Duque que desista de la obra de la casa.—Preparativos de la Duquesa para regresar á Turín..... 468
- XXIII.—Llegada de la Duquesa á Turín.—Los Grandes Duques de Toscana en la corte de Cerdeña.—Grave enfermedad de la Duquesa.—Deciden los Duques el viaje á Montpellier.—Encuentro con el P. Pignatelli en Avignon.—Vuelta á Madrid.—Exámenes de la Infanta Carlota.—El *Regimiento de la Posma*..... 498

- XXIV.—Vida cristiana del Duque.—Sus aficiones literarias.—Nacimiento de otro hijo de los Duques.—Fiestas en Pedrola al terminarse la obra de la iglesia.—Expedición de los Duques al castillo de Javier.—Vuelta á Pedrola.—Regreso á Madrid..... 512
- XXV.—Desgracias en la familia Real.—Muerte de Carlos III.—Carlos IV concede el Toisón de Oro al Duque de Villahermosa.—Noticias de la corte tomadas del *Diario del Duque*.—Nacimiento del hijo de los Duques Juan Pablo.—Las *Sociedades Económicas de Amigos del País* femeninas.—La Doctora Doña María Isidra Quintina de Guzmán.—Curiosa orden de Carlos III sobre las *Sociedades Económicas* de señoras.—Negativa de la Duquesa de Villahermosa á formar parte de ellas.—Horroroso incendio de la Plaza Mayor.—Muere el Duque de Villahermosa, víctima de su caridad..... 522



OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

ADMINISTRACIÓN DE "LA SEMANA CATÓLICA,"

BOLSA, 10, PRAL.—MADRID

NOVELAS DEL P. COLOMA

Colección de lecturas recreativas, publicadas en los años 1884, 1885, 1886, con dibujos de Apeles Mes- tres y Paciano Ross.—5 pesetas en tela. Edición de lujo, en dos tomos, 8 pesetas.

Del Natural, copias varias.—1 peseta en rústica y 1,50 en tela.

Juan Miseria.—1 peseta en rústica y 1,75 en tela.

La Gorriona.—En rústica 0,50, y 1 peseta en tela.

Pilatillo.—En rústica 0,30 pesetas, y 0,80 en tela.

Por un piojo.—En rústica 1 peseta, y 1,50 en tela.

Pequeñeces.—3 y 4 pesetas.

OBRAS VARIAS

Amaya ó los vascos en el siglo VIII, novela histórica por D. Francisco Navarro Villoslada.—Tres tomos, 9 pesetas en rústica y 12 encuadernado en tela.

Angela, novela alemana por Conrado de Bolanden; ver- sión castellana de D. Vicente Orti y Escolano.—2 pe- setas.

Cuentos populares, artículos y diálogos de buen humor, por D. Adolfo Clavarana, Director de *La Lectura Po- pular*, con ilustraciones por José María Suay: cuatro colecciones.—1 peseta cada una.

Un encuentro venturoso, y Natalia ó un casamiento por conveniencia, preciosas novelas de la Biblioteca del Amigo de la familia.—Un tomo, 1 peseta.

El Matrimonio civil, ó sacramento y concubinato, novela original de costumbres.—2 pesetas.

Costumbres populares de la sierra de Albarracín.—2 pesetas.

Solita, ó amores archiplatónicos, novela original.—2,50 pesetas.

Quien mal anda, ¿cómo acaba?, novela.—2 pesetas.

Por París á Suiza, viaje circular.—1 peseta.

La Vida feliz, ó sea las fuentes de la felicidad verdadera mostradas al mundo por Nuestro Señor Jesucristo en el Sermón de la Montaña. Obra espiritual teórico-práctica, acomodada á todos los estados y circunstancias de la vida y en relación con las necesidades de los tiempos actuales, por D. Santiago Ojea y Márquez, presbítero.—Cuatro tomos, 12 pesetas rústica y 15 tela.

Floremitas de San Francisco, epopeya vulgar y Romanero del Serafín de Asís.—3 pesetas.

Imitación del Niño Jesús, librito dedicado á los niños por Mad. Bourdon, traducido al español para los mismos por la señorita D. C. González Carballeda.—1 peseta en rústica.

Camino de perfección, avisos espirituales sacados de las obras del venerable P. Nieremberg.—1 peseta.

Librito de Misa, dedicado á los niños piadosos.—1,50 y 2 pesetas.

El Paraíso en la tierra abierto á quien está libre y quiere elegir el estado más seguro en la vida, por el P. Natale. (Segunda edición.)—1 peseta.

San Francisco de Sales á las almas piadosas: preciosas páginas que encierran como en compendio el espíritu del Santo Doctor.—25 céntimos.

Todo por Jesús, obra del P. Federico Guillermo Faber.—1 peseta.

El Panal de miel, sacado de las obras de San Francisco de Sales.—1 peseta en rústica y 1,50 en tela.

Manojito de Flores, documentos y avisos para las almas piadosas.—25 céntimos.

Vida de la bienaventurada Margarita María Alacoque, escrita por una religiosa del segundo monasterio de la Visitación y revisada por el P. Moga, de la Compañía de Jesús.—Un tomo encuadernado en tela con plancha alegórica, 8 pesetas.

Vida de San Luis Gonzaga, patrono de la juventud cristiana. Relatada con motivo del tercer centenario del Santo por el P. M. Meschler, de la Compañía de Jesús, con tres fototipias copias y originales auténticos.—Un tomo encuadernado en tela elegantemente, 7 pesetas.

Historia de Santa Juana Francisca Fremiot, baronesa de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación.—Dos tomos, 10 pesetas.

La Reformadora del Carmelo.—**Historia de Santa Teresa de Jesús**, por Doña Isabel Cheix.—8 pesetas en tela con plancha alegórica.

Estrella del mar. Historia de la Virgen María. Instrucciones familiares dedicadas á las niñas, por Doña Isabel Cheix. (Tercera edición.)—1 peseta.

Vida de García Moreno, restaurador y mártir de la tesis católica en el Ecuador.—1,50 pesetas.

La vida cristiana, por San Francisco de Sales: precioso manual de piedad que puede servir de guía constante á las almas.—1,50 pesetas.

De la vida y virtudes cristianas consideradas en el estado religioso, por Mons. Gay.—Tres tomos, 7,50 pesetas.

La Perfecta Casada, por el Maestro Fr. Luis de León,

—Dos ediciones de lujo para regalos de boda, de 10 á 25 pesetas, según la encuadernación.

Poesías religiosas del Hermano Rafael de los Reyes, de la Compañía de Jesús. Un tomo precioso, á propósito para premios en los colegios, 2 pesetas en tela y 1,50 en rústica.

¡Jesuitas! por Paul Feval, hermosa defensa del Instituto de la Compañía de Jesús, escrita después de su conversión, en prueba de sinceridad y como justo tributo pagado á la verdad histórica y á la justicia, atropelladas y conculcadas por los enemigos de la Iglesia. —1,50 pesetas.

Qué son los jesuitas: libro de oro que debieran conocer los católicos.—1 peseta.

La Medalla milagrosa.— Su origen, historia, propagación y efectos maravillosos, escrita en francés por el Sr. Aladel, sacerdote de la Congregación de la Misión, y traducida al castellano por D. E. Alvarez, de la misma Congregación.— Obra ilustrada con hermosos fotograbados alusivos á las apariciones y otros misterios de María Inmaculada.— Un tomo de 432 páginas, encuadernado en tela con plancha, 3 pesetas.

Ramillete de Flores místicas, sacadas de las obras de Santa Teresa de Jesús.—2 pesetas.

Páginas de la vida estudiantil. Colección de historietas íntimas y novelas cortas, por D. Cristóbal Botella.— 1 peseta rústica y 2 en tela.

Yo he sido impío. Revelaciones espiritistas y masónicas, por Don José Huertas Lozano, ex herm. . Universo.— 1 peseta en rústica y 1,50 en tela.

Respuestas claras y sencillas á las objeciones que más comunmente suelen hacerse contra la Religión.— 1 peseta.

